20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

JULIO VERNE

Editado por
el**aleph**.com

UN ESCOLLO HUIDIZO

Un hecho insólito, un fenómeno no explicado e inexplicable que sin duda nadie ha olvidado, señaló el año de 1866. Sin hablar de los rumores que agitaron a las poblaciones de los puertos de mar y excitaron el ánimo de la gente tierra adentro, muy honda fue la preocupación de los hombres dedicados a las tareas marítimas. Comerciantes, armadores, capitanes de alto bordo, *skippers y masters* de Europa y de América, oficiales de la marina de guerra de todo país, gobiernos de diversos estados en ambos continentes, sintieron suma inquietud por semejante acontecimiento.

En efecto, desde tiempo atrás varios navíos se habían encontrado en alta mar con "una cosa enorme", un objeto largo, fusiforme, a veces fosforescente, muchísimo más voluminoso y veloz que una ballena.

Los hechos referentes a tal aparición, anotados en los diversos libros de a bordo, coincidían bastante exactamente en cuanto a la estructura del objeto o del ser en cuestión, lo mismo que en la velocidad incalculable de sus movimientos, en la sorprendente potencia de su locomoción y en la vida particular de que parecía estar dotado. Si era un cetáceo, superaba en tamaño a todos los que la ciencia tenía clasificados hasta entonces. Ni Cuvier, ni Lacépède, ni el señor Dumeril, ni el señor de Quatrefages hubieran admitido la existencia de tal monstruo, a menos de haberlo visto de manera indubitable con sus propios ojos de sabios.

Tomando en cuenta la mediana de las observaciones realizadas en diferentes oportunidades, dejando a un lado las estimaciones tímidas que le asignaban un largo de doscientos pies y rechazando las opiniones exageradas que le otorgaban una milla de ancho y tres de largo, podía asegurarse, sin embargo, que ese ser fenomenal, si en realidad existía, sobrepasaba en mucho las dimensiones admitidas hasta entonces por los ictiólogos.

Ahora bien, que existía no podía negarse. De modo que, dada la

inclinación que el pensamiento humano tiene hacia lo maravilloso, se comprenderá la emoción que en el mundo entero causó esa aparición sobrenatural. Porque en cuanto a relegarla al mundo de la fábula, era preciso renunciar a ello.

Efectivamente, el 20 de julio de 1866, el vapor *Governor Higginson*, de la *Calcutta and Burnach steam navigation company,* se había encontrado con aquella masa movediza a cinco millas al este de las costas australianas. El capitán Baker supuso, al principio, que se hallaba frente a un arrecife desconocido. Y se disponía a determinar su situación exacta, cuando dos columnas de agua que proyectaba el inexplicable objeto, surgieron silbando y se elevaron a ciento cincuenta pies. De modo, pues, que salvo que ese escollo estuviera sometido al intermitente surgir de un geiser, el *Governor Higginson* se hallaba, sin la menor duda, en presencia de algún mamífero acuático desconocido aún, que arrojaba por los orificios respiratorios unas columnas de agua mezclada con aire y vapor.

Un hecho parecido lo observó el 23 de julio del mismo año, en aguas del Pacífico, el *Cristóbal Colón,* de la *West India and Pacific steam company.* Así, pues, aquel cetáceo extraordinario podía trasladarse de un lugar a otro con sorprendente velocidad, ya que en el intervalo de tres días el *Governor Higginson* y el *Cristóbal Colón* lo habían visto en dos puntos del mapa separados entre sí por una distancia de más de setecientas leguas marinas.

Quince días más tarde, a dos mil leguas de ese lugar, el *Helvetia,* de la *Compagnie nationale,* y el *Shannon,* de la *Royal Mail,* que navegaban en direcciones opuestas por aquella porción del Atlántico comprendida entre Estados Unidos y Europa, se comunicaron mutuamente que habían divisado al monstruo a los 42º 15' de latitud norte y 60º 35' de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Durante aquella observación creyeron poder estimar el largo mínimo del mamífero en más de trescientos cincuenta pies ingleses (106m aproximadamente), puesto que el *Shannon* y el *Helvetia* eran más pequeños que él, aunque contaran cien metros desde la roda hasta el codaste. Ahora bien, las

ballenas más grandes, las que frecuentan las cercanías de las islas Aleutianas, el Kulammok y el Umgullil, no pasan jamás de los cincuenta y seis metros, si alcanzan a medirlos.

Esos relatos, llegados uno tras otro; nuevas observaciones hechas a bordo del trasatlántico *Pereire;* un abordaje ocurrido entre el *Etna,* de la línea Inman, y el monstruo; un acta levantada por los oficiales de la fragata francesa *Normandie;* una cuidadosa marcación lograda por el estado mayor del comodoro Fitz-James a bordo del *Lord Clyde,* conmovieron profundamente a la opinión pública. En los países que se caracterizan por el ánimo zumbón de sus habitantes se tomó a broma el fenómeno, pero en los países de gente grave y práctica, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, la cosa preocupó seriamente.

En los primeros meses del año de 1867 la cuestión parecía casi olvidada, sin miras de que resurgiera, cuando nuevos hechos vinieron a conocimiento del público. No se trataba ya de un problema científico que resolver, sino de un efectivo y grave peligro que eludir. El asunto cambió de aspecto. El monstruo volvió a ser islote, roca, escollo; pero escollo huidizo, indeterminable, inasible.

El 5 de marzo de 1867, el *Moravian,* de la *Montreal ocean company,* hallándose por la noche a los 27º 30' de latitud y 72º 15' de longitud, chocó con la aleta de estribor contra una roca que ningún mapa señalaba en ese paraje. Mediante el esfuerzo combinado del viento y de sus cuatrocientos caballos de fuerza, iba a la velocidad de trece nudos. No caben dudas de que a no ser por la calidad superior de su casco, las aguas hubieran engullido al *Moravian y a* los doscientos treinta y siete pasajeros que traía del Canadá.

Este hecho, sumamente grave de por sí, habría sido quizás olvidado como tantos otros si no se hubiese repetido tres semanas después en idénticas condiciones. Sólo que, debido a la nacionalidad del navío víctima de este nuevo abordaje y a la reputación de la compañía Cunard a la que pertenecía, el acontecimiento alcanzó inmensa repercusión.

El 13 de abril de 1867, con mar en calma y brisa gobernable, ha-

llábase el *Scotia* a los 15º 12' de longitud y 45º 37' de latitud. Navegaba con una velocidad de trece nudos cuarenta y tres centésimos, a impulso de sus mil caballos de vapor. Las ruedas hendían el mar con perfecta regularidad. Su calado era entonces de seis metros setenta centímetros y su desplazamiento de seis mil seiscientos veinticuatro metros cúbicos.

A las cuatro y diecisiete minutos de la tarde, mientras los pasajeros tomaban el lunch reunidos en el gran salón, se produjo un choque, poco sensible en verdad, en la aleta del *Scotia*, un poco más atrás de la rueda de babor.

El *Scotia* no había chocado, sino que lo había embestido un instrumento cortante o perforador más bien que contundente. Tan leve pareció el abordaje que nadie se habría inquietado a bordo a no ser por el clamor de los pañoleros que subían al puente gritando: "¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!".

En el primer momento los pasajeros se aterraron; pero el capitán Anderson se apresuró a tranquilizarlos. En efecto, no podía haber peligro inminente. El *Scotia*, dividido en siete compartimentos estancos, estaba en condiciones de soportar sin riesgo una vía de agua.

El capitán Anderson descendió sin tardanza a la cala. Advirtió que el quinto compartimento estaba inundado y la rapidez de la invasión indicaba que la vía de agua era considerable. Por fortuna, no se hallaban en ese compartimento las calderas, pues los fuegos se hubieran extinguido súbitamente.

El capitán hizo detener el barco al instante, y uno de los marineros se sumergió para examinar la avería. Poco después, se comprobaba la existencia de una perforación de dos metros de ancho en la obra viva del vapor. No podía cegarse semejante vía de agua, de modo que el *Scotia*, con las ruedas semihundidas, hubo de proseguir su viaje. Hallábase entonces a trescientas millas del cabo Clear y con un atraso de tres días, que inquietó vivamente en Liverpool, fondeó en el muelle de la compañía.

Los ingenieros procedieron entonces a un examen del Scotia,

puesto entonces a carenar en seco. No daban crédito a lo que veían. A dos metros y medio por debajo de la línea de flotación se abría un orificio con forma regular de triángulo isósceles. Más perfecto no lo hubiera hecho un taladro. Era preciso, pues, que la herramienta perforadora que lo había abierto fuera de temple poco común y que, luego de haber sido lanzada con fuerza prodigiosa para perforar así una chapa de hierro de cuatro centímetros, pudiera retirarse por sí misma, mediante un movimiento de retroceso verdaderamente inexplicable.

Tal era el último suceso que tuvo por resultado apasionar nuevamente a la opinión pública. Desde ese momento, en efecto, cuanto siniestro marítimo no tuviera causa determinada se cargó a cuenta del monstruo. Al fabuloso animal se le atribuyó la responsabilidad de todos los naufragios, cuyo número resulta, desdichadamente, considerable, ya que tres mil navíos que desaparecen cada año, según las estadísticas de la agencia Veritas, los buques de vapor o de vela dados por perdidos con su carga y pasaje por carencia de noticias, no bajan de doscientos.

Ahora bien, justa o injustamente se acusó al monstruo de esas desapariciones y como por su causa los viajes entre los diversos continentes se hacían cada vez más riesgosos, el público tomó partido, exigiendo enérgicamente que, en suma, se libraran los mares a toda costa de aquel formidable cetáceo.

EL PRO Y EL CONTRA

En la época en que ocurrían estas cosas, yo regresaba de una expedición científica a las peligrosas tierras de Nebraska, en Estados Unidos. Por mi condición de profesor suplente en el Museo de historia natural de París, el gobierno francés me había designado para integrar dicha expedición. Después de pasar seis meses en Nebraska, llegué a Nueva York hacia fines de marzo, cargado de valiosas colecciones. La salida para Francia estaba señalada para los primeros días de mayo. Me ocupaba, pues, mientras tanto, en clasificar mis tesoros minerales, botánicos y zoológicos, cuando sucedió el incidente del *Scotia*.

Yo estaba perfectamente enterado de aquella cuestión tan de actualidad, ¿y cómo no estarlo? Había leído y releído todos los periódicos americanos y europeos, sin mayor provecho. Aquel misterio me intrigaba. En la imposibilidad de formarme una opinión, vacilaba de un extremo a otro. Que algo hubiera, no podía ponerse en duda: a los incrédulos los invitaban a meter el dedo en la llaga del *Scotia*. A mi llegada a Nueva York la cosa ardía. La suposición de que se trataba de un islote flotante, de un escollo inasible, como pensaban ciertas personas poco competentes, había quedado desechada. Y, en efecto, a menos de tener ese escollo una máquina dentro de si, ¿cómo lograba desplazarse con rapidez tan vertiginosa?

De igual modo, se hizo a un lado la hipótesis de que fuera un casco abandonado a la merced de las olas, enorme resto de algún naufragio, también a causa de la velocidad de su desplazamiento.

Quedaban, pues, dos soluciones, que daban origen a dos clanes bien definidos de partidarios: por una parte los que creían en un monstruo de fuerza colosal; por otra, los que opinaban que era una embarcación "submarina" de extremada potencia motriz.

Ahora bien, esta última hipótesis, admisible después de todo, no pudo resistir a las indagaciones que se hicieron en ambos mundos. Era poco probable que un particular tuviera a su disposición semejante

artefacto. ¿Dónde y cuándo lo hubiera hecho construir y cómo pudo mantener en secreto tal construcción?

Solamente un gobierno posee los medios de producir una máquina ofensiva como aquélla, y en estos desastrosos tiempos en que el hombre se ingenia por multiplicar la potencia de las armas de guerra, podía ser que un estado ensayara, a ocultas de los demás, ese formidable elemento bélico. Después del fusil de aguja, los torpedos; después de los torpedos, el ariete submarino; luego vendrá la reacción. Por lo menos, así lo espero. Pero la hipótesis de una máquina bélica cayó a su vez ante la declaración de los gobiernos. Como se trataba de un interés público, ya que se resentían las comunicaciones transoceánicas, no cabía poner en tela de juicio la franqueza de los gobiernos. Por lo demás, ¿Cómo suponer que la construcción de ese barco submarino quedara oculta a las miradas de la gente? Guardar el secreto en tales circunstancias es muy difícil para un particular y por cierto imposible para un estado, cuyos actos vigilan persistentemente las potencias rivales.

De modo que, tras las investigaciones realizadas en Inglaterra, Francia, Rusia, Prusia, España, Italia, América, e incluso hasta en Turquía, la hipótesis de un monitor submarino se descartó definitivamente.

Volvió a flote, pues, el monstruo, pese a las incesantes bromas con que lo asaeteaban los periódicos humorísticos y las imaginaciones se dejaron llevar hasta las más absurdas quimeras de una ictiología fantástica.

Cuando llegué a Nueva York, varias personas me hicieron el honor de consultarme acerca del fenómeno en cuestión. Yo había dado a la imprenta en Francia una obra en cuarto y en dos volúmenes con el título de Los *misterios de las grandes profundidades submarinas.*

El libro, particularmente apreciado por el mundo científico, me convertía en especialista en esta parte bastante oscura de la historia natural. Me preguntaron mi parecer. Mientras pude negar la realidad del hecho, me limité a hacerlo. Pero pronto, puesto entre la espada y

la pared, hube de expedirme en modo terminante. Incluso "el honorable Pedro Aronnax, profesor del Museo de París", fue apremiado por el *New York Herald* para que formulase una opinión cualquiera.

Puse manos a la obra.

Mi artículo, que admitía la existencia del monstruo, fue muy discutido, lo que le valió extraordinaria resonancia. Me granjeó cierto número de partidarios. El espíritu humano se complace en tales concepciones grandiosas de seres sobrenaturales. Y precisamente el mar es su mejor vehículo, el único medio donde esos gigantes, junto a los cuales los animales terrestres como los elefantes o rinocerontes no son más que enanos, pueden producirse y desarrollarse. Las masas líquidas transportan las más grandes especies conocidas de mamíferos y quizás ocultan algunos moluscos de incomparables dimensiones, algunos crustáceos cuyo aspecto espante, tales como langostas de mar de cien metros o cangrejos que pesen doscientas toneladas. ¿Por qué no? En otros tiempos, los animales terrestres contemporáneos de las eras geológicas, cuadrúpedos, cuadrumanos, reptiles, aves, fueron construidos con plantillas gigantescas. El Creador los echó en un molde colosal que el tiempo redujo poco a poco. ¿Por qué no habrían de conservar los mares en sus ignoradas profundidades esas amplias muestras de la vida de otras edades, ellos que jamás se modifican, en tanto que el núcleo terrestre cambia de continuo? ¿Por qué no habría de ocultar en su seno las últimas variedades de esas especies titánicas para las cuales son años los siglos y siglos los milenios?

Pero estoy tejiendo fantasías que para mí ya no tienen asidero.

Dejemos esas quimeras que el tiempo transformó en terribles realidades. Repito, fijóse entonces la opinión en cuanto a la naturaleza del fenómeno, y el público aceptó, sin ningún género de duda, la existencia de un ser prodigioso que no tenía nada en común con las fabulosas serpientes de mar. Y si bien hubo quienes no veían en ello más que un problema puramente científico, otros, más positivos, sobre todo en América y en Inglaterra, opinaron que era preciso eliminar del océano al terrible monstruo, con el fin de restaurar la seguridad en las

comunicaciones transoceánicas. Los periódicos de la industria y del comercio enfocaron la cuestión principalmente desde este punto de vista, La *Shipping and mercantile gazette,* el *L1oyd,* le *Paquebot,* la *Revue maritime et coloniale,* todos los papeles públicos adictos a las compañías de seguros que amenazaban con aumentar la tasa de las primas, se pronunciaron unánimes al respecto.

Inclinada en tal sentido la opinión pública, fueron los Estados Unidos, los primeros que se decidieron a obrar. Realizáronse en Nueva York los preparativos para una expedición destinada a perseguir al narval. Aprestaron una fragata con espolón, muy veloz, que debía hacerse a la mar cuanto antes. Pusieron a disposición del comandante Farragut los arsenales, y el comandante apresuró el equipo y provisión de su fragata.

Precisamente, como suele ocurrir, desde el momento en que quedó resuelto perseguir al monstruo, éste se llamó a sosiego. Durante dos meses nadie oyó hablar de él. Ningún navío lo encontró en su ruta. Parecía que el unicornio hubiera tenido conocimiento de lo que se concertaba contra él. ¡Tanto se había dicho al respecto, hasta por medio del cable transatlántico! Por eso los burlones aseguraban que el muy ladino había detenido al paso algún telegrama, de lo que sacaba ahora provecho.

Así, pues, armada la fragata para una campaña lejana y provista de formidables instrumentos de pesca, quedaba por saber hacia dónde se dirigiría. E iba creciendo la impaciencia, cuando, el 2 de julio, se supo que el Tampico, vapor de la línea de San Francisco de California a Shangai, había vuelto a ver al animal, tres semanas antes, en los mares septentrionales del Pacífico.

La noticia produjo hondísima emoción. No le dejaron ni veinticuatro horas de respiro al comandante Farragut. Los víveres habían sido embarcados. Las carboneras rebosaban de combustible. No -faltaba un hombre en la lista de tripulantes. Solamente había que encender los fuegos, dar presión y soltar las amarras. No se le habría perdonado medio día de retardo. Por otra parte, el comandante Farra-

gut, más que nadie, deseaba partir. Tres horas antes que la Abraham Lincoln partiera del muelle de El Brooklyn, recibí una carta redactada en estos términos:

"Señor Aronnax, profesor del Museo de París.
Fifth Avenue Hotel. New York.

"Señor:

"Si desea usted tomar parte en la expedición de la fragata *Abraham Lincoln,* el gobierno de la Unión vería muy complacido que usted representara a Francia en esa empresa. El comandante Farragut pondrá un camarote a su disposición.

"Muy cordialmente suyo,
J.B. HOBSON - Secretario de Marina."

COMO EL SEÑOR GUSTE

Tres segundos antes de recibir la carta de J. B. Hobson, yo pensaba tanto en perseguir al unicornio como en intentar el paso del noroeste. Tres segundos después de haber leído la misiva del honorable secretario de Marina, comprendía, al fin, que mi verdadera vocación, la única meta de mi vida, consistía en dar caza al monstruo inquietante y librar de él al mundo.

-¡Consejo!, llamé con voz impaciente.

Consejo era mi criado. Un mozo muy adicto que me acompañaba en todos mis viajes; un excelente flamenco a quien tenía yo afecto y que me lo retribuía con creces; un ser de temperamento flemático, metódico por principios, activo por hábito, poco inclinado a dejarse impresionar por las sorpresas del vivir cotidiano, de manos habilísimas, apto para todo servicio y, a pesar de su nombre, nada dispuesto a dar consejos, ni siquiera cuando no se los pedían.

A fuerza de rozarse con los sabios de nuestro mundillo del Jardín botánico, había logrado Consejo aprender algunas cosas. Contaba yo en él con un especialista muy ducho en las clasificaciones de la historia natural, capaz de recorrer con agilidad de acróbata toda la escala de las ramas, grupos, clases, subclases, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies y variedades. Pero de ahí no pasaba su saber. Clasificar era su vida, lo demás se hallaba fuera de su campo. Muy versado en la teoría de la clasificación, poco en la práctica, supongo que no hubiera sabido distinguir un cachalote de una ballena. ¡Y, sin embargo, qué honrado y digno mozo era Consejo!

Hasta ese momento y desde hacía diez años, me había seguido a cuanto lugar me llevaba la ciencia. Jamás le oí una observación sobre lo prolongado o fatigoso de un viaje, ninguna objeción en el momento de preparar la valija para marchar a un país cualquiera, China o Congo, por más lejano que fuere. Allá se iba él, sin preguntas ociosas. Además, gozaba de una salud que le permitía desafiar todas las en-

fermedades, lo mismo que de unos músculos sólidos, pero nada de nervios, ni asomo de nervios, en lo moral se entiende.

El mozo tenía treinta años, y su edad con respecto a la de su amo estaba en la proporción de quince a veinte. Discúlpeseme esta manera de decir que yo frisaba en los cuarenta.

Sólo un defecto le notaba a Consejo. Rabiosamente formalista, no me hablaba jamás sino en tercera persona, hasta el extremo de hacerse exasperante.

-¡Consejo!, repetí, mientras comenzaba con mano febril los preparativos para la partida.

Por cierto, yo daba por sentada la devoción del mozo. De ordinario nunca lo consultaba acerca de si le convenía o no seguirme en mis viajes, pero en esta oportunidad tratábase de una expedición que podía prolongarse indefinidamente, de una empresa arriesgada, en persecución de un animal capaz de hundir una fragata como si fuera una cáscara de nuez. Era como para pensarlo bien, incluso el hombre más impasible del mundo. ¿Qué diría Consejo?

-¡Consejo!, grité por tercera vez.

Consejo se presentó.

-¿Llamaba el señor?, dijo entrando.

-Sí, muchacho. Apronta mis cosas y prepárate. Salimos dentro de dos horas.

-Como el señor guste, respondió tranquilamente Consejo.

-No debemos perder un instante. Pon en el baúl todos mis utensilios de viaje, algunos trajes, camisas, medias, sin contarlos, pero cuantos quepan. ¡Y date prisa!

-¿Y las colecciones del señor?

-Ya nos ocuparemos de ellas más tarde.

-¡Cómo! ¿Los archiotherium, los hyracotherium, los oreodones, los cheropotamus y otras osamentas del señor?

-Las dejaremos guardadas en el hotel.

-¿Y la babirusa del señor?

-Le darán de comer durante nuestra ausencia. Por otra parte, de-

jaré ordenado que nos envíen a Francia nuestra colección de fieras.

-¿No regresamos, entonces, a París?, preguntó Consejo.

-Sí..., por cierto..., respondíle evasivamente. Pero dando un rodeo.

-El rodeo que el señor guste.

-¡Oh, no es gran cosa! Un camino algo menos directo, nada más. Nos embarcaremos en la *Abraham Linco1n.*

-Como al señor le convenga, respondió Consejo apaciblemente.

-Sabes, amigo, se trata del monstruo..., del famoso narval... ¡Queremos eliminarlo de los mares!... El autor de una obra en cuarto y en dos volúmenes sobre *Los misterios de las grandes profundidades submarinas* no puede dejar de embarcarse con el comandante Farragut. ¡Misión gloriosa..., peligrosa, también! No sabe uno adónde va. Esas bestias suelen ser muy caprichosas. Pero iremos a pesar de todo. Tenemos un comandante que es persona de puños...

-Lo que el señor haga, haré yo, respondió Consejo.

-¡Piénsalo bien! No quiero ocultarte nada. Éste es uno de esos viajes de los cuales no siempre se vuelve.

-Como el señor guste.

Un cuarto de hora después, estaban listas nuestras maletas. Habíalas liado Consejo en un santiamén y yo estaba seguro de que nada faltaba, pues el mozo ordenaba camisas y trajes con el mismo acierto que aves y mamíferos.

El ascensor del hotel nos dejó en el amplio vestíbulo del entresuelo. Descendí los pocos peldaños que llevaban a la planta baja. Aboné la cuenta en el gran mostrador continuamente asediado por una multitud considerable. Di la orden de que enviaran a París (Francia) mis bultos de animales disecados y plantas secas. Abrí un crédito suficiente para el babirusa, y seguido de Consejo salté dentro de un coche.

El vehículo, a veinte francos el viaje, descendió por Broadway hasta *Union square,* siguió por la *Fourth~avenue* hasta el cruce con *Bowery street,* tomó *Katrin street y se* detuvo en el trigésimo cuarto pier, como así se llamaban los muelles destinados a cada navío. Desde

allí el *ferry-boat Katrin* nos transportó, a hombres, caballos y coche, hasta Brooklyn, el gran anexo de Nueva York, situado en la orilla izquierda del río del Este, y en pocos minutos más llegábamos al muelle junto al cual la *Abraham Linco1n* lanzaba torrentes de humo negro por las dos chimeneas.

Al instante transbordaron nuestro equipaje al puente de la fragata. Yo me precipité a bordo. Pregunté por el comandante Farragut. Uno de los marineros me condujo hasta la toldilla, donde me encontré ante un oficial de buena presencia que me tendió la mano.

-¿El señor Pedro Aronnax?, dijo.

-El mismo, respondíle. ¿El comandante Farragut?

-En persona. Sea usted bienvenido, señor profesor. Su camarote lo espera.

Saludé, y dejando al comandante ocupado en atender la partida, me hice conducir al camarote que me destinaban.

La *Abraham Lincoln,* perfectamente elegida y acomodada para su nuevo destino, era una fragata de rápida marcha, provista de aparatos compresores que permitían elevar la tensión de vapor a siete atmósferas. Con semejante presión, la *Abraham Linco1n* alcanzaba una velocidad media de dieciocho millas y tres décimos por hora, velocidad considerable, aunque insuficiente para luchar con el gigantesco cetáceo.

Las instalaciones interiores de la fragata respondían a sus condiciones náuticas. Quedé muy satisfecho de mi camarote ubicado en la popa y que daba a la cámara de oficiales.

-Estaremos muy bien aquí, le dije a Consejo.

-Tan bien, si el señor me permite, como un crustáceo ermitaño en el caparazón de una caracola marina.

Dejé que Consejo acomodara convenientemente nuestras maletas y volví al puente para presenciar los preparativos de la partida.

En ese momento, el comandante Farragut ordenaba soltar las últimas amarras que sujetaban a la *Abraham Linco1n* al muelle de Brooklyn.

De modo, pues, que si hubiera llegado un cuarto de hora después, y aun menos, la fragata levaba anclas sin mi presencia a bordo y yo no habría tomado parte en aquella expedición extraordinaria, sobrenatural, inverosímil, cuya relación verídica ha de encontrar, sin duda, algunos ánimos incrédulos.

Pero el comandante Farragut no quería perder un día, ni una hora, en el intento de acercarse a los mares en los cuales se había señalado recientemente el paso del animal. Llamó al ingeniero.

-¿Tenernos suficiente presión?, le preguntó.

-Sí, señor, respondió el ingeniero.

-*¡Go ahead!,* gritó el comandante Farragut.

La orden, trasmitida a las máquinas por medio de un aparato de aire comprimido, movió a los mecánicos a poner en marcha la rueda. Silbó el vapor al precipitarse por las correderas entreabiertas.

Los largos pistones horizontales gimieron y empujaron las bielas del árbol. Las paletas de la hélice hendieron el agua con creciente rapidez y la *Abraham Linco1n* avanzó majestuosa por entre un centenar de *ferry-boats y de tenders* (pequeños remolcadores) cargados de espectadores, que le servían de cortejo.

A las ocho de la noche, al perder de vista en el noroeste las luces de Fire Island, se internó a toda marcha en las sombrías aguas del Atlántico.

NED LAND

El comandante Farragut era un buen marino digno de la fragata que tenía a su mando. El navío y él eran sólo uno. Él era el alma del buque. En cuanto al cetáceo, ninguna duda le inquietaba el ánimo y no permitía que a bordo se pusiera en tela de juicio la existencia del animal. Creía en ello corno algunas buenas mujeres creen en el Leviatán, por fe, no por razonamiento. El monstruo existía, él lo eliminaría de los mares, lo tenía jurado. Era algo así como un caballero de Rodas, un Deodato de Gozón encaminándose al encuentro de la serpiente que desolaba su isla. O el comandante Farragut acababa con el narval, o el narval acababa con el comandante. No admitía término medio.

Los oficiales de a bordo compartían la opinión del jefe. Había que oírles conversar discutir, disputar, calculando las diversas probabilidades de un encuentro, había que verlos observar la amplia extensión del océano. Más de uno de los que en cualquiera otra ocasión hubieran echado maldiciones contra tal servicio, se imponía a sí mismo una guardia voluntaria en las vergas de juanete. Mientras el sol describía su arco diurno, la arboladura se poblaba de marineros a quienes les quemaban los pies las tablas del puente y no podían estarse quietos. Y sin embargo, la roda de la *Abraham Linco1n* no cortaba aún las sospechosas aguas del Pacífico.

En cuanto a la tripulación, sólo deseaba encontrarse con el unicornio, arponearlo, izarlo a bordo, hacerlo pedazos. Vigilaba el mar con escrupulosa atención. Por otra parte, el comandante Farragut hablaba de cierta suma de dos mil dólares reservada para quienquiera señalase la presencia del animal, fuera grumete o marinero, marino u oficial. Dejo que cada cual piense cómo se aguzaría la vista a bordo de la *Abraham Linco1n.*

Por mi parte, no me quedé atrás de nadie y no cedí mi lote de observaciones cotidianas. La fragata merecía cien veces llamarse el *Ar-*

gos. Únicamente Consejo, entre todos, por su indiferencia ante la cuestión que así nos apasionaba, parecía un reproche y desentonaba con el entusiasmo general de a bordo.

Dije antes que el comandante Farragut había tenido el cuidado de proveer a su barco con aparatos adecuados para la pesca del gigantesco cetáceo. Ni un ballenero hubiera ido mejor equipado. Poseíamos todos los instrumentos conocidos, desde el arpón que se arroja a mano hasta las flechas dentadas que se lanzan con trabuco o las balas explosivas de las escopetas para cazar patos. En el castillo se alargaba un cañón perfeccionado, que se cargaba por la culata, de paredes muy espesas y ánima muy estrecha, cuyo modelo ha de figurar en la Exposición universal de 1867. Este precioso instrumento, de origen americano, envía sin esfuerzo un proyectil cónico de cuatro kilogramos hasta una distancia media de dieciséis kilómetros. De tal manera, no carecía la *Abraham Linco1n* de ningún medio destructivo. Pero contaba con algo mejor aún. Contaba con Ned Land, el rey de los arponeros.

Ned Land era un canadiense de unos cuarenta años, de poco común habilidad manual y sin par en su peligroso oficio. Destreza y sangre fría, osadía y astucia eran cualidades que poseía en sumo grado, y había de ser muy maligna la ballena o singularmente ladino el cachalote que lograra eludir la punta de su arpón.

Quien dice canadiense, dice francés, y, por poco comunicativo que fuere Ned Land, debo confesar que me tomó algún afecto. Mi nacionalidad lo atraía, sin duda. Era para él una oportunidad de hablar, y para mí de escuchar, aquel antiguo lenguaje de Rabelais aún en uso en algunas provincias del Canadá. La familia del arponero, oriunda de Quebec, formaba ya una tribu de arrojados pescadores en tiempos en que esa ciudad pertenecía a Francia.

Poco a poco, Ned halló agrado en conversar conmigo y yo sentía placer escuchando el relato de sus aventuras por los mares polares. Contaba las escenas de pesca y de combate con honda poesía natural. Su narración adquiría una forma épica: parecíame estar oyendo

a algún Homero canadiense mientras cantaba la *Ilíada* de las regiones hiperbóreas.

Pinto a mi osado compañero tal como lo conozco en la actualidad. ¡Porque nos hemos hecho viejos amigos, vinculados por la inalterable amistad que nace y se cimenta en las más pavorosas ocasiones! ¡Ah, valeroso Ned, ojalá pudiera yo vivir cien años aún para acordarme más tiempo de ti!

Ahora, veamos, ¿qué opinaba Ned Land con respecto al monstruo marino? He de confesar que no creía en la existencia del unicornio y que era el único a bordo que no compartía la convicción general.

Sin embargo, no era cosa de negar el accidente del *Scotia*. El agujero existía, y tanto era así que fue preciso taparlo. No creo que pueda demostrarse en forma más categórica la realidad de un agujero. Ahora bien, ese orificio no se había abierto por sí solo, y puesto que no lo produjeron las rocas sumergidas, por fuerza había de ser obra del instrumento perforador de algún animal.

Y, en mi opinión, dicho animal pertenecía a la rama de los vertebrados, a la clase de los mamíferos, al grupo de los pisciformes y, finalmente, al orden de los cetáceos. En cuanto a saber en qué familia, ballena, cachalote o delfín, o en qué género o especie cabía ubicarlo, era cuestión que se elucidaría ulteriormente. Para resolverla tendríamos que disecar al monstruo desconocido; para disecarlo, apresarlo antes; para apresarlo, arponearlo -cosa que incumbía a Ned Land-; para arponearlo, verlo -lo que era tarea de la tripulación-, y para verlo, encontrarnos con él, lo que estaba enteramente librado a la casualidad.

A LA VENTURA

Durante algún tiempo, ningún incidente señaló el viaje de la *Abraham Linco1n.* No obstante, ofrecióse una oportunidad en la que se puso de relieve la portentosa destreza de Ned Land, mostrando hasta qué punto se justificaba la confianza depositada en él.

El 30 de junio, a la altura de las Malvinas, la fragata comunicóse con unos balleneros norteamericanos, los que nos dijeron que no tenían noticia alguna del narval. Uno de ellos, el capitán del *Monroe*, enterado de que Ned Land se hallaba a bordo de la *Abraham Lincoln*, solicitó su ayuda para dar caza a una ballena que tenían a la vista. Accedió el comandante Farragut, deseoso de verlo manos a la obra, a que se trasladase Ned a bordo del *Monroe.* Y la suerte le fue tan favorable a nuestro canadiense que no sólo a una ballena, sino a dos arponeó, con un golpe doble, hiriendo a una de ellas en pleno corazón y apoderándose de la otra tras una persecución de unos minutos.

¡Decididamente, no apostaría yo por el monstruo si se ponía en algún momento al alcance del arpón de Ned!

La fragata bordeó la costa sudeste de América con una rapidez prodigiosa. El 3 de julio nos hallábamos frente a la entrada del estrecho de Magallanes, a la altura del cabo Vírgenes. Pero el comandante Farragut no quiso internarse en aquel sinuoso paso, prefiriendo maniobrar de manera que dobláramos el cabo de Hornos. La tripulación lo aprobó unánimemente, pues, en efecto, ¿era probable dar con el narval en la angostura del estrecho? Muchos marineros sostenían que el monstruo no podría pasar por él, "¡era demasiado voluminoso para hacerlo!"

El 6 de julio, hacia las tres de la tarde, a quince millas más al sur, la *Abraham Linco1n* dobló el islote solitario, la roca perdida en el extremo del continente americano, a la que unos marinos holandeses dieron el nombre de su ciudad natal, cabo de Hornos. Hicimos rumbo hacia el noroeste y al día siguiente la hélice de la fragata hendía por

fin las aguas del Pacífico.

-¡Ojo alerta!. ¡Ojo alerta!, repetían los marineros de la *Abraham Linco1n.*

Y los abrían desmesuradamente. No dieron un momento de reposo a los ojos ni a los catalejos, un tanto deslumbrados todos, cierto es, por la perspectiva del premio de dos mil dólares. Día y noche observaban la superficie del océano, y los nictálopes, cuya facultad de ver en la oscuridad aumentaba sus probabilidades en un cincuenta por ciento, aprovechaban de tal ventaja en la competencia por la prima.

Yo, a pesar de que el dinero no me atraía en modo alguno, no era de los menos atentos a bordo. Apenas dedicaba unos minutos a las comidas y unas horas al sueño, para permanecer constantemente en el puente del navío, indiferente al sol y a la lluvia. A ratos inclinado sobre la borda a proa, a ratos apoyado en la barandilla de popa, devoraba con mirada ávida la algodonosa estela que blanqueaba el mar hasta perderse de vista. ¡Y cuántas veces compartí la excitación de oficiales y tripulantes, cuando alguna caprichosa ballena asomaba el lomo negruzco por encima de las olas! El puente de la fragata se poblaba al instante. De las escotillas surgía una oleada de marineros Y oficiales. Cada uno de ellos, respirando corto, fija la mirada hasta ponerse turbia, observaba la marcha del cetáceo. Yo también miraba con fijeza tal como para gastarme la retina, como para quedarme ciego, mientras Consejo, siempre flemático, me repetía con tono calmoso:

-Si el señor tuviera la bondad de abrir menos los ojos, vería mucho mejor.

¡Vana emoción, sin embargo! La *Abraham Linco1n* cambiaba de ruta, se lanzaba hacia donde se había señalado el animal, que era una ballena corriente o un cachalote vulgar, y al poco rato desaparecía entre un concierto de imprecaciones.

Mientras tanto, el tiempo se mantenía favorable. El viaje transcurría en las mejores condiciones. Estábamos entonces en la mala estación austral, pues julio en esa zona corresponde al enero de Europa; pero el mar se mantenía hermoso y permitía que se observara

con claridad un amplio perímetro.

Ned Land seguía mostrando la más terca incredulidad; hasta fingía que no llevaba las miradas hacia la superficie marina fuera de sus horas de guardia, por lo menos mientras no hubiere a la vista alguna ballena. Y, sin duda, la maravillosa potencia de su visión nos hubiera sido muy útil. Pero de cada doce horas el empecinado canadiense se pasaba ocho leyendo o durmiendo en su camarote. Cien veces le he reprochado tal indiferencia.

-¡Bah!, me respondía, no hay nada, señor Aronnax, y aunque hubiera el animal que dicen, ¿qué probabilidades tenemos de encontrarlo', ¿Acaso no estamos yendo a la ventura? Aseguran que han vuelto a ver en los altos mares del Pacífico a ese animal inasequible, y quiero darlo por cierto; pero ya han transcurrido dos meses desde entonces, y si juzgamos por el temperamento que le atribuyen al narval del cuento, no le gusta criar moho en los mismos parajes. Goza de prodigiosa facilidad para cambiar de sitio. Y usted sabe mejor que yo, señor profesor, que la naturaleza no hace nada en balde y que no le daría a un animal lento de por sí la facultad de moverse rápidamente si no le fuera necesario. De manera, pues, que si el animal existe, ¡ya debe andar muy lejos!

Yo no sabía qué objetar a esto. Evidentemente, navegábamos a ciegas. ¿Acaso podíamos proceder de otro modo? Claro está que nuestras probabilidades quedaban muy limitadas. Sin embargo, nadie dudaba aún del éxito final y ningún marinero hubiera apostado a bordo contra la existencia del narval y contra un próximo encuentro con él.

El 20 de julio cortamos el trópico de Capricornio a los 105º de longitud, y el 27 del mismo mes cruzábamos el ecuador por el meridiano centésimo décimo. Una vez determinada esta situación, la fragata tomó más decididamente el rumbo hacia el oeste y se internó en las aguas centrales del Pacífico. El comandante Farragut pensaba con razón que era preferible surcar las aguas profundas y alejarse de los continentes y de las islas cuyas cercanías pareció evitar siempre el

animal, "sin duda porque no hallaba bastante agua para él", decía el contramaestre. La fragata, luego de renovar su carga de carbón, pasó a la altura de las islas Pomotú, Marquesas y Sandwich, cortó el trópico de Cáncer a los 132º de longitud y se dirigió hacia los mares de la China.

¡Nos hallábamos por fin en el escenario de los últimos retozos del monstruo! Y, por decirlo todo, ya no era vida la de a bordo. Los corazones palpitaban espantosamente y se creaban para lo porvenir incurables aneurismas. Toda la tripulación padecía una sobreexcitación nerviosa de la que yo no podría dar idea. Ya no comíamos, ni dormíamos. Veinte veces por día el error o una ilusión óptica de un marinero, inclinado en las vergas, sumíanos en intolerables dolores, y tales emociones veinte veces reiteradas nos mantenían en un estado de exaltación demasiado violento para que no produjera alguna reacción a corto plazo.

Y, en efecto, la reacción no tardó en producirse. Durante tres meses -¡tres meses de los que cada día duraba un siglo!- la *Abraham Linco1n* surcó todos los mares septentrionales del Pacífico, corriendo hacia las ballenas que se avistaban, desviándose bruscamente de la ruta, virando de repente de una amura a otra, deteniéndose de pronto, forzando el avance o dando marcha atrás, sin descanso, con riesgo de desajustar la máquina, y no dejó de explorar un solo punto desde las riberas del Japón hasta la costa americana. ¡Y nada, nada más que la inmensidad del mar desierto! ¡Nada que se asemejara a un narval gigantesco, o a un islote submarino, o a un resto de naufragio o a un escollo flotante, o a cosa alguna sobrenatural!

La reacción se produjo entonces. El desaliento invadió en primer término los ánimos, abriendo paso a la incredulidad. Un nuevo sentir reinó a bordo, compuesto de tres décimas partes de bochorno y siete décimos de irritación. La gente sentíase avergonzada por haber caído en el engaño de una fábula, pero más aún enfurecida. Las

montañas de argumentos acumulados desde hacía un año se desmoronaron a la vez, y cada cual sólo pensó en resarcirse, a las horas

de las comidas o del sueño, del tiempo malgastado tan tontamente.

Con esa mutabilidad propia del espíritu humano, se pasó de un extremo a otro. Los más ardorosos partidarios de la empresa se convirtieron fatalmente en los más empecinados detractores. La reacción subió desde el fondo del navío, de la guardia de los pañoleros hasta la cámara de oficiales, y a no mediar, por cierto, la terquedad tan particular del comandante Farragut, desde ese momento la fragata hubiera puesto en modo definitivo la proa hacia el sur.

No obstante, aquella búsqueda inútil no podía prolongarse más. La *Abraham Linco1n* no tenía nada que reprocharse, ya que había hecho cuanto le era posible por triunfar. jamás tripulación alguna de un navío de la marina norteamericana mostró tanta paciencia y tanto ardor; no cabía imputarle el fracaso. Lo único que quedaba era emprender la ruta del regreso.

Así lo indicaba una petición al comandante. El comandante se mantuvo en sus trece. Los marineros no disimularon el descontento y el servicio se resintió. No quiero decir con esto que hubo motín a bordo, aunque tras un razonable período de obstinación, el comandante Farragut, como en otros tiempos lo hiciera Colón, pidió tres días de plazo. Si en ese lapso no aparecía el monstruo, el timonel haría girar la rueda y la *Abraham Linco1n* tomaría rumbo hacia los mares europeos.

La promesa se hizo el 2 de noviembre. Su primer resultado fue el de reanimar a los tripulantes. Observaron la superficie del océano con renovada atención. Cada cual quería dirigirle el último vistazo en que se resume todo el recuerdo. Los catalejos funcionaron con actividad febril. Era el postrer desafío al gigantesco narval, y éste no podía, razonablemente, eludir aquella intimación que reclamaba su presencia.

Transcurrieron dos días. La *Abraham Linco1n* navegaba a poco vapor. Poníanse en práctica mil medios destinados a despertar la atención o azuzar la apatía del animal en caso en que estuviera por las cercanías. Enormes trozos de tocino se llevaban a remolque, con gran satisfacción de los tiburones, claro está. Los botes irradiaron en todas

direcciones alrededor de la *Abraham Lincoln,* mientras la fragata se mantenía al pairo, y no dejaron un rincón del mar sin explorarlo. Pero llegó la tarde del 4 de noviembre y seguía tan oculto como siempre aquel misterio submarino. El día siguiente, 5 de noviembre, a mediodía, vencía el plazo de rigor. Después de tomar la altura, el comandante Farragut, cumpliendo con su promesa, debía dar la orden de hacer rumbo hacia el sudeste y abandonar definitivamente las regiones septentrionales del Pacífico. Hallábase la fragata entonces a los 31º 15' de latitud norte y a los 136º 42' de longitud este. Nos separaban de las tierras del Japón menos de unas doscientas millas a sotavento. Acercábase la noche. Acababan de dar las ocho. Grandes nubes velaban el disco de la luna, entonces en cuarto creciente. El mar ondeaba apacible bajo el tajamar de la fragata.

En ese momento, yo me apoyaba en la borda de estribor, a proa. A mi lado, Consejo miraba hacia el frente. Los tripulantes encaramados en los obenques examinaban el horizonte que se achicaba y oscurecía poco a poco. Los oficiales, provistos de sus largavistas nocturnos, escudrifiaban la oscuridad creciente. A ratos, el sombrío océano brillaba al reflejo de un rayo que lanzaba la luna por el breve claro entre dos nubes. Y luego toda huella luminosa se desvanecía en las tinieblas.

Mirándolo a Consejo, noté que en el buen muchacho obraba, por poco que fuera, la influencia ambiente. Por lo menos, me pareció así. Quizás por vez primera le vibraban los nervios bajo la acción de un sentimiento de curiosidad.

-¡Ea, Consejo!, le dije. Aquí se te brinda la última ocasión de ganarte dos mil dólares.

-Permítame el señor que le diga, respondióme Consejo, que no he tenido para nada en cuenta esa prima. Bien podía el gobierno de la Unión prometer cien mil dólares, sin empobrecerse por eso.

-Tienes razón, Consejo. Ha sido una empresa tonta después de todo, en la que nos metimos con demasiado atolondramiento. ¡Cuánto tiempo perdido, cuántas emociones inútiles! Hace ya seis meses que

podíamos estar de regreso en Francia...

-¡En el departamentito de¡ señor, comentó Consejo, en el Museo del señor! ¡Y yo hubiera clasificado los fósiles del señor! ¡Y el babirusa de¡ señor estaría instalado en su jaula del Jardín zoológico, atrayendo a todos los curiosos de la capital!

-¡Es así como lo dices, Consejo, y sin contar, como imagino, que se mofarán de nosotros!

-Efectivamente, repuso con tranquilidad Consejo, creo que se burlarán del señor ¿Y, puedo decirlo...?

-Debes decirlo, Consejo.

-Pues bien, ¡merecido se lo tiene el señor!

-¿Verdaderamente?

-Cuando se tiene el honor de ser un sabio como el señor, no se expone uno...

Consejo no pudo terminar el cumplido. En medio del silencio general acababa de oírse una voz. Era la de Ned Land, quien gritaba:

-¡Hola! ¡La cosa en cuestión, a sotavento, atravesando nuestra ruta!

A TODA MÁQUINA

Al oír el grito, toda la tripulación se precipitó hacia donde estaba el arponero: el comandante, los oficiales, suboficiales de la maestranza, marineros, grumetes, incluso los ingenieros, que dejaron su máquina, y los fogoneros, que abandonaron sus fogones. La orden de parar había sido dada y la fragata sólo seguía avanzando por la velocidad adquirida.

La oscuridad era profunda entonces, y por buena que fuere la vista de] canadiense, yo me preguntaba cómo pudo ver algo y qué habría visto. Me latía el corazón hasta romperse.

Pero Ned Land no se había engañado y todos vimos el objeto que él nos señalaba con la mano.

A dos cables de la Abraham *Linco1n* por el anca de estribor, el mar parecía haberse iluminado por debajo. No se trataba de un simple fenómeno de fosforescencia, en esto nadie hubiera podido equivocarse. El monstruo, sumergido a unos cuantos metros de la superficie, proyectaba esa luminosidad intensa e inexplicable que señalaban los informes de varios capitanes. Aquella magnífica irradiación debía originarse en un agente de gran potencia luminiscente. La parte iluminada formaba en el mar un inmenso óvalo muy alargado, en cuyo centro se condensaba un foco ardiente de insoportable resplandor, que iba apagándose en gradaciones sucesivas.

-No es más que una aglomeración de moléculas fosforescentes, exclamó uno de los oficiales.

-No, señor, repliqué, convencido. Nunca emiten tanta luz los fólades o las salpes. Éste es un resplandor de naturaleza esencialmente eléctrica... Además... ¡vean, vean! ¡Cambia de lugar! ¡Se mueve hacia adelante y hacia atrás! ¡Avanza hacia nosotros!

Un clamor general se alzó en la fragata.

-¡Silencio!, ordenó el comandante Farragut. ¡A toda marcha! ¡Máquina atrás!

Los marineros se precipitaron a la cafia del timón, los ingenieros volvieron a la máquina. Se dio inmediatamente marcha atrás, y la *Abraham Lincoln*, virando a babor, describió un semicírculo.

-¡Rumbo avante! A toda máquina!, gritó el comandante Farragut.

Sus órdenes se cumplieron Sin demora y la fragata se alejó con rapidez del foco luminoso.

Digo mal. Quiso alejarse, pero aquella bestia sobrenatural se acercó con velocidad doble a la suya.

Estábamos sin aliento. El asombro, más bien que el temor, nos tenía mudos e inmóviles. El animal nos alcanzó como jugando. Dio una vuelta alrededor de la fragata, que navegaba entonces a catorce nudos, y la envolvió con sus reflejos eléctricos como con un polvo luminoso. Luego se alejó dos o tres millas dejando tras sí una estela fosforescente, como arroja al paso torbellinos de vapor la locomotora de un tren expreso. De pronto, desde la línea de horizonte el monstruo se abalanzó contra la *Abraham Linco1n* con espantosa rapidez, se detuvo bruscamente a veinte pies de su costado, apagó su luz -no por haberse sumergido, puesto que el resplandor no fue disminuyendo gradualmente, sino de golpe -como si la fuente de su brillante efluvio se hubiese agotado de repente. Al rato volvió a presentarse al otro costado del barco, ya por haber dado la vuelta en torno a él, ya por haberse deslizado por debajo del casco. A cada instante podía producirse un choque, que hubiera resultado fatal para nosotros.

En tanto, a mí me sorprendían las maniobras de la fragata. Huía y no atacaba., Era perseguida, cuando debía perseguir, y así se lo dije al comandante Farragut. En el rostro, de ordinario tan impasible, se le notaba un indefinible estupor.

-Señor Aronnax, me respondió, no alcanzo a comprender con qué formidable ser tengo que habérmelas y no quiero que corra riesgos por imprudencia mi fragata en medio de esta oscuridad. Además, ¿cómo atacaríamos a lo que nos es desconocido, cómo nos defenderíamos de él? Esperemos que aclare y entonces los papeles cambiarán.

-¿Ya no le quedan dudas, comandante, acerca de la naturaleza

del animal?

-No, señor, se trata evidentemente de un narval gigantesco y, a la vez, un narval eléctrico.

-Tal vez, añadí, cabría considerarlo como un gimnoto o un pez torpedo.

-En efecto, respondió el comandante, y si posee una potencia fulminante sería, por cierto, el más terrible animal que haya salido jamás de manos del Creador. Por eso, señor, quiero estar prevenido.

Toda la tripulación permaneció levantada durante la noche. Nadie pensaba en dormir. Al no poder competir en velocidad, la *Abraham Linco1n* moderó la marcha y se mantuvo a poca presión. Por su parte, el narval imitó a la fragata, dejándose mecer por las olas, al parecer decidido a no alejarse del campo de la lucha.

Hacia la medianoche, sin embargo, desapareció, o, mejor dicho, se "apagó" como una luciérnaga. ¿Habría huido? Era de temerse más que de esperar. Pero a la una menos siete minutos de la madrugada oímos un silbido ensordecedor semejante al que produce un chorro de agua arrojado con extremada violencia. El comandante Farragut, Ned Land y yo estábamos en ese momento en la toldilla, lanzando ávidas rniradas a través de las profundas tinieblas.

-Ned Land, preguntó el comandante, habrá oído usted a menudo el resoplido de las ballenas.

-A menudo, señor, aunque jamás de ballenas como ésta, cuya vista me trae la ganancia de dos mil dólares.

-Es cierto, tiene usted derecho a la prima. Pero, dígame, ¿no es ése el ruido que hacen los cetáceos cuando arrojan el agua por los orificios nasales?

-El mismo, señor. Sin embargo, éste es incomparablemente más fuerte. Pero no hay error posible, se trata de un cetáceo. Si usted me lo permite, señor, añadió el arponero, le diré dos palabritas mañana al amanecer.

-Si está de humor para escuchárselas, maestro Land, le dije yo con tono poco convencido.

-¡SI le tengo a cuatro largos de arpón, contestó el canadiense, tendrá que escucharme por fuerza!

-Pero para acercarse a él, repuso el comandante, ¿será preciso que ponga una ballenera a disposición de usted?

-Sin duda, señor.

-¿Significará poner en peligro la vida de mis hombres?

-¡Y la mía!, respondió sencillamente el arponero.

A eso de las dos de la madrugada volvió a aparecer el foco luminoso, no menos intenso, a barlovento. No obstante la distancia y el rumor del viento y del mar, se oían claramente los formidables coletazos del animal y hasta su respiración jadeante. Parecía que en el momento en que el enorme narval subía a la superficie para respirar, el aire se precipitara en sus pulmones como el vapor en los amplios cilindros de una máquina de dos mil caballos de fuerza.

“¡Hum!”, pensé yo. "¡Una ballena que poseyera la fuerza de un regimiento de caballería, sería una hermosa ballena!"

Nos mantuvimos alertas hasta que amaneció, apercibiéndonos para el combate. Los instrumentos de pesca estaban dispuestos a lo largo de las bordas. El segundo mandó cargar esos trabucos que arrojan un arpón a una milla de distancia y las largas escopetas de balas explosivas que causan heridas mortales hasta a las bestias más resistentes. Ned Land se había conformado con afilar el arpón, arma terrible en sus manos.

A las seis asomó el alba y con las primeras luces de la aurora desapareció el resplandor eléctrico del narval. A las siete ya era de día, pero una bruma natural muy densa encogía el horizonte y los mejores catalejos no llegaban a atravesarla. Lo que fue causa de decepción y fastidio.

Yo trepé a los masteleros de mesana. Algunos oficiales se habían encaramado hasta el tope de los mástiles.

A las ocho, la bruma rodó pesadamente sobre las olas y se levantó poco a poco en densas volutas. El horizonte se ampliaba a la vez. De pronto, como la víspera, la voz de Ned Land se dejó oír.

-¡La cosa en cuestión, a babor atrás!, gritó el arponero.

Todas las miradas se volvieron hacia el punto indicado.

Allí, a milla y media de la fragata, un largo cuerpo negruzco emergía un metro sobre las olas. La cola, violentamente agitada, producía un remolino considerable. Jamás aparato caudal alguno batió el mar con semejante potencia. Una inmensa estela de blancura deslumbrante señalaba el paso del animal y describía una curva alargada.

La fragata se acercó al cetáceo. Yo lo examiné con ánimo objetivo. Las informaciones del *Shannon* y del *Helvetia* exageraban un tanto en lo que respecta a sus dimensiones, pues Yo calculé que tendría solamente unos doscientos cincuenta pies de largo. En cuanto a la anchura me resultaba difícil apreciarla; pero, en suma, el animal me pareció de dimensiones admirablemente proporcionadas.

Mientras observaba a ese ser fenomenal, de los orificios nasales expulsó dos chorros de vapor y agua que subieron a unos cuarenta metros de alto, lo que confirmó mí opinión sobre su manera de respirar. Llegué a la conclusión definitiva de que pertenecía a la rama de los vertebrados, clase de los mamíferos, subclase de los monodelfos, grupo de los pisciformes, orden de los cetáceos, familia... Esto no me era posible decidirlo aún. El orden de los cetáceos comprende tres familias, las ballenas, los cachalotes y los delfines, y en esta última entran los narvales. Cada una de las familias se divide en varios géneros, cada género en especies, cada especie en variedades. Lo que me faltaba conocer era la variedad, la especie, el género y la familia, pero con ayuda del Cielo y del comandante Farragut no dudaba de que completaría mi clasificación.

La tripulación esperaba impaciente las órdenes del jefe. Éste, después de haber exanminado con atención al animal, hizo llamar al ingeniero. El ingeniero acudió.

-Señor, dijo el comandante, ¿hay suficiente presión?

-Sí, señor, respondió el otro.

-Bien. ¡Fuerce las calderas y dé toda la presión!

La orden fue acogida con tres hurras. Había sonado la hora del

combate. Unos instantes después, ambas chimeneas de la fragata vomitaban torrentes de humo negro y el puente se estremecía con el vibrar de las calderas.

La *Abraham Lincoln*, impulsada hacia adelante por su poderosa hélice, se dirigió en línea recta contra el animal. Éste dejó que se aproximara, indiferente, hasta un centenar de metros; luego, sin intentar sumergirse, emprendió una ligera marcha de fuga, contentándose con mantener la misma distancia.

La persecución se prolongó durante tres cuartos de hora, sin que la fragata acortara la distancia que la separaba del cetáceo. Era evidente, pues, que con esa marcha no lo alcanzaría nunca.

El comandante Farragut se retorcía rabioso el espeso puñado de pelos que le caía bajo la barbilla.

-¡Ned Land!, llamó.

El canadiense acudió a recibir órdenes.

-¿Y bien, maestro Land, le preguntó el comandante, insiste usted en que eche al mar los botes?

-No, señor, respondió Ned Land, porque esa bestia no se dejará alcanzar si no se le antoja.

-¿Qué hacer, entonces?

-Forzar la marcha, si se puede, señor. Por mi parte, con el permiso de usted, se entiende, me instalaré en el barbiquejo del bauprés y si llegamos a ponernos a tiro de arpón, arponeo.

-Vaya, Ned, respondió el comandante Farragut. ¡Ingeniero, gritó, aumente la presión!

Ned Land se dirigió a su puesto. Se avivaron los fuegos; la hélice dio cuarenta y tres revoluciones por minuto y el vapor silbó por entre las válvulas. Echóse la corredera y se comprobó que la *Abraham Linco1n* corría a razón de dieciocho millas cinco décimas por hora.

¡Durante otra hora más mantuvo la fragata la misma velocidad sin descontar unos metros! ¡Era una humillación para uno de los más veloces navíos de la marina norteamericana! Sorda irritación embargaba el ánimo de los tripulantes. Algunos marineros injuriaban al

monstruo, el que por supuesto, desafiaba contestarles. El comandante Farragut no se conformaba con retorcerse la perilla, sino que se la mordía.

Llamé otra vez al ingeniero.

-¿Alcanzó el máximo de presión?, le preguntó el comandante.

-Sí, señor, respondió el ingeniero.

-¿Y a cuánto cargan las válvulas?

-A seis atmósferas y media.

-Cárguelas a diez atmósferas.

¡Orden muy norteamericana, si las hubo! No se hubiera procedido de otro modo en el Misisipí para dejar atrás a un rival en una carrera.

-Consejo, le dije al bueno de mi servidor que estaba a mi lado, ¿sabes que probablemente estallemos?

-Como al señor le parezca, respondió Consejo.

Pues bien, he de confesarlo, no me disgustaba el riesgo en tal ocasión.

Se cargaron las válvulas. Los hornos tragaban carbón, los ventiladores enviaban torrentes de aire sobre las brasas. La velocidad de la *Abraham Linco1n* aumentó; los mástiles vibraban en las carlingas los torbellinos de humo apenas podían abrirse paso por las chimeneas demasiado estrechas.

Se echó la corredera por segunda vez.

-¿Y bien, timonel?, preguntó el comandante Farragut.

-Diecinueve millas, tres décimas, señor.

-¡Aviven los fuegos!

El ingeniero obedeció. El manómetro señaló diez atmósferas. Pero el cetáceo "caldeó" también, sin lugar a dudas, puesto que sin mayor esfuerzo alcanzó sus diecinueve millas y tres décimas.

¡Qué persecución! No, no puedo describir la emoción que hacía vibrar todo mi ser. Ned Land se hallaba en su puesto, con el arpón en la mano. Varias veces dejó el animal que nos aproximáramos.

-¡Lo alcanzamos! ¡Lo alcanzamos!, exclamaba el canadiense.

Luego, en el momento en que se disponía a lanzar el arpón, el cetáceo escurría el bulto con una rapidez que no puedo estimar a menos de treinta millas por hora. E incluso, cuando llegábamos al máximo de nuestra velocidad, ¿no se permitía burlarse de la fragata dando una vuelta alrededor de ella? Un clamor de ira surgió de todos los pechos.

A mediodía no habíamos adelantado nada con relación a la distancia que nos separaba a las ocho de la mañana. El comandante Farragut se decidió a emplear medios más efectivos.

-¡Con que este animal, dijo, corre más rápido que la *Abraham Lincoln!* Pues bien, veremos si logra distanciarse de las balas cónicas de la fragata. ¡Contramaestre, unos artilleros en la pieza de proa!

El cañón del castillo cargado al instante y apuntado disparó un tiro; pero la bala pasó a unos pies por encima del cetáceo que se mantenía a media milla.

-¡Otro más hábil!, gritó el comandante, ¡y quinientos dólares como premio al que hiera a esta condenada bestia!

Un viejo artillero de barba gris -me parece estar viéndolo-, de mirada serena y expresión fría, se aproximó al cañón, lo puso en la posición debida, apuntó despaciosamente. Una tremenda detonación estalló, acompañada de los hurras de los tripulantes.

La bala dio en el blanco, golpeó al animal, pero no en modo normal, pues deslizándose por sobre la superficie redondeada fue a perderse en el mar a dos millas de distancia.

¡Vaya, vaya!, dijo el viejo artillero, renegando, ¿estará el bribón blindado con planchas de cinco pulgadas?

-¡Maldición!, exclamó el comandante Farragut.

Reanudóse la caza y el comandante, inclinándose hacia mí, me dijo:

-¡Persistiré aunque estalle mi fragata!

-¡Sí, le contesté, y hará usted muy bien!

Cabía esperar que al animal se le agotaran las fuerzas y que no fuera tan indiferente a la fatiga como una máquina de vapor. Pero no

fue así. Transcurrieron las horas sin que mostrara señal alguna de cansancio,

Mientras tanto, es preciso decirlo en elogio de la *Abraham Lincoln*, el valiente navío luchó con infatigable tenacidad. ¡No estimo en menos de quinientos kilómetros la distancia que recorrió durante el malaventurado día del 6 de noviembre! Mas, cayó la noche y envolvió con sus sombras al encrespado océano.

En ese momento pensé que nuestra expedición terminaba en un fracaso, porque no volveríamos a ver nunca más al fabuloso animal. Me engañaba.

A eso de las diez y cincuenta minutos de la noche, reapareció la claridad eléctrica a tres millas a sotavento de la fragata, tan pura, tan intensa como la noche anterior.

El narval parecía inmóvil. Quizás fatigado por la jornada dormía, dejándose mecer por la ondulación de las olas. Había allí una oportunidad de la que el comandante Farragut resolvió sacar provecho.

Dio las órdenes pertinentes. La *Abraham Lincoin*, a poca presión, avanzó prudentemente para no despertar a su adversario. No es raro encontrar en pleno océano unas ballenas profundamente dormidas, a las que se ataca entonces con éxito, y Ned Land había arponeado a más de una durante su sueño. El canadiense volvió a ocupar su puesto, apoyándose en el bauprés. La fragata se acercó sin ruido, paró la máquina a dos cables del animal y se dejó llevar por la fuerza de inercia. Nadie respiraba a bordo. Un silencio profundo reinaba en el puente. Nos hallábamos a cien pies del foco ardiente, cuyo destello crecía y ofuscaba la vista.

En ese momento, inclinado sobre la barandilla de proa veía yo, debajo de donde estaba, a Ned Land, sujeto con una mano del brazal del bauprés, blandiendo con la otra su terrible arpón. Apenas lo separaban veinte pies del animal inmóvil.

De pronto, distendió el brazo con violencia y lanzó el arpón. Oí el choque sonoro del arma, que al parecer había tropezado con un cuerpo duro.

La claridad eléctrica se apagó de repente y dos enormes trombas de agua cayeron sobre el puente de la fragata, corrieron como un torrente de proa a popa, derribaron a los hombres, rompieron las trincas de los botes.

Un espantoso choque se produjo y, arrojado por encima de la barandilla sin haber tenido tiempo de asirme a ella, me vi precipitado al mar.

UNA BALLENA DE ESPECIE DESCONOCIDA

Aunque me sorprendiera la inesperada caída, no dejé de conservar una impresión muy neta de mis sensaciones.

En primer término me vi arrastrado a una profundidad de unos veinte pies más o menos. Yo soy buen nadador, por supuesto sin pretensiones de igualar a Byron o a Edgar Poe que fueron maestros, y la zambullida no me hizo perder la cabeza. Dos vigorosos talonazos me llevaron nuevamente a la superficie del mar.

Lo primero que hice fue buscar con la vista a la fragata. ¿Habría advertido la tripulación que yo -no me hallaba a bordo? ¿La *Abraham Linco1n* habría cambiado de rumbo? ¿El comandante Farragut no había echado alguna embarcación al mar? ¿Podía esperar que se ocuparan de mi salvamento?

Las tinieblas eran profundas. Entreví una masa negra que desaparecía hacia el este y cuyos fuegos de posición se apagaron con la distancia. Era la fragata. Me sentí perdido.

-¡Socorro! ¡Socorro!, grité nadando hacia la *Abraham Linco1n* con brazadas de desesperación.

La ropa me molestaba. El agua me la adhería al cuerpo, paralizando mis movimientos. ¡Me hundía! ¡Me sofocaba!...

-¡Socorro!

Fue el último grito que lancé. Se me llenó de agua la boca. Luché afanosamente contra la fuerza que me arrastraba al abismo.

De pronto me asió de la ropa una mano vigorosa, me sentí levantado con violencia a la superficie y oí, sí, oí estas palabras que me decían al oído:

-Si el señor quiere tener la extremada gentileza de apoyarse en mi hombro, el señor nadará con mayor soltura.

Apreté con la mano el brazo de mi fiel Consejo.

-¡Tú, exclamé, tú!

-Yo mismo, respondió Consejo, y a las órdenes, del señor.

-¿El choque te arrojó al mar al mismo tiempo que a mí?

-De ningún modo. Pero como estoy al servicio del señor, he seguido al señor.

¡Al digno mozo le parecía eso lo más natural!

-¿Y la fragata?, le pregunté.

-¡La fragata!, respondió Consejo poniéndose de espaldas, creo que el señor haría bien en no contar mucho con ella.

-¿Qué dices?

-Digo que en el momento en que me echaba al mar, escuché estos gritos de los marineros: ¡La hélice y el timón están rotos!

-¿Rotos?

-Sí, los quebraron los dientes del monstruo. Es la única avería, supongo, que tuvo la Abraham *Lincoln.* Pero, lo que es una circunstancia desdichada para nosotros, ya no tiene gobierno.

-¡Entonces, estamos perdidos!

-Puede ser, respondió tranquilamente Consejo. Sin embargo, nos quedan todavía algunas horas por delante y en algunas horas pueden hacerse muchas cosas.

La imperturbable calma de Consejo me dio ánimo. Nadé más vigorosamente; pero molesto por la ropa que me apretaba como una chapa de plomo, hallaba mucha dificultad en sostenerme a flote. Consejo lo advirtió.

-Permítame el señor que le haga un corte, dijo.

Y deslizando la hoja de un cuchillo por entre mi ropa la rasgó de arriba abajo con rápido golpe. Luego me despojó de ella en un santiamén, mientras yo nadaba por los dos.

A mi vez le presté igual servicio a Consejo, y ambos continuamos navegando uno junto al otro.

No obstante, la situación no dejaba de ser angustiosa. Quizás no hubieran notado nuestra falta y, aunque la advirtieran, la fragata no podía volver hacia nosotros con el timón desmontado. La única espe-

ranza eran los botes.

Consejo meditó fríamente basándose en esta hipótesis y trazó su plan de acuerdo con ella. ¡Asombroso temperamento! ¡El flemático mozo se sentía allí como en su casa!

Quedó, por lo tanto decidido que, siendo nuestra única probabilidad de salvamento que nos recogieran los botes de la *Abraham Lincoln,* debíamos tratar de mantenernos a la espera el mayor tiempo posible. Yo resolví entonces que ahorráramos esfuerzos a fin de no agotarlos simultáneamente, para lo cual convinimos en esto: mientras uno de nosotros se mantenía quieto, de espaldas, con los brazos cruzados y las piernas extendidas, el otro nadaría empujándolo hacia adelante. Esta función de remolcador no debía durar más de diez minutos y relevándonos así, podríamos flotar algunas horas y tal vez hasta que amaneciera.

¡Débil probabilidad! ¡Pero tan fuertemente se arraiga la esperanza en el corazón del hombre! Además éramos dos. En fin, lo afirmo aunque parezca poco creíble, ¡si hubiera intentado destruir en mi ánimo toda esperanza, si hubiese querido "desesperarme", no lo habría podido!

El choque entre la fragata y el cetáceo se produjo hacia las once de la noche, más o menos. Nos quedaban, pues, ocho horas de estar a flote hasta que saliera el sol. Operación practicable en rigor, si nos relevábamos. El mar, bastante tranquilo, nos fatigaba poco. A veces, trataba yo de atravesar con la mirada aquellas espesas tinieblas que rompía solamente la fosforescencia provocada por nuestros movimientos. Yo miraba las ondas luminosas que mi mano quebraba y cuya capa reverberante manchaban unas placas lívidas. Hubiérase dicho que estábamos sumergidos en un baño, de mercurio. A eso de la una me invadió una gran fatiga. Los miembros se me endurecían, paralizados por violentos calambres. Hubo de sostenerme Consejo, y el cuidado de nuestra conservación recayó totalmente en él. Al poco rato oí que el pobre muchacho jadeaba; la respiración se le hizo más corta y precipitada. Comprendí que no podría resistir mucho tiempo.

-¡Déjame! ¡Déjame!, le dije.

-¿Abandonar al señor? ¡Nunca!, respondió. ¡Espero ahogarme antes que el señor!

En ese momento asomó la luna por entre los desgarrones de un nubarrón que el viento arrastraba hacia el este. La superficie del mar brilló a la luz de sus rayos y esa bienhechora claridad reanimóme. Levanté la cabeza. Mis miradas vagaron por todos los puntos del horizonte. Vi a la fragata. Estaba a cinco millas de nosotros y no formaba más que una masa oscura apenas perceptible. ¡En cuanto a botes, no los había!

Quise gritar. ¿Para qué, a semejante distancia? Mis labios hinchados no dieron paso a ningún sonido. Consejo pudo articular algunas palabras y lo oí repetir en varias ocasiones:

-¡Socorro! ¡Ayuda!

Suspendimos un instante nuestros movimientos, prestando oídos. ¿Sería uno de esos zumbidos con que la presión de la sangre nos llena las orejas. Pero me pareció que otro grito hacía eco al clamor de Consejo.

-¿Has oído?, murmuré.

-¡Sí, sí!

Y Consejo lanzó al espacio con desesperación un nuevo llamado.

Esta vez, ¡no había duda posible! Una voz humana respondía a la nuestra. ¿Sería la de algún infeliz abandonado en medio del océano, alguna otra víctima del choque experimentado por el navío? ¿O, más bien, una embarcación de la fragata nos estaba llamando en la oscuridad, Consejo realizó un supremo esfuerzo y apoyándose en mi hombro, mientras yo resistía con una postrer convulsión, se irguió a medias fuera del agua, y volvió a caer agotado.

-¿Qué has visto?

-He visto..., murmuró, he visto.... ¡pero no hablemos, reservemos nuestras fuerzas!

¿Qué habría visto? Entonces, no sé por qué, el pensamiento del monstruo se me ocurrió por primera vez... Sin embargo, ¿esa voz?...

¡Ya no estamos en los tiempos en que los Jonás se refugiaban en el vientre de las ballenas!

Entre tanto, Consejo seguía llevándome a remolque. De vez en cuando levantaba la cabeza, daba un grito al que respondía una voz a cada instante más cercana. Yo la oía apenas. Las fuerzas se me acababan, los dedos se me abrían, la mano no me servía ya de punto de apoyo, la boca convulsivamente abierta se me llenaba de agua salada, el frío me entumecía. Alcé la cabeza por última vez; luego me sentí hundido en un abismo...

En ese instante, un cuerpo duro me golpeó. Me aferré a él. Después sentí que me levantaban volviéndome a la superficie del agua, y que el pecho se me liberaba de la tremenda presión. Me desvanecí.

No caben dudas de que no tardé en recobrar el sentido, gracias a vigorosas fricciones que me surcaban el cuerpo. Entreabrí los ojos...

-¡Consejo!, murmuré.

-¿El señor ha llamado?, respondió él.

En ese momento, a la última claridad de la luna que declinaba hacia el horizonte, vi una cara que no era la de Consejo y que reconocí de, inmediato.

-¡Ned!, exclamé.

-¡En persona, señor, corriendo detrás de la prima!, respondióme el canadience.

-¿Cayó usted al mar cuando chocó la fragata?

-Sí, señor profesor, pero más favorecido que ustedes pude hacer pie inmediatamente en un islote flotante.

-¿Un islote?

-O, mejor dicho, en el que usted llama narval gigantesco.

-Explíquese usted, Ned.

-Sólo que no tardé en comprender por qué no había llegado a herirlo con el arpón, que se embotó contra su piel.

-¿Por qué, Ned, por qué?

-¡Porque esa bestia, señor profesor, está constituida por planchas de acero!

Al llegar a este punto se hace preciso que coordine mis pensamientos, reavive los recuerdos, y verifique mis propios asertos. Estas últimas palabras del canadiense habían producido un cambio brusco en mi posición mental. Me levanté rápidamente en el punto más elevado del ser o del objeto semisumergido que nos servía de refugio. Tanteé con el pie: era, evidentemente, un cuerpo duro, impenetrable, y no la substancia blanda que forma la masa de los grandes mamíferos marinos. Pero ese cuerpo duro bien podía ser un caparazón óseo, semejante al de los animales antediluvianos, y quedaría yo en paz clasificando al monstruo entre los reptiles anfibios, tales como las tortugas o los caimanes. ¡Pues bien, no! El lomo negruzco que me soportaba era liso, pulido, no escamoso. Al golpearlo producía una sonoridad metálica, y por increíble que fuere, parecía, ¿qué digo?, estaba hecho de planchas ajustadas con pernos.

¡No había duda posible! El animal, el monstruo, el fenómeno de la naturaleza que tuvo intrigado al mundo científico por entero, que trastornó y extravió la imaginación de los marinos de ambos hemisferios, había que reconocerlo, resultaba un fenómeno más asombroso aún, un fenómeno debido a la mano del hombre.

Si hubiera descubierto por casualidad la existencia del ser más fabuloso, más mitológico, no se habría sorprendido tanto mi razón. Que todo prodigio provenga del Creador, es fácil aceptarlo. ¡Pero encontrar de pronto, ante los propios ojos, lo imposible misteriosa y humanamente realizado, era como para confundir el ánimo!

No había opción posible. Nos hallábamos, efectivamente, tendidos sobre una especie de embarcación submarina, cuya forma, por lo que me era dado apreciar, se asemejaba a la de un inmenso pez de acero. El parecer de Ned Land era terminante al respecto. Consejo y yo no pudimos menos que adoptarlo.

¿Entonces, dije, este aparato debe contener un mecanismo de locomoción y una tripulación que lo maneje?

-Evidentemente, respondió el arponero, y con todo, desde hace tres horas que habito esta isla flotante no he notado en ella señal algu-

na de vida.

-¿Esta embarcación no se ha movido-

-No, señor Aronnax. Se deja mecer por las olas, pero no se mueve.

-Sabemos, sin embargo, que puede desarrollar gran velocidad y como hace falta una máquina para producir esa velocidad y un mecánico para manejar la máquina, saco en conclusión que estamos salvados.

-¡Hum!, hizo Ned Land con tono dubitativo.

En ese momento y como para confirmar mi argumentación, se produjo un borboteo en la parte trasera del extraño aparato, cuyo propulsor debía ser sin duda una hélice, y se puso en movimiento. Apenas tuvimos el tiempo de aferrarnos a la parte superior que emergía unos ochenta centímetros más o menos. Felizmente la velocidad no era excesiva.

-Mientras navegue a flor de agua, murmuró Ned Land, no digo nada. ¡Pero si se le antoja sumergirse, no daría dos dólares por mi pellejo!

Transcurrió, por fin, aquella larga noche. El recuerdo impreciso que me ha quedado, no me permite evocar todas mis impresiones. Un solo detalle vuelve a mi memoria. Durante algunos momentos en que estuvieron en calma el mar y el viento, yo creí escuchar varias veces unos sonidos vagos, una especie de armonía fugitiva producida por lejanos acordes. ¿Qué misterio encerraba aquella navegación submarina, de la que el mundo entero buscaba en vano una explicación, ¿Qué seres vivían en la extraña nave? ¿Qué agente mecánico les permitía desplazarse con tan prodigiosa rapidez?

Nació el día. Las brumas matutinas nos envolvían, aunque no tardaron en disiparse. Disponíame yo a examinar atentamente el casco que formaba en la parte superior algo así como una plataforma horizontal, cuando noté que se hundía poco a poco.

¡Eh! ¡Por mil diablos!, exclamó Ned Land golpeando con el pie la chapa sonora. ¡Abran de una vez, navegantes poco hospitalarios!

Pero era difícil hacerse oír en medio de las ensordecedoras revoluciones de la hélice. Felizmente, se detuvo el movimiento de inmersión. De pronto, un rumor de herrajes corridos con violencia se oyó desde el interior de la nave. Una plancha se levantó, apareció un hombre, lanzó un grito singular y desapareció en seguida. Algunos instantes después, ocho vigorosos mocetones, de rostro cubierto, se presentaron calladamente y nos arrastraron dentro de la formidable máquina.

Este rapto, realizado tan brutalmente, se desarrolló con la rapidez de un rayo. Mis compañeros y yo no tuvimos tiempo de advertir lo que nos pasaba. Yo no sé lo que sintieron ellos al verse metidos en aquella prisión flotante, pero a mí un rápido escalofrío me heló la epidermis. ¿Con quién tendríamos que vérnoslas? Sin duda, con algunos piratas de nuevo cuño, que explotaban el mar a su manera.

Apenas se cerró detrás de mí la estrecha compuerta, me envolvió profunda oscuridad. Mis ojos impregnados de la luz exterior no distinguían cosa alguna. Sentí que mis pies descalzos se prendían de los peldaños de una escala de hierro. Ned Land y Consejo, asidos fuertemente, me seguían. Al pie de la escalera se abrió una puerta que volvió a cerrarse de inmediato detrás de nosotros con resonancia estrepitosa. Estábamos solos. ¿Dónde? No podía decirlo, apenas imaginarlo. Todo estaba oscuro, pero en oscuridad tan completa que ni después de algunos minutos pudieron percibir mis ojos uno de esos reflejos imprecisos que flotan en las noches más profundas.

Entre tanto, Ned Land, enfurecido por ese modo de proceder, daba rienda suelta a su indignación.

-¡Por mil diablos!, exclamaba!, ¡Esta gente puede darles lecciones a los caledonios en materia de hospitalidad! ¡Sólo les falta ser antropófagos! Cosa que no me sorprendería, pero declaro que no me comerán sin que proteste.

-Cálmese, amigo Ned, cálmese, le dijo tranquilamente Consejo. No se irrite antes de tiempo. ¡Todavía no estamos en el asador!

-¡En el asador, no, respondió el canadiense, pero en el horno con

seguridad! Esto está muy oscuro. Felizmente no he perdido mi machete y veo lo bastante como para usarlo. Al primero de estos bandidos que me ponga la mano encima...

-No se encolerice, Ned, díjele entonces al arponero, y no nos comprometa con inútiles violencias. ¡Quién sabe si no nos están escuchando! Tratemos, más bien, de saber dónde estamos.

Avancé tanteando. A los cinco pasos di con una muralla de hierro de placas empernadas. Luego, volviendo, tropecé con una mesa de madera, junto a la cual había dispuestos varios escabeles. El piso de esa prisión se disimulaba con una espesa capa de formio que apagaba el rumor de los pasos. Los muros no revelaban huellas de puerta ni ventanas. Consejo dando una vuelta en sentido opuesto se encontró conmigo y volvimos al centro de ese camarote que debía tener veinte pies de largo por diez de ancho. En cuanto a la altura, Ned Land, pese a su alta estatura, no alcanzó a, medirla.

Había transcurrido ya una media hora sin que la situación variara cuando de la extremada oscuridad pasaron mis ojos de pronto a la más resplandeciente luz. Se iluminó nuestra prisión de súbito, es decir, se llenó de una materia luminosa tan viva que no pude en el primer momento soportarla. Por su blancura e intensidad reconocí la iluminación eléctrica que producía en torno al barco submarino un magnífico fenómeno de fosforescencia. Tras haber cerrado instintivamente los ojos, volví a abrirlos y vi que el agente luminoso manaba de un medio globo esmerilado que sobresalía en la parte superior del camarote.

-¡Por fin se ve claro!, exclamó Ned Land, quien cuchillo en mano se mantenía a la defensiva.

-Sí, le respondí aventurando una antítesis, pero la situación no es menos oscura.

-Tenga paciencia el señor, dijo el impasible Consejo.

La repentina iluminación del camarote me permitió examinarlo en los menores detalles. No contenía sino la mesa y los cinco escabeles. La puerta, invisible, debía cerrar herméticamente. Ningún tumor llegaba a nuestros oídos. Todo parecía muerto en el interior de

aquella embarcación. ¿Estaba navegando, o se mantenía en la superficie del océano, o se hundía en sus profundidades? No lo adivinaba.

No obstante, aquel globo luminoso no se había encendido sin motivo. Yo esperaba, pues, que los tripulantes no tardasen en mostrarse. Porque cuando se desea sumir en el olvido a los presos, no se les iluminan las mazmorras.

No andaba yo engañado. Se oyó ruido de cerrojos, abrióse la puerta, se presentaron dos hombres.

Uno de ellos era bajo, musculoso, ancho de espaldas, de miembros robustos, cabeza grande, mirada viva Y penetrante, y, en toda su persona se advertía esa vivacidad que en. Francia caracteriza a las poblaciones provenzales. Diderot sostuvo con razón que el gesto del hombre es metafórico, índice de su carácter, y el hombrecillo era, por cierto, una prueba manifiesta de ello. Se presentía que su lenguaje habitual debía prodigar las prosopopevas, las metonimias y las sinécdoques. Lo que, por otra parte, no tuve ocasión de verificar, pues siempre usó en mi presencia un idioma singular, totalmente incomprensible.

El segundo desconocido merece más detenida descripción. Un discípulo de Gratiolet o de Engel hubiera leído en su rostro como en un libro abierto. Yo reconocí sin la menor vacilación sus cualidades dominantes: la confianza en sí mismo, pues la cabeza se destacaba nobIemente del arco formado por la línea de los hombros y los ojos negros miraban con fría seguridad; la serenidad, pues la piel, más bien pálida que sonrosada, anunciaba sangre tranquila de circulación regular; la energía, demostrada por la rápida contracción de los músculos superciliares; el valor, en fin, porque su hondo respirar manifestaba gran fuerza vital.

Añadiré que era hombre altivo, que su mirar firme y tranquilo parecía reflejar hondos pensamientos, y que de todo el conjunto, de la homogeneidad de expresiones entre los movimientos del cuerpo y los del rostro, de acuerdo con las observaciones de los fisonomistas resultaba una indiscutible franqueza.

Me sentí "involuntariamente" tranquilizado en su presencia y saqué buen augurio de nuestra entrevista.

¿Tenía ese personaje treinta y cinco años o cincuenta? No habría yo podido precisarlo. La estatua alta, la frente despejada, la nariz recta, la boca netamente dibujada, la dentadura magnífica, ¡las manos finas, alargadas, eminentemente "psíquicas" para decirlo con un término propio de la quirognomía, esto es, dignas de servir a un alma apasionada. El hombre constituía, por cierto, el tipo más admirable que hubiera yo encontrado en mi vida. Detalle particular, los ojos, un tanto separados uno de otro, podían abarcar simultáneamente casi un cuarto del horizonte. Esta facultad -como me fue dado verificarlo más tarde se combinaba con un alcance de la visión aún mayor que la de Ned Land. Cuando ese desconocido fijaba la vista en un objeto, la línea de las cejas se le fruncía, los anchos párpados se aproximaban de manera que circunscribían el campo de las pupilas y reducían la extensión del horizonte visual. ¡Y miraba! ¡Qué vista la suya! ¡Cómo agrandaba los objetos empequeñecidos por la lejanía! ¡Cómo lo calaba a uno hasta el alma! ¡Cómo perforaba esas capas líquidas, tan opacas para nuestros ojos, y como leía en lo más profundo de los mares!

Ambos desconocidos, cubiertos con unas boinas de piel de nutria marina y calzados con botas de mar hechas de piel de foca, llevaban ropas de una tela especial, que sentaban bien sin molestar la perfecta libertad de los movimientos.

El más alto de los dos -evidentemente el jefe de a bordo- nos examinó con suma atención y no pronunció una palabra. Luego, volviéndose hacia su compañero, conversó con él en una lengua que no pude reconocer. Era un idioma sonoro, armonioso, flexible, cuyas vocales parecían tener una acentuación muy variada.

El otro respondió encogiéndose de hombros y dijo dos o tres palabras totalmente incomprensibles. Luego pareció dirigirme una interrogación directa.

Le respondí en buen francés que no entendía su lenguaje; pero no dio señales de comprenderme y la situación se tomó embarazosa.

-Siga el señor contándoles nuestra historia, me dijo Consejo. ¡Tal vez estos señores puedan pescar, al vuelo algunas palabras!

Volví a reanudar el relato de nuestras aventuras, pronunciando nítidamente las sílabas v sin omitir detalle alguno. Dije cuáles eran nuestros nombres y condición, presentándome como el profesor Aronnax, en compañía de su criado Consejo y de Ned Land, arponero de profesión.

El hombre de mirada suave y serena me escuchó tranquilamente, hasta con disposición cortés y con notable atención. Pero nada indicó en su fisonomía que hubiera comprendido mi historia. Cuando le hube dado término, no pronunció una palabra.

Quedaba el recurso de hablarle en inglés. Quizás nos haríamos entender en esa lengua que es casi de uso universal. Yo la sabía, lo mismo que el alemán, de manera suficiente como para leerla de corrido, pero no para hablarla con corrección. Y acá se trataba sobre todo de que nos comprendieran bien.

-Vamos, a usted le toca, le dije al arponero. Inténtelo usted, maestro Land, luzca el mejor inglés que haya hablado jamás un anglosajón y trate de ser más afortunado que yo.

Ned no se hizo de rogar y volvió a repetir mi relato en una forma que yo casi alcancé a comprender enteramente. El fondo era el mismo, pero la forma difirió: el canadiense, arrastrado por su modo de ser, le agregó mucha animación. Se quejó en tono violento de que lo tuvieran preso con mengua del derecho de gentes, preguntó en virtud de qué ley se lo retenía así, invocó el *habeas corpus,* amenazó con perseguir judicialmente a los que lo tenían secuestrado, se agitó, gesticuló, gritó y, por fin, dio a entender mediante expresivo ademán que nos moríamos de hambre.

Lo que era verdaderamente cierto, aunque casi lo teníamos olvidado.

Con hondo estupor de su parte, el arponero no había conseguido al parecer que lo entendieran más que lo que a mí me habían, entendido. Nuestros interlocutores ni pestañearon. Era evidente que no en-

tendían la lengua de Arago ni la de Faraday.

Me sentí muy confuso después de haber agotado en vano nuestros recursos filológicos y no sabía ya qué resolver, cuando Consejo me dijo:

-Si el señor me autoriza, contaré el asunto en alemán.

-¿Cómo? ¿Sabes tú el alemán?

-Como un flamenco, si al señor no le disgusta.

-Al contrario, me encanta. Habla, muchacho.

Y Consejo, con voz calmosa, refirió por tercera vez las diversas peripecias de nuestra historia. Sin embargo, pese a los elegantes giros y a la clara pronunciación del narrador, la lengua alemana tampoco alcanzó éxito alguno.

Al fin, apurados ya todos los medios, apelé a los lejanos recuerdos de mis primeros estudios e intenté narrar nuestras aventuras en latín. Cicerón se hubiera tapado los oídos y me hubiera enviado a la cocina. Sin embargo, conseguí salir del paso, pero con igual resultado negativo.

Definitivamente fracasada esta última tentativa, los dos desconocidos intercambiaron algunas palabras en su incomprensible lenguaje y se retiraron, sin dirigirnos siquiera uno de esos ademanes tranquilizadores que son corrientes en todos los países del mundo. La puerta se cerró tras ellos.

-¡Es una infamia!, exclamó Ned Land, estallando por vigésima vez. ¡Cómo! ¡Les hablamos a estos pillos en francés, inglés, alemán, latín, y no hay uno que tenga la cortesía de contestar!

-Cálmese, Ned, le dije al ardiente arponero, la cólera no nos conducirá a ninguna parte.

-Pero, ¿sabe, usted, señor profesor, prosiguió nuestro iracundo compañero, que podemos muy bien morirnos de hambre en esta jaula de hierro?

-¡Bah!, dijo Consejo con filosofía, ¡todavía podremos aguantar largo rato!

-Amigos, añadí yo, no es visto en otras circunstancias peores. Les

pido que me den el gusto de esperar antes de formarse una opinión sobre el comandante y la tripulación de esta nave.

-Yo tengo opinión hecha, respondió Ned Land. Son unos bribones...

-¡Vaya! ¿Y de qué país?

-¡Del país de los bribones!

-Mi buen amigo Ned, ese país no figura aún señalado en el mapamundi y confieso que la nacionalidad de esos dos desconocidos es difícil de determinar. Que no son ingleses, ni franceses, ni alemanes, es cuanto podemos afirmar. No obstante, me atrevería a decir que el comandante y su segundo nacieron en latitudes de zonas templadas. Hay algo de meridional en ellos. ¿Acaso españoles, turcos, árabes, hindúes? El tipo físico no me permite discernirlo. En cuanto al lenguaje que emplean me es enteramente incomprensible.

-Ése es el inconveniente de no saber todos los idiomas, replicó Consejo, o la desventaja de que no exista una lengua única.

-¡Lo que no serviría para nada!, comentó Ned Land. ¿No ven que esta gente tiene un lenguaje propio, un lenguaje que inventaron para desesperar a los pobres que les pidan comida? ¿Acaso en todos los países de la tierra abrir la boca, mover las mandíbulas, hacer como que se pilla con los dientes y los labios llevando la mano hacia ellos, no tiene clarísimo significado? ¿No se entiende tanto en Quebec como en Pomotou, en París como en las antípodas, que quiere decir: Tengo hambre, deme usted de comer?

-¡Oh!, dijo Consejo, ¡hay personas tan poco inteligentes!

No bien terminó de decirlo, se abrió la puerta. Un camarero entró. Nos traía ropa, chaquetas y pantalones de mar, confeccionados con una tela cuya naturaleza no reconocí. Me apresuré a vestirme, en lo que me imitaron mis compañeros.

Mientras tanto, el camarero -mudo y quizás sordo también- había tendido la mesa, colocando en ella tres cubiertos.

-Esto va en serio, dijo Consejo, y parece buen anuncio.

-¡Bah!, respondió el rencoroso arponero. ¿Qué diablos quiere us-

ted que se coma aquí? ¡Hígado de tortuga, filete de tiburón, bistec de perro de mar!

-¡Ya lo veremos!, dijo Consejo.

Las fuentes, cubiertas con sus respectivas campanas de plata quedaron simétricamente colocadas sobre el mantel y nos sentamos a la mesa. No cabía duda de que se trataba de gente civilizada, y a no ser por la luz eléctrica que nos iluminaba yo habría creído estar en el comedor del hotel Adelphi, de Liverpool, o en el Grand-Hôtel, de París. Debo decir, sin embargo, que el pan y el vino brillaron por su ausencia. El agua era fresca y límpida, pero era agua, lo que no fue muy de agrado de Ned Land. Entre los manjares que nos sirvieron reconocí pescados delicadamente aderezados; pero sobre ciertos platos, excelentes por lo demás, no pude determinar a qué reino, vegetal o animal, pertenecía su contenido. En cuanto a la vajilla era elegante y de perfecto buen gusto. Cada utensilio, cucharas, tenedor, cuchillo, plato, llevaba una letra rodeada de una divisa, de las que es éste exacto *fac-simile:*

MOBILIS
N
IN MOBILI

¡Móvil en el elemento móvil! Divisa que convenía perfectamente a este aparato submarino, siempre que se tradujese la preposición *in* por *dentro* y no por *sobre.* ¡La letra N representaba sin duda la inicial del nombre del enigmático personaje que mandaba en el fondo de los mares!

Ned y Consejo no meditaban tanto. Devoraban la comida y yo no tardé en hacer como ellos. Por lo demás, me sentía tranquilizado en cuanto a nuestra suerte y me parecía evidente que nuestros huéspedes no tenían intenciones de dejarnos morir de inanición.

Mientras tanto, como todo halla un término en este mundo, todo pasa, incluso el hambre de quienes no habían probado bocado desde hacía quince horas. Satisfecho el apetito, nos entró imperiosamente el

deseo de dormir, reacción muy natural tras una interminable noche durante la cual estuvimos luchando con la muerte.

-¡A fe que no me vendría mal dormir un rato!, exclamó Consejo.

-¡Yo ya estoy dormido!, respondió Ned Land.

Mis dos compañeros se tendieron sobre la alfombra del camarote y pronto se sumieron en profundo sueño.

Por mi parte, cedí menos fácilmente a esa violenta necesidad de dormir. ¡Demasiados pensamientos se me acumulaban en la mente, demasiados problemas insolubles la apremiaban, demasiadas imágenes manteníanme entreabiertos los párpados! ¿Dónde estábamos? ¿Qué extraño poder nos arrebataba? Notaba yo -o, más bien, creí notar- que el aparato se hundía en las capas más remotas del mar. Tremendas pesadillas me obsesionaban. ¡Entreveía en misteriosos asilos todo un mundo de animales desconocidos, de los que este barco submarino era el congénere viviente, movedizo, formidable, como ellos!... Luego, se me calmó el cerebro, la imaginación se desvaneció en vaga somnolencia v al poco rato caí en mustio sueño.

LAS IRAS DE NED LAND

Cuánto duró ese sueño, lo ignoro; pero debió de ser largo, pues nos repuso completamente de nuestras fatigas. Fui el primero en despertarme. Mis compañeros no se habían movido aún y permanecían tendidos en su rincón como masas inertes.

Apenas me levanté de esa cama bastante dura, sentí despejada la mente, claro el sentido. Reanudé, entonces, el examen atento de nuestra celda. Nada había cambiado en sus disposiciones interiores. La prisión seguía siendo prisión y los prisioneros, prisioneros. Sin embargo, mientras dormíamos, el camarero había levantado la mesa. No existían, pues, señales de alguna próxima modificación de ese estado y yo me preguntaba, no sin inquietud, si estaríamos destinados a vivir indefinidamente en aquella jaula.

Tal perspectiva me pareció tanto mas penosa cuanto sentía una extraña opresión en el pecho pese a tener libre el cerebro de las obsesiones de la víspera. Respiraba con dificultad. El aire pesado no bastaba ya al funcionamiento de los pulmones. Aunque la celda era grande, resultaba evidente que habíamos consumido en gran parte el oxígeno que contenía. En efecto, cada hombre agota en una hora el oxígeno de cien litros de aire y este aire, cargado entonces de una cantidad casi igual de ácido carbónico, se hace irrespirable.

Imponíase, pues, con urgencia renovar la atmósfera de nuestra prisión y, sin duda también, la atmósfera de la embarcación submarina. Aquí se me planteaba un problema. ¿Cómo procedía el comandante de esta vivienda flotante? ¿Obtenía el aire por medios químicos, liberando por el calor el oxígeno contenido en el clorato de potasio y absorbiendo el ácido carbónico en la potasa cáustica? En tal caso, debía de haber conservado algún vínculo con los continentes para procurarse las materias necesarias. ¿O se limitaría sólo a almacenar el aire bajo altas presiones en depósitos y luego a repartirlo según las necesidades de su tripulación? Quizás. ¿O usando de un procedimiento más

cómodo, más económico, Y por consiguiente más probable, se conformaría con volver a la superficie del mar para respirar, como un cetáceo, y renovar cada veinticuatro horas la provisión de atmósfera? Sea lo que fuere y con cualquier método empleado, me parecía prudente que se procediera sin demora.

En efecto, veíame ya obligado a multiplicar las inspiraciones para extraer de aquella celda el poco oxígeno que quedaba, cuando de pronto me refrescó una corriente de aire puro y perfumado de emanaciones salinas. ¡Era la brisa de mar, vivificante, cargada de yodo!

Abrí mucho la boca y saturé los pulmones de frescas moléculas. Al mismo tiempo, percibí un balanceo, un movimiento de poca amplitud, pero perfectamente sensibles El barco, el monstruo de acero laminado, acababa evidentemente de subir a la superficie del océano para respirar a la manera de las ballenas. El modo de ventilación del navío quedaba, pues, claramente descubierto.

Cuando hube absorbido a plenos pulmones ese aire puro, busqué el conducto, el "aerífero" si se quiere, que permitía el paso hasta nosotros del bienhechor efluvio, y no tardé en encontrarlo. Encima de la puerta se abría un orificio de ventilación que dejaba pasar una fresca columna de aire, por la que se renovaba la empobrecida atmósfera de la celda.

En eso estaba de mis observaciones, cuando Ned y Consejo despertaron casi al mismo tiempo, bajo la acción vivificadora del cambio de aire. Se frotaron los ojos y desperezándose se pusieron de pie al instante.

-¿Durmió bien el señor?, me preguntó Consejo con su amabilidad cotidiana.

-Muy bien, muchacho, respondíle. ¿Y usted, maestro Land?

-Profundamente, señor profesor. ¿No sé si me engaño, me parece respirar una brisa marina?

A un marino no podía pasarle inadvertido. Le conté al canadiense lo que había pasado mientras dormía.

-¡Bueno!, dijo. Así se explican claramente los mugidos que oía-

mos cuando el supuesto narval se hallaba a la vista de la *Abraham Lincoln.*

-No hay, duda, maestro Land, era su modo de respirar.

-Lo que ocurre, señor Aronnax, es que no tengo la menor idea de la hora que es, a menos que sea la hora de la cena...

¿La hora de la cena, mi estimado arponero? Diga usted, más bien, la hora del almuerzo, pues estamos ya en otro día.

-Lo que demuestra, comentó Consejo, que hemos dormido veinticuatro horas.

-Así lo creo yo también, dije.

-No lo contradigo, repuso Ned Land. Pero sea cena o almuerzo, sería bienvenido el camarero que nos trajera uno u otro.

-Uno y otro, dijo Consejo.

-Justo, respondió el canadiense. Tenemos derecho a dos comidas y, por mi parte, estoy dispuesto a hacer honor a ambas.

-Pues bien, Ned, esperemos, dije yo. Es evidente que estos desconocidos no alientan el propósito de dejarnos morir de hambre, pues en tal caso la comida de ayer no hubiera tenido sentido.

-¡A menos que sea para cebarnos!, replicó Ned.

-Protesto, le dije. ¡No hemos caído en manos de caníbales!

-Una vez no hace costumbre, respondió seriamente el canadiense. ¡Quién sabe si esta gente no está privada desde hace mucho de carne fresca!, y en tal caso, tres hombres sanos y bien conformados, como el señor profesor, su criado y yo...

-Deseche esas ideas, maestro Land, le repliqué al arponero, y, sobre todo, no se apoye en ellas para irritarse contra nuestros huéspedes, con lo que no haría más que agravar la situación.

-¡En todo caso, dijo el arponero, yo tengo un hambre de todos los demonios y, sea cena o almuerzo, la comida no llega!

-Maestro Land, repliqué, es preciso conformarse con el reglamento de a bordo y supongo que nuestro estómago se adelanta a la campana del cocinero.

-Pues bien; lo pondremos a hora, dijo tranquilamente Consejo.

-Lo reconozco en eso, amigo Consejo, respondió el impaciente canadiense. ¡Usted hace poco uso de su bilis y de sus nervios! ¡Siempre calmoso! Usted es capaz de entonar las gracias antes del benedicite y de morirse de hambre antes que quejarse.

-¿Para qué serviría?, preguntó Consejo.

-¡Serviría como desahogo! Y esto ya es algo. Y si estos piratas, digo piratas por respeto y por no contrariar al señor profesor que no quiere que los llamemos caníbales, si estos piratas se figuran que van a tenerme en esta jaula donde me ahogo, sin oír los juramentos con que sazono mis arrebatos, se engañan de medio a medio. ¿Cree usted que nos tendrán encerrados mucho tiempo en esta caja de hierro?

-A decir verdad, no sé mucho más que usted, amigo Land.

-Pero, en fin, ¿qué supone?

-Supongo que la casualidad nos hizo descubrir un secreto importante. Ahora bien, si los tripulantes de esta nave tienen interés en ocultarlo, y si tal interés pesa más en su ánimo que la vida de tres hombres, creo que nuestra existencia se halla muy comprometida. En caso contrario, aprovecharán de la primera oportunidad para que el monstruo que nos ha engullido nos devuelva al mundo habitado por nuestros semejantes...

-A menos que nos alisten en la tripulación, dijo Consejo y nos retengan de ese modo...

-Hasta el momento, replicó Ned Land, en que alguna fragata más rápida o más hábil que la *Abraham Linco1n* se apodere de este nido de forajidos y ponga a la tripulación con nosotros a respirar por última vez en la verga del palo mayor.

-Bien razonado, maestro Land, repuse, pero que yo sepa aún no nos han propuesto nada a ese respecto. Es inútil, pues, discutir el partido que debemos tomar llegado el caso. Le repito, esperemos, y no hagamos nada, puesto que no hay nada que hacer.

Al contrario, señor profesor, respondió el arponero que no quería dar su brazo a torcer, hay que hacer algo.

-¿Por ejemplo, qué, maestro Land?

-Escaparnos.

-Escapar de una prisión "terrestre" no es a menudo cosa fácil; de una prisión submarina, me parece absolutamente impracticable.

-Vamos, amigo Ned, preguntó Consejo, ¿qué responde usted a la objeción del señor? ¡No puedo creer que un americano se encuentre nunca falto de recursos!

El arponero, visiblemente confundido, callaba. Una fuga en las condiciones en que el azal nos había puesto era totalmente imposible.

Pero un canadiense es a medias francés y maestro Land lo demostró con su respuesta:

-¿De modo que, señor Aronnax, repuso después de unos instantes de reflexión, no ve usted lo que deben hacer aquellos que no pueden escaparse de su prisión?

-No, amigo mío.

-Es muy sencillo, sólo tienen que arreglarse de modo que queden en ella.

¡Claro!, dijo Consejo. Más vale estar adentro que arriba o abajo.

-Sí, pero después de haber arrojado afuera a los carceleros, llaveros y guardias, añadió Ned Land.

-¿Qué? Ned, ¿acaso piensa seriamente en apoderarse de esta nave?

-Muy seriamente, respondió el canadiense.

-Es imposible.

-¿Por qué, señor? Puede presentarse alguna circunstancia favorable y no veo qué podría impedirnos aprovechar de ella. ¡Si no hay más que unos veinte hombres a bordo de esta máquina, supongo que no harán retroceder a dos franceses y un canadiense!

Valía más admitir la propuesta del arponero que discutirla, por lo que me contenté con responderle:

-Esperemos que se presenten las circunstancias y entonces veremos. Pero hasta entonces le ruego que domine su impaciencia. No podemos obrar sino con astucia y no es llevándolo todo por delante como hará usted aparecer la oportunidad favorable. Prométame, pues,

que aceptará la situación sin irritarse demasiado.

-Lo prometo, señor profesor, respondió Ned Land con tono poco tranquilizador. Ni una palabra violenta saldrá de mis labios, ningún ademán brusco me traicionará, aun cuando el servicio de mesa no se realice con la regularidad deseable.

-Tengo su palabra, Ned, respondíle al canadiense.

Luego se interrumpió la conversación y cada uno de nosotros se dedicó a meditar para sí. He de confesar que por mi parte, y no obstante el tono seguro del arponero, no me forjaba ninguna ilusión. No creía en las circunstancias favorables que había mencionado Ned Land. Para sus maniobras tan precisas, la nave submarina requería una tripulación numerosa y, por lo tanto, en caso de lucha, tendríamos que enfrentarnos con fuerzas superiores. Además, era menester, ante todo, vernos libres y nosotros no lo estábamos. Ni siquiera concebía yo medio alguno de salir de aquella celda de acero tan herméticamente cerrada. Y por poco que el extraño comandante de la nave desease guardar su secreto -lo que por lo menos parecía probable-, no nos permitiría actuar con libertad a bordo. Ahora bien, ¿se libraría de nosotros por medios violentos, o nos arrojaría algún día en un rincón de la tierra? Ahí estaba la incógnita. Todas estas hipótesis me parecían sumamente razonables y era preciso ser arponero para confiar en que reconquistaría la libertad.

Me di cuenta de que las ideas de Ned Land iban agriándose con las reflexiones que le bullían en el cerebro. Ola poco a poco los juramentos que profería para sí y veía que sus ademanes volvían a ser amenazadores. Se levantaba, daba vueltas como una fiera enjaulada, daba puntapiés y puñetazos en las paredes. Además, el tiempo pasaba, el hambre nos atenaceaba con cruel insistencia, el camarero no se presentaba y todo esto era olvidar demasiado prolongadamente nuestra situación de náufragos, si en verdad alentaban buenas intenciones para con nosotros.

Ned Land, atormentado por los retortijones de su estómago exigente, enojábase cada vez más y, pese a la palabra empeñada, yo temí

que explotara de veras cuando se hallase en presencia de un hombre de a bordo.

Durante dos horas más la ira del canadiense fue en aumento. Llamaba, clamaba, pero en vano. Los muros de acero laminado eran sordos. Yo no oía ni un rumor dentro de aquella nave, que parecía muerta. No se movía, pues evidentemente yo hubiera notado el vibrar del casco con el impulso de la hélice. Hundida, sin duda, en el abismo de las aguas, ya no pertenecía.a la tierra. El lóbrego silencio reinante espantaba.

En cuanto al abandono en que nos tenían, al aislamiento en que nos hallábamos en el fondo de nuestra celda, no me atrevía a pensar cuánto duraría. Las esperanzas que había concebido después de la entrevista con el comandante se desvanecían poco a poco. La dulzura de la mirada de ese hombre, la expresión generosa de su fisonomía, la nobleza de su porte todo desaparecía de mi recuerdo. Yo veía al enigmático personaje tal como debía ser necesariamente en la realidad, despiadado, cruel. Me parecía que se hallaba fuera de la humanidad, inaccesible a todo sentimiento compasivo, implacable enemigo de sus semejantes, a los que sin duda profesaba odio imperecedero.

¿Pero nos dejaría ese hombre perecer de inanición, encerrados en estrecha cárcel, librados a las horribles tentaciones a que incita el cruel imperio del hambre? Tan espantoso pensamiento alcanzó en mi ánimo una intensidad terrible, y, con ayuda de la imaginación, me sentí dominado por un pavor insensato. Consejo permanecía impasible. Ned Land rugía.

En ese momento se oyó un ruido afuera. Resonaron pasos en el piso metálico, jugaron las llaves en el pestillo de las cerraduras, abrióse la puerta y asomó por ella el camarero.

Antes que yo pudiera insinuar un movimiento para impedírselo, el canadiense se había precipitado sobre el infeliz, lo había derribado y lo tenía agarrado del cuello. El camarero se sofocaba bajo su mano poderosa.

Consejo intentaba ya retirar de las garras del arponero a la víc-

tima semiahogada y yo me disponía a unir mis esfuerzos a los suyos, cuando, súbitamente, quedé como clavado en mi sitio ante estas palabras pronunciadas en francés:

-Cálmese usted, maestro Land, usted, señor profesor, tenga la bondad de escucharme.

EL HOMBRE DE LAS AGUAS

Era el comandante de a bordo el que así hablaba.

Ante esas palabras, Ned Land se levantó al instante. El camarero, casi estrangulado, a una señal de su amo salió tambaleándose, y era tal el ascendiente del comandante a bordo que ni un gesto reveló el resentimiento que debía sentir ese hombre contra el canadiense. Consejo, interesado a pesar suyo, yo estupefacto, esperábamos en silencio el desenlace de la escena.

El comandante apoyado en un ángulo de la mesa con los brazos cruzados, nos miraba muy atentamente. ¿Vacilaba en hablar? ¿Lamentaba haber pronunciado en francés aquellas palabras? Podía creerse que así fuera.

Después de algunos instantes de silencio que ninguno de nosotros pensó en interrumpir, dijo con voz tranquila y penetrante:

-Señores, hablo igualmente el francés, el inglés, el alemán y el latín. Hubiera podido, pues, responderles desde nuestra primera entrevista, pero quise antes conocerlos y reflexionar luego. El cuádruple relato que me hicieron, en todo semejante en el fondo, me comprobó la identidad de ustedes. Sé ahora que la casualidad ha traído a mi presencia al señor Pedro Aronnax, profesor de historia natural en el Museo de París, encargado de una misión científica en el extranjero, junto con Consejo, su criado, y Ned Land, de origen canadiense, que se desempeñaba como arponero a bordo de la fragata *Abraham Lincoln*, de la marina de guerra de Estados Unidos de América. Creo que ésos son los antecedentes de ustedes.

Yo me incliné asintiendo. No era una pregunta del comandante, por lo que no tenía que darle respuesta alguna. El hombre se expresaba con perfecta soltura, sin entonación particular en las palabras. La dicción era clara, los términos precisos, la facilidad de elocución notable.

Y sin embargo, yo no "sentía" en él a un compatriota.

Reanudó la conversación, diciendo:

-Habrá usted pensado, señor, sin duda, que me demoraba en hacerles esta segunda visita. Es que, una vez conocida la identidad de ustedes, yo quería pesar cuidadosamente lo que debía resolver. He vacilado mucho. Enojosas circunstancias los han puesto en presencia de un hombre que rompió todo vínculo con la humanidad. Ustedes han venido a perturbar mi vida...

-Involuntariamente, dije.

-¿Involuntariamente?, respondió el desconocido forzando un poco la voz. ¿Acaso involuntariamente me persigue la *Abraham Linco1n* por todos los mares? ¿Involuntariamente tomaron pasaje a bordo de esa fragata? ¿Involuntariamente rebotaron sus balas en el casco de mi nave? ¿Involuntariamente la ha golpeado el maestro Ned Land con su arpón?

Percibí en aquellas palabras una irritación contenida. Pero en respuesta a sus recriminaciones yo tenía algo que decir, muy natural, y lo dije:

-Señor, usted ignora, tal vez, las discusiones que ha provocado en América y en Europa. Usted no sabe que diversos accidentes causados por choques con su aparato submarino conmovieron a la opinión pública de ambos continentes. Paso por alto las innumerables hipótesis con que se intentaba explicar el inexplicable fenómeno cuya razón usted solo conocía. Pero ha de saber usted que al perseguirlo hasta los altos mares del Pacífico, la *Abraham Linco1n* creía ir a la caza de algún poderoso monstruo marino que era preciso eliminar a todo precio del océano.

Un asomo de sonrisa distendió los labios del comandante; luego, con tono calmoso respondió:

-¿Se atrevería usted a afirmar, señor Aronnax, que su fragata no hubiera perseguido y cañoneado a un barco submarino lo mismo que a un monstruo?

La pregunta me dejó confuso, pues ciertamente el comandante Farragut no habría vacilado. Creería seguramente cumplir con su de-

ber destruyendo un aparato de esa clase como si fuera un narval gigantesco.

-De modo que usted comprenderá, señor, prosiguió el desconocido, que en tales condiciones tengo el derecho de tratarlos como a enemigos.

Nada respondí, y con motivo. ¿Para qué discutir semejante aserto, si la fuerza puede destruir los mejores argumentos?

-Mucho tiempo vacilé, continuó el comandante. Nada me obligaba a concederles hospitalidad. Si se imponía separarme de ustedes, no tenía ningún interés en volver a verlos. Con ponerlos en la plataforma de esta nave que les había servido de refugio y sumergirme en las profundidades del mar, me olvidaba de que hubieran jamás existido. ¿No era éste mi derecho?

-Sería, quizás, el derecho de un salvaje, respondí, pero no el de un hombre civilizado.

-Señor profesor, replicó vivamente el comandante, ¡yo no soy lo que usted llama hombre civilizado! He roto con la sociedad entera por razones que sólo a mí me incumbe apreciar. No obedezco, pues, a reglas y le recomiendo que no las invoque nunca en mi presencia.

Esto fue dicho con tono categórico. Un fulgor de ira y de desdén le iluminó la mirada al desconocido; yo vislumbré en la vida de aquel hombre un pasado harto tormentoso. ¡No solamente se había puesto al margen de las leyes humanas, sino que además se había emancipado, declarándose libre en la más rigurosa acepción de la palabra, fuera de todo alcance! ¿Quién osaría perseguirlo en el fondo de los mares, cuando en la superficie desbarataba los esfuerzos que se conjugaban contra él? ¿Qué navío podía resistir el choque de su monitor submarino? ¿Qué coraza, por espesa que fuere, soportaría los impactos de su espolón? Nadie, entre los humanos, podía exigirle cuentas de sus actos. Sólo Dios, si creía en él, su conciencia, si la tenía, eran los únicos jueces a cuya jurisdicción podía someterse. Estos pensamientos cruzaron rápidamente por mi mente, mientras el extraño personaje callaba, absorto y como ensimismado. Yo lo observaba con un pavor en que

había hondo interés, sin duda como Edipo contemplaba a la esfinge. Después de prolongado silencio, volvió el comandante a tomar la palabra.

-He titubeado mucho, dijo, pero pensé que mi interés podía conciliarse con la compasión natural a que todo ser humano tiene derecho. Se quedarán ustedes a bordo, ya que la fatalidad los empujó hasta aquí. Serán libres y a cambio de tal libertad, muy relativa por otra parte, no he de imponerles más que una condición. La palabra que me den de someterse a ella me bastará.

-Hable usted, señor, respondíle, porque supongo que será una condición tal como las que una persona honrada puede aceptar.

-Sí, señor. Es ésta: puede ocurrir que ciertos acontecimientos imprevistos me pongan en la necesidad de retenerlos en sus camarotes durante unas horas o unos días. En el deseo de no apelar a recursos violentos, espero de ustedes, en tal caso, estricta obediencia. Obrando de este modo, pongo a cubierto la responsabilidad de ustedes, los libro de todo compromiso, puesto que yo los habré colocado en la imposibilidad de ver lo que no debe ser visto. ¿Aceptan esta condición?

¡De manera que ocurrían a bordo cosas por lo menos singulares y que no debía ver la gente que no estuviera puesta al margen de las leyes sociales! Entre las sorpresas que me reservaba el futuro no debía ser ésta una de las menores.

-Aceptamos, respondí. Sólo que le pediré, señor, me permita hacerle una pregunta, una sola.

-Hable usted, señor.

-¿Me ha dicho que estaremos libres a bordo?

-Enteramente.

-Le preguntaré qué entiende usted por esa libertad.

-Pues, la libertad de ir, de venir, de ver, de observar incluso lo que aquí pasa, salvo en contadas circunstancias, la libertad, en fin, de que disfrutamos mis compañeros y yo.

Era evidente que no nos entendíamos.

-Perdone usted, señor, repuse, pero esa libertad no es más que la

que tiene todo prisionero de recorrer su prisión. No puede bastarnos.

-¡Sin embargo, será preciso que les baste!

-¿Cómo? ¿Hemos de renunciar para siempre a ver nuevamente a nuestra patria, a nuestros amigos, a nuestra familia?

-Sí, señor. ¡Aunque renunciar al insoportable yugo de la tierra, que los hombres creen la libertad, tal vez no sea tan penoso como usted se lo imagina!

-¡De todos modos, exclamó Ned Land, jamás empeñaré mi palabra de no tratar de escaparme!

-Yo no le exijo su palabra, maestro Land, respondió con frialdad el comandante.

-¡Señor, dije yo arrebatado a pesar mío, abusa usted de su situación con respecto a nosotros! ¡Eso es crueldad!

-¡No, señor, es clemencia! ¡Son ustedes mis prisioneros después del combate! ¡Les doy hospitalidad cuando con una sola palabra podría hundirlos en los abismos del océano! ¡Ustedes me han atacado, han venido a sorprender un secreto que ningún hombre en el mundo debe conocer, el secreto de toda mi vida! ¿Y creen ustedes que voy a restituirlos a esa tierra que no debe nunca conocerme? ¡Jamás! ¡Al retenerlos a ustedes no velo por su seguridad, sino por la mía! ¡Deben comprenderlo!

Tales palabras indicaban de parte del comandante una decisión sobre la que no podría prevalecer ningún argumento.

-¿De manera, señor, repuse, que nos da a elegir entre la vida y la muerte?

-Sencillamente.

-Amigos míos, dije, ante una cuestión planteada en tales términos, no caben respuestas. Pero ningún comprorniso nos liga con el que manda a bordo de esta nave.

-Ninguno, señor, respondió el desconocido.

Luego, con voz más suave prosiguió:

-Ahora, permítame terminar lo que tengo que decirle. Yo lo conozco a usted, señor Aronnax. Usted no tendrá motivos de queja como

sus compañeros por la casualidad que lo ha ligado a mi suerte. Encontrará, entre los libros que utilizo para mis estudios predilectos, la obra que publicó sobre las profundidades marinas. La he leído a menudo. Ha llegado con su trabajo tan lejos como se lo permitía la ciencia terrestre. Pero no lo sabe usted todo, no lo ha visto usted todo. Permítame decirle que no lamentará el tiempo que pase a bordo de mi nave. Va usted a viajar por el país de las maravillas. El asombro, la estupefacción serán probablemente el estado habitual de su ánimo. No lo cansará el espectáculo incesante que se brinde a su vista. Quiero ver otra vez en una nueva vuelta al mundo submarino, ¿quién sabe?, tal vez sea la última, todo lo que pude estudiar en el fondo de esos mares tantas veces recorridos, y usted será mi compañero de estudios. Desde hoy penetra usted en un nuevo elemento, verá lo que no ha visto aún ningún hombre, pues yo y los míos no contamos, y nuestro planeta, gracias a mí, le revelará sus últimos secretos. Espero que le agradará.

No he de negarlo: esas palabras del comandante produjeron en mí hondo efecto. Tocaban mi flaco y yo olvidaba por un instante que la contemplación de aquellas cosas sublimes no compensaba la libertad perdida. Por otra parte, contaba con el porvenir para resolver esta grave cuestión. Por eso me limité a responder:

-Señor, aunque usted haya roto con la humanidad, quiero creer que no habrá renegado de todo sentimiento humano. Somos unos náufragos recogidos por compasión a bordo de su nave, y no lo olvidaremos. Por mi parte, no desconozco que si el interés de la ciencia pudiera absorber hasta la necesidad de ser libre, lo que me promete nuestro encuentro me procuraría muchas compensaciones.

Pensé que el comandante me tendería la mano para sellar el trato, pero no lo hizo. Lo lamenté por él.

-Permítame una última pregunta, dije en el momento en que ese ser inexplicable parecía querer retirarse.

-Hable usted, señor profesor.

-¿Con qué nombre he de llamarlo?

-Señor, respondióme el comandante, no soy para usted sino el

capitán Nemo. Para mí, sus compañeros y usted sólo son los pasajeros del Nautilus.

El capitán Nemo llamó. Un camarero se presentó. El capitán le dio órdenes en esa extraña lengua que yo no podía reconocer. Luego, volviéndose hacia el canadiense y Consejo les dijo:

-Una comida los espera en su camarote. Tengan la bondad de seguir a este hombre.

-¡No es como para rehusar!, comentó el arponero.

Consejo y él salieron por fin de la celda en que habían estado encerrados más de treinta horas.

-Y ahora, señor Arormax, nuestro almuerzo está servido. Permítame que lo preceda.

-A sus órdenes, capitán.

Seguí al capitán Nemo, y en cuanto hube franqueado la puerta entré en una especie de corredor iluminado por electricidad, semejante al espacio que hay de proa a popa en medio de la cubierta de una embarcación. Luego de recorrer unos diez metros se abrió una puerta ante mí. Entré, entonces, en un comedor adornado y amueblado con un gusto severo. Altos aparadores de roble incrustado con adornos de ébano se alzaban en ambos extremos de la sala, y en sus estantes de línea ondulada resplandecían lozas, porcelanas y cristalería de incalculable valor. Fuentes y platos de metal brillaban bajo los rayos que emitía un cielo raso luminoso, cuyo fulgor tamizaban y suavizaban unas finas pinturas.

En medio de la sala había una mesa ricamente servida. El capitán Nemo me indicó el lugar que me tenía reservado.

-Tome asiento, dijo, y coma, porque supongo que estará muriéndose de hambre.

El almuerzo se componía de cierto número de platos cuyo contenido provenía exclusivamente del mar y de algunos manjares cuya procedencia y naturaleza yo ignoraba. Confesaré que eran sabrosos, pero tenían un gusto particular al que pronto me acostumbré. Esos diversos alimentos me parecieron ricos en fósforo, por lo que los supu-

se de origen marino.

El capitán Nemo me miraba, y aunque yo no lo interrogué al respecto él adivinó mis pensamientos y respondió espontáneamente a las preguntas que estaba ardiendo por formularle.

-La mayor parte de estos alimentos le son desconocidos, me dijo; sin embargo, puede comerlos sin temor. Son sanos y nutritivos. Desde hace tiempo renuncié a las comidas de la tierra y no por eso se me ha resentido la salud. Mi tripulación, que es vigorosa, se alimenta lo mismo que yo.

-¿De modo que, dije yo, todos estos alimentos son productos del mar?

-Sí, señor profesor, el mar provee a todas mis necesidades. A veces pongo las redes a remolque y las retiro a punto de romperse. A veces, salgo de caza en este elemento que parece ser inaccesible al hombre y me apodero de los animales que moran en mis selvas submarinas. Mis rebaños, como los del viejo pastor de Neptuno, pacen sin temor en las inmensas praderas del océano. Poseo allí un amplio dominio que la mano del Creador sembró abundantemente.

Miré al capitán Nemo con algún asombro y le respondí:

-Comprendo muy bien, señor, que sus redes le provean de excelentes pescados; comprendo algo menos que persiga la caza acuática en sus selvas submarinas; pero lo que no entiendo en absoluto es que una porción de carne, por pequeña que sea, figure en el menú.

-Es que yo, señor, no utilizo nunca la carne de los animales terrestres.

-¿Y esto, entonces?.... repuse señalando un plato en que quedaban todavía algunas lonjas de filete.

-Eso que usted cree carne, señor profesor, no es otra cosa que filete de tortuga de mar. Aquí tiene usted, también, unos hígados de delfín que usted confundiría con guisado de cerdo. Mi cocinero es muy hábil y se luce en preparar conservas con esos productos variados del mar. Pruebe usted todos estos manjares. He ahí una conserva de cohombro de mar que un malayo conceptuaría sin rival en el mundo;

allá hay una crema cuya leche salió de las mamas de los cetáceos v el azúcar de los grandes fucos del mar del norte; en fin, permítame usted que le ofrezca confituras de anémonas que valen tanto como las de las frutas más sabrosas.

Y yo probé, más como curioso que como gastrónomo, mientras el capitán Nemo me encantaba con sus increíbles relatos.

Cuando hubimos terminado de almorzar, levantándose de la mesa me dijo:

-Ahora, señor profesor, si usted desea visitar al Nautilus, estoy a su disposición.

EL *NAUTILUS*

El capitán Nemo se levantó. Yo lo seguí. Se abrió una puerta doble practicada en el fondo de la sala y entré en una habitación de igual amplitud que la que acababa de dejar.

Era una biblioteca. Altas estanterías de palisandro negro, con adornos de cobre, soportaban en sus largos anaqueles gran número de libros encuadernados en forma uniforme. Seguían el contorno de la sala y terminaban en la parte inferior en amplios divanes, acolchados, de cuero color pardo, que ofrecían las más cómodas curvas para el reposo del cuerpo. Livianos pupitres móviles que podían acercarse o alejarse a voluntad, permitían apoyar en ellos el libro durante la lectura. En el centro había una gran mesa cubierta de folletos, entre los cuales se veían algunos periódicos ya viejos. La luz eléctrica inundaba todo el armonioso conjunto y surgía de cuatro globos (1) esmerilados semiocultos entre las volutas del cielo raso. Yo miraba con real admiración aquella sala tan ingeniosamente instalada, sin poder dar crédito a mis propios ojos.

-Capitán Nemo, le dije a mi anfitrión que acababa de arrellanarse en un sofá, he aquí una biblioteca que sería motivo de lustre para más de un palacio de los continentes, v me maravilla pensar que puede usted llevarla consigo a lo más profundo de los mares.

-¿Dónde se hallaría más soledad, más silencio, señor profesor?, respondió el capitán Nemo. ¿Le brinda a usted su gabinete de trabajo en el Museo un reposo tan completo?

-No, señor, Y he de añadir que es muy pobre en comparación con el suyo. Tiene usted aquí seis o siete mil volúmenes.

-Doce mil, señor Aronnax. Son los únicos vínculos que conservo con la tierra. Pero el mundo terminó para mí el día en que mi Nautilus se sumergió por vez primera. Ese día, adquirí mis últimos volúmenes, mis últimos folletos, mis últimos periódicos, y desde entonces me imagino que la humanidad no ha pensado ni escrito más. Estos libros,

señor profesor, están a su disposición y puede usarlos con entera libertad.

Agradecí al capitán Nemo y me acerqué a los anaqueles de la biblioteca. Libros de ciencia, de moral y de literatura, escritos en todos los idiomas, abundaban allí; pero no vi una sola obra de economía política, que al parecer estaban severamente proscritas a bordo. Detalle curioso, todos los libros se veían colocados sin orden determinado, cualquiera fuere la lengua en que estaban escritos, y esa mezcolanza indicaba que el capitán Nemo debía leer habitualmente los volúmenes según le cayeran a mano.

Entre esos libros noté las obras maestras de los autores antiguos y modernos, es decir, todo lo más hermoso que la humanidad ha producido en historia, poesía, novela y ciencia, desde Homero hasta Víctor Hugo, desde Jenofonte hasta Michelet, desde Rabelais a Jorge Sand. Pero la ciencia, más particularmente, hacía el gasto en aquella biblioteca; los libros de mecánica, de balística, de hidrografía, de meteorología, de geografía, de geología, cte., ocupaban un lugar no menos importante que las obras de historia natural, y comprendí que constituían el estudio predilecto del capitán. Vi allí todas las producciones de Humboldt, todas las de Arago, los trabajos de Foxicault, de Sainte-Claire Deville, de Chasles, de Milne Edwards, de Quatrefages, de Tyridall, de Faraday, de Berthelot, del abate Secchi, de Petermann, del comandante Maurv, de Agassis, etc., las memorias de la Academia de ciencias, los boletines de las diversas sociedades de geografía, etc., y, en lugar destacado, los dos volúmenes que quizás me habían valido la acogida relativamente amable del capitán Nemo. Entre las obras de José Bertrand, su libro sobre *Los fundadores de la Astronomía* me proporcionó una fecha segura, y como yo sabía que se había publicado en 1865, pude sacar en consecuencia que la instalación del *Nautilus* no remontaba a una época posterior. De modo, pues, que desde hacía tres años, a lo sumo, el capitán Nemo había dado comienzo a su existencia submarina. Tenía la esperanza, además, que obras más recientes me permitirían fijar con certeza ese momento; pero me quedaba

mucho tiempo para tal búsqueda y no quise demorar más el paseo a través de las maravillas del Nautilus.

_Señor, le dije al capitán, le estoy muy agradecido de que haya puesto a mi disposición su biblioteca. Contiene tesoros de ciencia y aprovecharé de ellos.

-No sólo es esta sala una biblioteca, sino también salón de fumar, dijo el capitán Nemo.

-¡Salón de fumar!, exclamé. ¿Se fuma, pues, a bordo?

-Sin duda.

-Entonces, señor, debo creer que ha conservado usted relaciones con La Habana.

-Ninguna, respondió el capitán. Acépteme este cigarro, señor Aronnax, que aunque no provenga de La Habana, le agradará, si es usted buen conocedor.

Torné el cigarro que me ofrecía, cuya forma recordaba la del puro, aunque parecía fabricado con hojas de oro. Lo encendí en un braserillo sostenido por elegante pie de bronce y aspiré las primeras bocanadas con la fruición de un aficionado que no tuvo ocasión de fumar desde hacía dos días.

-Es excelente, dije; pero no es tabaco.

-No, respondió el capitán, ese tabaco no viene de La Habana ni de Oriente. Es una especie de alga, rica en nicotina, que me provee el mar, con cierta parsimonia. ¿Echa usted de menos los puros, señor?

-Capitán, los desdeño a partir de este día.

-Fume, entonces, cuanto guste, sin discutir el origen de estos cigarros. Ninguna administración estatal ha controlado su fabricación, pero supongo que no por eso son menos buenos.

-Al contrario.

En ese momento el capitán Nemo abrió una puerta que daba frente a aquella por la que había yo entrado en la biblioteca y pasé a un salón inmenso, espléndidamente iluminado.

Era un amplio cuadrilátero con ochavas, de unos diez metros de largo, seis de ancho y cinco de altura. Un cielo raso luminoso, deco-

rado con elegantes arabescos, distribuía una luz clara y suave sobre todas las maravillas acumuladas en ese museo. Pues era realmente un museo, en el que una mano inteligente y pródiga había reunido los tesoros de la naturaleza y del arte con aquel revoltijo artístico que distingue a un taller de pintor.

Unos treinta cuadros de maestros, con marcos uniformes, separados por relucientes panoplias, adornaban las paredes tapizadas con telas de severo dibujo. Vi allí obras de gran valor, la mayor parte de las cuales había yo admirado en colecciones particulares de Europa y en exposiciones de pintura. Las diversas escuelas de los maestros antiguos se hallaban representadas por una madona de Rafael, una Virgen de Leonardo de Vine¡, una ninfa de Correggio, una mujer de Tíciano, una adoración de Veronés, una asunción de Murillo, un retrato de Holbein, un monje de Velázquez, un mártir de Ribera, una kermese de Rubens, dos paisajes flamencos de Teniers, tres cuadritos de género de Gerard Dou, de Mestu, de Potter, dos telas de Géricault y de Prudhon, algunas marinas de Backuysen y de Vernet. Entre las obras de pintura moderna aparecían cuadros firmados por Delacroix, Ingres, Decamps, Trovon, Meissonier, etc., y algunas admirables reducciones de estatuas de mármol o de bronce copiadas de los más hermosos modelos de la antigüedad, se erguían en sus pedestales en los rincones de aquel magnífico museo. El estado de estupefacción que me había predicho el comandante del Nautilus comenzaba ya a enseñorearse de mi ánimo.

-Señor profesor, dijo entonces aquel hombre extraño, me disculpará la despreocupación con que lo recibo y el desorden que reina en esta sala.

-Señor, sin intención de averiguar quién es usted, ¿me permite reconocer en su persona a un artista?

Un aficionado, cuanto más, señor. Me agradaba en otros tiempos coleccionar estas hermosas obras creadas por la mano del hombre. Era yo un buscador ávido, un husmeador incansable, y logré reunir algunos objetos de alto mérito. Son mis últimos recuerdos de aquella tierra que murió para mí. A mi parecer, vuestros artistas modernos no son

ya sino antiguos; tienen dos o tres mil años de existencia y los confundo en mi mente. Los maestros no tienen edad.

-¿Y estos músicos?, dije señalando las partituras de Weber, de Rossini, de Mozart, de Beethoven, de Haydii, de Meyerbeer, de Herold, de Wagner, de Gounod, de Massé, y muchas otras, esparcidas sobre un piano-órgano de gran modelo que ocupaba uno de los muros del salón.

-Estos músicos, me respondió el capitán Nemo, son contemporáneos de Orfeo, pues las diferencias cronológicas se borran en la memoria de los muertos Y yo estoy muerto, señor profesor, ¡tan muerto ellos amigos suyos que reposen a seis pies bajo tierra!

Calló el capitán y pareció ensimismarse en profundo ensueño. Yo lo contemplaba con viva emoción, analizando en silencio las particularidades de su fisonomía. Con los codos apoyados en el ángulo de una preciosa mesa de mosaico, ya no me veía, tenía olvidada mi presencia.

Respeté su recogimiento y continué el examen de las curiosidades que enriquecían el salón.

Cerca de las obras de arte, las rarezas naturales ocupaban un lugar muy importante. Consistían principalmente en plantas, valvas y otros productos del océano, que debían ser hallazgos personales del capitán Nemo. En el medio del salón, un surtidor, iluminado eléctricamente, dejaba caer el chorro de agua en un pilón formado con una sola tridacna. Esta valva, provista por el más grande de los moluscos acéfalos, medía en sus bordes delicadamente festoneados una circunferencia de seis metros aproximadamente, superando por lo tanto en tamaño a las hermosas tridacnas que la república de Venecia donó a Francisco I con las que la iglesia de San Sulpicio, de París, hizo dos gigantescas pilas de agua bendita.

En torno a este pilón, bajo elegantes vitrinas fijadas con armaduras de bronce estaban clasificados con sus correspondientes rótulos los más preciosos productos del mar que jamás vieran las miradas de un naturalista. Fácil es concebir mi júbilo de profesor.

Calcular en dinero el valor de esa colección era, por decirlo así, imposible. El capitán Nemo debió de invertir millones en la adquisición de aquellos diversos muestrarios, Y yo me preguntaba cuál sería la fuente que le suministraba lo necesario para satisfacer sus fantasías de coleccionista, cuando interrumpieron mi meditación estas palabras:

-Veo que le interesa m¡ colección de conquiliología, señor profesor. En efecto, puede interesar a un naturalista; pero para mí tiene un encanto más, porque todos estos ejemplares los recogí con mis propias manos: ningún mar del globo se libró de mis exploraciones.

-Yo comprendo, capitán, el placer de pasearse por entre tales riquezas. Usted es de los que se forman por sí mismos su tesoro. No hay museo en Europa que pueda lucir semejante colección de productos del océano. Pero si consumo aquí, viéndola, mi capacidad de admiración, qué me quedará para el navío que la contiene? No pretendo penetrar en los secretos que son suyos; sin embargo, confieso que este Nautilus, la fuerza motriz que lleva en sí, los aparatos que permiten manejarlo, el agente tan poderoso que lo anima, son cosas que despiertan en sumo grado mi curiosidad. Veo suspendidos en las paredes de este salón unos instrumentos cuyo destino desconozco. ¿Podría saber... ?

-Señor Aronnax, me interrumpió el capitán Nemo, ya le he dicho a usted que gozaría de libertad a bordo de mi nave y, por consiguiente, ninguna parte del Nautilus le está vedada. Puede usted recorrerlo detenidamente y será para mí un placer servirle de cicerone.

-No sé cómo agradecerle, señor, y no abusaré de su gentileza. Le preguntaré solamente a qué uso están destinados esos instrumentos de física.

-Señor profesor, esos mismos instrumentos se encuentran en mi habitación y ahí tendré el gusto de explicarle a usted su empleo. Pero antes, venga a ver el camarote que ocupará. Es preciso que sepa cómo estará instalado a bordo del *Nautilus.*

Seguí al capitán Nemo que, por una de las puertas practicadas en cada ochava del salón, me hizo volver al pa-

sillo, guiándome hacia la proa hasta llevarme no a un camarote, sino a una pieza elegante, con cama, tocador y otros muebles diversos.

No pude menos que agradecer su hospitalidad.

-Su habitación está contigua a la mía, me dijo abriendo una puerta, y la mía da al salón donde estábamos hace un momento.

Entré en la pieza del capitán. Era de aspecto severo, casi cenobítico. Una litera de hierro, una mesa de trabajo, algunos muebles de tocador. Todo ello a media luz. Nada era confortable. Sólo lo estrictamente necesario.

El capitán Nemo me señaló una silla.

-Tenga la bondad de sentarse, me dijo.

Me senté y el capitán comenzó sus explicaciones.

TODO POR ELECTRICIDAD

-Señor, dijo el capitán Nemo mostrándome los instrumentos suspendidos en las paredes de su cuarto, éstos son los aparatos que requiere la navegación del *Nautilus*. Aquí, como en el salón, los tengo siempre a la vista y me indican nuestra situación y rumbo exactos en medio del océano. Algunos los conoce usted, como el termómetro, que marca la temperatura interior del *Nauti1us*; el barómetro, que mide la presión atmosférica y anuncia las variaciones del tiempo; el higrómetro, que señala el grado de sequedad de la atmósfera; el *storm-glass*, cuya mezcla al descomponerse anuncia la proximidad de las tormentas; la brújula que me guía; el sextante, que por la altura del sol me da a conocer la latitud; los cronómetros, que indican la longitud, y, por fin, los catalejos de día y de noche, con los que puedo explorar los puntos del horizonte cuando el *Nautilus* sube a la superficie del mar.

-Son los instrumentos habituales de la navegación, respondí, y conozco su uso. Pero aquí veo otros que, sin duda, responden a exigencias particulares del *Nautilus*. ¿Ese cuadrante que está allí con una aguja móvil, no es un manómetro?

-Es un manómetro, en efecto. Puesto en comunicación con el agua indica la presión exterior y con ello la profundidad en que se mantiene mi aparato.

-¿Y estas sondas de nueva especie?

-Son sondas termométricas para conocer la temperatura de las diversas capas de agua.

-¿Y estos otros instrumentos cuyo empleo no adivino?

-Aquí, señor profesor, he de darle algunas explicaciones, dijo el capitán Nemo. Dígnese, pues, escucharme.

Guardó silencio durante un instante, luego dijo:

-Existe un agente poderoso, sumiso, rápido, fácil, que se presta a todo uso y reina como amo a bordo de mi nave. Todo se hace por medio de él. Me ilumina, me provee de calor, es el alma de mis aparatos

mecánicos. Ese agente es la electricidad.

-¡La electricidad!, exclamé sorprendido.

-Sí, señor.

-Sin embargo, logra usted tal rapidez de movimientos que no condice con el poder de la electricidad. Hasta ahora, su potencia dinámica es muy restringida y no ha podido producir sino muy poca fuerza.

-Señor profesor, respondió el capitán Nemo, mi electricidad no es la de todo el mundo, y esto es todo lo que me permitirá usted que le diga.

-No insistiré, señor, y me contentaré con maravillarme en extremo por tales resultados. Una sola pregunta, sin embargo, a la que no responderá si la cree indiscreta. Los elementos que usted emplea para producir ese prodigioso agente deben consumirse pronto. ¿El cinc, por ejemplo, cómo lo reemplaza usted no teniendo ninguna comunicación con la tierra?

-Su pregunta merece respuesta, dijo el capitán Nemo. Le diré, en primer término, que existen en el fondo de los mares minas de cinc, de hierro, de plata, de oro, cuya explotación sería por cierto practicable. Pero yo no he apelado a esos metales de la tierra y no quise utilizar otros medios que los que me facilita el mar para producir la electricidad que necesito.

-¿El mar?

-Sí, señor profesor, y tales medios no escasean. Hubiera podido, entre otras cosas, establecer un circuito con diversos hilos hundidos a distintas profundidades y obtener electricidad por medio de la diversidad de temperaturas; pero preferí acudir a un sistema más práctico.

-¿Cuál?

-Usted sabe cómo está compuesta el agua del mar. En cada mil gramos se encuentran noventa y seis partes y media de agua, y dos partes y dos tercios más o menos de cloruro de sodio; luego, en reducida cantidad, cloruros de magnesio y de potasio, bromuro de magnesio, sulfato de magnesio, sulfato y carbonato de calcio. Advierte

usted que el cloruro de sodio se halla en proporción notable. Ahora bien, yo extraigo el sodio del agua de mar y él me provee de los elementos que me son necesarios.

-¿El sodio?

-Sí, señor. Mezclado con el mercurio forma una amalgama que reemplaza al cinc en los elementos Bunsen. El mercurio no se gasta nunca, sólo el sodio se consume y el mar me lo provee. He de decirle, además, que las pilas de sodio deben considerarse como las más enérgicas, y que su fuerza electromotora es doble que las de las pilas de cinc.

-Comprendo muy bien, capitán, la excelencia del sodio en las condiciones en que usted se halla. El mar lo contiene. Bien. Pero es menester fabricarlo, extraerlo, en una palabra. ¿Cómo lo hace usted? Evidentemente, las pilas podrían servirle para la extracción; pero, si no me equivoco, el consumo del sodio necesario para el funcionamiento de los aparatos eléctricos sobrepasaría a la cantidad extraída. Ocurrirá, entonces, que consumirá usted para producirlo más de lo que produzca.

-Por eso, señor profesor, no lo extraigo por medio de la pila y empleo sencillamente el carbón de tierra.

-¿De tierra?, dije con marcado acento.

-Digamos carbón de mar, si usted lo prefiere, respondió el capitán Nemo.

-¿Y puede usted explotar minas submarinas de hulla?

-Señor Aronnax, ya me verá usted manos a la obra. Sólo le pido un poco de paciencia, puesto que le sobra tiempo para ser paciente. Recuerde solamente esto: todo se lo debo al océano; él produce la electricidad, y la electricidad provee al *Nautilus* de calor, de luz, de movimiento, en una palabra, de vida.

-¿Pero no el aire que respira?

-¡Oh! Yo podría fabricar el aire que necesitara, pero es cosa inútil, puesto que subo a la superficie del mar cuando me place. Sin embargo, si la electricidad no me suministra el aire respirable, pone por

lo menos en acción unas bombas potentes que lo almacenan en depósitos especiales, lo que me permite, en caso necesario, prolongar durante el tiempo que quiera mi permanencia en las zonas más profundas.

-Capitán, respondíle, me contento con admirar. Ha hallado usted, evidentemente, lo que los hombres encontrarán sin duda un día, la verdadera potencia dinámica de la electricidad.

-No sé si la encontrarán, respondió fríamente el capitán Nemo.

Sea lo que fuere, ya conoce usted la primera aplicación que hice de tan valioso agente. Él es el que nos ilumina con una igualdad, una continuidad que no tiene la luz del sol. Ahora, mire usted ese reloj: es eléctrico y funciona con una regularidad que desafía a la de los mejores cronómetros. Lo he dividido en veinticuatro horas, como los relojes italianos, pues para mí no hay noche, ni día, ni sol, ni luna, sino solamente esta luz artificial que llevo hasta el fondo de los mares.

Vea, en este momento son las diez de la mañana. ¿Está de acuerdo con su reloj?

-Exactamente.

-Otra aplicación de la electricidad. Ese cuadrante que cuelga ante nuestra vista sirve para indicar la velocidad del *Nautilus.* ¿Ve usted? Estamos navegando con una moderada velocidad de quince millas por hora.

-Es maravilloso, dije, y entiendo, capitán, que ha acertado usted al utilizar ese agente que está destinado a sustituir las fuerzas del viento, del agua y del vapor.

-No termina todo aquí, señor Aronnax, dijo el capitán Nemo mientras se levantaba, y si tiene la bondad de seguirme, visitaremos la popa del *Nautilus.*

Yo Conocía ya, en efecto, toda la parte anterior de aquella embarcación submarina, cuya división exacta era ésta, yendo desde el centro hasta el espolón: el comedor de cinco metros separado de la habitación del capitán por un mamparo, es. decir que no podía penetrar en él el agua; la antedicha habitación del capitán de cinco metros; la

mía de dos metros cincuenta, que se extendía hasta la roda. En total, treinta y cinco metros de largo. Los mamparos tenían puertas que cerraban herméticamente por medio de obturadores de caucho y brindaban la más completa seguridad a bordo del *Nautilus* en caso en que se produjera una vía de agua.

Seguí al capitán Nemo por las crujías contiguas y llegué al centro del navío. Allí había una especie de pozo que se abría entre dos mamparos. Una escalera de hierro, engrapada a la pared, llevaba a la extremidad superior. Le pregunté al capitán qué uso tenía esa escalera.

-Conduce hasta la canoa, me respondió.

¿Cómo?, ¿tiene usted una canoa?, le pregunté bastante sorprendido.

-Sin duda. Una excelente embarcación, liviana e insumergible. Nos sirve para los paseos y la pesca.

-¿De modo que cuando quiere embarcarse tiene que subir a la superficie?

-De ninguna manera. La canoa se adhiere a la parte superior del casco del *Nautilus* y ocupa una cavidad practicada para llevarla. Está enteramente cubierta por encima, es impermeable y la sujetan fuertes pernos. La escalera da a una abertura con tapa dispuesta en el casco del *Nautilus* que se comunica con otra abertura igual en el costado de la canoa. Por medio de ese doble juego de aberturas me introduzco en la embarcación. Cierran la primera, la del *Nautilus;* yo cierro la otra, la de la canoa, por medio de un tornillo de presión; aflojo los pernos y la embarcación sube con prodigiosa rapidez a la superficie del mar. Abro entonces la compuerta del puente, cuidadosamente cerrada hasta entonces, pongo el mástil, izo la vela, empuño los remos y me paseo.

-¿Pero cómo regresa a bordo?

-Yo no regreso, señor Aronnax, el *Nautilus* es el que acude.

-¿Obedeciendo a una orden suya?

-A mi orden. Un hilo eléctrico me une a él. Envío un telegrama y eso basta.

-¡En efecto!, dije, embriagado por tantas maravillas, ¡no hay cosa

más sencilla!

Después de haber traspuesto el hueco de la escalera que llevaba a la plataforma, vi un camarote de dos metros de largo donde Consejo y Ned Land, encantados con su comida, se dedicaban a devorar a dos carrillos. Luego se abría una puerta que daba paso a la cocina, de tres metros de largo, que se hallaba situada entre los amplios pañoles de víveres.

Allí, la electricidad, más enérgica y dócil que el mismo gas, realizaba todas las funciones de la cocción. Los cables llegando hasta debajo de los hornos transmitían a unas esponjas de platino un calor que se distribuía y mantenía con regularidad. También calentaba unos aparatos destiladores que por vaporización proveían de excelente agua potable. A continuación de la cocina se hallaba el cuarto de baño, confortablemente instalado y de cuyos grifos salía agua fría o caliente a voluntad.

Más allá de la cocina se hallaba el alojamiento de la tripulación, con cinco metros de largo. Pero la puerta estaba cerrada y no pude ver su disposición, que quizás me hubiera dado una idea acerca del número de hombres requeridos para el manejo del *Nautilus.*

En el fondo, otro mamparo separaba el alojamiento de la cámara de máquinas. Abrióse una puerta y me encontré en ese compartimiento donde el capitán Nemo -ingeniero de primer orden con toda seguridad- tenía instalados sus instrumentos de locomoción. La cámara de máquinas, muy iluminada, no medía menos de veinte metros de largo. Estaba naturalmente dividida en dos partes: la primera contenía los elementos para producir la electricidad, y la segunda, el mecanismo que transmitía el movimiento a la hélice. Me sorprendió, en el primer momento, el olor *sui generis* que llenaba el local. El capitán Nemo advirtió dicha impresión mía.

-Son, me dijo, algunas emanaciones de gas producidas por el empleo del sodio; pero se trata de un inconveniente sin mayor importancia. Todas las mañanas, además, purificamos la atmósfera del navío, ventilándolo por medio de fuertes corrientes de aire.

Mientras tanto, yo examinaba con el interés que se concebirá fácilmente la máquina del *Nautilus.*

Ya lo ve usted, me dijo el capitán Nemo, utilizo elementos Bunsen y no elementos Ruhmkorff. Estos últimos hubieran sido impotentes. Los elementos Bunsen son poco numerosos, pero fuertes y grandes, lo que es preferible como lo demuestra la experiencia. La electricidad producida se transmite a popa, donde obra por electroimanes de grandes dimensiones sobre un sistema particular de palancas y engranajes que ponen en acción el árbol de la hélice. Ésta, cuyo diámetro es de seis metros y el paso de siete metros cincuenta, puede dar hasta ciento veinte revoluciones por segundo.

-¿Qué velocidad logra entonces?

-Cincuenta millas por hora.

Había ahí un misterio, pero no insistí en averiguarlo. ¿Cómo podía obrar la electricidad con tal potencia? ¿Cuál era el origen de esa fuerza casi ilimitada? ¿Residía en su tensión excesiva obtenida por bobinas de nueva clase? ¿Era en su transmisión que un sistema de palancas desconocido podía acrecentar fuerzas indefinidamente?

Esto es lo que yo no alcanzaba a comprender.

-Capitán Nemo, dije, compruebo los resultados sin tratar de explicarlos. He visto cómo maniobraba el *Nautilus* frente a la *Abraham Linco1n y sé* a qué atenerme en cuanto a su velocidad. Pero no es suficiente con poner en marcha. ¡Es preciso ver adónde se va! ¡Es necesario dirigirse hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha, hacia la izquierda! ¿Cómo llega usted a las grandes profundidades, donde actúa una presión creciente que se calcula en centenares de atmósferas? ¿Cómo vuelve a la superficie del océano? En fin, ¿cómo logra mantenerse en el medio que le conviene? ¿Soy indiscreto al preguntarlo?

De ningún modo, señor profesor, me respondió el capitán tras una leve vacilación, puesto que no ha de dejar más este navío submarino. Venga usted al salón. Es nuestro verdadero gabinete de trabajo y allí sabrá todo lo que debe saber acerca del *Nautilus.*

ALGUNAS CIFRAS

Unos minutos después estábamos sentados en un diván del salón, con un cigarro en los labios. El capitán extendió un dibujo ante mi vista, que traía los planos y los cortes transversal y longitudinal del *Nautilus*. Luego dio comienzo a su disertación en estos términos:

-Aquí tiene usted, señor Aronnax, las dimensiones de la nave en que se halla. Es un cilindro muy alargado, de extremidades cónicas. Presenta una forma muy parecida a la de un cigarro, forma ya adoptada en Londres para varias construcciones del mismo genero. La longitud del cilindro, de extremo a extremo, es exactamente de setenta metros y su bao mide ocho metros. No ha sido construido en la escala que se usa para los barcos de gran marcha, pero tiene líneas suficientemente largas y deslizamiento bastante prolongado como para desalojar con facilidad el agua, sin que oponga obstáculos a su avance.

Con ambas dimensiones le será fácil calcular la superficie y el volumen del *Nautilus*. La superficie abarca mil once metros y cuarenta y cinco centímetros cuadrados; el volumen mil quinientos metros y dos decímetros cúbicos, lo que equivale a decir que cuando se sumerge enteramente desplaza o pesa mil quinientos metros cúbicos o toneladas.

Cuando tracé los planos de esta embarcación destinada a navegar bajo la superficie de los mares, quise que mientras estuviera a flote se hundiese en sus nueve décimas partes y emergiera solamente un décimo. Por consecuencia, en tales condiciones no debía desplazar sino los nueve décimos de su volumen, o sea, mil trescientos cincuenta y seis metros y cuarenta y ocho centímetros cúbicos, por lo tanto, que no pesara más que ese número de toneladas. Hube, pues, de cuidar que no sobrepasase dicho peso al construirlo con las dimensiones indicadas.

El *Nautilus*, posee dos cascos, uno interior, otro exterior, unidos entre sí por hierros en forma de T que le dan una velocidad extremada. En efecto, merced a, tal disposición celular, resiste como un

bloque, lo mismo que si fuera macizo. Su armazón no puede ceder, adhiere por sí misma, no por el ajuste de los remaches, y la homogeneidad de su construcción debida a la perfecta ensambladura de los materiales le permite desafiar los más violentos embates del mar.

Ambos cascos han sido fabricados con acero laminado, cuya densidad en relación con el agua es de siete a ocho décimos. El primero no tiene menos de cinco centímetros de espesor y pesa trescientas noventa y cuatro toneladas y noventa y seis centésimos. El segundo, que forma la quilla, de cincuenta centímetros de alto y veinticinco de ancho, pesa sólo ella sesenta y dos toneladas, que añadidas a las novecientas sesenta y una toneladas que pesan la máquina, el lastre, los diversos accesorios e instalaciones, más las trescientas noventa y cuatro toneladas y noventa y seis centésimos del casco primero, dan el total buscado de mil trescientas cincuenta y seis toneladas y cuarenta y ocho centésimos. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, respondí yo.

-Así, pues, prosiguió el capitán, cuando el *Nautilus* se encuentra a flote en tales condiciones, emerge en su décima parte. Ahora bien, si tengo dispuestos unos depósitos de capacidad igual a esa décima parte, o sea, capaces de contener ciento cincuenta toneladas y setenta y dos centésimos, y los lleno de agua, como la nave desplaza entonces mil quinientas siete toneladas, o sea el mismo peso, quedará totalmente sumergido. Eso es lo que ocurre, señor profesor. Los depósitos existen en la parte inferior de los costados del *Nautilus*. Abro unos grifos, se llenan y la nave al hundirse viene a aflorar la superficie del agua.

-Bien, capitán. Aquí llegamos a la verdadera dificultad. Que usted logre colocarse a flor de la superficie del océano, lo comprendo. Pero más abajo, al hundirse, ¿no encontrará su aparato submarino una presión, y por consecuencia un empuje de abajo arriba que debe calcularse en una atmósfera por cada treinta pies de agua, esto es, más o menos un kilogramo por centímetro cuadrado?

-Exactamente, señor.

-De manera que a menos que llene usted por dentro al *Nautilus*,

no veo cómo puede llevarlo al seno de las masas líquidas.

-Señor profesor, respondió el capitán Nemo, no hay que confundir la estática con la dinámica, para no exponerse a cometer graves errores. Cuesta muy poco trabajo llegar a las profundidades del océano, porque las materias suspendidas en un líquido tienden a "sedimentarse". Siga usted mi razonamiento.

-Lo escucho, capitán.

-Cuando tuve que determinar el aumento de peso que debía darle al *Nautilus* para que se sumergiera, sólo tenía que preocuparme por la reducción del volumen que el agua de mar experimenta cuando las capas van siendo cada vez más profundas.

-Es evidente, dije.

-Por lo tanto, si bien el agua no es completamente incompresible, por lo menos es muy poco compresible. En efecto, según los más recientes cálculos, la reducción no es sino de cuatrocientas treinta y seis diezmillonésimas por atmósfera, o sea, por cada treinta pies de profundidad. Si se trata de bajar a los mil metros, tomo en cuenta, entonces, la reducción de volumen bajo la presión equivalente a la de una columna de agua de mil metros, es decir, una presión de cien atmósferas. Tal reducción será, pues, de cuatrocientos treinta y seis cienmilésimos. Me será necesario entonces aumentar el peso hasta mil quinientas trece toneladas setenta y siete centésimos en lugar de las mil quinientas siete toneladas y dos décimos. El aumento no será, en consecuencia, sino de seis toneladas cincuenta y siete centésimos.

-¿Solamente?

-Nada más, señor Aronnax, y es cálculo fácilmente verificable. Y como cuento con depósitos suplementarios con capacidad de cien toneladas, puedo descender a profundidades considerables. Cuando quiero volver a flor de agua me basta con desalojar el líquido y vaciar totalmente los depósitos si quiero que el *Nautilus* emerja en la décima parte de su capacidad.

Ante tales razonamientos apoyados en números, no tenía yo nada que objetar.

-Admito la exactitud de sus cálculos, capitán, le dije, y sería ocioso rebatirlos, puesto que la experiencia los confirma todos los días. Pero presiento ahora una dificultad real.

-¿Cuál es ella, señor?

-Cuando se halla usted a mil metros de profundidad, las paredes del *Nautilus* soportan una presión de cien atmósferas, de modo que si en ese momento quiere usted vaciar los depósitos suplementarios para aliviar la nave y subir a la superficie, será menester que las bombas venzan esa presión de cien atmósferas que equivalen a cien kilogramos por centímetro cuadrado... De ahí la necesidad de una fuerza...

-Que solamente la electricidad podía darme, se apresuró a contestar el capitán Nemo. Le repito, señor, que la potencia dinámica de mis máquinas es casi infinita. Las bombas del *Nautilus* poseen una fuerza prodigiosa y usted pudo comprobarlo cuando las columnas de agua que expelían cayeron como un torrente sobre la *Abraham Linco1n. Por lo* demás, yo no utilizo los depósitos suplementarios más que para alcanzar profundidades medias de mil quinientos a dos mil metros, y eso con el fin de proteger a mis aparatos. Pero cuando se me antoja visitar las profundidades del océano a dos o tres leguas por debajo de la superficie, acudo a maniobras más prolongadas, aunque no menos infalibles.

-¿Cuáles, capitán?, pregunté.

-Esto me lleva de suyo a explicarle cómo se maneja el *Nautilus.*

-Estoy impaciente por saberlo.

-Para gobernar esta nave a estribor o babor, para dirigirla en una palabra, siguiendo un plano horizontal, me valgo de un timón común de azafrán grande, fijo en el codaste de popa y al que mueven una rueda y unas palancas. Pero también puedo dirigir al *Nautilus* de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, en sentido vertical, por medio de dos planos inclinados puestos a sus costados en su centro de flotación, planos móviles, capaces de tomar cualquiera dirección y que se manejan desde adentro por medio de potentes palancas. Si los planos se mantienen paralelos con respecto a la nave, ésta se mueve horizon-

talmente. Si se inclinan, el *Nautilus*, según la inclinación y con el impulso de la hélice, se sumerge siguiendo una diagonal tan prolongada como me convenga, o sube en la dirección que le marque la diagonal. E incluso, si deseo volver más rápidamente a la superficie, embrago la hélice y la presión de las aguas hace subir en línea vertical al submarino como se eleva en el aire un globo inflado con hidrógeno.

-¡Bravo, capitán!, exclamé. ¿Pero cómo hace el timonel para seguir a ciegas la ruta que usted le fija en me dio de las aguas?

-El timonel está en una caja vidriada que sobresale en la parte superior del casco, con paredes de cristales lenticulares.

-¿Cristales a prueba de tales presiones?

-Sin duda. El cristal que es frágil en el choque, ofrece, no obstante, una resistencia extraordinaria. En unas experiencias de pesca realizadas con luz eléctrica en 1864 en los mares del norte, se ha comprobado que placas de dicha materia con sólo siete milímetros de espesor resistían a una presión de dieciséis atmósferas, dejando pasar poderosos rayos calóricos, que repartían en ellas con desigual intensidad el calor. En cambio, los cristales que yo utilizo no tienen menos de veintiún centímetros en el centro, esto es, treinta veces el espesor de aquéllas.

-Admitido, capitán Nemo; pero, de cualquier modo, para ver es preciso que la luz disipe las tinieblas y no entiendo cómo, en medio de la oscuridad de las aguas...

-Detrás de la cabina del timonel hay un potente reflector eléctrico, cuyos rayos alumbran el mar hasta media milla de distancia.

-¡Ah, muy bien, muy bien, capitán! ¡Me explico ahora la fosforescencia del supuesto narval que tanto intrigó a los sabios! A propósito de esto, querría saber si la colisión entre el *Nautilus* y el *Scotia*, que provocó tanto ruido, ha sido el resultado de un encuentro fortuito...

-Puramente fortuito, señor. Yo navegaba a dos metros bajo la superficie cuando se produjo el choque. Por lo demás, pude comprobar que no tuvo resultados lamentables.

-Ninguno, señor. ¿Y el encontrón *con la Abraham Lincoln?*

-Señor profesor, lo lamento por uno de los mejores navíos de la valiente marina norteamericana, pero dado que se me atacaba, tenía que defenderme. Me limité, por otra parte, a ponerlo en condiciones tales que no pudiera dañarme. ¡Poco le costará reparar las averías en el puerto más cercano!

¡Ah, comandante, exclamé muy convencido, verdaderamente es una nave maravillosa su *Nautilus*!

-Sí, señor profesor, respondió con visible emoción el capitán Nemo, y lo quiero como si fuera carne de mi carne.

Una pregunta, quizás indiscreta, se imponía y no pude dejar de formularla:

-¿Es usted ingeniero, capitán Nemo?

-Sí, señor profesor, me respondió, estudié en Londres, en París y en Nueva York, en tiempos en que era un habitante de los continentes de la tierra.

-¿Y cómo logró usted construir secretamente este admirable *Nautilus*?

-Cada uno de los fragmentos, señor Aronnax, me fue llegando de puntos diferentes del globo con destino fingido. El casco se forjó en el Creusot, Francia; el árbol de la hélice lo fundió la casa Pen y Cía, de Londres; las planchas de acero de la quilla, Leard, de Liverpool; la hélice, Scott, de Glasgow. Los depósitos los fabricó Id empresa Cail y Cía, de París; la máquina, Krupp, de Prusia; el espolón los talleres de Motala, en Suecia; los instrumentos de precisión, Hart hermanos, de Nueva York, etc., y cada uno de esos proveedores recibió mis planos con nombres diferentes.

-Pero, observé, hubo que montar, ajustar, esos fragmentos...

-Señor profesor, yo había instalado mis talleres en un islote desierto, en pleno océano. Allí, mis obreros, es decir, mis animosos compañeros a quienes instruí y formé, y yo, hemos dado término a nuestro *Nautilus*. Luego, una vez concluida la operación, borró el fuego toda huella de nuestro paso por el islote, al que habría hecho saltar

si lo hubiese podido.

-Entonces, es lógico pensar que el costo de esta nave llega a una cantidad exorbitante...

-Señor Aronnax, un navío de hierro cuesta mil ciento veinticinco francos por tonelada. Y el *Nautilus* desplaza mil quinientas. Vale entonces, un millón seiscientos ochenta y siete mil quinientos francos; con las instalaciones, dos millones, y contando las obras de arte y las colecciones que contiene, resulta unos cuatro o cinco millones.

-Permítame una última pregunta, capitán Nemo.

-Diga usted, señor profesor.

-¿Es usted, por lo tanto, muy rico?

-Infinitamente, señor. Con facilidad, podría pagar los doce mil millones que Francia adeuda.

Miré con fijeza al singular personaje que me hablaba de tal manera. ¿Estaría abusando de mi credulidad? El porvenir habría de decírmelo.

EL RIO NEGRO

El océano Pacífico se extiende de norte a sur entre ambos círculos polares y de oeste a este entre Asia y América, en un espacio de ciento cuarenta y cinco grados de longitud. Es el más tranquilo de los mares; tiene corrientes anchas y lentas, mareas mediocres, lluvias abundantes. Tal era el océano que, en primer término, mi destino me llevaba a recorrer en las más extrañas condiciones.

-Señor profesor, me dijo el capitán Nemo, si le parece bien, iremos a fijar exactamente nuestra posición y a señalar el punto desde el que comienza este viaje. Voy a subir a la superficie.

El capitán oprimió tres veces un timbre eléctrico. Las bombas comenzaron a desalojar el agua de los depósitos, la aguja del manómetro marcó, por las distintas presiones, el movimiento ascendente del *Nautilus*, luego se detuvo.

-Hemos llegado, dijo el capitán.

Me dirigí a la escalera central que daba a la plataforma. Subí los peldaños de metal y por la compuerta abierta llegué a la parte superior del *Nautilus*. La plataforma emergía sólo unos ochenta centímetros. La proa y la popa del *Nautilus* ofrecían la disposición fusiforme que acertadamente lo hacía comparar con un largo cigarro. Noté que las chapas de acero, sujetas unas con otras a manera de tejas, se parecían a las escamas que cubren los cuerpos de los grandes reptiles terrestres. Me expliqué, entonces, muy claramente, por qué a pesar de los mejores catalejos habían confundido siempre a esta nave con un animal marino.

Hacia la mitad de la plataforma, la canoa semiempotrada en el casco formaba una ligera protuberancia. Adelante y atrás se alzaban dos cajas de mediana altura y paredes oblicuas, en parte cerradas por espesos cristales lenticulares: una de ellas destinada al timonel que guiaba al *Nautilus*, la otra con el potente foco eléctrico que le alumbraba la ruta.

El mar se presentaba magnífico, el cielo puro; el alargado vehículo marítimo apenas parecía sentir las ondulaciones del océano. Una liviana brisa del este rizaba la superficie líquida. El horizonte, libre de brumas, se prestaba a la observación detenida. No había nada a la vista. Ni un escollo, ni un islote. Ni por asomo se hallaba a nuestro alcance la Abraham *Linco1n.* Sólo la inmensidad desierta.

El capitán Nemo tomó la altura del sol con el sextante, que debía indicarle la latitud. Esperó unos minutos hasta que el astro aflorara el borde del horizonte. Mientras observaba, no se le estremeció un músculo: el instrumento no hubiera estado más firme en una mano de mármol.

-Es mediodía, dijo. Señor profesor, cuando usted guste...

Eché una última mirada al mar un poco amarillento de las riberas japonesas y bajé al salón.

Allí anotó el capitán sus observaciones y calculó cronométricamente la longitud que controló con su precedente examen de los ángulos horarios. Luego me dijo:

-Señor Aronnax, estamos a los ciento treinta y siete grados y quince minutos de longitud oeste.

-¿De qué meridiano?, pregunté con rapidez, esperando que su respuesta me diera algún indicio sobre la nacionalidad del capitán.

-Señor, me respondió, cuento con diversos cronómetros puestos de acuerdo con la hora de París, de Greenwich y de Washington. Pero en honor de usted utilizaré el meridiano de París.

Tal respuesta no me aclaraba nada. Me incliné y el comandante prosiguió:

-Ciento treinta y siete grados y quince minutos de longitud oeste del meridiano de París y treinta grados y siete minutos de latitud norte, es decir, a trescientas millas aproximadamente de las costas del Japón. Hoy estamos a 8 de noviembre, a mediodía, y comienza nuestro viaje de exploración submarina.

-¡Que Dios nos proteja!, exclamé.

-Y ahora, señor profesor, lo dejo entregado a sus estudios. He se-

ñalado el rumbo este-nordeste, Yendo a cincuenta metros de profundidad. Aquí hay unos mapas a gran escala en que podrá ir marcando el transcurso del viaje. El salón queda a su disposición. Y con el permiso de usted, me retiro.

El capitán Nemo me saludó. Me quedé solo, absorto en mis meditaciones. Todos mis pensamientos convergían hacia el comandante del *Nautilus*.

¿Sabría yo alguna vez a qué nación pertenecía ese hombre extraño que se jactaba de no tener patria? ¿Qué motivo habría provocado el odio que le inspiraba la humanidad, odio que buscaba quizás terribles venganzas? ¿Era uno de esos sabios mal apreciados, uno de esos genios "a quienes se les apenó", según decía Consejo, un Galileo moderno, o bien uno de esos hombres de ciencia como el americano Maury, cuya carrera quebraron las revoluciones políticas? Yo no podía decirlo aún; yo, arrojado por el acaso a bordo de su embarcación. En sus manos estaba mi vida; me acogía fríamente, pero con ánimo hospitalario. Sólo que jamás había apretado la mano que yo le tendía, ni él jamás me tendió la suya.

Durante una hora, entera permanecí sumido en esas reflexiones, tratando de despejar el misterio que tanto me intrigaba. Luego posé las miradas en un amplio planisferio extendido sobre la mesa y coloqué el dedo sobre el punto exacto en que se cruzaban la longitud y la latitud observadas.

El mar tiene sus ríos como los continentes. Son corrientes especiales que se distinguen por la temperatura y el color, la más notable de las cuales recibe el nombre de Gulf Stream o Corriente del golfo. La ciencia tiene señalada en el globo la dirección de cinco corrientes principales: una en el Atlántico norte, la segunda en el Atlántico sur, la tercera en el Pacífico norte, la cuarta en el Pacífico sur y la quinta en el océano indico sur. Incluso es probable que existiera una sexta corriente en el Indico norte, cuando los mares Caspio y de Aral, unidos con los grandes lagos de Asia, formaban una sola extensión de agua.

Ahora bien, en el punto señalado en el planisferio corría uno de esos ríos, que los japoneses llaman Kuro-scivo, el Río Negro, surgido del golfo de Bengala, donde lo calientan los rayos perpendiculares del sol tropical, y que pasa por el estrecho de Malaca, bordea la costa de Asia, se curva en el Pacífico norte hasta las islas Aleutianas, cargado de troncos de alcanfores y otros productos indígenas, destacándose por el puro color índigo de sus aguas calientes entre las olas del océano. Era esa corriente la que el *Nautilus* recorría. Yo la seguía con la mirada, la veía perderse en la inmensidad del Pacífico y me sentía arrastrado por ella cuando Ned Land y Consejo aparecieron en la puerta del salón.

Mis dos valientes compañeros quedaron hechos una pieza ante las maravillas que se les brindaban a la vista.

-¿Dónde, dónde estamos?, exclamó el canadiense. ¿En el Museo de Quebec?

-¡Si al señor le parece, diría yo, más bien, en el palacio de Sommerard!, añadió Consejo.

-Amigos míos, les respondí haciéndoles seña de que entraran, no están ustedes en el Canadá ni en Francia, sino a bordo del *Nautilus* y a cincuenta metros bajo el nivel del mar.

-Hemos de creer al señor, puesto que el señor lo afirma, replicó Consejo; pero, francamente, este salón tiene lo necesario para asombrar a cualquiera, incluso a un flamenco como yo.

-Asómbrate, amigo, y mira, porque para un clasificador de tu categoría hay aquí mucho que hacer.

No era necesario que lo estimulara a Consejo. El bravo muchacho, inclinado sobre las vitrinas murmuraba ya palabras de la jerga de los naturalistas: clase de los gasterópodos, familia de los buccinoides, género de las porcelanas, especie de los *Cyproea Madagascariensis*, etc.

Mientras tanto, Ned Land, bastante poco conquiliólogo, me interrogaba acerca de mi entrevista con el capitán Nemo. ¿Había averiguado yo quién era, de dónde venía, a dónde iba, hacia qué profun-

didades nos llevaba? En fin, mil preguntas que yo no tuve tiempo de responder.

Le dije cuanto sabía, o, más bien, todo lo que no sabía, preguntándole a mi vez lo que había oído o visto por su parte.

-No he visto ni he oído nada, respondió el canadiense. Ni siquiera entreví a la tripulación de la nave. ¿Acaso sería eléctrica como ella?

-¡Eléctrica!

-¡A fe mía, es como para creerlo!... Pero usted, señor Aronnax, preguntó Ned Land, siguiendo siempre su idea, ¿no podría decirme cuántos hombres hay a bordo, diez, veinte, cincuenta, cien?

-No sé qué decirle, maestro Land. Por otro lado, creo que usted debe olvidar por el momento su propósito de apoderarse del *Nautilus* y huir. ¡Esta nave es una obra maestra de la ingeniería moderna y lamentaría mucho no poder conocerla en toda su amplitud! Más de uno aceptaría la situación que aquí se nos brinda, aunque no fuera más que para pasear por entre tantas maravillas. De modo que quédese usted en calma y tratemos de ver qué pasa alrededor nuestro.

-¡Ver!, exclamó el arponero. ¡Si no se ve nada, no se verá nunca nada, como no sea esta cárcel de acero! ¡Marcharnos, navegamos enteramente a ciegas!...

Decía Ned Land estas palabras cuando todo quedó a oscuras, pero en una oscuridad absoluta. El cielo raso luminoso se apagó, y con tal rapidez que sentí en los ojos una especie de impresión dolorosa, análoga a la que produce el paso repentino de las más profundas tinieblas a una luz resplandeciente.

Habíamos quedado mudos, inmóviles, sin saber qué sorpresa agradable o desagradable nos esperaba. Se oyó un deslizamiento, corno si los paneles se corrieran a los costados del *Nautilus.*

-Esto es el fin del fin, dijo Ned Land.

-¡Orden de las hidromedusas!, murmuró Consejo.

De pronto la luz se hizo a cada lado del salón a través de dos aberturas oblongas. Las masas líquidas aparecieron vivamente iluminadas por los rayos eléctricos. Dos placas de cristal nos separaban y

del mar. Me estremecí, al principio, pensando en que tan frágil muro podía quebrarse; pero estaban sujetas con fuertes armazones de cobre que le daban una resistencia casi infinita.

El mar se veía claramente en un radio de una milla en torno al *Nautilus.* ¡Qué espectáculo! ¡Qué pluma se requeriría para describirlo! ¡Quién sería capaz de pintar los efectos de la luz en aquellas masas transparentes y la suavidad de las sucesivas gradaciones hasta las capas inferiores o superiores del océano!

Es conocida la diafanidad del mar. Se sabe que es más límpido que el agua de manantial. Las substancias minerales y orgánicas en suspensión acrecen aún su transparencia. En ciertas partes del océano, en las Antillas, a través de ciento cuarenta y cinco metros se divisa el lecho arenoso con sorprendente nitidez y la fuerza de penetración de los rayos solares sólo parece detenerse a una profundidad de trescientos metros. Pero en el medio fluido que recorría el *Nautilus,* el resplandor luminoso se producía en el mismo seno de las aguas. No era ya aquélla una masa de agua luminosa: era luz líquida.

Si se admite la hipótesis de Erhemberg, quien cree que existe una iluminación fosforescente en los fondos submarinos, la naturaleza ha reservado, por cierto, a los habitantes del mar uno de sus más prodigiosos espectáculos, de lo que podía yo formarme una idea por los mil juegos de esa luz que ahora estaba viendo. A cada lado tenía una ventana abierta hacia los abismos inexplorados. La oscuridad del salón destacaba la claridad exterior y nosotros mirábamos como si el puro cristal hubiera sido la vidriera de un inmenso acuario.

Durante dos horas todo un ejército acuático sirvió de escolta al *Nautilus*. En medio de sus juegos y de sus brincos, mientras rivalizaban en exhibiciones de belleza, de brillo y de velocidad, yo iba distiguiendo al budión verde; al mulo marino marcado con doble raya negra; al gobio de cola redondeada, de color blanco salpicado de manchas violeta en el dorso; al escombro japonés, admirable caballa de esos mares, de cuerpo azul y cabeza argentada; a los brillantes azurores cuyo solo nombre vale por toda descripción; a los esparos rayados,

de aletas matizadas en azul y amarillo; a los esparos anillados con una banda negra en la aleta caudal; a los esparos zonéforos, elegantemente encorsetados en sus seis cinturones; a los aulóstomas con boca en forma de flauta, llamados también trompeteros, algunos ejemplares de los cuales tiene el largo de un metro; a las salamandras del Japón; a las morenas echidnas, largas serpientes de seis pies, ojos vivos y pequeños y amplia boca erizada de dientes.

Nuestra admiración se mantenía en el más alto punto. No se agotaban nuestras exclamaciones. Ned nombraba a los peces, Consejo los clasificaba y yo me extasiaba ante la vivacidad de sus movimientos y la belleza de sus formas jamás se me habla dado la ocasión de sorprender a esos animales vivos y libres, en su elemento natural.

No he de mencionar todas las variedades que pasaron así por ante mis deslumbrados ojos, toda aquella colección de los mares del Japón y de la China. Los peces acudían, más numerosos que los pájaros del aire, atraídos sin duda por el radiante foco de la luz eléctrica.

Súbitamente se iluminó el salón, corriéronse los paneles, la encantadora visión se esfumó; pero durante largo rato quedé soñando aún, hasta el momento en que posé la mirada en los instrumentos suspendidos en las paredes. La brújula seguía señalando el rumbo nortenoroeste, el manómetro indicaba una presión de cinco atmósferas que correspondían a una profundidad de cincuenta metros y la corredera eléctrica daba una marcha de quince millas por hora.

Yo esperaba al capitán Nemo. Pero él no se presentó. El reloj señalaba las cinco.

Ned Land y Consejo se volvieron a sus camarotes yo me dirigí a mi habitación, donde hallé dispuesta la cena. Componíase de sopa de tortuga para la que se había echado mano M carey más delicado; de carnes blancas un poco hojaldradas del salmonete, cuyo hígado, guisado aparte, constituía un manjar delicioso; de filetes de carne de holocauto-emperador, cuyo gusto me pareció superior al del salmón.

Pasé la velada leyendo, escribiendo, meditando. Luego me fue venciendo el sueño, me tendí en la cama de alga y me dormí profun-

damente, mientras el *Nautilus* se deslizaba a lo largo de la rápida corriente del río Negro.

UNA INVITACIÓN POR CARTA

El día siguiente, 9 de noviembre, desperté después de haber dormido doce horas. Vino Consejo, según su costumbre, para saber "cómo había pasado el señor la noche", y brindar sus servicios. Al separarse de su amigo el canadiense, éste dormía como un' hombre que no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Dejé que el buen muchacho charlara a su antojo, sin responderle gran cosa. Me preocupaba bastante la ausencia del capitán Nemo, que no se había hecho ver durante nuestra reunión de la víspera y con quien pensaba yo encontrarme ese día.

Pronto vestí mi ropa de biso. Su naturaleza provocó más de una vez los comentarios de Consejo. Yo le hice saber que las habían confeccionado con los filamentos brillantes y sedosos que mantienen sujetos a las rocas a unos moluscos muy abundantes en las costas del Mediterráneo, conocidos con el nombre de pernas. En otros tiempos se utilizaban para hacer con ellos hermosas telas, medias, guantes, porque eran a la vez muy blandos y de mucho abrigo. La tripulación del *Nautilus* podía vestir, pues, con poco gasto, sin recurrir a los algodoneros, ni a las ovejas, ni a los gusanos de seda. Transcurrió el día entero sin que me honrase con una visita el capitán Nemo. Los paneles del salón no se corrieron. Quizás no querían hastiarnos con la exhibición de tantas bellezas. El rumbo del *Nautilus* se mantuvo hacia el este-nordeste, con una velocidad de doce millas, entre los cincuenta y sesenta metros bajo la superficie del mar.

El otro día, lo de noviembre, me hallé en el mismo abandono, en igual soledad. No vi a tripulante alguno. Ned y Consejo pasaron conmigo la mayor parte del día, sorprendidos por la inexplicable ausencia del capitán. ¿Estaría enfermo aquel hombre singular? ¿Intentaría modificar sus proyectos acerca de nosotros?

Después de todo, como lo hizo notar Consejo, gozábamos de entera libertad y nos proporcionaban delicados alimentos. Nuestro hués-

ped cumplía con lo convenido. No teníamos motivo de queja y, por lo demás, la misma singularidad de nuestro destino nos procura6 tan bellas compensaciones que no teníamos aún el derecho de acusarlo.

El 11 de noviembre, muy temprano, el aire fresco expandido dentro del *Nautilus* me reveló que habíamos vuelto a la superficie del océano para renovar la provisión de oxígeno. Me dirigí a la escalera central y subí a la plataforma.

Eran las seis. Vi el cielo cubierto, el mar gris, aunque en calma. Apenas había oleaje. El capitán Nemo, con quien pensaba encontrarme, ¿no vendría, Sólo divisé al timonel, encerrado en su caja de cristal. Me senté en la saliente que producía el casco de la canoa y aspiré deleitado los efluvios salinos.

Poco a poco se disipó la bruma bajo la acción de los rayos solares. El astro radiante asomó por el horizonte oriental. Inflamóse el mar ante su mirada como reguero de pólvora. Las nubes, desparramadas en lo alto, se colorearon con tonos vivos admirablemente matizados e innumerables borreguillos (nubecillas blancas, ligeras, de bordes dentados) anunciaban viento para todo el día.

¡Pero qué mal podía hacerle el viento al *Nautilus*, si las tempestades no lo asustaban!

Admiraba yo, pues, la salida del sol, tan alegre, tan vivificante, cuando oí que alguien subía a la plataforma.

Me dispuse a saludar al capitán Nemo, pero el que llegaba era su segundo. Avanzó por la plataforma sin dar señales de que hubiera advertido mi presencia. Con un poderoso catalejo escrutó todos los puntos del horizonte con suma atención. Luego, una vez concluido ese examen, pronunció una frase cuyos términos textuales son los siguientes, que yo retuve en la memoria porque cada mañana la repetía en las mismas condiciones:

-Nautron respoc lorni virch.

Lo que esto significaba, yo no lo podría decir.

Después de decir esas palabras, volvió a bajar el segundo. Yo pensé que el *Nautilus* reanudaría su navegación submarina, bajé por lo

tanto de la plataforma y por las crujías me encaminé a mi habitación.

Cinco días transcurrieron así, sin que variara la situación. Todas las mañanas subía a la plataforma y oía la misma frase de labios de] mismo individuo. El capitán Nemo no aparecía.

Habíame resignado a no volverlo a ver, cuando el 16 de noviembre, al entrar en mi habitación con Ned y Consejo, hallé sobre la mesa una esquela que se me dirigía. Abríla con mano impaciente. Estaba escrita con letra franca, neta, aunque un tanto gótica y que recordaba los caracteres de imprenta alemanes.

Decía así la esquela:

Señor profesor Aronnax, a bordo del Nautilus,
16 de noviembre de *1867.*

"E] capitán Nemo invita al señor profesor Aronnax a una cacería que se realizará mañana por la mañana en sus selvas de la isla de Crespo. Espera que nada le impida asistir a ella y verá con agrado que sus compañeros participen en la partida de caza.

“El comandante del *Nautilus,*
Capitán Nemo.”

-¡Una cacería!, exclamó Ned.

-¡Y en sus selvas de la isla de Crespo!, añadió Consejo.

-¡De modo que baja a tierra ese individuo!, repuso Ned Land.

-Así me parece claramente indicado, dije yo releyendo la carta.

-Pues bien, hay que aceptar, replicó el canadiense. Una vez en tierra firme, veremos qué decisión tomaremos. Por otro lado, no me desagradaría comer algunos trozos de venado fresco.

Sin tratar de conciliar lo que había de contradictorio entre el horror manifiesto del capitán Nemo por los continentes y las islas y su invitación a cazar en los bosques, me limité a responder:

-Veamos, primeramente, qué isla es ésa.

Consulté el planisferio y a los 32º 40' de latitud norte y 1*67º 50'* de longitud oeste encontré un islote que en 1801 había reconocido el capitán Crespo y que los antiguos mapas españoles llamaban Roca de la Plata. Estábamos, por lo tanto, a mil ochocientas millas más o menos del punto de partida y la dirección un poco modificada del *Nautilus* lo llevaba hacia el sudeste. Les señalé a mis compañeros la pequeña roca perdida en medio del Pacífico norte.

-Si el capitán Nemo baja a tierra algunas veces, les dije, por lo menos sabe elegir islas absolutamente desiertas.

Ned Land se encogió de hombros sin responder, luego Consejo y él se marcharon. Después de la cena servida por el camarero mudo e impasible, me dormí con cierta preocupación en el alma.

El día siguiente, 17 de noviembre, al despertar, noté que el *Nautilus* estaba completamente inmóvil. Me vestí sin demora y entré en el gran salón.

El capitán Nemo se hallaba allí. Me esperaba. Se levantó, saludó y me preguntó si estábamos conformes en acompañarlo.

Como no aludiera a su ausencia de ocho días, yo me abstuve también de comentarla y respondí sencillamente que mis compañeros y yo nos hallábamos dispuestos a seguirlo.

-Sólo que me permitiré, señor, dije, dirigirle una pregunta.

-Hágala usted, señor Aronnax, y si puedo darle una respuesta, se la daré.

-Pues bien, capitán, ¿cómo se entiende que usted, después de romper todo vínculo con la tierra, posea bosques en la isla de Crespo?

-Señor profesor, me respondió el capitán, las selvas que yo poseo no le piden al sol su luz ni su calor. Ni leones, ni tigres, ni panteras, ni cuadrúpedo alguno las frecuentan. No crecen sino para mí únicamente. No son bosques terrestres; son bosques submarinos.

-¡Bosques submarinos!, exclamé.

-Sí, señor profesor.

-¿Y usted me ofrece llevarme a ellos?

-Precisamente.

-¿A pie?

-Y hasta a pie seco.

-¿Cazando?

-Cazando.

¿Fusil en mano?

-Fusil en mano.

-Miré al comandante del *Nautilus* con un aire que no tenía nada de halagador para su persona.

"No hay duda, anda mal de la cabeza", pensé. "Le ha dado un ataque que duró ocho días y que todavía no se le ha pasado. ¡Qué lástima! Me gustaba más cuando me parecía un original, que ahora, loco."

Tal pensamiento debía leérseme con claridad en el rostro, pero el capitán Nemo se conformó con invitarme a que lo siguiera y lo seguí, como quien se resigna a lo que viniere. Llegamos al comedor, donde estaba servido el desayuno,

-Señor Aronnax, me dijo el capitán, le ruego que comparta mi desayuno sin cumplidos. Conversaremos comiendo. Le he prometido un paseo por el bosque, pero no me comprometí a que encontráramos allá un restaurante. Desayúnese, pues, como quien no ha de almorzar probablemente sino muy tarde.

Hice honor a la comida. Se componía de diversos pescados y rebanadas de holoturias, excelentes zoófitos, aderezados con algas muy aperitivas, tales como la *porphyria laciniata y la laurentia primafetida.* La bebida era agua límpida mezclada con un jugo fermentado que se extrae, según el método de Kamchatka, del alga conocida con el nombre de *Rodimenia palmeada.*

El capitán Nemo comenzó por comer sin decir una palabra, luego me habló as¡:

-Señor Aronnax, cuando le propuse que viniera a cazar conmigo en mis selvas de Crespo, creyó usted que me contradecía a mí mismo; cuando le hice saber que se trataba de selvas submarinas, me creyó usted loco. Señor profesor, no se debe nunca juzgar a los hombres a la

ligera.

-Pero, capitán, créame usted que...

-Dígnese escucharme y ya verá si debe acusarme de locura o de contradicción.

-Lo escucho a usted.

-Señor profesor, usted sabe tan bien como yo que el hombre puede vivir bajo el agua, siempre que lleve consigo su provisión de aire respirable. En los trabajos submarinos, el obrero, vestido con ropa impermeable y con la cabeza en una cápsula de metal, recibe el aire desde el exterior mediante bombas impelentes y reguladores de escape.

-Es el aparato de las escafandras, dije.

-En efecto; pero en tales condiciones, el hombre no tiene libertad de acción. Se halla atado a la bomba que le envía el aire por un tubo de caucho, verdadera cadena que lo sujeta a la tierra, y si estuviéramos, por nuestra parte, sujetos al *Nautilus,* no podríamos ir muy lejos.

-¿Y el medio para estar libres?

-Consiste en emplear el aparato Rouquayrol-Denayrouze concebido por dos compatriotas suyos, pero que yo he perfeccionado para mi uso, y que le permitirá a usted arriesgarse en esas nuevas condiciones fisiológicas sin que sus órganos tengan que sufrir inconveniente alguno. Se compone de un depósito de acero espeso en el que almaceno el aire bajo una presión de cincuenta atmósferas. Ese depósito se su eta a la espalda por medio de correas, como una mochila. La parte superior forma una caja en la que se conserva el aire, con un mecanismo de fuelle que no lo deja salir sino en su tensión normal. En el aparato Rouquayrol, tal como se lo usa, dos tubos de caucho saliendo de esa caja desembocan en una especie de pabellón que encierra la nariz y la boca del operador; uno de ellos sirve para introducir el aire, el otro para extraerlo cuando se ha espirado, y con la lengua se cierra uno u otro según las necesidades de la respiración. Pero yo, que he de afrontar presiones considerables en el fondo de los mares, hube de

encerrar la cabeza, como en las escafandras, dentro de una esfera de cobre, y a dicha esfera vienen a dar ambos tubos, el inspirador y el espirador.

-Perfectamente, capitán Nemo. Sin embargo, el aire que usted lleva consigo ha de consumirse pronto, y en cuanto deje de contener el quince por ciento de oxígeno se vuelve irrespirable.

-Sin duda; pero ya le he dicho, señor Aronnax, que las bombas del *Nautilus* me permiten almacenarlo bajo una presión considerable, y en tales condiciones el depósito del aparato puede proveer de aire respirable durante nueve o diez horas.

-No me queda ninguna objeción, respondí. Le preguntaré tan sólo cómo ilumina el camino en las profundidades del océano.

-Con el aparato Ruhmkorff, señor Aronnax. Si el primero se carga a la espalda, el segundo se sujeta a la cintura. Se compone de una pila de Bunsen que hago funcionar, no con bicromato de potasio, sino con la sal que satura al océano. Una bobina de inducción recoge la electricidad producida, la dirige hacia una linterna de disposición particular. En esa linterna se encuentra una serpentina de vidrio, que contiene sólo un residuo de gas carbónico. Cuando funciona el aparato ese gas se hace luminoso, dando una luz blanquecina y continua. De tal modo provisto, puedo respirar y puedo ver.

-Capitán Nemo, da usted tan aplastantes respuestas a todas mis objeciones que ya no me atrevo a dudar. Sin embargo, si me veo obligado a admitir los aparatos Rouquayrol y Ruhmkorff, me permitirá algunas reservas en cuanto al fusil con que quiere usted armarme.

-¡Pues no se trata de un fusil de pólvora!, respondió el capitán.

-¿Será, entonces, de aire comprimido?

-Claro está. ¿Cómo quiere usted que fabrique pólvora a bordo, si no tengo salitre, ni azufre, ni carbón?

-Por otro lado, añadí, para tirar con eficacia debajo del agua, en ese medio ochocientas cincuenta y cinco veces más denso que el aire, habrá que vencer una resistencia muy grande.

-Eso no sería un impedimento. Hay algunos cañones perfecciona-

dos, como los de Fulton por los ingleses Felipe Coles y Burley, por el francés Furcy, por el italiano Landi que mediante un sistema particular de cierre, pueden tirar en las condiciones que usted señala. Yo, le repito, como no tengo pólvora, la he reemplazado por aire a alta presión, que las bombas del *Nautilus* me suministran abundantemente.

-Aire que se debe consumir muy pronto.

-Bueno, ¿no cuento, acaso, con mi depósito Rouquayrol, en caso de necesidad? Basta con un grifo *ad hoc.* Por lo demás, señor Aronnax, la vera usted por sus propios ojos que durante esas cacerías submarinas no se hace gran consumo de aire ni de balas.

-No obstante, me parece que en aquella semioscuridad y en medio de un líquido muy denso con relación a la atmósfera, los tiros no han de alcanzar muy lejos y difícilmente serán mortales.

-Señor, con este fusil todos los tiros son mortales, v en cuanto se hiere a un animal, por ligeramente que fuere, cae fulminado.

-¿Por qué?

-Porque las que dispara este fusil no son balas ordinarias, sino unas capsulitas de vidrio inventadas por el químico austríaco Leniebroek, de las cuales tengo abundantísima provisión. Dichas cápsulas de vidrio, recubiertas por una armadura de acero y reforzadas con un culote de plomo, son unas verdaderas botellitas de Leyden en las que se acumula la electricidad a muy alta presión. Ante el menor choque se descargan y el animal, por resistente que fuere, cae muerto. Añadiré que las cápsulas no son más gruesas que el calibre cuatro y que la carga de un fusil ordinario puede contener diez de ellas.

-No discuto más, respondí lenvantándome de la mesa, y no me queda sino empuñar el fusil. Por otra parte, adonde usted vaya, iré yo.

El capitán me llevó a popa del *Nautilus y al* pasar por delante del camarote de Ned y de Consejo, llamé a mis compañeros, que nos siguieron al instante. Luego llegamos a una celda situada a un costado, cerca de la cámara de las máquinas, donde debíamos vestir nuestros trajes de paseo.

PASEO POR EL LLANO

Aquella celda era, dicho con propiedad, el arsenal y el vestuario del *Nautilus*. Una docena de escafandras suspendidas de la pared, esperaban a los paseantes.

Ned Land, viéndolas, manifestó evidente repugnancia en ponérsela.

-¡Pero, mi valiente Ned, le dije, si las selvas de la isla de Crespo no son sino bosques submarinos!

-¡Vaya!, exclamó el arponero contrariado al ver que se, desvanecían sus ilusiones de carne fresca. ¿Y usted, señor Aronnax, piensa meterse dentro de esos trajes?

-Es necesario, maestro Ned.

-Es usted muy libre de hacerlo, señor, respondió el arponero encogiéndose de hombros, pero en cuanto a mí, a menos que me obliguen, nunca me meter' dentro de eso.

-Nadie lo obligara, maestro Ned, dijo el capitán Nerno.

-¿Y Consejo se arriesgará?, preguntó Ned.

-Yo sigo al señor adondequiera que vaya, respondió. Consejo.

A un llamado del capitán, dos de los tripulantes nos ayudaron a ponernos esas pesadas vestimentas impermeables, confeccionadas en caucho, sin costuras, y preparadas para soportar grandes presiones. Parecían una armadura flexible y a la vez resistente. Constaban de pantalones y chaqueta. Los pantalones terminaban en espesos zapatos provistos de pesadas suelas de plomo. El tejido de la chaqueta se mantenía con laminillas de cobre que acorazaban el pecho, lo defendían del empuje de las aguas, dejando que los pulmones funcionaran libremente; las mangas terminaban en forma de guantes, suavizados de modo que no molestaran en absoluto los movimientos de la mano.

Había mucha diferencia, como se advierte, entre esas escafandras perfeccionadas y los trajes informes, tales como las corazas de corcho, las sobrevestes, los trajes de mar, las cajas, etc., que se inventaron y

ponderaron en el siglo XVIII.

El capitán Nemo, así como uno de sus compañeros -de figura hercúlea, que debía tener una fuerza prodigiosa-. Consejo y yo, no tardamos en calzarnos las escafandras, pues sólo se trataba de encajar la cabeza en su esfera metálica. Mas, antes de proceder a ello, le pedí permiso al capitán para examinar los fusiles que nos destinaban.

Uno de los hombres del *Nautilus* me presentó un fusil común cuya culata, hecha de acero laminado e interiormente hueca, era de dimensiones bastante grandes; servía como depósito del aire comprimido, que una válvula movida por un gatillo dejaba pasar al tubo de metal. Un cargador ahuecado en el espesor de la culata contenía unas veinte balas eléctricas, las que mediante un resorte se colocaban automáticamente en el cañón del fusil. En cuanto se disparaba un tiro, otra bala estaba lista para un nuevo disparo.

-Capitán Nemo, dije, esta arma es perfecta y de fácil manejo No espero más que la oportunidad de probarla. ¿Pero cómo llegaremos al fondo del mar?

-En este momento, señor profesor, el *Nautilus* está apoyado a diez metros de profundidad y no tenemos más que partir.

-¿Cómo saldremos?

-Ya lo verá usted.

El capitán Nemo introdujo la cabeza en el casquete esférico. Consejo y yo hicimos otro tanto, no sin haber oído antes de labios del canadiense un "¡Buena caza!" irónico. La parte alta de nuestro traje terminaba en un cuello de cobre con rosca, en el que se atornillaba el casco de metal. Tres aberturas protegidas por gruesos cristales permitían ver en todas direcciones sólo con girar la cabeza dentro de la esfera. En cuanto estuvo colocada, los aparatos Rouquayrol que llevábamos a la espalda comenzaron a funcionar y yo, por mi parte, noté que respiraba con facilidad.

Puesta la lámpara Ruhmkorff en la cintura y fusil en mano estaba yo listo para partir. Pero, para ser franco, como me hallaba preso en el pesado traje y clavado en la cubierta por las suelas de plomo, me hu-

biera resultado imposible el menor movimiento.

El caso estaba previsto. Sentí que me empujaban hacia un cuartito contiguo al vestuario; mis compañeros, remolcados de la misma manera, me seguían. Oí que una puerta provista de obturadores se cerraba detrás de nosotros y una profunda oscuridad nos envolvió.

Después de algunos minutos, un silbido agudo hirióme los oídos. Sentí una impresión de frío que subía de los pies al pecho. Evidentemente, desde el interior de la nave se habían abierto los grifos para dar entrada al agua de afuera, que nos rodeaba y pronto llenó la cámara. Otra puerta, practicada en el costado del *Nautilus* se abrió entonces. Una leve claridad nos alumbraba. Segundos más tarde hollaban nuestros pies el fondo del mar.

Caminábamos sobre una arena fina, compacta, no ondulada como la de las playas que guarda las huellas del oleaje. Esa alfombra brillante, verdadero reflector, devolvía los rayos del sol con sorprendente intensidad. De ahí aquella inmensa reverberación que traspasaba todas las moléculas líquidas. ¿Se me creerá si digo que en esa profundidad de treinta pies yo veía como en pleno día?

Durante un cuarto de hora hollé esa arena ardiente, sembrada de un impalpable polvo de conchillas. El casco del *Nautilus,* que se dibujaba como alargado escollo, iba desapareciendo poco a poco, pero su faro, cuando llegara la noche en medio de las aguas, nos guiaría al retornar a bordo proyectando sus rayos con perfecta nitidez. Efecto que difícilmente comprende quien no ha visto sino desde tierra esas capas blancuzcas destacadas con fuerte contraste. Allí, el polvo que satura al aire les da la apariencia de una bruma luminosa; pero en el mar, como debajo de la superficie, esos destellos se transmiten con incomparable pureza.

Mientras tanto, seguíamos avanzando; la amplia llanura de arena parecía no tener límites. Yo apartaba con las manos las cortinas líquidas que se cerraban detrás de mí y la huella de mis pasos se borraba al instante con la presión del agua.

Al poco rato, algunas formas de objetos, apenas esfumadas por la

distancia, se dibujaron ante mis ojos. Advertí unos magníficos primeros planos de rocas tapizadas con la más hermosa muestra de zoófitos, y me llamó sobre todo la atención un efecto peculiar de ese medio.

Eran entonces las diez de la mañana. Los rayos del sol herían la superficie del mar con un ángulo bastante oblicuo y al contacto de su luz descompuesta por la refracción como al atravesar un prisma, las flores, los peñascos, las retorcidas ramillas, las conchillas, los pólipos, tenían los bordes matizados con los siete colores del espectro solar. ¡Era maravilloso, una alegría para la vista, el entrecruzamiento de tonos coloreados, verdadero calidoscopio de verde, amarillo, anaranjado, violeta, índigo, azul, en una palabra, toda la paleta de un rabioso colorista! ¿Por qué no podría manifestarle a Consejo las vivas sensaciones que me conmovían y competir con él en interjecciones admirativas? ¿Por qué no sabría yo, como el capitán Nemo y su compañero, exteriorizar mis pensamientos por medio de señales convenidas? Por eso, a falta de algo mejor, yo hablaba conmigo mismo, gritaba dentro de la caja de cobre que me cubría la cabeza y quizás gasté así, en vanas palabras, mayor cantidad de aire de lo conveniente.

Pero había que marchar y avanzábamos, mientras pasaban por sobre nuestras cabezas manadas de fisalias arrastrando sus tentáculos flotantes; de medusas cuya umbrela opalina o rosa tierno, festoneada de un listón azul, nos abrigaba de los rayos solares y pelagias panopiras que, en la oscuridad, hubieran sembrado nuestro camino con resplandores fosforescentes. Todas esas maravillas las entreví en el espacio de un cuarto de milla, deteniéndome apenas, yendo detrás del capitán Nemo que me llamaba con un movimiento del brazo. Pronto se modificó la naturaleza del suelo. A la llanura de arena le sucedió una capa de limo viscoso, que los norteamericanos llaman "oaze", compuesta únicamente de conchillas silíceas o calcáreas. Luego recorrimos un prado de algas, plantas pelágicas que no habían arrancado aún las aguas y que crecían exuberantes. Estos prados de apretado césped, suaves bajo el pie, hubieran rivalizado con las más blandas alfombras tejidas por la mano del hombre. Mas, al mismo tiempo que

la verdura se extendía bajo nuestras plantas, no dejaba de flotar sobre nuestras cabezas. Una muelle cuna de plantas marinas pertenecientes a la nutrida familia de las algas, de las que se conocen más de dos mil especies, se tejía en la superficie del mar. Yo veía flotar largas cintas de fucos, unos globulosos, otros tubulados, así como laurencias, cladostepos de follaje tan suelto, rodimenias palmeadas, semejantes a abanicos de cactos. Notaba que las plantas verdes se mantenían más cerca de la superficie del mar, mientras que las rojas ocupaban una profundidad media, dejando que las hidrófitas negras o pardas formaran los jardines y macizos de las capas profundas del océano.

Esas algas son verdaderamente un prodigio de la creación, una de las maravillas de la flora universal. Es una familia que produce a la vez los más pequeños y los más grandes vegetales del globo terráqueo. Pues así como se han contado cuarenta mil de aquellas imperceptibles plantitas en un espacio de cinco milímetros cuadrados, se recogieron fucos de más de quinientos metros de largo.

Hacía una hora y media aproximadamente que habíamos salido del *Nautilus*. Era cerca de mediodía. Lo advertí por lo perpendicular de los rayos solares que ya no se refractaban. La magia de los colores desapareció poco a poco y los matices de la esmeralda y del zafiro se borraron de nuestro firmamento. Caminábamos con paso regular que resonaba en el suelo con intensidad asombrosa. Los ruidos se transmitían con rapidez tal como no está habituado a percibirlo el oído en la tierra. En efecto, el agua es mejor vehículo que el aire para el sonido, que en ella se propaga con velocidad cuádruple.

En ese momento, el suelo se presentó inclinado en marcha pendiente. La luz tomó un tinte uniforme. Llegábamos a una profundidad de cien metros, soportando una presión de diez atmósferas. El traje de buzo había sido confeccionado de tal manera que yo no sufrí ninguno de los efectos de esa presión; apenas cierta molestia en las articulaciones de los dedos, que no tardó en desaparecer. En cuanto al cansancio que debía causarnos un paseo de dos horas con una vestimenta a la que tan poco habituado me hallaba, no lo sentí en momento alguno.

Mis movimientos, con la ayuda del agua, se realizaban con sorprendente facilidad.

Llegando a aquella profundidad de trescientos pies percibía aún los rayos del sol, aunque muy débiles. Al resplandor intenso había sucedido un crepúsculo rojizo, término medio entre el día y la noche. Sin embargo, veíamos bastante para guiarnos y no era necesario todavía acudir a los aparatos Ruhmkorff.

En aquel instante el capitán Nemo se detuvo. Esperó a que estuviera a su lado y me señaló con el dedo unas masas oscuras que se destacaban en la sombra, a poca distancia.

-Es la selva de Crespo, murmuré. Y no me engañaba.

UN BOSQUE SUBMARINO

Habíamos llegado por fin al borde de ese bosque, sin duda uno de los más hermosos de los inmensos dominios del capitán Nemo. Lo consideraba como suyo y se atribuía sobre él los mismos derechos que tenían los primeros hombres en el amanecer del mundo. Además, ¿quién le hubiera disputado la posesión de aquella propiedad submarina? ¿Qué otro precursor más audaz hubiera venido, hacha en mano, a abrirse paso por entre sus montes sombríos?

Aquella selva se componía de grandes plantas arborescentes, y apenas penetramos bajo sus amplias bóvedas, atrájome la mirada una singular disposición del ramaje,, disposición que no había yo notado hasta entonces.

Ninguna de las hierbas que tapizaban el suelo, ninguna de las ramas que erizaban los arbustos, se arrastraba, o se encorvaba o se extendía en plano horizontal: todas subían hacia' la superficie del océano. Ningún filamento, ninguna cinta, por delgados que fueren, dejaba de mantenerse recto como una varilla de hierro. Los fucos y las lianas se desarrollaban en una línea rígida y perpendicular señalada por la densidad del elemento que los había producido. Inmóviles, por lo de más, cuando yo las apartaba con la mano aquellas plantas volvían a tomar al instante la posición primera. Éste era el reino de lo vertical.

No tardé en habituarme a tan extraña disposición, así como a la relativa oscuridad que nos rodeaba. El suelo de la selva estaba sembrado de bloques agudos, difíciles de evitar. La flora submarina me pareció bastante completa, más rica aún que en las zonas árticas o tropicales, donde sus productos son menos numerosos. Pero durante algunos minutos confundí involuntariamente los reinos entre sí, tomando a zoófitos por hidrófitos, animales por plantas. ¿Quién no se hubiera equivocado? ¡Tan de cerca se tocan la fauna y la flora en ese mundo submarino!

A eso de la una, el capitán Nemo dio la señal de alto, con gran

satisfacción mía, y nos tendimos bajo una glorieta de alarias cuyas largas y delgadas tiras se enderezaban como flechas.

Ese instante de descanso me pareció delicioso. Lo único que nos faltaba era el placer de la conversación, porque no podíamos oímos unos a otros. Sólo acerqué mi gruesa cabeza de cobre a la de Consejo y vi cómo le brillaban los ojos de contento al valiente muchacho, quien en señal de satisfacción se agitó dentro de su caparazón con la expresión más cómica del mundo.

Después de cuatro horas de paseo, me admiró mucho no sentir un violento deseo de comer. De qué dependía ese estado del estómago, no sabría decirlo. Pero, en cambio, experimenté inigualable gana de dormir, como les ocurre a todos los buzos. De modo que se me cerraron los ojos detrás del espeso cristal y caí en invencible somnolencia que únicamente el movimiento de marcha hacia adelante había conseguido dominar hasta entonces. El capitán Nemo y su acompañante, tendidos en el límpido cristal nos daban el ejemplo del sueño.

Cuánto tiempo permanecí amodorrado, no pude calcularlo; pero cuando desperté me pareció que el sol bajaba hacia el horizonte. El capitán Nemo ya estaba de pie y yo comenzaba a desperezarme, cuando una inesperada presencia me hizo recobrar de un brinco la posición vertical.

A algunos pasos, una monstruosa araña de mar, de un metro de alto, me miraba con ojos torvos, lista para arrojarse sobre mí. Aunque mi traje de buzo fuera lo suficientemente grueso como para protegerme de las mordeduras del animal, no pude dominar un movimiento de horror. Consejo y el marinero del *Nautilus* despertaron en ese momento. El capitán Nemo le señaló a su compañero el repugnante crustáceo, al que un culatazo derribó en seguida, y yo vi cómo las horribles patas del monstruo se retorcían en tremendas convulsiones.

El encuentro me hizo pensar que otros animales más terribles debían poblar aquellos fondos oscuros y que mi escafandra no bastaría para ampararme de sus ataques. No había pensado en ello hasta entonces y resolví mantenerme en guardia. Supuse, además, que aquel

alto significaba el término de nuestro paseo pero, en lugar de volvernos al *Nautilus*, el capitán Nemo continuó su audaz excursión.

El suelo seguía en depresión, y la pendiente, marcándose cada vez más, nos llevaba a mayores profundidades. Debían ser aproximadamente las tres cuando llegamos a un estrecho valle abierto entre altas paredes a pico y situado a unos ciento cincuenta metros de profundidad. Gracias a lo perfecto de nuestros aparatos, sobrepasábamos así en noventa metros el límite que la naturaleza parecía haber impuesto hasta aquí a las excursiones submarinas del hombre.

He dicho ciento cincuenta metros aunque ningún instrumento me permitiera medir la distancia. Pero yo sabía que aun en los mares más transparentes los rayos solares no penetran más allá. Ahora, precisamente, la oscuridad se hizo profunda. No se distinguía ningún objeto a diez pasos. Yo avanzaba, pues, tanteando, cuando vi brillar súbitamente una luz blanca bastante viva. El capitán Nerno acababa de poner en actividad su aparato eléctrico. El marinero lo imitó. Consejo y yo seguimos su ejemplo. Haciendo girar un tomillo di contacto entre la bobina y la serpentina de vidrio, de modo que el mar, alumbrado por nuestras cuatro linternas, se iluminó en un radio de veinticinco metros.

El capitán Nemo continuó hundiéndose en las oscuras profundidades de la selva cuyos arbustos raleaban cada vez más. Observé que la vida vegetal desaparecía más pronto que la vida animal. Las plantas pelágicas abandonaban ya el suelo, que se volvía árido, cuando una cantidad prodigiosa de animales, zoófitos, articulados, moluscos y peces todavía pululaban por allí.

Mientras caminábamos, yo pensaba que la luz de nuestros aparatos tenía por fuerza que atraer a algunos habitantes de esas capas sombrías. Pero si se acercaban, manteníanse por lo menos a una distancia lamentable para cazadores. Varias veces vi que el capitán Nemo se detenía y apuntaba con el fusil; luego, tras unos instantes de observación lo bajaba para reanudar la marcha.

En fin, hacia las cuatro más o menos, la maravillosa excursión

acabó. Un muro de soberbias rocas, y de masa imponente se interpuso ante nuestro paso, como una acumulación de bloques gigantescos, enorme acantilado de granito perforado de grutas oscuras, pero que no brindaban ninguna rampa por donde entrar. Eran los acantilados de la isla de Crespo. Era la tierra.

El capitán Nemo se detuvo de pronto. Una señal suya interrumpió el avance, y por grandes que fueran mis deseos de franquear la muralla, tuve que parar la marcha. Allí terminaban los dominios del capitán Nemo. No quería traspasarlos. Más allá estaba la porción del globo que sus plantas ya no debían hollar.

Comenzó el regreso. El capitán Nemo había vuelto a encabezar el reducido grupo, sin vacilar en la dirección. Creí ver que no tomábamos el mismo camino para la vuelta al *Nautilus*. La nueva ruta, muy áspera y por consiguiente más penosa, nos acercaba sensiblemente a la superficie del mar. No obstante, el regreso a las capas superiores no fue tan repentino como para que la súbita falta de presión pudiera producir desórdenes graves en nuestro organismo y ser causa de lesiones internas, tan fatales para los que se dedican a bucear.

Rápidamente volvió a aparecer la luz, fue creciendo, y como el sol ya se hallaba bajo en el horizonte, la refracción bordeó otra vez los diversos objetos con un anillo espectral. A los diez metros de profundidad caminábamos por entre un enjambre de pececillos de toda especie, mas numerosos que los pájaros en el aire, más ágiles también, pero ninguna presa acuática digna de un disparo se había brindado aún a nuestra vista. En ese momento vi que el arma del capitán, apuntada con rapidez, seguía entre las matas un objeto móvil. Salió el disparo, oí un débil silbido, y el animal cayó fulminado a los pocos pasos.

Era una magnífica nutria de mar, un enhidro, el único cuadrúpedo exclusivamente marino. Aquella nutria, de un metro y cincuenta de largo, debía ser de elevado precio. La piel, de color pardo castaño por debajo, argentada en el lomo, constituía uno de esos admirables materiales de peletería tan apreciados en los mercados rusos y chinos. La

fineza y el brillo del pelo le aseguraban un valor mínimo de dos mil francos. Yo admiraba al curioso mamífero de cabeza redondeada y orejas cortas, ojos redondos, bigotes blancos parecidos a los del gato, pies palmeados y unguiculados, cola espesa. El valioso carnicero, perseguido y cazado por los cazadores, se va haciendo extremadamente raro y se refugió sobre todo en las porciones boreales del Pacifico, donde, por cierto, no tardará en extinguirse su especie.

El compañero del capitán Nemo recogió al animal, lo cargó al hombro y reanudamos la marcha.

Durante dos horas fuimos siguiendo ora unos llanos arenosos, ora unos prados de algas, por donde se hacía penoso andar. Francamente, ya no podía más, cuando percibí un vago resplandor que cortaba a media milla la oscuridad del agua. Era el faro del *Nautilus*. Antes de veinte minutos estaríamos a bordo y allí respiraría con comodidad, pues parecíame que mi depósito sólo me proveía de un aire muy pobre en oxígeno. Pero no contaba con un encuentro que retardó algo nuestra llegada.

Yo me había quedado unos veinte pasos atrás, cuando advertí que el capitán Nemo volvía bruscamente hacia donde yo estaba. Con mano vigorosa me acostó en el suelo, mientras su compañero hacía otro tanto con Consejo. Al principio no supe qué pensar de tan brusco ataque, pero me tranquilicé al observar que el capitán se tendía a mi lado y permanecía inmóvil.

Yo estaba, pues, tendido en el suelo, precisamente al abrigo de una mata de algas, cuando levantando la cabeza vi pasar ruidosamente enormes masas que arrojaban resplandores fosforescentes. ¡Se me heló la sangre en las venas! Yo había reconocido a los formidables escualos que nos amenazaban. Era una pareja de tintoreras, tiburones terribles de enorme cola, apagada y vidriosa mirada, que destilan una materia fosforescente por unos poros que tienen junto al morro. ¡Monstruosas luciérnagas que trituran por entero a un hombre entre sus quijadas de hierro! Yo no sé si Consejo se ocupaba en clasificarlo; por mi parte, observábales el vientre argentado, el formidable hocico erizado de

dientes, desde el punto de vista científico y más bien como víctima que como naturalista. Felizmente esos voraces animales tienen mala vista. Pasaron sin vernos, rozándonos con sus aletas parduscas y nos libramos como por milagro de aquel peligro, más grande, por cierto, que el encuentro con un tigre en plena selva.

Media hora después, guiados por el reguero eléctrico, llegamos al *Nautilus*. La puerta exterior había quedado abierta y el capitán Nemo la cerró en cuanto hubimos entrado en la primera celda. Luego apretó un botón. Oí como maniobraban las bombas dentro de la nave, sentí que el agua descendía alrededor de mí y en pocos momentos la celda quedó enteramente vacía. Abrióse entonces la puerta interior y pasamos al vestuario. Allí nos quitamos las ropas de buzo no sin algún trabajo y, muy fatigado, cayéndome de inanición y de sueño, me dirigí a mi habitación, maravillado por la estupenda excursión al fondo de los mares.

CUATRO MIL LEGUAS BAJO EL PACÍFICO

El día siguiente, 18 de noviembre, me sentí enteram1ente repuesto de las fatigas de la víspera y subí a la plataforma en el momento en que el segundo del *Nautilus* pronunciaba la frase cotidiana. Se me ocurrió, entonces, que se refería al estado del mar, o, más bien, que significaba: "No tenemos nada a la vista".

Y, en efecto, el océano estaba desierto. Ni una vela en el horizonte. Las alturas de la isla de Crespo habían desaparecido durante la noche. El mar, que absorbía los colores del prisma con excepción de los rayos azules, los reflejaba en todas direcciones, revistiéndose de un admirable matiz de índigo. Un tornasolado de grandes rayas se dibujaba regularmente en la superficie ondulada.

Hallábame admirando el magnífico aspecto del océano, cuando apareció el capitán Nemo. No dio señales de haber advertido mi presencia y comenzó una serie de observaciones astronómicas luego, al terminar la operación, se apoyó de codos en la caja del fanal, con la mirada perdida en la inmensidad del mar.

Entre tanto, unos veinte marineros del *Nautilus*, gente vigorosa y bien conformada, subieron a la plataforma. Venían a retirar las redes que llevábamos,a remolque desde la noche anterior. Aquellos marinos pertenecían, con toda evidencia, a diferentes naciones, aunque el tipo europeo se revelara en todos ellos. Reconocí sin temor de equivocarme, que algunos eran irlandeses, y franceses, otros eslavos, uno griego o candiota. Por lo demás, eran hombres de habla sobria y entre ellos no empleaban sino el extraño idioma cuyo origen yo no alcanzaba siquiera a sospechar. De modo que hube de renunciar a interrogarlos.

Terminada la pesca, renovada la provisión de aire, pensé que el *Nautilus* reanudarla su paseo submarino y me disponía a regresar a mi habitación, cuando el capitán Nemo, volviéndose hacia mí, me dijo sin otro preámbulo:

-Mire ese océano, señor profesor, ¿no está dotado de vida real? ¿No muestra enojos y ternuras? Ayer se durmió como nosotros y ahora despierta después de una noche apacible.

¡Ni buenos días, ni buenas noches! ¿No se dijera que el extraño personaje continuaba conmigo una conversación ya comenzada?

- ¡ Mire usted, prosiguió, despierta bajo las caricias del sol!. Vuelve a vivir su existencia diurna. Interesante estudio es el de seguir el juego de su organismo. Tiene pulso, arterias, espasmos, y yo le doy la razón al sabio Maury, que descubrió en él una circulación tan real como la sanguínea en los animales.

Con seguridad, el capitán Nemo no esperaba ninguna respuesta mía y me pareció inútil prodigarle los "evidentemente", los "sin duda alguna" y los "está usted en lo cierto". Él hablaba, más bien, consigo mismo, haciendo largas pausas entre las frases. Era como meditar en alta voz.

-Sí, decía, el océano tiene una circulación visible y para provocarla le bastó al Creador de toda cosa con multiplicar en él el calor la sal y los animálculos. El calor, en efecto, crea densidades diferentes que producen las corrientes y las contracorrientes. La evaporación, nula en las regiones hiperbóreas, muy activa en las zonas ecuatoriales, alcanzar el máximo de densidad a los dos grados bajo cero, luego, enfriándose más, hacerse más liviana y volver a subir. Ya verá usted en el polo las consecuencias de ese fenómeno y comprenderá por qué, a causa de tal ley de la naturaleza previsora, la congelación sólo puede producirse en la superficie de las aguas.

Dicho esto, el capitán Nemo se dirigió hacia la compuerta y desapareció por la escalera. Yo lo seguí y me retiré al gran salón. La hélice entró en movimiento poco después y la corredera señaló una velocidad de veinte millas por hora.

Durante días, durante semanas, que transcurrieron a continuación, el capitán Nemo raleó mucho sus visitas. Lo vi sólo a raros intervalos. Su segundo tomaba con regularidad la altura, que yo hallaba señalada en el mapa, de tal manera que podía seguir en él la ruta

exacta del *Nautilus.*

Consejo y Ned Land pasaban largas horas conmigo. Consejo le había contado a su amigo las maravillas de nuestro paseo y el canadiense lamentaba no habernos acompañado, aunque yo esperaba que volvería a presentarse la ocasión de visitar los bosques oceánicos. Casi todos los días, durante algunas horas se corrían los paneles del salón y nuestra vista no se hartaba de escudriñar los misterios del mundo submarino.

El *Nautilus* seguía la dirección general de sudeste, manteniéndose entre los cien y ciento cincuenta metros de profundidad. Un día, no obstante, no sé por qué capricho, dirigido diagonalmente por sus planos inclinados, llegó a las capas de agua situadas a los dos mil metros. El termómetro señalaba una temperatura de 4 grados 25 centígrados, temperatura que a esta profundidad parece ser común a todas las latitudes.

El 26 de noviembre, a las tres de la mañana, el *Nautilus* cruzó el trópico de Cáncer a los 172º de longitud. El 27 pasó a la vista de las Sandwich, donde el ilustre Cook halló la muerte el 14 de febrero de 1779. Habíamos recorrido entonces cuatro mil ochocientas sesenta leguas desde nuestro punto de partida. Por la mañana, cuando subí a la plataforma, advertí, a dos millas a sotavento, la isla de Hawii, la mayor de las siete que forman el archipiélago. Distinguía netamente los bordes cultivados, las diversas cadenas de montañas que corren paralelas a la costa, y sus volcanes, dominados por el Muna-Rea desde la altura de cinco mil metros sobre el nivel del mar. Entre otros ejemplares de esas regiones, las redes trajeron unas flabelarias pavonadas, pólipos comprimidos de forma graciosa, que son originarios de esta parte del océano.

El rumbo del *Nautilus* se mantuvo hacia el sudeste. Cortó el ecuador el 1 de diciembre a los 142º de longitud y el 4 del mismo mes, después de rápida travesía sin incidentes, vimos las islas del grupo de las Marquesas. Yo observé a unas tres millas, a los 8º 57' de latitud sur y 139º 32' de longitud oeste, la punta Martin, de Nuka-Hiva, la

principal del grupo, que pertenece a Francia. Vi solamente las montañas boscosas que se perfilaban en el horizonte, pues al capitán Nemo no le agradaba aproximarse a las tierras. Allí, las redes proporcionaron hermosos especímenes de peces como las coríferos de aletas azuladas y cola de oro, cuya carne no tiene rival en el mundo; los hologimnosos casi desprovistos de escamas, pero de exquisito sabor; los ostorincos de maxilares óseos; los tasardos amarillentos que valen tanto él bonito, todos ellos pescados dignos de conservarse en la descompensa como a bordo.

Luego de habernos alejado de aquellas islas encantadoras, protegidas por el pabellón francés, el *Nautilus* recorrió desde el 4 hasta el 11 de diciembre unas dos mil millas. Señalóse esta travesía por el cruce con un inmenso conjunto de calamares, curiosos moluscos, muy parecidos a la jibia; pertenecen a la clase de los cefalópodos y a la familia de los dibranquiales, que comprende también a la sepia o jibia y a los argonautas. Son animales que estudiaron particularmente los naturalistas de la antigüedad y que les proporcionaron numerosas metáforas a los oradores de la ágora, al mismo tiempo que sabroso plato a la mesa de los ciudadanos ricos, si se presta crédito a lo que refiere Ateneo, médico griego que vivió antes de Galeno. Fue durante la noche del 9 al 10 de diciembre cuando el *Nautilus* se encontró con ese ejército de moluscos, de vida especialmente nocturna. Se podían contar por millones. Emigraban de las zonas templadas hacia zonas más cálidas, siguiendo el itinerario de los arenques y las sardinas. Los veíamos pasar frente a los gruesos cristales, nadando hacia atrás con extremada rapidez, moviéndose por medio de su tubo locomotor, persiguiendo a peces y moluscos, comiéndose a los más chicos y comidos por los más grandes, agitando en indescriptible confusión los diez pies que natura les puso en la cabeza como una cabellera de serpientes neumáticas. El *Nautilus*, a pesar de su velocidad, navegó durante varias horas en medio de ese con unto de animales y sus redes trajeron gran cantidad de ellos, entre los que reconocí a las nueve especies clasificadas por d´Orbingny como propias del océano Pacífico.

Se advierte, pues, que en la travesía el mar nos prodigaba sin cesar sus espectáculos más maravillosos.

Durante el día 11 de diciembre, hallábame yo leyendo en el gran salón. Ned Land y Consejo observaban las aguas luminosas a través de los paneles semicorridos. El *Nautilus* estaba inmóvil. Con los depósitos llenos, se mantenía a una profundidad de mil metros, zona poco habitada de los mares, en la que sólo los grandes peces aparecían de cuando en cuando.

Estaba leyendo en ese momento un libro seductor de Jean Macé, *Los servidores del estómago, y saboreaba* sus ingeniosas lecciones, cuando Consejo interrumpió mi lectura, diciéndome con voz extraña:

- ¿Quiere el señor acercarse un instante? ¿Qué ocurre, Consejo?

- Mire el señor.

Me levanté, fui a apoyarme ante el cristal y miré.

Plenamente iluminada por la electricidad, una enorme masa negruzca, inmóvil, se hallaba suspendida en medio de las aguas. La examiné atentamente, tratando de averiguar la naturaleza del gigantesco cetáceo. Pero un pensamiento cruzó de' súbito por mi mente.

-¡Un navío!, exclamé.

-¡Sí, respondió el canadiense, un barco desmantelado que se ha ido a pique!

No se engañaba Ned Land. Nos hallábamos en presencia de un navío cuyos obenques cortados pendían aún de las cadenas que los sujetan a la borda. El casco parecía en buen estado: el naufragio debía de haber ocurrido unas horas antes. Tres fragmentos de mástiles, aserrados a dos pies del puente, indicaban que, en el peligro, el navío hubo de sacrificar su arboladura. Ahora, tumbado de flanco, se había llenado de agua y escoraba todavía a babor. ¡Triste espectáculo el de ese casco perdido debajo de la superficie, pero más triste aún el de la visión del puente, donde algunos cadáveres amarrados con cuerdas yacían todavía! Conté cuatro -cuatro hombres, uno de los cuales se hallaba de pie junto al timón luego una mujer que salía a medias por la claraboya de la toldilla llevando a un niño en brazos. La mujer era

joven. Iluminados claramente por las luces del Nautilus, pude verle los rasgos que el agua aún no había descompuesto. ¡En un esfuerzo supremo tenía alzado a su niño por encima de la cabeza, pobre criatura que se abrazaba al cuello de su madre! La actitud de los cuatro marineros me pareció espantosa, al verlos retorciéndose en movimientos convulsivos y muertos mientras realizaban el postrer esfuerzo por desprenderse de las cuerdas que los sujetaban al navío. Solamente el timonel, más calmoso, con la cara serena y grave y los canosos cabellos pegados a la frente, crispaba la mano en la rueda del timón como para dirigir en las profundidades del océano a su velero hundido.

¡Qué escena! Permanecimos mudos, con el corazón palpitante en presencia de ese naufragio sorprendido y, por decirlo así, fotografiado en su último minuto. Y ya veía el avance de los enormes tiburones, con los ojos llameantes, atraídos por ese cebo de carne humana.

Entre tanto, el *Nautilus* daba una vuelta alrededor del barco sumergido. Al paso, pude leer en la popa: *Florida - Sunderland.*

VANIKORO

Ese terrible espectáculo inauguraba la serie de catástrofes que había de encontrar el *Nautilus* en su ruta. Desde que recorría mares más frecuentados, veíamos a menudo cascos de navíos que estaban pudriéndose entre dos aguas y, más al fondo, cañones, balas, anclas, cadenas y otros mil objetos de hierro carcomidos por el orín.

Mientras tanto, siempre conducidos por aquel *Nautilus* donde vivíamos como aislados, el 11 de diciembre llegamos a ver el archipiélago de las Pomotú, que se extiende en un espacio de quinientas leguas de este-sudeste a oeste-nordeste, entre los 13º 30' y 23º 50' de latitud sur y 125º 30' y 151º 30' de longitud oeste, desde la isla Ducie hasta la de Lazaref. El archipiélago cubre una superficie de trescientas setenta leguas cuadradas y lo forman unos sesenta grupos de islas, entre las que se destaca el grupo Gambier cuyo protectorado asumió Francia. Son coralíferas: un levantamiento lento, pero continuo, provocado por el trabajo de los pólipos, las unirá un día unas con otras. Luego, esta. nueva isla se soldará más tarde con los archipiélagos vecinos, de modo que un quinto continente ha de extenderse desde Nueva Zelandia y Nueva Caledonia hasta las Marquesas.

El día que en presencia del capitán Nemo desarrollé esta -teoría, me respondió fríamente:

-¡Lo que necesita la tierra no son nuevos continentes, sino hombres nuevos!

Los azares de la navegación habían llevado, precisamente, al *Nautilus* hacia la isla de Clermont-Tonnerre, una de las más curiosas del grupo descubierto en 1822 por el capitán Bell, de la *Minerva.* Pude estudiar entonces el sistema madrepórico que da origen a las islas de ese océano. Las madréporas, que no deben confundirse con los corales, tienen un tejido con revestimiento de costra calcárea, y las modificaciones de su estructura han llevado al señor Milne Edwards, mi ilustre maestro, a clasificarlas en cinco secciones. Los diminutos niti-

málculos que segregan tales políperos viven a millares en el fondo de sus células. Las secreciones calcáreas de esos pólipos dan origen a rocas, arrecifes, islotes, islas: unas veces, forman un anillo circular dejando una laguna interior comunicada con el mar por algunas brechas; otras veces, construyen barreras de arrecifes como las que existen en las costas de Nueva Caledonia y de diversas islas de las Pomotú; en otros lugares, como en la Reunión y Mauricio, alzan arrecifes recortados, como altas y rectas murallas, íl pie de las cuales el océano tiene considerable profundidad.

Bordeando a sólo unos cables las bases de los acantilados de Clermont-Tonnerre, admiraba yo la gigantesca labor de tan microscópicos obreros. Aquellas murallas eran especialmente el producto de las madréporas designadas con el nombre de mileporas, poritas, astreas y meandrinas, pólipos que se desarrollan sobre todo en las capas agitadas de la superficie del mar, y, por consiguiente, desde la parte superior dan comienzo a sus construcciones, las que van hundiéndose poco a poco con los restos de las secreciones que los soportan. Tal es, por lo demás, la teoría de Darwin, que explica así la formación de los atolones, teoría a mí parecer superior a la que da como base de los trabajos madrepóricos las cimas de las montañas o de los volcanes sumergidos a unos pies bajo el nivel del mar.

Pude observar desde muy cerca esas curiosas murallas, y vi que en su asiento la sonda indicaba más de trescientos metros de profundidad, mientras nuestros haces eléctricos hacían fulgurar la brillante construcción calcárea.

Al responder una pregunta de Consejo sobre el tiempo que tardaban en formarse aquellas colosales barreras, lo dejé muy admirado contestándole que los sabios calculaban un crecimiento de un octavo de pulgada por siglo.

-¿Así que para levantar esas murallas fueron necesarios...?

-Ciento noventa y dos mil años, mi buen Consejo, lo que alarga mucho los días bíblicos. Por otro lado, la formación de la hulla, es decir, la mineralización de los bosques enterrados por los diluvios y el

enfriamiento de las rocas basálticas han exigido períodos de tiempo mucho mayores. Pero he de decirte que los días de la Biblia no son sino épocas y no el intervalo que transcurre entre dos salidas del sol, pues, según la misma Biblia, el sol no ha sido formado el primer día de la Creación.

Cuando el *Nautilus* subió a la superficie, me fue dado contemplar en toda su extensión a esa isla de Clermont-Tonnerre, baja y boscosa. Las trombas y tempestades fertilizaron evidentemente las rocas madrepóricas que la forman. Un día, una semilla, traída por el huracán desde las tierras cercanas, cayó sobre las capas calcáreas junto con los detritos de peces y plantas marinas que constituyeron el humus vegetal. Algún coco a impulsos de las olas llegó a la nueva costa. El germen arraigó. El árbol al crecer atrajo el vapor de agua. Nació un arroyo. La vegetación se propagó poco a poco. Algunos animalillos, gusanos, insectos, abordaron en los troncos arrancados de las islas del Viento. Vinieron las tortugas a poner sus huevos. Anidaron los pájaros en los árboles jóvenes. De tal manera, la vida animal se desarrolló y atraído por la verdura y la fertilidad apareció el hombre. Así se formaron aquellas' islas, obras inmensas de animales microscópicos.

Hacia la noche, Clermont-Tonnerre se esfumó en la lejanía y la ruta del *Nautilus* se modificó de manera apreciable. Después de tocar el trópico de Capricornio a los 135º de longitud, se dirigió hacia el oeste-noroeste remontando toda la zona intertropical. Aunque el sol del verano prodigara sus rayos, no nos afectaba en modo alguno el calor, porque a los treinta o cuarenta metros de profundidad, la temperatura no subía de diez o doce grados.

El 15 de diciembre dejábamos al este el seductor archipiélago de la Sociedad y la graciosa Taití, la reina del Pacífico. Distinguí, por la mañana, a unas leguas a sotavento, las altas cumbres de esa isla. Sus aguas proveyeron a la mesa de a bordo excelentes pescados, caballas, bonitos, albicores y algunas variedades de un pez llamado morena.

El Nautilus habla navegado ochocientas millas. Nueve mil setecientas veinte millas señalaba la corredera cuando pasó entre el archi-

piélago de Tonga-Tabú, donde perecieron los tripulantes del *Argo,* del *Port-au-Prince* y del *Duke of Portland y el* archipiélago de los Navegantes, donde fue muerto el capitán de Langle, el amigo de La Pérouse. Luego tuvo a la vista el archipiélago Viti, donde los salvajes asesinaron a los marineros de la *Unión y al* capitán Bureau, de Nantes comandante de la *Amable-Josefina.* Dicho archipiélago, que se prolonga en una extensión de cien leguas de norte a sur y de noventa leguas de este a oeste, está comprendido entre los 6º y 2º de latitud sur y los *174º y 179º* de longitud oeste. Se compone de ciertos grupos de islas, Viti-Levú, Vanua-Levú y Kandubón. Tasman las descubrió, en *1643,* el mismo año en que Torricelli inventaba el barómetro y en que Luis XIV ascendía al trono. Dejo que cada cual piense cuál de estos tres sucesos fue más útil a la humanidad. Luego arribaron Cook en *1714,* d'Entrecasteaux en *1793 y,* por fin, Dumont d'Urville, en *1827,* que desenredó el caos geográfico del archipiélago. El *Nautilus* se aproximó a la bahía de Wailea, teatro de las terribles aventuras por las que pasó el capitán Dillon, el primero que descifró el misterio del naufragio de La Pérouse.

Esta bahía, dragada en varias ocasiones, provee de abundantes ostras excelentes. Las comimos sin moderación, después de haberlas abierto en nuestra propia mesa, según el precepto de Séneca; eran moluscos de la especie conocida por el nombre de *ostrea lamellosa,* muy común en Córcega. El banco de Wailea debía de ser considerable y, por cierto, sin las múltiples causas de destrucción dichas aglomeraciones acabarían por rellenar las bahías, ya que se encuentran hasta dos millones de huevos por cada individuo.

Y si el maestro Ned Land no tuvo que arrepentirse por su glotonería en tal circunstancia, fue porque la ostra es el único alimento que no provoca nunca indigestiones. En efecto, son necesarias no menos de dieciséis docenas de esos moluscos acéfalos para dar los trescientos quince gramos de sustancia azoada que requiere la alimentación de un solo hombre.

El *25* de diciembre, el *Nautilus* navegaba en medio del archipié-

lago de las Nuevas Hébridas que Quirós descubrió en *1606,* exploradopor Bougainville en *1768 y al* que Cook dio su nombre actual en *1773.* El grupo se compone principalmente de nueve grandes islas y forma una banda de ciento veinte leguas de norte-noroeste a sursudeste, comprendida entre los 15º y los 2º de latitud sur y los *164º* y 168º de longitud. Pasamos bastante cerca de la isla de Aurú que, en el momento de las observaciones se me apareció como una masa de verdes bosques, dominada por un pico de gran altura. Era el día de Navidad y Ned Land me dio la impresión de que extrañaba mucho la celebración del "Christmas", verdadera fiesta familiar realizada con entusiasta celo por los protestantes.

Hacía unos ocho días que no había visto al capitán Nemo, cuando el *27* por la mañana entró en el gran salón, siempre con el aire de quien acaba de separarse de uno apenas cinco minutos antes.

Yo estaba ocupado en reconocer en el planisferio la ruta del *Nautilus. El* capitán se acercó, apoyó el índice en el mapa y dijo:

-Vanikoro.

Era el nombre de los islotes donde se perdieron los navíos de La Pérouse. Yo me levanté al instante.

-¿El *Nautilus* nos lleva a Vanikoro?, pregunté.

-Sí, señor profesor, respondió el capitán.

-¿Y podré visitar las famosas islas donde zozobraron la *Boussole* y la *Astrolabe?*

-Si tal cosa le agrada, señor profesor.

-¿Cuándo llegaremos a Vanikioro?

-Ya hemos llegado, señor profesor.

Seguido del capitán Nemo, subí a la plataforma y, desde allí, recorrieron ávidamente mis miradas el horizonte.

Hacia el nordeste emergían dos islas volcánicas de desigual extensión, rodeadas por un arrecife de corales que medía cuarenta millas de circuito. Estábamos frente a la isla de Vanikoro propiamente dicha, a la que Dumont d'Urville le puso el nombre de isla de la Investigación y precisamente delante de la poco extensa ensenada de Vanú,

situada a los 16º 4' de latitud sur y, 164º 32' de longitud este. Las tierras parecían cubiertas de vegetación desde la playa hasta las cimas interiores, dominadas por el monte Kapogo, de cuatrocientas setenta y seis toesas de altura (950 m aproximadamente).

Luego de franquear por un paso estrecho la cintura exterior de las rocas, el *Nautilus* se halló dentro de las rompientes, donde el mar tenía una profundidad de treinta a cuarenta brazas. A la verdeante sombra de los mangles advertí la presencia de una docena de salvajes que se mostraron sumamente sorprendidos ante nuestra proximidad. ¿Acaso verían en el largo cuerpo negruzco que avanzaba a flor de agua algún cetáceo formidable, del que debían desconfiar?

En ese momento, el capitán Nemo me preguntó qué sabía yo acerca del naufragio de La Pérouse.

-Lo que sabe todo el mundo, capitán, le respondí.

-¿Y qué es lo que todo el mundo sabe?, insistió con tono un tanto irónico.

-Pues se lo diré.

Y le referí lo que las últimas investigaciones de Dumont d'Urville habían revelado, trabajos cuyo resumen muy sucinto es el que sigue.

Luis XVI designó en 1785 a La Pérouse y a su segundo, el capitán de Langle, para que llevaran a cabo un viaje de circunnavegación. Tenían a su mando las corbetas la *Boussole y la Astrolabe,* que no volvieron a aparecer jamás.

En 1791, inquieto con razón por la suerte que pudo caberles a ambas corbetas, el gobierno francés armó dos grandes transportes de guerra, el *Recherche* y el *Espérance,* transportes que salieron de Brest el 28 de setiembre, a las órdenes de Bruni d'Entrecasteaux. Dos meses después se supo, por declaraciones de un tal Bowen, comandante de la *Albermale,* que unos restos de navíos habían sido vistos en las costas de Nueva Georgia. Pero ignorando d'Entrecasteaux tales noticias -bastante inseguras, por lo demás- se dirigió hacia las islas del Almirantazgo, señaladas en un informe del capitán Hunter como el lugar del naufragio de La Pérouse.

Sus búsquedas resultaron vanas. El *Espérance* y el *Recherche* hasta pasaron por delante de Vanikoro sin detenerse y, en suma, fue aquel un viaje muy desdichado, puesto que les costó la vida a d'Entrecasteaux, a dos de sus segundos y a varios marineros de la tripulación.

Un ducho navegante del Pacífico, el capitán Dillon, fue el primero que halló rastros indudables de los náufragos. El 15 de mayo de 1824, su navío, el *Saint Patrick* pasó cerca de la isla de Tikopia, una de las Nuevas Hébridas. Allí, un marinero indostanés abordándolo en una piragua le vendió la empuñadura de plata de una espada,que llevaba las huellas de unos caracteres grabados a buril. El marinero afirmaba, además, que seis años antes, en una estadía en Vanikoro, había visto a dos europeos que pertenecían a unos navíos hundidos hacía muchos años en los arrecifes de la isla.

Dillon adivinó que se trataba de los barcos de La Pérouse, cuya desaparición había conmovido al mundo entero. Quiso llegarse a Vanikoro, donde, según el indostanés, se encontraban muchos restos del naufragio, pero los vientos y las corrientes se lo impidieron.

Dillon puso rumbo a Calcuta. Allí, supo interesar en su descubrimiento a la Sociedad asiática y a la Compañía de las Indias. Pusieron a su disposición una nave, a la que se dio el nombre de la *Recherche* (la búsqueda), y partió el 23 de enero de 1827, acompañado de un agente francés.

La *Recherche*, luego de haber hecho escalas en diferentes puntos del Pacífico, fondeó frente a Vanikoro el 7 de julio de 1827, en esa misma abra de Vanú donde el *Nautilus* flotaba ahora.

Dillon recogió en dicho lugar numerosos restos del naufragio, utensilios de hierro, anclas, estrobos de poleas, bocas de fuego para arrojar piedras, una bala de dieciocho, trozos de instrumentos de astronomía, un fragmento de adorno de proa y una campana de bronce que tenía esta inscripción: "Me hizo Bazin", marca de la fundición del arsenal de Brest hacia 1785. No podían quedar ya dudas.

Para completar sus averiguaciones, Dillon permaneció hasta el mes de octubre en el lugar del siniestro. Luego, salió de Vanikoro, se

dirigió hacia Nueva Zelandia, fondeó en Calcuta el 7 de abril de 1828 y regresó a Francia, donde lo acogió con mucha simpatía el rey Carlos X.

Pero en esos momentos, Dumont d'Urville, sin tener conocimiento de los trabajos de Dillon, había partido en busca del lugar del naufragio en otras regiones. Hubo noticias, en efecto, por informaciones de un ballenero, de que unas medallas y una cruz de San Luis se hallaban en poder de los salvajes de la Luisíada y de la Nueva Caledonia.

Dumont d'Urville, al mando del *Astrolabe,* se hizo, pues, a la mar y a los dos meses de haber partido Dillon de Vanikoro, fondeó frente a Hobart-Town. Allí se enteró de los resultados conseguidos por Dillon y, además, supo que un tal James Hobbs, segundo de la *Unión,* de Calcuta, al llegar a una isla situada a los 8º 18´ de latitud sur y 156º 30' de longitud este, había visto que los indígenas usaban unas barras de hierro y unas telas rojas.

Bastante perplejo Dumont d'Urville y sin saber si debía dar crédito a tales relatos publicados en periódicos poco dignos de confianza, se decidió, no obstante, a lanzarse tras los rastros de Dillon.

El lo de febrero de 1828, el *Astrolabe* se presentó ante Tikopia, tomó como guía e intérprete a un desertor establecido en la isla, se encaminó hacia Vanikoro, adonde llegó el 12 de febrero, bordeó los arrecifes hasta el 14 y sólo el 20 fondeó dentro de la barrera en el abra de Vanú.

El 23, varios oficiales recorrieron la isla, trayendo algunos restos poco importantes. Los naturales, adoptando un sistema de negativas y subterfugios, se rehusaron a llevarlos al lugar del siniestro. Semejante conducta tan turbia hizo sospechar que hubieran maltratado a los náufragos y temieran la venganza de Dumont d'Urville por el daño causado a La Pérouse y a sus desdichados compañeros. Sin embargo, el 26, convencidos por medio de algunos presentes y comprendiendo que no debían temer represalias, condujeron al segundo, Jaquinot, al lugar del naufragio.

Allí, a tres o cuatro brazas de agua, entre los arrecifes Pacú y Vanú, yacían anclas, cañones, galápagos de hierro y de plomo, adheridos a las concreciones calcáreas. La chalupa y la ballenera del *Astrolabe* se dirigieron a ese sitio, donde no sin muchos esfuerzos los tripulantes lograron extraer un ancla que pesaba mil ochocientas libras, un cañón de ocho, de hierro fundido, un galápago de plomo y dos pedreros de cobre.

Dumont d'Urville interrogó a los indígenas, por los que supo, también, que La Pérouse, después de la pérdida de sus dos naves en los arrecifes de la isla, había construido una embarcación más pequeña, con la que se perdió por segunda vez... ¿Dónde? No se sabía. El comandante del *Astrolabe* hizo erigir, entonces, en un bosquecillo de mangles, un cenotafio en memoria del célebre navegante y de sus compañeros. Era una sencilla, pirámide cuadrangular, asentada en una base de corales, en la que no entró ningún herraje que pudiera tentar la codicia de los naturales.

Luego quiso partir Dumont d'Urville, pero las tripulaciones habían contraído las fiebres de esas costas malsanas, y hallándose él mismo enfermo, no pudo aparejar hasta el 17 de marzo.

Mientras tanto, el gobierno francés, temiendo que Dumont d'Urville no tuviera noticias de los trabajos de Dillon, había enviado a Vanikoro a la corbeta la *Bayonnaise*, al mando de Legoarant de Tromelin, que paraba en la costa oeste de América. La *Bayonnaise* fondeó frente a Vanikoro algunos meses después de la partida del *Astrolabe*, no halló ningún documento nuevo, pero comprobó que los indígenas habían respetado el mausoleo de La Pérouse.

Tal era en sustancia el relato que hice al capitán Nemo.

-¿De modo que, me dijo, no se sabe aún dónde zozobró el tercer navío, construido por los náufragos en la isla de Vanikoro?

-No se sabe.

El capitán Nemo no respondió nada y me hizo señas de que lo siguiera al gran salón. Sumergióse el *Nautilus* algunos metros y se corrieron los paneles.

Me precipité hacia el cristal y entre los bancos de corales, recubierto de fungos, sifórtulas, alciones y cariófilas, por entre miriadas de peces encantadores, girellas, glifisidones, pompéridas, diatcopos, holocentros, reconocí ciertos restos que las dragas no habían podido arrancar, estribos de hierro, anclas, cañones, balas, una armadura de cabrestante, una roda, objetos todos provenientes de las embarcaciones zozobradas y que ahora lucían un manto de flores vivientes.

Y mientras yo contemplaba aquellos restos desolados, el capitán Nemo me dijo con voz grave:

-El comandante La Pérouse partió el 7 de diciembre de 1785 con sus navíos el *Astrolabe y la Boussole.* Fondeó, primeramente, en Botany-Bay, visitó el archipiélago de los Amigos, la Nueva Caledonia, se dirigió hacia Santa Cruz e hizo escala en Namuka, una de las islas del grupo Hapai. Después, sus navíos llegaron a los ignorados arrecifes de Vanikoro. La *Boussole,* que marchaba adelante, chocó con la costa meridional; el *Astrolabe,* yendo en su auxilio, zozobró también. La primera nave quedó destruida casi de inmediato; la segunda, encallada a sotavento, resistió algunos días. Los indígenas acogieron bastante bien a los náufragos; instaláronse éstos en la isla y construyeron una embarcación más pequeña con los restos de las grandes. Algunos marineros se quedaron voluntariamente en Vanikoro; los demás, debilitados, enfermos, partieron con La Pérouse. Dirigiéronse hacia las islas Salomón, donde hombres y barco perecieron en la costa occidental de la isla más importante del grupo, entre los cabos Decepción y Satisfacción.

-¿Cómo lo sabe usted?, exclamé.

¡Vea lo que encontré en el mismo sitio de ese último naufragio! El capitán Nemo me mostró una caja de hojalata sellada con el escudo de Francia y enteramente corroída por las aguas salinas. La abrió y vi en ella un legajo de papeles amarillecidos, aunque todavía legibles.

¡Eran las propias instrucciones del ministro de marina al comandante La Pérouse, con anotaciones marginales de mano de Luis XVI!

¡Ah, qué hermosa muerte para un marino!, comentó entonces el

capitán Nemo. ¡Tranquila tumba este sepulcro de coral! ¡Quiera el Cielo que mis compañeros y yo no tengamos otro!

EL ESTRECHO DE TORRES

Durante la noche del 27 al 28 de diciembre, alejóse el *Nautilus* de las regiones de Vanikoro, con excesiva velocidad. Llevaba rumbo sudoeste y en tres días recorrió las setecientas cincuenta leguas que separan el grupo de La Pérouse de la punta sudeste de la Papuasia.

El 1 de enero de 1868, muy temprano, Consejo se me acercó en la plataforma.

-Señor, me dijo el buen muchacho, ¿me permite el señor que le desee feliz año?

-Por supuesto, Consejo, como si estuviéramos en París, en mi gabinete del Jardín botánico. Acepto tus augurios y los agradezco. Sólo que te preguntaría qué entiendes tú por "feliz año" en las circunstancias en que nos hallamos. ¿Acaso el año que vea el final de nuestro cautiverio o el año en que continúe este extraño viaje?

-A fe mía, respondió Consejo, no sé qué decirle al señor. Cierto es que vemos cosas curiosas y que desde hace dos meses no hemos tenido tiempo de aburrirnos. La última maravilla cada vez es la más asombrosa, y si se mantiene la progresión, no se sabe cómo ha de terminar esto. Me imagino que nunca se nos dará otra ocasión parecida.

-Nunca, Consejo.

-Además, el señor Nemo, que lleva bien puesto su nombre latino, nos molesta tan poco como si no existiera.

-Es tal como lo dices, Consejo.

-Pienso, pues, que un "año feliz" sería el que nos permitiera verlo todo...

-¿Verlo todo, Consejo? Llevaría, tal vez, mucho tiempo. ¿Pero qué piensa de esto Ned Land?

-Ned Land piensa exactamente lo contrario que yo, respondióme Consejo. Tiene un sentido práctico de las cosas y un estómago exigente. Mirar a los peces y comer siempre pescado no le basta. La falta de pan, de vino, de carne, no conforma a un digno anglosajón, fami-

liarizado con los bisteques y a quien no asusta el brandy o la ginebra, en cantidades moderadas.

-Por lo que a mí se refiere, no es eso lo que me atormenta, Consejo, y me encuentro muy cómodo con el régimen de a bordo.

-Yo también, añadió Consejo. Por eso me gusta tanto quedarme como al maestro Land huir de aquí. De manera que si el año que comienza no es grato para mí, lo será para él, y recíprocamente. Así siempre habrá alguien satisfecho. En fin, y en conclusión, le deseo al señor lo que le sea al señor más agradable.

-Gracias, Consejo. Sólo te pediré que dejemos para otra oportunidad la cuestión del aguinaldo y que lo sustituyamos por un buen apretón de manos.

-Nunca se ha mostrado el señor más generoso, respondió Consejo.

Y dicho esto, el excelente muchacho se retiró.

El 2 de enero habíamos navegado once mil trescientas cuarenta millas, o sea, cinco mil doscientas cincuenta leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japón. Ante el espolón del *Nautilus* se extendían los peligrosos parajes del mar de Coral, en la costa nordeste de Australia. Nuestra nave bordeaba el temible banco en que estuvieron a punto de perderse los navíos de Cook, el 10 de junio de 1770. El buque que él dirigía chocó con una roca y si no se hundió fue gracias a la circunstancia de que el trozo de coral, separado por el encontrón, quedó incrustado en el casco entreabierto.

Dos días después de haber cruzado el mar de Coral, el 4 de enero, tuvimos a la vista las costas de la Papuasia. En tal ocasión, el capitán Nemo me comunicó su propósito de pasar al océano Indico por el estrecho de Torres. La información se limitó a eso. Ned vio con placer que mediante tal ruta nos acercábamos a los mares europeos.

Se considera a ese estrecho de Torres como tan arriesgado por los escollos que en él abundan como por los salvajes habitantes de sus costas. Separa a la Nueva Holanda de la gran isla de Papuasia, llamada también Nueva Guinea.

La Papuasia tiene cuatrociencas leguas de largo por ciento treinta de ancho, y una superficie de cuarenta mil leguas geográficas, Está situada, en latitud, entre 0º *19' y 10º 2'* sur, y, en longitud, entre los *128º 23´ y 146º 15'.* A mediodía, mientras tomaba el segundo la altura del sol, distinguí las cumbres de los montes Arfalxs, que se alzan por planos graduados y terminan en pitones agudos.

Dicha tierra, descubierta en *1511* por el portugués Francisco Serrano, recibió las sucesivas visitas de don José de Meneses en *1526,* de Grijalba en *1527,* del general español Álvaro de Saavedra en *1528,* de Íñigo Ortez en *1545,* del holandés Shouten en *1616,* de Nicolás Sruic en *1753,* de Tasman, Darmier, Fumel, Carteret, Edwards, Bougainville, Cook, Forrest, Mac Cluer, de Entrecasteaux en *1792,* de Duperrey en *1823,* y de Dumont d'Urville en *1827.* "Es el hogar de los negros que ocupan toda la Malasia", ha dicho el señor de Rienzi, y yo no sospechaba que el acaso de esta navegación me pondría en presencia de los temibles andamanes. El *Nautilus* se presentó, pues, ante la entrada del más peligroso estrecho del golfo, por el que hasta los navegantes más audaces apenas se atreven a pasar, estrecho que Luis Paz de Torres afrontó a su regreso de los mares del sur a la Melanesia, y en el cual, en *1840,* las corbetas encalladas de Dumont d'Urville casi se pierden totalmente. El propio *Nautilus,* capaz de superar todos los peligros marinos había de tener que vérselas, sin embargo, con los arrecifes coralinos.

El estrecho de Torres tiene aproximadamente unas treinta y cuatro leguas de ancho, pero se halla obstruido por innumerable cantidad de islas, islotes, rompientes, rocas, que vuelven casi impracticable la navegación. En consecuencia, el capitán Nemo adoptó todas las precauciones necesarias para la travesía. El *Nautilus,* flotando a flor de agua, avanzaba a moderada velocidad. La hélice, como la cola de un cetáceo, hendía las olas con lentitud.

Aprovechando de tal situación, mis dos compañeros y yo nos habíamos ubicado en la plataforma siempre desierta. Ante nosotros se alzaba la cabina del timonel, y mucho me engaño o el capitán Nemo

se hallaba allí, dirigiendo personalmente al *Nautilus.*

Eran entonces las tres de *la* tarde. La marejada subía alcanzando casi la pleamar. El *Nautilus* se aproximó a la isla Gueboroar, que me parece ver todavía con sus notables orillas escarpadas. La costeábamos a menos de dos millas. De pronto, un choque me derribó. El *Nantilus* había tocado un escollo y permanecía inmóvil, algo escorado a babor. Cuando me levanté vi en la plataforma al capitán Nemo y a su segundo que examinaban la situación de la nave e intercambiaban algunas palabras en su incomprensible idioma.

Ésta era la situación: a dos millas a estribor aparecía la isla Gueboroar, cuya costa tomaba una curvatura de norte a oeste como un inmenso brazo. Hacia el sur y el este se mostraban ya algunas crestas de corales que el reflujo iba dejando al descubierto. Habíamos encallado plenamente en uno de los mares de mediocres mareas, circunstancia que hacía más difícil poner a flote al *Nautilus.* Sin embargo, la nave no había sufrido averías por la fortaleza de su casco. Pero si no podía deslizarse ni flotar, corría el riesgo de quedar siempre sujeto en esos escollos, lo que significaba para el capitán Nemo la pérdida de su submarino.

Yo estaba meditando en ello, cuando el capitán, frío y sereno, siempre muy dueño de sí y sin demostrar emoción ni contrariedad, se acercó.

-¿Un accidente?, le dije.

-No, un incidente, me respondió.

-¡Pero un incidente que lo forzará quizás a volver a ser un habitante de esas tierras de las que huye!

El capitán Nemo me miró con aire singular, haciendo un ademán negativo. Era como decirme con toda claridad que jamás lo obligaría cosa alguna a hollar de nuevo un continente. Luego me dijo:

-Por otra parte, señor Aronnax, el *Nautilus* no se halla en peligro. Lo llevará a usted nuevamente al seno del océano y sus maravillas. Nuestro viaje apenas comienza y no deseo privarme tan pronto del honor de su compañía.

-No obstante, capitán Nemo, repuse sin detenerme en el tono irónico de esa última frase suya, el *Nautilus* encalló en el momento de la pleamar. Y como las mareas no son muy fuertes en el Pacífico, si no puede usted arrojar lastre -lo que me parece imposible- no veo de qué manera lo sacará a flote.

-Las mareas no son fuertes en el Pacífico, como usted lo dice, señor profesor, respondió el capitán Nemo, pero en el estrecho de Torres se encuentra aún una diferencia de metro Y medio entre el nivel de las altas y las bajas mareas. Hoy es el 4 de enero y dentro de cinco días tendremos plenilunio. Y mucho me sorprendería si el complaciente satélite no alzara suficientemente estas masas de agua y no me prestara un servicio que no quiero deberle sino a él.

Dicho esto, el capitán Nemo seguido de su segundo, volvió al interior del *Nautilus*. En cuanto a la nave, permanecía inmóvil como si ya los pólipos coralinos lo hubieran tapiado con su indestructible cemento.

-¿Y bien, señor?, me preguntó Ned Land viniendo a mi lado despuçes de la partida del capitán.

-Y bien, amigo Ned, esperaremos tranquilamente la marea del 9, pues al parecer la luna nos hará el favor de ponernos a flote.

-¿Así, sencillamente?

-Sencillamente así.

-¿Y este capitán no piensa soltar las anclas, forzar las máquinas v hacer lo necesario para desencallar?

-Puesto que bastará con la marea, respondió Consejo.

El canadiense posó la mirada en Consejo, luego se encogió de hombros. Era el marino quien en él se expresaba así.

-Señor, me dijo, puede usted creerme si le digo que este trozo de hierro no volverá a navegar jamás, ni en los mares, ni por debajo de su superficie. Ya no sirve más que para venderlo al peso. Pienso, por lo tanto, que ha llegado el momento de largarnos, lejos del capitán Nemo.

-Amigo Ned, le respondí, yo no creo, como usted, que se haya

perdido este valiente *Nautilus* y dentro de cuatro días sabremos a que atenernos en cuanto a las mareas del Pacífico. Además, el intento de marcharnos podría ser oportuno sí estuviéramos a la vista de las costas de Inglaterra o de Provenza, pero en los parajes de la Papuasia es cosa muy diferente y siempre habrá tiempo de apelar a ese extremo si el *Nautilus* no logra zafarse, lo que yo vería como un acontecimiento grave.

-¿Pero no podríamos explorar, por lo menos, el terreno, añadió Ned Land. Allí tenemos una isla. En la isla hay árboles. Debajo de los árboles, animales terrestres, portadores de chuletas y bisteques, a los que con mucho gusto daría yo unos mordiscos.

-En esto el amigo Ned tiene razón, dijo Consejo, y yo soy de su parecer. ¿Podría el señor conseguir de su amigo el capitán Nemo que nos lleve a tierra, aunque más no fuere que para no perder la costumbre de sentar las plantas en las partes sólidas de nuestro planeta?

-Puedo pedírselo, respondí, pero se negará.

-Inténtelo el señor, dijo Consejo, y así sabremos a qué atenernos acerca de la amabilidad del capitán.

Con gran sorpresa de mi parte, el capitán Nemo me concedió el permiso que le pedía. Lo hizo de muy buen grado y atentamente, sin exigirme la promesa de regresar a bordo. Cierto es que una fuga a través de las tierras de la Nueva Guinea hubiera sido muy peligrosa y yo no le hubiera aconsejado a Ned Land que la intentase. Más valía seguir prisioneros a bordo del *Nautilus* que caer en manos de los indígenas de la Papuasia.

Pusieron la canoa a nuestra disposición para el siguiente día por la mañana. Yo no traté de saber si el capitán Nemo nos acompañaría. Hasta pensé que ningún hombre de la tripulación nos conduciría y que Ned Land sería el Único encargado de dirigir la embarcación. Además, la tierra se hallaba cuando más a dos millas y, era un juego para el canadiense llevar la liviana canoa por entre las líneas de los arrecifes, tan fatales para los grandes navíos. El día siguiente 5 de enero, sacaron de su alvéolo a la canoa, sin puente, y la echaron al mar desde

lo alto de la plataforma. Dos hombres bastaron para tal operación. Los remos se hallaban en la embarcación y sólo teníamos que subir a ella.

A las ocho, armados con los fusiles eléctricos y unas hachas, nos separamos *Nautilus*. El mar estaba bastante sereno. Una leve brisa soplaba desde tierra. Consejo y yo tomamos los remos y bogamos vigorosamente, mientras Ned nos gobernaba por entre los estrechos pasos que se abrían entre las rompientes. La canoa era de fácil manejo y se deslizaba con rapidez.

Ned Land no lograba dominar su alegría. Era un preso que huía de la cárcel y no pensaba en que sería menester volver a ella.

¡Carne, repetía, vamos a comer carne y qué carne! ¡Verdadera caza! Lástima que no tengamos pan. No digo que el pescado no sea una cosa buena, pero no hay que abusar. Y un trozo de venado fresco, asado en las brasas, será un agradable cambio en nuestro menú.

-¡Goloso!, respondía Consejo. Se me hace agua la boca, oyéndolo.

-Queda por saber, dije yo, si abunda la caza en estos bosques y si la caza no es de tal tamaño que pueda cazar al cazador.

-¡Bueno, señor Aronnax!, respondió el canadiense cuyos dientes parecían haberse afilado como el tajo de un hacha. ¡Yo comería carne de tigre, lomo de tigre, si no hubiera otro cuadrúpedo en la isla!

-El amigo Ned es inquietante, comentó Consejo.

-Sea lo que fuere, prosiguió Ned Land, cualquier animal de cuatro patas sin plumas, o de dos patas con plumas, que se me ponga a la vista, recibirá el primer tiro de mi fusil.

_iBueno!, dije yo. ¡Vuelven a asomar las imprudencias del maestro Land!

-¡No tema usted, señor Aronnax, respondió él, y reme firme! Sólo le pido veinticinco minutos para brindarle un manjar de los míos.

A las ocho y media, la canoa del *Nautilus* encallaba suavemente en una playa arenosa, después de haber cruzado con toda felicidad el anillo coralino que rodeaba a la isla de Gueboroar.

UNOS DIAS EN TIERRA

Recibí honda impresión al tocar tierra. Ned Land tanteaba el suelo con el pie como para tomar posesión de él. Apenas hacía dos meses, sin embargo, que según la expresión del capitán Nemo éramos "pasajeros del *Nautilus*", es decir, en realidad, prisioneros de su comandante.

En algunos minutos estuvimos a tiro de fusil de la costa. Aunque el suelo era casi enteramente madrepórico, algunos lechos de torrentes secos, sembrados de restos graníticos, demostraban que la isla se debía a una formación primaria. Todo el horizonte se ocultaba tras una cortina de bosques admirables. Árboles enormes, cuya altura alcanzaba a veces sesenta metros, se unían unos con otros mediante guirnaldas de lianas, verdaderas hamacas naturales mecidas por una ligera brisa. Había allí mimosas, ficus, casuarinas, tecas, híbiscus, pandanus, palmeras, profusamente mezclados, y al abrigo de las verdes bóvedas, al pie de los troncos gigantescos, crecían orquídeas, leguminosas y helechos.

Pero sin fijarse en aquellos hermosos ejemplares de la flora papuásica, el canadiense se dedicó más a lo útil que a lo agradable. Vio un cocotero, hizo caer algunos de los frutos, los rompió, bebimos el líquido dulce contenido en su interior, llamado *leche de coco,* y comimos su pulpa carnosa con un placer que entrañaba una protesta contra la comida habitual en el *Nautilus*.

-¡Excelente!, decía Ned Land.

-¡Exquisito!, añadía Consejo.

-Supongo, dijo el canadiense, que su amigo el capitán Nemo no se opondrá a que llevemos un cargamento a bordo.

-No lo creo, le respondí, pero no querrá probarlos.

-¡Peor para él!, opinó Consejo

-¡Y mejor para nosotros!, respondió Ned Land. Nos quedarán más.

-Escúcheme una palabra, maestro Land, le dije al arponero que se disponía a devastar otro cocotero. El coco es buena cosa, pero antes de llenar con él la canoa, me parece prudente ver si la isla no produce otras sustancias no menos útiles. Las legumbres frescas serían bien recibidas en la despensa del *Nautilus*.

-Tiene razón el señor, dijo Consejo. Propongo que reservemos

tres sitios en la embarcación, uno para los frutos, otro para las legumbres y el tercero para la carne, de la que hasta ahora no he visto la menor huella.

-No hay que perder las esperanzas, Consejo, respondió el canadiense.

-Continuemos, pues, nuestra excursión, añadí, pero nos conviene estar atentos. Aunque parezca deshabitada la isla, podría albergar a ciertos individuos menos exigentes que nosotros en cuanto a la naturaleza de la caza.

-¡Quién sabe!, dijo Ned Land, con un movimiento muy significativo de las mandíbulas.

-¡Hombre!, exclamó Consejo.

-¡A fe mía, respondió el canadiense, empiezo a comprender los atractivos de la antropofagia!

-¡Ned! ¡Ned! ¿Qué está diciendo?, replicó Consejo. ¡Usted antropófago'- ¡Ya no estaré tranquilo a su lado, compartiendo con usted el camarote! ¿He de amanecer un día devorado a medias?

-Amigo Consejo, me gusta usted mucho, pero no tanto como para comérmelo sin necesidad.

-No me fío, respondió Consejo. ¡A cazar! Hay que derribar forzosamente a algún animal para que se satisfaga este caníbal, si no una mañana de éstas el señor no podrá contar más que con unos trozos, de su criado para servirlo.

Mientras se cambiaban esas palabras, íbamos entrando bajo las sombrosas bóvedas del bosque y, durante dos horas, lo recorrimos en todo sentido.

La casualidad nos fue muy favorable en la búsqueda de vegetales

comestibles. Uno de los más útiles productos de las zonas tropicales nos procuró un alimento valioso que faltaba a bordo. Me refiero al árbol del pan, muy abundante en la isla de Gueboroar, donde vi aquella variedad desprovista de semillas, llamada en malayo rima.

Ese árbol se distingue de los demás por el tronco recto, de doce metros de altura. La cima, graciosamente redondeada, de hojas gran des multilobuladas, señalaba claramente al naturalista el artocarpus, aclimatado con felicidad en las islas Mascareñas. De su masa de verdura destacábanse unos gruesos frutos globulosos, de un decímetro de ancho, con rugosidades en la parte externa, dispuestas en forma hexagonal. Vegetal muy útil, con el que la naturaleza ha gratificado a las regiones donde falta el trigo, y el cual, sin exigir ningún cuidado, da frutos durante ocho meses cada año.

Ned Land conocía muy bien a esos frutos. Ya los había comido durante sus numerosos viajes y sabía preparar su sustancia comestible. Por eso, verlos y sentir excitados sus deseos fue todo uno.

-¡Señor, me dijo, me muero sino como un poco de la pasta del árbol del pan!

-Cómala, amigo Ned, cómala a su antojo. Estamos aquí para hacer experiencias, pues bien, hagámoslas.

-¡No tardaré mucho!, respondió el canadiense.

Y mediante una lente y con leña seca se puso a encender fuego. Mientras tanto, Consejo y yo escogíamos los mejores frutos del artocarpus. Algunos no habían llegado todavía a un grado suficiente de madurez y la piel espesa recubría una pulpa blanca, pero poco fibrosa. Otros, en gran número, amarillentos y gelatinosos, sólo esperaban el momento de la cosecha. Los frutos no contenían hueso alguno. Consejo le llevó una docena de ellos a Ned Land, quien los puso en las brasas después de cortarlos en gruesas rebanadas, mientras repetía:

-¡Ya verá usted, señor, qué bueno es este pan!

-Sobre todo cuando uno se ha visto privado de él durante mucho tiempo, dijo Consejo.

-Esto no es pan, añadió el canadiense, sino un pastel delicado.

¿No lo ha comido nunca, señor?

-No, Ned.

-Pues bien, prepárese a probar algo suculento. ¡Si no le agrada, yo no soy ya el rey de los arponeros!

Al cabo de unos minutos, la parte del fruto expuesta al fuego quedó completamente asada. En el interior aparecía una pasta blanca, como unas migas tiernas cuyo sabor recordaba al de la alcachofa. Debo confesar que ese pan era excelente y me agradó mucho comerlo.

-Por desgracia, dije, semejante pasta no puede conservarse fresca y me parece inútil recogerla para llevarla a bordo.

- ¡Qué dice usted, señor!, exclamó Ned Land. Habla como naturalista; pero yo obraré como panadero. Consejo, recoja esos frutos, amontónelos y nos los llevaremos al regresar.

-¿Cómo los preparará?, le pregunté al canadiense.

-Haciendo con la pulpa una pasta fermentada que se conserva indefinidamente sin corromperse. Cuando quiera usarla, la haré asar en la cocina de a bordo y, pese a un saborcillo un poco ácido, le parecerá a usted muy buena.

-¿De modo que, maestro Land, a ese pan no le falta nada?...

-Sí, señor profesor, respondió el canadiense, le falta el añadido de algunas frutas, o por lo menos, de algunas legumbres.

-¡Pues busquemos las frutas y las legumbres!

Cuando hubimos terminado la recolección, nos pusimos en marcha para completar aquella comida "terrestre".

No resultaron vanas nuestras búsquedas; hacia mediodía contábamos con una amplia provisión de bananas. Estos deliciosos productos de la zona tórrida maduran todo el año, y los malayos, que les han dado el nombre de *pisang*, los comen sin cocinar. Además de las bananas, recogimos enormes jackias, de sabor muy marcado, mangos sabrosos y ananás de increíble tamaño. La recolección nos llevó gran parte del tiempo, lo que por otro lado no era de lamentar.

Consejo no dejaba de observar a Ned. El arponero iba adelante, y mientras paseábamos por el bosque arrancaba con mano segura ex-

celentes frutas para completar nuestra provisión.

-¿Ya no nos falta nada, amigo Ned?, preguntó Consejo.

-¡Hum!, hizo el canadiense.

-¡Qué! ¿Todavía se queja?

-Con todos estos vegetales no se llega a completar una comida, respondió Ned. Pueden ser el plato final, un postre. Pero, ¿y la sopa? ¿Y el asado?

-Cierto es, dije. Ned nos tenía prometidas unas chuletas que me parecen muy problemáticas.

-Señor, respondió el canadiense, no sólo no ha terminado la caza, sino que no comenzó siquiera todavía. ¡Paciencia! Acabaremos por dar con algún animal de pluma o de pelo, si no es en este lugar, en otro cualquiera...

-Y si no hoy, será mañana, añadió Consejo, porque no tenemos que alejarnos mucho. Hasta propondría que volvamos a la canoa.

-¿Cómo, ya?, exclamó Ned.

-Debemos regresar antes de la noche, dije.

-¿Qué hora es, entonces?, preguntó el canadiense.

-Por lo menos, las dos, respondió Consejo.

-¡Cómo pasa el tiempo en tierra firme!, exclamó el maestro Land, dando un suspiro pesaroso.

-En marcha, dijo Consejo.

Nos volvimos a través del bosque y completamos nuestra recolección haciendo acopio de coles palmistas que hubimos de buscar en las cimas de los árboles, de unas habichuelas que reconocí como las *abrú* de los malayos y de unos ignamos de superior calidad. Estábamos cargados con exceso cuando llegamos a la canoa, y, sin embargo, a Ned Land aún no le parecía suficiente la provisión. La suerte lo favoreció. En el momento de embarcarse vio varios árboles de una altura de veinticinco a treinta pies, pertenecientes a la especie de las palmeras, árboles tan preciosos como el artocarpus y que figuran con justicia entre los productos más útiles de la Malasia.

Eran los buríes, vegetales que crecen sin cultivo y se reproducen,

como las moreras, por vástagos y semillas.

Ned Land sabía cómo proceder con esos árboles: manejando vigorosamente el hacha, poco tardó en derribar a dos o tres burles, cuya madurez se reconocía en el polvo blanco esparcido en sus palmas. Yo lo miraba más con los ojos del naturalista que con los de un hombre hambriento. Comenzó por quitar de cada tronco una tira de corteza, de una pulgada de grueso, recubierta por una red de fibras alargadas que formaban inextricables nudos, como enmasillados con una especie de harina gomosa: esa harina era el sagú, sustancia comestible, muy empleada en la alimentación de las poblaciones melanésicas.

Ned Land se conformó, por el momento, con cortar en trozos los troncos, como para hacer leña, y más tarde extraería la harina, la tamizaría con el fin de separar los ligamentos fibrosos, haría evaporar la humedad al sol y la dejaría endurecerse en unos moldes.

Por fin, a las cinco de la tarde, cargados con todas aquellas riquezas, nos apartamos de la isla y media hora después arrimábamos al *Nautilus*. Nadie se hizo presente a nuestra llegada. El enorme cilindro de acero parecía deshabitado. Embarcamos las provisiones y yo me dirigí a mi habitación; en ella estaba lista la cena. Comí y luego me quedé dormido.

El día siguiente, 6 de enero, no advertí novedad alguna a bordo. Ningún ruido se oía en el interior, no habla señales de vida. La canoa había permanecido al costado del *Nautilus* en el mismo lugar donde la habíamos dejado. Resolvimos volver a la isla de Gueboroar. Ned Land esperaba tener más suerte que la víspera, desde el punto de vista del cazador, y quería visitar otra parte del bosque.

Al salir el sol ya estábamos en camino. La embarcación arrastrada por el oleaje que la llevaba hacia la costa, llegó a la isla en unos instantes.

Desembarcamos y, pensando que era mejor que nos entregáramos al instinto del canadiense, lo seguimos, mientras él, con sus largos trancos, amenazaba dejarnos atrás.

Ned Land remontó la costa hacia el oeste, luego, vadeando algu-

nos lechos de torrentes llegó a una planicie elevada, rodeada de admirables bosques. Unos martín pescadores vagaban por sobre las corrientes, pero no nos dejaron acercarnos. La prudencia que demostraban era una prueba de que esos volátiles sabían a qué atenerse sobre los bípedos de nuestra especie y saqué en conclusión que si la isla estaba deshabitada, por lo menos solían venir a ella seres humanos.

Después de haber cruzado una pradera bastante amplia, llegamos al borde de un bosquecillo animado por el canto y el vuelo de gran número de pájaros.

-No hemos encontrado todavía sino pájaros, dijo Consejo.

-¡Pero algunos de ellos se comen!, respondió el arponero.

-De ningún modo, amigo Ned, replicó Consejo, aquí no veo más que papagayos.

-Amigo Consejo, afirmó el canadiense, el papagayo es el faisán de aquellos que no tienen otra cosa en qué hincar el diente.

-Y yo añadiré, dije por mi parte, que esos pájaros, bien sazonados, no dejan de ser un buen bocado.

En verdad, bajo el denso follaje del bosque, un mundo de loros revoloteaba de rama en rama, a la espera de una educación adecuada que les permitiera hablar una lengua humana. Por el momento parloteaban en compañía de cotorras de todos los colores y de serias cacatúas que parecían estar meditando problemas filosóficos, mientras los loros, de rojo brillante, pasaban como un trozo de tela que el viento se lleva, en medio de los cálaos de vuelo ruidoso, de los papúas pintados con los más delicados matices del azul, y de una gran variedad de volátiles encantadores, pero por lo general poco comestibles.

No obstante, un pájaro originario de esas tierras, que no ha traspuesto los límites de las islas de Arrú y de las papuásicas, faltaba en la colección. Pero la suerte me depararía la oportunidad de admirarlo poco después. Cruzamos un monte bajo, de mediocre extensión, y dimos con un llano obstruido por matorrales. Vi entonces levantar vuelo a unos espléndidos pájaros, obligados a dirigirse contra el viento por

la disposición de sus largas plumas. Su vuelo ondulado, la gracia de las curvas que trazaban en el aire, la irisación de sus colores, atraían y seducían las miradas. No me costó reconocerlos.

-¡Aves del paraíso!, exclamé.

-Orden de los pájaros, sección de los paradiseidas, dijo Consejo.

-¿Familia de las perdices?, preguntó Ned.

-No lo creo, maestro Land. Sin embargo, cuento con su destreza para atrapar a uno de esos encantadores productos de la naturaleza tropical.

-Trataré de hacerlo, señor profesor, aunque esté más familiarizado con el arpón que con el fusil.

Para apresarlos, los malayos, que han establecido un gran comercio de esos pájaros con los chinos, emplean varios recursos, que a nosotros nos estaban vedados. A veces tienden unos lazos en la cima de los árboles más altos, donde acuden preferentemente los paradiseidos. Otras veces llegan a envenenar las fuentes en que esas aves acostumbran a beber. En cuanto a nosotros, sólo podíamos dispararles al vuelo, lo que nos daba pocas probabilidades de alcanzarlas. Y, en efecto, fuimos agotando en vano una parte de las municiones, de modo que a eso de las once, cuando hubimos traspuesto la primera línea de montañas que forman el centro de la isla, no habíamos cazado todavía nada. El hambre nos aguijoneaba. Los cazadores, al confiar en lo que les procuraría la caza, se habían equivocado. Por gran fortuna, Consejo, con gran sorpresa de su parte, hizo un tiro doble y aseguró el almuerzo. Derribó una paloma blanca y una torcaz, que rápidamente desplumadas y puestas en una varilla ante el fuego vivo de ramas secas, se asaron, mientras Ned preparaba los frutos del artocarpus. Luego devoramos al pichón y a la torcaz hasta los huesos y los juzgamos, excelentes. La nuez moscada con que acostumbran atiborrarse les perfuma la carne y la convierte en un manjar delicioso.

-Es como sí las pollas se alimentaran con trufas, comentó Consejo.

-¿Y ahora, Ned, qué otra cosa le falta?, preguntéle al canadiense.

-Un animal de cuatro patas, señor Aronnax, respondió Ned Land. Todos estos pichones no son más que entremeses y entretenimiento de boca. Por eso, hasta que no mate a un animal de chuletas, no estaré contento.

-Ni yo, Néd, hasta que atrape un ave del paraíso.

-Continuemos, pues, la caza, respondió Consejo, pero regresando hacia el mar. Hemos llegado a las primeras pendientes de las montañas y creo que es preferible llegar a la zona boscosa.

Era una opinión sensata y la tuvimos en cuenta. Después de una hora de marcha, llegamos a un verdadero bosque de buríes. Algunas serpientes inofensivas huían a nuestro paso. Las aves del paraíso emprendían vuelo en cuanto nos aproximábamos y, en verdad, había yo perdido las esperanzas de alcanzarlas, cuando Consejo, que iba adelante, se inclinó de pronto, lanzó un grito de triunfo y volvióse hacia mí trayendo un magnífico paradiseido.

-¡Muy bien, Consejo!, exclamé.

-Es mucha bondad la del señor, respondió Consejo.

-De ningún modo, muchacho. Has dado un golpe maestro. ¡Cazar vivo a uno de estos pájaros y cazarlo con la mano!

-Si el señor se digna examinarlo de cerca, verá que no ha sido gran mérito el mío.

-¿Por qué, Consejo?

-Porque este pájaro está ebrio como una cuba.

-¿Ebrio?

-Sí, señor, ebrio de nueces moscadas que estaba devorando al pie del árbol donde lo atrapé. ¡Ya ve usted, Ned, qué tremendos efectos tiene la intemperancia!

-¡Por mil demonios!, respondió el canadiense. ¡Para la cantidad de ginebra que he bebido desde hace dos meses, no es justo reprochármelo!

Entre tanto yo examinaba al curioso pájaro. No se había engañado Consejo, el ave del paraíso embriagada con el fuerte zumo, habla quedado reducida a la impotencia. No podía volar. Apenas si cami-

naba. Pero eso me inquietó poco y esperé que se le pasara la borrachera de nuez moscada. Pertenecía el pájaro a la más hermosa de las ocho especies que de ellos se cuentan en la Papuasia e islas cercanas. Era el paradiseido "gran esmeralda", uno de los más raros. Medía tres decímetros de largo. La cabeza era relativamente pequeña, los ojos estaban colocados cerca de la abertura del pico, también pequeños; pero lucía una admirable conjunción de matices, amarillo en el pico, pardo en las patas y uñas, avellana en las alas de puntas purpúreas, amarillo claro en la cabeza y en la parte posterior del cuello, esmeralda en el buche, castaño en el vientre y en el pecho. Dos filamentos curvos y velludos sobresalían por encima de la cola, prolongados por largas plumas muy livianas, de finura admirable, con las que se completaba el conjunto del pájaro maravilloso, llamado por los indígenas con el poético nombre de “pájaro del sol”.

Yo sentía vivísimos deseos de poder llevar a París ese soberbio espécimen de los paradiseidos, para donarlo al jardín zoológico que no tiene uno solo de ello's vivo.

-¿Entonces, es muy raro?, preguntó el canadiense con el tono del cazador que estima muy poco a la caza desde el punto de vista estético.

-Muy raro, mí buen compañero, y, sobre todo, muy difícil de atrapar con vida. Incluso muertos, estos pájaros son motivo de importante comercio. Por eso, los indígenas han imaginado fabricarlos como se fabrican las perlas o los diamantes.

-¡Cómo!, exclamó Consejo. ¿Hacen falsas aves del paraíso?

-Sí, Consejo.

-¿Y sabe el señor cómo proceden los indígenas?

-Por supuesto. Las aves del paraíso, durante los monzones del este, pierden las magníficas plumas que les rodean la cola y que los naturalistas llaman plumas subalares. Los falsificadores de volátiles recogen dichas plumas y se las adaptan diestramente a alguna pobre cotorra previamente mutilada. Luego tiñen él lugar de sutura, barnizan al pájaro y envían a los museos o coleccionistas de Europa tales

productos de su singular industria.

-¡Vaya!, comentó Ned Land. ¡Si no es el pájaro, por lo menos son sus plumas, y mientras no se lo destine a la cocina, yo no veo gran daño en ello!

Porque si bien mis deseos de poseer a una de las aves del paraíso habían sido satisfechos, no ocurría lo mismo con los deseos del cazador canadiense. Por fortuna, a eso de las dos, Ned Land abatió un pecarí, especie de cerdo salvaje, de los que los naturales llaman *bariutang*. Llegaba a punto el animal para proveemos de verdadera carne de cuadrúpedo, y fue bien recibido. Ned Land se envaneció mucho con su tiro. El cerdo, tocado por la bala eléctrica, cayó muerto al instante.

El canadiense lo desolló, le quitó las vísceras, le cortó una media docena de costillas destinadas al asador para la cena. Luego prosiguió la caza, que debía señalarse aun con las proezas de Ned y de Consejo. En efecto, ambos amigos, ojeando la caza por entre los matorrales, asustaron a una manada de canguros que huyeron dando saltos con sus elásticas patas posteriores. Pero no lograron escapar con suficiente rapidez como para que una bala eléctrica no alcanzara a derribarlos en plena carrera.

-¡Ah, señor profesor, exclamó Ned Land dominado por la furia del cazador, qué caza excelente, sobre todo si se cuece en estofado! ¡Qué provisión para el *Nautilus!* ¡Dos! ¡Tres! ¡Cinco derribados! ¡y pensar que nosotros nos comeremos toda esa carne y que los estúpidos de a bordo no probarán un bocado!

¡Yo creo que, si en su excesiva alegría el canadiense no hubiera hablado tanto, habría dado muerte a toda la manada! Pero se conformó con una docena de los marsupiales "que constituyen el primer orden de los mamíferos aplacentarios", según explicó Consejo. Eran animales de taniafio pequeño, una especie de aquellos "canguros-cone os" que suelen vivir en el hueco de los árboles y cuya velocidad es extreniada; mas, aun cuando son de mediocre grosor, por lo menos proveen de la carne más estimada.

Estábamos muy satisfechos con los resultados de nuestra caza. El

jovial Ned proponíase volver el día siguiente a esa isla encantada a la que quería despoblar de todos los cuadrúpedos comestibles. Pero no contaba con los próximos acontecimientos.

A las seis de la tarde habíamos regresado a la plava. Nuestra canoa se hallaba encallada en el sitio habitual. El *Nautilus*, semejando un largo escollo emergía sobre las olas a dos millas de la costa.

Ned Land, sin demorar más, se ocupó en el serio asunto de la cena. Se entendía admirablemente con lo referente a esa cocina. Las costillas de *bari-utang,* asadas en las brasas, despidieron al poco rato un olor delicioso que perfumó la atmósfera. Entonces me di cuenta de que estaba siguiendo las huellas del canadiense. ¡Yo en éxtasis ante el asado de un cerdo fresco! ¡Séame ello perdonado, como yo se lo perdoné al maestro Land, v por los mismos motivos! En fin, la cena fue excelente. Dos palomos completaron ese menú extraordinario. La pasta de sagú -aquel pan del artocarpus-, algunos mangos, una media docena de ananás y el licor fermentado de ciertas nueces de coco, nos alegraron el ánimo. Y hasta creo que las ideas de mis dignos compañeros ya no tenían toda la lucidez deseable.

-¿Si no volviéramos esta noche al *Nautilus*, propuso Consejo.

-¿Si no volviéramos nunca más?, añadió Ned Land.

En ese momento cayó una piedra a nuestros pies y dejó en suspenso la propuesta del arponero.

EL RAYO DEL CAPITÁN NEMO

Miramos hacia el lado del bosque, sin levantarnos. A mí se me detuvo la mano mientras la llevaba a la boca, a Ned Land mientras estaba dando término a su tarea.

-Una piedra no cae del cielo, dijo Consejo, salvo que merezca el nombre de aerolito.

Otra segunda piedra, cuidadosamente redondeada, que le arrebató de la mano a Consejo una sabrosa pata de paloma, dio mayor peso a su observación. Nos levantamos los tres con el fusil en bandolera, pero dispuestos a repeler cualquier ataque.

-¿Son monos?, preguntó Ned Land.

-Casi, respondió Consejo. Son salvajes.

-¡A la canoa!, dije yo, dirigiéndome hacia el mar. Era menester, en efecto, que emprendiéramos la retirada, pues unos veinte indígenas, armados con arcos y hondas, aparecían en el borde de un bosquecillo que ocultaba el horizonte a la derecha, unos cien pasos más allá. Nuestra canoa estaba varada a veinte metros de nosotros.

Los salvajes se acercaban sin correr, pero nos prodigaban las demostraciones más hostiles. Piedras v flechas llovían. Ned Land no quiso abandonar las provisiones y, pese al inminente peligro, cargó a un lado el cerdo, los canguros al otro y salió a escape.

En dos minutos estuvimos en la playa. Cargar la canoa con las provisiones y las armas, empujarla al mar, armar los remos, fue cosa de un instante. Apenas nos habíamos alejado unos dos cables, cuando un centenar de salvajes, dando alaridos y gesticulando, se metieron en el agua hasta la cintura. Yo miré si su aparición atraía a la plataforma a algunos hombres del *Nautilus.* Pues, no. El enorme aparato seguía completamente desierto.

Veinte minutos después subíamos a bordo. La compuerta se hallaba abierta. Luego de amarrar la canoa, bajamos al interior del *Nautilus.*

Me dirigí hacia el salón, de donde surgían algunos acordes. Allí estaba el capitán Nemo, inclinado sobre el órgano, sumido en éxtasis musical.

-¡Capitán!, dije.

No me oyó.

-¡Capitán!, repetí tocándole la mano.

Se estremeció y volviendo la cabeza me dijo:

-¡Ah, es usted, señor profesor! ¿Y qué tal estuvo la caza? ¿Buena? ¿Herborizó a su gusto?

-Sí, capitán, respondíle, pero desdichadamente hemos traído a la zaga un tropel de bípedos, cuya vecindad me parece inquietante.

-¿A qué bípedos se refiere?

-A unos salvajes.

-¡Salvajes!, respondió el capitán Nemo con tono irónico. ¿Y se sorprende usted, señor profesor, de que al hollar una de las tierras de este globo haya dado con salvajes? ¿Dónde no los hay? Y, por otro lado, ¿son peores que los demás, éstos que usted llama salvajes?

-Pero, capitán...

-Por mi parte, señor, los he encontrado en todo lugar.

-Pues bien, respondí, si no quiere tenerlos a bordo, haría bien en tomar algunas precauciones.

-Tranquilícese, señor profesor, no hay motivo para estar preocupado.

Es que son muchos los indígenas...

-¿Cuántos contó usted?

-Por lo menos, un centenar.

-Señor Aronnax, respondió el capitán Nemo cuyos dedos volvieron a apoyarse en el teclado del órgano, aun cuando todos los indígenas de la Papuasia se juntaran en esa playa, el *Nautilus* no tiene por qué temer ataque alguno.

Los dedos del capitán corrían entonces por el teclado y noté que sólo tocaban las teclas negras, lo que daba a sus melodías un color esencialmente escocés. En seguida olvidó mi presencia y se sumió en

su ensueño del que no traté de despertarlo. Subí otra vez a la plataforma. La noche ya había caído, pues en esas bajas latitudes el sol se pone rápidamente y sin crepúsculo. Sólo vi, en una masa confusa, a la isla de Gueboroar. Pero numerosos fuegos encendidos en la playa atestiguaban que los nativos no pensaban alejarse.

Me quedé así, solo, durante varias horas, pensando a ratos en aquellos indígenas -aunque sin temerlos mucho, pues se me contagiaba la imperturbable confianza del capitán-, a ratos olvidándolos y admirando los esplendores de la noche tropical. Mis recuerdos volaban hacia Francia, tras esas estrellas zodiacales que habrían de fulgurar allá dentro de unas horas. La luna resplandecía en medio de las constelaciones del cenit. Pensé entonces que el fiel y complaciente satélite volvería pasado mañana al mismo punto para levantar las olas y arrancar al *Nautilus* de su lecho de corales.

Hacia la medianoche, viendo todo en calma, regresé a mi camarote y me dormí apaciblemente.

La noche transcurrió sin malandanzas. Los papúes se espantaban, sin duda, sólo con ver al monstruo encallado en la bahía, pues estando abierta la compuerta se les brindaba fácil acceso al interior del *Nautilus.*

A las seis de la mañana -8 de enero- subí a la plataforma. Íbanse despejando las sombras matinales. De la isla alcancé a ver, al poco rato, a través de las brumas disipadas, primero la playa, las cimas luego.

Allá estaban los nativos, más numerosos que la víspera, en número de quinientos o seiscientos quizás. Algunos de ellos, aprovechando de la baja marea, habíanse adelantado hasta las crestas coralinas, a menos de dos cables del *Nautilus. Yo los* veía claramente. Eran verdaderos papúes, de talla atlética, hombres de hermosa raza, de frente ancha y prominente, nariz gruesa aunque no achatada, dientes blancos. La encrespada cabellera, teñida de rojo, se destacaba en el cuerpo negro y brillante como el de los nubios. Del lóbulo de la oreja, cortado y distendido, pendían sartas de huesos. Iban, por lo ge-

neral, desnudos. Entre ellos advertí algunas mujeres, vestidas desde las caderas hasta las rodillas con un verdadero miriñaque de hierbas, sujeto por una cintura vegetal. Algunos jefes lucían en el cuello una media luna y collares de vidrios rojos y blancos. Casi todos armados de arcos, flechas y escudos, llevaban a la espalda una especie de red con las piedras redondeadas que lanzan muy diestramente con la honda.

Uno de los jefes examinaba al *Nautilus* desde bastante cerca, con atención. Debía de ser un *mado* de alto rango, puesto que vestía un manto de hojas de plátano, dentadas en el borde y pintadas con brillantes colores.

Yo hubiera podido fácilmente abatir al nativo que se hallaba a tiro; pero creí que valía más esperar las demostraciones verdaderamente hostiles. Entre europeos y salvajes, conviene que sean los europeos los que se defiendan y no los que ataquen.

Mientras duró la marca baja, los indígenas anduvieron rondando muy cerca del *Nautilus*, sin mostrarse alborotados. Yo les oía repetir con frecuencia la palabra *asai*, y por los ademanes comprendí que me invitaban a bajar a tierra, invitación que me pareció prudente declinar.

De modo, pues, que ese día la canoa no se apartó de a bordo, con hondo desagrado del maestro Land, que no pudo completar sus provisiones. El habilidoso canadiense empleó el tiempo en preparar las carnes y las harinas traídas de la isla Gueboroar. En cuanto a los nativos, retornaron a tierra a eso de las once, cuando las crestas de coral comenzaban a ocultarse bajo el oleaje de la marea ascendente. Pero noté que aumentaba considerablemente su número en la playa. Era probable que vinieran de las islas cercanas o de la Papuasia propiamente dicha. Sin embargo, yo no había visto ni una piragua indígena.

Como no tenla mejor cosa que hacer, pensé en dragar aquellas límpidas aguas en cuyo fondo se divisaban cantidades de valvas, zoófitos y plantas pelágicas. Era, por lo demás, el último día que el *Nautilus* habría de pasar en esos parajes, si llegaba a ponerse a flote con la pleamar del siguiente día, según la promesa del capitán Nemo. Llamé,

pues, a Consejo, quien me trajo una draga liviana, más o menos parecida a las que sirven para pescar ostras.

-¿Y los salvajes?, me preguntó Consejo. Salvo mejor opinión del señor, a mí me dan la impresión de no ser muy malos.

-No obstante, son antropófagos, muchacho.

-Se puede ser antropófago y buena persona, respondió Consejo, como hay quien es goloso y honrado. Una cosa no excluye a la otra.

-Bien, Consejo, te concedo que sean unos buenos antropófagos y que devoren honradamente a sus prisioneros. Sin embargo, como no quiero que me devoren, así fuere honradamente, me mantendré en guardia, ya que el comandante del *Nautilus* no parece haber adoptado ninguna precaución. Y ahora, manos a la obra.

Durante dos horas proseguimos nuestra pesca con actividad, aunque sin conseguir ninguna rareza. La draga se llenaba de orejas de Midas, de harpas, de melanias, y, particularmente, de los más hermosos peces martillo que yo hubiera visto hasta ese día. Recogimos, además, algunas holoturias, ostras perlíferas y una docena de tortuguitas que reservamos para la despensa de a bordo.

Pero en el momento en que menos lo esperaba, puse manos en una maravilla, debería decir en una deformidad natural, que rara vez se encuentra. Acababa Consejo de echar la draga y subía el aparato cargado de diversas conchillas bastante comunes, cuando me vio de pronto hundir rápidamente el brazo en la red para retirar uno de los ejemplares y arrojar un grito de conquidiólogo, esto es, el grito más penetrante que pueda salir de una garganta humana.

¿Eh, qué le pasa al señor?, preguntó muy sorprendido Consejo. ¿Lo mordieron al señor?

-No, muchacho, aunque hubiera dado con gusto un dedo por este hallazgo.

-¿Qué hallazgo?

-El de esta valva, dije mostrándole el objeto de mi triunfo.

-Pero si es sencillamente una oliva pórfira, género de las olivas, orden de los pectinibranquios, clase de los gasterópodos, rama de los moluscos...

-Sí, Consejo. Pero en lugar de formar la espiral de derecha a izquierda, es oliva la forma de izquierda a derecha.

-¿Es posible?, exclamó Consejo.

-¡Sí, muchacho, es de voluta invertida!

-¿Invertida?, repitió Consejo con el corazón palpitante.

-Mira la espiral.

-¡Ah, puede creérmelo ee. eñor, dijo Consejo tomándola con mano temblorosa, nunca experimenté una emoción como ésta!

¡Motivo habla para sentirse conmovido! Sábese, en efecto, como me lo hicieron observar los naturalistas, que el ir de diestra a siniestra es ley de la naturaleza. Los astros y sus satélites, en sus movimientos de traslación y de rotación, se mueven de derecha a izquierda. El hombre se vale más a menudo de la mano derecha que de la izquierda y, por consiguiente, sus instrumentos y aparatos, escaleras, cerraduras, resortes de reloj, etc., están combinados de manera que puedan emplearse de derecha a izquierda. Ahora bien, la naturaleza por lo general sigue esa ley en las espirales de las valvas. Todas ellas son diestras salvo raras excepciones y cuando por casualidad la espiral es siniestra los aficionados las pagan a peso de oro.

Consejo y yo nos hallábamos sumidos en la contemplación de nuestro tesoro y yo me halagaba con la idea de enriquecer el acervo del Museo, cuando una piedra malhadadamente arrojada por un indígena, vino a destrozar el valioso objeto en las manos de Consejo.

¡Yo lancé un grito de desesperación! Consejo se echó el fusil a la cara y apuntó a uno de los salvajes que balanceaba la honda a diez en

pasos de él. Quise detenerlo, pero salió el tiro y rompió el brazalete de amuletos que el nativo llevaba pendiente del brazo.

-¡Consejo, exclamé, Consejo!

-¡Y qué!, ¿no ve el señor que ese caníbal comenzó el ataque?

-¡Los restos de un animal no valen la vida de un hombre!, le dije.

-¡Ah, bribón! ¡Hubiera preferido que me quebrara el hombro!

Consejo hablaba con sinceridad, pero yo no fui de su parecer. Sin embargo, la situación habla variado desde hacía unos instantes, sin que nosotros lo advirtiéramos. Unas veinte piraguas rodeaban entonces al *Nautilus*. Aquellas piraguas, hechas de troncos ahuecados, largas, estrechas, bien conformadas para deslizarse en el agua, se equilibraban mediante un doble balancín de bambú, que flotaba en la superficie. Las maniobraban diestros remeros semidesnudos; yo no los vi avanzar sin inquietarme.

Era evidente que los papúes ya habían tenido con europeos y que conocían sus naves. Pero de ese largo cilindro de hierro tendido en la bahía, sin mástiles, sin chimeneas, ¿qué pensarían? Nada bueno, sin duda, puesto que se habían mantenido al principio a distancia respetuosa. No obstante, viéndolo inmóvil, recobraban poco a poco confianza y trataban de familiarizarse con él. Precisamente, tal familiaridad era lo que había que impedir. Nuestras armas, carentes de detonación, sólo podían causarles un efecto mediocre a los indígenas, que no respetan sino a los aparatos ruidosos. El rayo sin el retumbo del trueno poco los espantaría, aunque el daño esté en la centella y no en el ruido.

En ese momento, las piraguas se acercaron más al *Nautilus* y una nube de flechas cayó sobre él.

-¡Demonios! ¡Graniza!, exclamó Consejo. ¡ Y quizás sea un granizo envenenado!

-Es preciso informar al capitán Nemo, dijo entrando por la compuerta.

Bajé al salón. No hallé en él a nadie. Me aventuré a llamar a la puerta del camarote del capitán.

-Entre, me dijo.

Entré y vi al capitán sumido en unos cálculos donde no faltaban las x ni otros signos algebraicos.

-¿Lo molesto?, dije por cortesía.

-Así es, señor Aronnax, me respondió el capitán, pero supongo que tendrá razones serias para verme.

-Muy serias. Las piraguas de los nativos nos rodean y dentro de unos minutos nos asaltarán sin duda varios centenares de salvajes.

-¡Ah!, dijo tranquilamente el capitán Nemo. ¿Han venido en sus piraguas?

-Sí, señor.

-Pues bien, señor, bastará con cerrar la compuerta.

-Precisamente yo venía a decirle...

-No hay cosa más fácil, dijo el capitán Nemo.

Y apretando un timbre eléctrico transmitió una orden al puesto de la tripulación.

-Ya está hecho, señor, me dijo al poco rato. La canoa está en su sitio y la compuerta cerrada. ¿No temerá usted, supongo, que esos señores hundan las paredes que las balas de vuestra fragata no lograron abollar?

-No, capitán, pero queda un peligro.

-¿Cuál, señor?

-El de que mañana, cuando haya de renovarse el aire del *Nautilus* y se abra la compuerta...

-Sin duda, señor, puesto que nuestra nave respira a la manera de los cetáceos.

-Y bien, señor, si en ese momento los papúes ocupan la plataforma, yo no veo cómo les impedirá que entren...

-Entonces, señor, ¿supone usted que subirán a bordo?

-Estoy seguro de ello.

-Pues bien, señor, que suban. No veo ninguna razón para impedírselo. En el fondo, son unos pobres diablos los papúes y no quiero que mi visita a la isla de Gueboroar le cueste la vida a ninguno de esos desdichados.

Luego de pronunciar tales palabras con tono tajante, el capitán Nemo se inclinó levemente. Era como despedirme, y yo me volví a mi

habitación.

Allí me encontré con Consejo, deseoso de conocer el resultado de mi entrevista con el capitán.

-Muchacho, le respondí, cuando le di a entender que creía en la posibilidad de que los nativos de la Papuasia amenazaran a su *Nautilus*, el capitán lo tomó muy irónicamente. De modo, pues, que sólo te diré una cosa: confía en él y vete a dormir tranquilo.

-¿El señor no necesita de mis servicios?

-No, amigo mío. ¿Qué hace Ned Land?

-Discúlpeme el señor, respondió Consejo, pero el amigo Ned adereza un pastel de canguro que será una maravilla.

Me quedé a solas, me acosté, pero dormí bastante mal. Oía el ruido de los salvajes que pataleaban en la plataforma, lanzando gritos ensordecedores. La noche transcurrió así, sin que la tripulación se apartara de su habitual inercia. Se preocupaban tanto por la presencia de los caníbales como se afligen los soldados de un fuerte blindado por las hormigas que corren sobre sus muros defensivos.

A las seis de la mañana me levanté. La compuerta permanecía cerrada. No se renovó, pues, el aire interior, pero los depósitos, cargados en vista de cualquier acontecimiento, funcionaron a tiempo, arrojando algunos metros cúbicos de oxígeno en la atmósfera empobrecida del *Nautilus*. Trabajé en mi habitación hasta mediodía, sin haber visto, siquiera un instante, al capitán Nemo. Al parecer, no se hacían a bordo preparativos para la partida.

Esperé algún tiempo aún, luego pasé al gran salón. El reloj señalaba apenas las dos y media. Dentro de diez minutos, la superficie del mar alcanzaría el máximo de altura y si el capitán Nemo no había hecho una promesa temeraria, el *Nautilus* debía quedar inmediatamente a flote. Si no, habrían de pasar muchos meses antes que se desprendiera de su lecho de coral.

Sin embargo, ciertos estremecimientos precursores se percibieron al rato en el casco de la nave. Oí rechinar los costados al contacto con las asperidades calcáreas del fondo coralino.

A los 2 y 35 minutos, el capitán Nemo apareció en el salón.

-Vamos a partir, dijo.

-¡Ah!, hice yo.

-He dado orden de abrir la compuerta.

-¿Y los papúes?

-¿Los papúes?, respondió el capitán Nemo, encogiéndose de hombros.

-¿No penetrarán en el interior del *Nautilus?*

-¿Cómo lo harían?

-Pasando por la compuerta que usted hizo abrir.

-Señor Aronnax, respondió tranquilamente el capitán Nemo, no se entra así como así por las compuertas del *Nautilus* aunque estén abiertas.

Yo miré al capitán.

-¿No lo comprende usted?, me dijo.

-De ningún modo.

-Pues bien, venga y lo verá.

Me dirigí hacia la escalera central. Allí, Ned Land y Consejo, muy intrigados, miraban a algunos hombres de la tripulación que abrían las escotillas, mientras resonaban afuera espantosas vociferaciones.

Se doblaron por fuera las tapaderas de porta. Veinte figuras horribles asomaron. Pero el primero de los indígenas que tocó el pasamano, arrojado hacia atrás por no sé qué fuerza invisible, huyó lanzandovgritos espantosos y haciendo cabriolas exorbitantes. Los diez compañeros suyos le sucedieron. Los diez corrieron igual suerte.

Consejo estaba en éxtasis. Ned Land, a impulsos de su instinto violento se abalanzó hacia la escalera. Pero en cuanto se asió del pasamano fue derribado a su vez.

-¡Por mil demonios!, exclamó. ¡Me ha fulminado un rayo!

Estas palabras me dieron la clave de lo que ocurría. Aquello no era ya un pasamano, sino un cable de metal cargado con la electricidad de a bordo, el que asomaba a la plataforma. Quienquiera que lo

tocare experimentaba una formidable sacudida y esa sacudida habría sido mortal si el capitán Nemo hubiera lanzado al cable conductor toda la corriente de sus aparatos. Puede decirse, en verdad, que entre los asaltantes y él había tendido una cortina eléctrica que nadie podía traspasar.

Entre tanto, los papúes emprendían la retirada enloquecidos de espanto. Nosotros, riendo a medias, consolábamos y friccionábamos al desdichado Land, que renegaba como un carretero.

Pero, en ese momento, el *Nautilus*, levantado por las últimas ondulaciones del mar, se separó de su lecho de coral en el cuadragésimo minuto señalado por el capitán. La hélice sacudió las aguas con majestuosa lentitud. Luego la velocidad fue creciendo poco a poco, y corriendo por la superficie del océano abandonó, sano y salvo, los peligrosos pasos del estrecho de Torres.

EL REINO DE CORAL

Al día siguiente, 10 de enero, el *Nautilus* reanudó su marcha entre dos aguas, con una velocidad que entiendo no bajaba de las treinta y cinco millas por hora. La rapidez con que se movía la hélice era tal que yo no podía distinguir las revoluciones y menos contarlas.

Cuando recordaba que el maravilloso agente de la electricidad no solamente le daba movimiento, calor y luz al *Nautilus*, sino que también lo protegía contra los ataques exteriores, convirtiéndolo en arca santa en la que ningún profanador ponía las manos sin caer fulminado, mi admiración superaba todo límite, y del aparato se extendía en seguida al ingeniero que lo había creado.

Avanzábamos directamente hacia el oeste, y el 11 de enero doblamos el cabo Wessel, situado a los 135º de longitud y a los 10º de latitud norte, el cual forma la punta este del golfo de Carpentaria. Todavía encontrábamos numerosos arrecifes, pero más distanciados entre sí y marcados en el mapa con suma precisión. El *Nautilus* fácilmente eludió las rompientes de Money a babor y los arrecifes Victoria a estribor, ubicados a los 130º de longitud en el décimo paralelo por el que seguíamos invariablemente.

El 13 de enero, el capitán Nemo, llegando al mar de Timor observó la isla del mismo nombre a los 1220 de longitud. Dicha isla, cuya superficie mide mil seiscientas veinticinco leguas cuadradas, está gobernada por rajaes, príncipes que se dicen descendientes de los cocodrilos, es decir, provenientes del más antiguo origen que un ser humano puede pretender. Por eso, los antepasados escamosos abundan en las riberas de la isla y son objeto de idolátrica veneración: se los protege, se los mima, se los adula, se los alimenta, se les brindan tiernas doncellas como pitanza y ¡guay del forastero que ponga las manos en aquellos saurios sagrados!

Pero el *Nautilus* no tuvo conflicto alguno con tales animales puesto que sólo vimos un instante la isla de Timor, a mediodía, mien-

tras el segundo tomaba la altura. De igual modo, apenas divisé la islita de Rotti, que integra el grupo, y cuyas mujeres tienen fama de belleza muy apreciada en los mercados malayos.

Desde este punto, el itinerario del *Nautilus* desvióse en latitud hacia el sudoeste. La proa se orientó en dirección al océano Indico. ¿Adónde nos llevaba la fantasía del capitán Nemo? ¿Subiría hacia las costas de Asia? ¿Acercaríase a las riberas de Europa? Resoluciones poco probables de parte de un hombre que huía de los continentes habitados. ¿Bajaría, entonces, hacia el sur? ¿Se propondría doblar el cabo de Buena Esperanza, luego el cabo de Hornos y encaminarse al polo antártico, ¿Retornaría, en fin, a los mares del Pacífico, donde *su Nautilus* hallaba fácil e independiente navegación? El tiempo nos lo diría.

Luego de haber bordeado los escollos de Cartier, de Hibernia, de Seringapatam, de Scott, postreros esfuerzos del elemento sólido contra el elemento líquido, el 14 de enero habíamos pasado más allá de todas las tierras. La velocidad del *Nautilus* disminuyó bastante y ora nadaba en medio de las aguas, ora flotaba en la superficie, muy caprichoso en su andar.

Durante este período del viaje, el capitán Nemo realizó interesantes experiencias sobre las diversas temperaturas del mar en sus distintas capas. En condiciones corrientes, tales datos se obtienen por medio de instrumentos bastante complicados cuyos informes son, por lo menos, dudosos, ya se trate de sondas termométricas de cristales que se rompen a menudo por la presión de las aguas, o de aparatos basados en la variación de la resistencia ofrecida por los metales a las corrientes eléctricas. Los resultados adquiridos de tal manera no pueden verificarse suficientemente. En cambio, el capitán Nemo iba él mismo busca de las temperaturas a las profundidades del mar y su termómetro puesto en contacto con las diversas capas líquidas, le proporcionaba inmediata y segura información. Así, pues, ya fuera recargando los depósitos, ya fuera bajando oblicuamente por medio de los planos inclinados, el *Nautilus* alcanzaba en momentos sucesivos

profundidades de tres, cuatro, cinco, nueve y diez mil metros, y el resultado definitivo de tales experiencias indicaba una temperatura permanente de cuatro grados y medio a una profundidad de mil metros, en todas las latitudes.

Yo seguía las experiencias con el mayor interés. El capitán Nemo ponía en ellas verdadera pasión. A menudo me pregunté con qué objeto haría aquellas investigaciones. ¿En provecho de sus semejantes? Era poco probable, ya que, un día u otro, sus trabajos debían desaparecer con él en algún mar desconocido. A menos que me destinara el resultado de sus experiencias. Pero eso sería admitir que mi extraño viaje tendría un término, y dicho término yo no alcanzaba aún a vislumbrarlo.

Sea lo que fuere, el capitán me dio a conocer igualmente diversas cifras que él obtuvo y que establecían la relación existente entre las densidades del agua en los principales mares del globo. De esta información yo saqué una enseñanza personal que nada tenía de científica.

Fue en la mañana del 15 de enero. El capitán, con quien me paseaba en la plataforma, me preguntó si conocía las distintas densidades que tienen las aguas del mar. Le respondí negativamente, añadiendo que la ciencia carecía de datos precisos con respecto a ello.

-Yo los he logrado, me dijo, y puedo asegurar su exactitud.

-Bien, respondíle, pero el *Nautilus* es un mundo aparte, de modo que los secretos de sus sabios no llegan a la tierra.

-Acierta usted, señor profesor, me dijo después de unos instantes de silencio. Es un mundo aparte. Tan ajeno a la tierra como los planetas que acompañan a este globo alrededor del Sol y nadie conocerá jamás los trabajos de los sabios de Saturno o de Júpiter. Sin embargo, ya que el acaso ha ligado nuestras vidas, puedo comunicarle el resultado de mis observaciones.

-Lo escucho, capitán.

-Usted sabe, señor profesor, que el agua de mar es más densa que el agua dulce, aunque la diferencia no es uniforme. En efecto, si represento con la cifra uno la densidad del agua dulce, hallo que las

aguas del Pacífico marcan uno y veintiocho milésimos, uno y treinta milésimos las del Mediterráneo...

-“¡Ah!”, pensé, “¿conque se aventura en el Mediterráneo?”

-Uno y dieciocho milésimos las del mar Jónico y uno y veintinueve milésimos las aguas del Adriático.

Evidentemente, el *Nautilus* no dejaba a un lado las aguas frecuentadas de Europa y saqué en conclusión que nos llevaría -tal vez dentro de poco- hacia continentes más civilizados. Pensé que Ned Land se sentiría naturalmente muy satisfecho al enterarse de semejante noticia. Durante varios días pasamos el tiempo haciendo experiencias de toda índole, referentes a la proporción de la sal en diferentes profundidades, a la carga de electricidad de las aguas, a su coloración, a su transparencia, y en todas aquellas circunstancias el capitán Nemo puso en acción un ingenio sólo igualado por la benevolencia que me dispensaba. Luego, a lo largo de unos días no volví a verlo, y nuevamente permanecí como aislado a bordo.

El 16 de enero, el *Nautilus* pareció adormecerse a sólo unos metros por debajo de la superficie. No funcionaban los aparatos eléctricos y la hélice inmóvil lo dejaba librado al impulso de las corrientes. Supuse que la tripulación se ocupaba en reparaciones internas, requeridas por la violencia de los movimientos de la máquina. Mis compañeros y yo fuimos entonces testigos de un curioso espectáculo. Los paneles del salón corridos y sin luz el faro del *Nautilus,* sólo veíamos una vaga oscuridad en medio de las aguas. El cielo tempestuoso y cubierto no les daba a las primeras capas del océano más que una insuficiente claridad.

Observaba yo el estado del mar en aquellas condiciones. Los peces más grandes aparecían como sombras apenas perfiladas, cuando de súbito se halló el *Nautilus* en plena luz. Creí al principio que se había encendido el faro y que proyectaba su resplandor eléctrico en la masa de las aguas. Me engañaba. Luego de rápida observación advertí mi error.

El *Nautilus* se mecía en un lecho fosforescente, que en medio de

aquella oscuridad parecía más deslumbrante. Lo producían miríadas de animales luminosos, cuyo fulgor se acrecentaba al rozar con el casco metálico. Yo sorprendía entonces unos relámpagos en medio de las capas luminosas, como si fueran coladas de plomo fundido en un horno ardiente, o masas metálicas llevadas hasta el rojo blanco, de tal manera que, por oposición, ciertas porciones luminosas hacían sombra en el medio ígneo, donde toda sombra debía estar desterrada. ¡No, ya no era la irradiación serena de nuestra iluminación habitual! ¡Había allí insólitos vigor y movimiento! ¡Era una luz que parecía viviente!

En efecto, tratábase de una aglomeración infinita de infusorios pelágicos, noctílucas miliares, verdaderos glóbulos de gelatina diáfana, provistos de un tentáculo filiforme, de los cuales se contaron hasta veinticinco mil en treinta centímetros cúbicos de agua. La luz que irradiaban se duplicaba aún por aquellos fulgores peculiares de las medusas, de las asterias, de las aurelias, de las foladas Y otros zoófitos fosforescentes, impregnados de las grasas de las materias orgánicas descompuestas por el mar y, quizás, de la mucosidad que segregan los peces.

¡Fue un embrujo el deslumbrante espectáculo! Tal vez ciertas condiciones atmosféricas aumentaran la intensidad del fenómeno. Quizás se había desencadenado una tempestad en la superficie del mar.

Pero a la profundidad de algunos metros, el *Nautilus* no sufría el furor de los elementos y se mecía apaciblemente en medio de las aguas tranquilas.

Así nos veíamos sin cesar encantados por alguna nueva maravilla.

Consejo observaba y clasificaba al paso los zoófitos, los articulados, los moluscos, los peces. Los días transcurrían en rápido vuelo; ya no los contábamos. Ned, según su costumbre, trataba de variar la comida habitual a bordo. Como verdaderos caracoles nos habíamos acostumbrado a nuestro caparazón, y yo os afirmo que resulta muy fácil convertirse en perfecto caracol.

De manera pues que tal existencia nos 1 parecería llevadera, natural, y no concebíamos que pudiera haber una vida distinta en la superficie del globo, cuando cierto acontecimiento vino a recordarnos lo extraño de nuestra situación.

El 18 de enero, el *Nautilus* se encontraba a los 105º de longitud y 15º de latitud meridional. El tiempo se había puesto amenazador, el mar bravo y encrespado. El viento soplaba del este con fuerza. El barómetro, en baja desde unos días antes, anunciaba próxima tempestad.

Yo había subido a la plataforma en 0,1 momento en que el segundo tomaba los ángulos horarios. Esperaba, de acuerdo con lo corriente, que pronunciara la frase cotidiana. Pero ese día la reemplazó con otra igualmente incomprensible. Casi en seguida vi que se presentaba el capitán Nemo, cuyas miradas se dirigieron con ayuda de un catalejo hacia el horizonte. Durante unos minutos permaneció el capitán inmóvil, sin apartarse del punto enfocado en el campo del objetivo.

Luego, bajó el catalejo e intercambió una docena de palabras con su segundo. Éste parecía presa de una emoción que en vano trataba de disimular. El capitán Nemo, más dueño de sí, conservaba la frialdad de siempre. Al parecer, formulaba algunas objeciones a las que su segundo respondía con afirmaciones categóricas. Por lo menos, yo lo entendí así por las variaciones de tono y gestos. Por mi parte, miré cuidadosamente hacia la dirección indicada, sin ver cosa alguna. El cielo y el agua se confundían en la línea del horizonte perfectamente neta.

Entre tanto, el capitán Nemo se paseaba de un extremo a otro de la plataforma sin mirarme, quizás sin verme. Su paso era firme, aunque no tan regular como de costumbre. Se detenía a ratos con los brazos cruzados en el pecho, observando el mar. ¿Qué buscaría en el inmenso espacio? El *Nautilus* se hallaba entonces a unos centenares de millas de la costa más cercana.

El segundo había vuelto a emplear el catalejo escudriñando con obstinado afán el horizonte, yendo y viniendo, golpeando con el pie, y

su agitación nerviosa contrastaba con la serenidad de su jefe.

En ese momento, el segundo llamóle la atención nuevamente al capitán, quien interrumpió su paseo, dirigiendo el catalejo hacia el punto señalado. Lo examinó muy atento. Por mi parte, intrigado en modo sumo, bajé al salón y volví con un excelente anteojo de larga vista del que me valía de ordinario; luego, apoyándolo en la caja del faro que sobresalía en la parte delantera de la, plataforma, me disponía a recorrer toda la línea del cielo y del mar.

Pero no había acercado aún el ojo al ocular, cuando me arrebataron el instrumento de las manos.

Me volví. El capitán Nemo se hallaba ante mí, aunque tardé en reconocerlo. Se le había transformado la fisonomía. La mirada, encendida en torvo fulgor, se ocultaba bajo el ceño fruncido. Dejaba descubiertos a medias los dientes. El cuerpo rígido, los puños apretados, la cabeza hundida entre los hombros, revelaban el odio violento que lo embargaba. No se movía. Mi anteojo, caldo de sus manos, había rodado a nuestras plantas.

¿Acababa yo de provocar, sin quererlo, tal actitud de irritación? ¿Se imaginaría el incomprensible personaje que yo había sorprendido algún secreto vedado a los huéspedes del *Nautilus*? ¡No! No era yo el motivo de su ira, pues no me miraba y su! ojos seguían obstinadamente fijos en el impenetrable punto del horizonte.

. Por fin, recobró el capitán Nemo el dominio de sí mismo. La fisonomía tan profundamente alterada tomó de nuevo la habitual serenidad. Le dirigió a su segundo algunas palabras en lengua extranjera; luego se volvió hacia mí.

-Señor Aronnax, me dijo en tono bastante imperioso, ha llegado el momento de reclamarle el cumplimiento del compromiso que conmigo tiene contraído.

-¿De qué se trata, capitán?

-Es preciso que se deje encerrar con sus compañeros hasta el momento en que juzgue conveniente devolverles la libertad.

-Usted es el amo, le respondí mirándolo fijamente. ¿Puedo ha-

cerle una pregunta?

-No, señor, ninguna.

Ante tales palabras, no había que discutir, sino obedecer, dado que toda resistencia hubiera sido inútil.

Bajé al camarote que ocupaban Ned y Consejo para comunicarles lo que el capitán había decidido. Fácil es concebir cómo recibió el canadiense la comunicación. Por otro lado, faltó tiempo para mayores explicaciones. Cuatro hombres de la tripulación esperaban junto a la puerta y nos condujeron a la celda donde habíamos pasado la primera noche a bordo del *Nautilus.*

-Ned Land intentó protestar, pero la puerta se cerró tras él como única respuesta.

-¿Me dirá el señor lo que esto significa?, me preguntó Consejo.

Les referí a mis compañeros lo que había ocurrido. Se admiraron de ello tanto como yo, y como yo quedaron igualmente sin entenderlo.

Al poco rato me sumí en un abismo de reflexiones, y la extraña inquietud del capitán Nemo no se apartaba de mis pensamientos. Me sentía incapaz de acoplar dos ideas lógicas y me perdía en las más absurdas hipótesis, cuando me sacó del enajenamiento de mi ánimo una exclamación de Ned Land.

-¡Hola! ¡Conque el almuerzo está servido!

Efectivamente, la mesa estaba tendida. Era evidente que el capitán Nemo lo había ordenado al mismo tiempo que precipitaba el avance del *Nautilus.*

-¿Me permite el señor que le haga una recomendación?, me preguntó Consejo.

-Sí, muchacho, le respondí.

-¡Pues bien, almuerce el señor! Es prudente, pues n o sabemos qué puede suceder.

-Tienes razón, Consejo.

-Por desdicha, dijo Ned Land, sólo nos han traído los platos de a bordo.

-Amigo Ned, respondió Consejo, ¿qué diría usted si no hubiesen

traído ninguno?

Este razonamiento cortó de raíz las quejas del arponero.

Nos sentamos a la mesa. La comida transcurrió bastante calladamente. Yo comí poco. Consejo se hartó, como medida de prudencia, y Ned Land, sea por lo que fuere, no perdió bocado. Luego, al terminar el almuerzo, cada uno de nosotros se tendió en un rincón.

En ese momento, el globo luminoso que alumbraba la celda se apagó y quedamos en completa oscuridad. Ned Land no tardó en dormirse y, lo que me extrañó, Consejo se entregó también a un profundo sopor. Yo me preguntaba qué cosa había provocado en él esa imperiosa necesidad de sueño, cuando sentí que se me impregnaba el cerebro de extraña pesadez. Caí presa de una alucinación dolorosa. Sin duda alguna habían puesto sustancias soporíferas en los alimentos que acabábamos de ingerir. ¡No bastaba, pues, con la prisión para ocultarnos los proyectos del capitán Nemo, sino que también era preciso el sueño!

Oí que los paneles se cerraban. Las ondulaciones del mar, que provocaban un leve balanceo, cesaron. ¿Habíase apartado el *Nautilus* de la superficie del océano? ¿Se había hundido en la capa inmóvil de las aguas?

Quise resistirme al sueño. No lo logré. La respiración se hizo cada vez más lenta. Sentí un frío mortal que me helaba los miembros entumecidos y como paralizados. Los párpados, verdaderos casquetes de plomo, me cerraron los ojos. No pude levantarlos. Un sueño mórbido, lleno de alucinaciones, se adueñó de todo mi ser. Luego las visiones se esfumaron, dejándome en completo anonadamiento.

Al siguiente día desperté con la cabeza singularmente despejada. Con gran sorpresa, me vi en mi propia habitación, Mis compañeros, sin duda, habrían sido también llevados a la suya, sin que lo notaran más que yo. Lo que había sucedido durante la noche lo ignoraban como lo ignoraba yo, y para aclarar ese misterio sólo contaba con futuras casualidades.

Pensé entonces en salir de mi habitación. ¿Estaría nuevamente en libertad o seguiría prisionero? Estaba enteramente libre. Abrí la puer-

ta, tomé por las crujías, subí la escalera central. Llegué a la plataforma.

Allí me esperaban Ned Land y Consejo. Los interrogué. No sabían nada. Se habían dormido con un sueño pesado que no les dejó ningún recuerdo, y los sorprendió el encontrarse en su camarote.

En cuanto al *Nautilus* continuaba en apariencias tan tranquilo y misterioso como siempre. Flotaba en la superficie del mar con velocidad moderada. Nada parecía haber variado a bordo.

Ned Land con su penetrante mirada observaba el mar. Estaba desierto. El canadiense no vio nada nuevo en el horizonte, ni velas, ni tierras. Soplaba ruidosamente una brisa del oeste y grandes olas, despeinadas por el viento, imprimíanle a la nave un balanceo muy marcado.

Después de renovar el aire, se mantuvo el *Nautilus* en una profundidad media de quince metros, de manera de estar listo para volver con rapidez a la superficie: operación que, contra lo acostumbrado, se realizó varias veces durante el día del 19 de enero. El segundo subía entonces a la plataforma y la frase habitual resonaba en e interior de la embarcación.

En lo que respecta al capitán Nemo, no se hizo ver. De la gente de a bordo sólo vi al impasible camarero que me sirvió sin salirse de su exactitud y de su mutismo habituales.

A eso de las dos, me hallaba yo en el salón, clasificando mis anotaciones, cuando el capitán abrió la puerta y entró. Lo saludé. Me devolvió el saludo en forma casi imperceptible, sin dirigirme la palabra. Me dediqué de nuevo a mi tarea, esperando que quizás me diera alguna explicación acerca de los acontecimientos de la noche precedente. No lo hizo. Yo lo miré. Me pareció que el rostro reflejaba cansancio; el reposo del sueño no le había refrescado los ojos enrojecidos; en la fisonomía se manifestaba una tristeza profunda, una pena verdadera. Iba y venía, se sentaba y volvía a levantarse, tornaba un libro cualquiera, lo dejaba en seguida, consultaba los instrumentos sin recoger las notas habituales y al parecer no podía quedarse quieto un ins-

tante. Por fin, se me acercó y me dijo:

-¿Es usted médico, señor Aronnax?

Tan lejos estaba yo de esperar semejante pregunta que me quedé mirándolo sin responderle.

¿Es médico?, repitió. Varios colegas suyos estudiaron medicina, Gratiolet, Moquin-Tandon y otros...

En efecto, dije, soy doctor en medicina e interno en algunos hospitales. He practicado durante unos años antes de entrar en el Museo.

-Bien, señor.

Mi respuesta lo había satisfecho evidentemente. Pero, como no sabía a qué quería él llegar, esperé nuevas preguntas, reservándome el responder de acuerdo con las circunstancias.

-Señor Aronnax, me dijo el capitán, ¿querría usted brindarle sus cuidados a uno de mis hombres?

-¿Hay alguno enfermo,

-Sí.

-Estoy dispuesto a seguirlo.

-Venga usted.

Confesaré que me latía el corazón. No sé por qué veía cierto vínculo entre la enfermedad de aquel hombre y los sucesos de la víspera, y este misterio me preocupaba tanto como el enfermo.

El capitán Nemo me condujo a la popa del *Nautilus* y me hizo entrar en un camarote situado cerca de la sección destinada a los marineros.

Allí, reposaba en un lecho un hombre de unos cuarenta años, de rostro enérgico, verdadero tipo de anglosajón.

Me incliné sobre él. No era sólo un enfermo, sino un herido.

La cabeza vendada con ensangrentadas tiras de lienzo, descansaba en doble almohada. Aparté las vendas y el paciente, mirándome con sus grandes ojos fijos en mí, me dejó hacer sin quejarse.

La herida era espantosa. El cráneo fracturado por un instrumento contundente dejaba al descubierto el cerebro y la misma sustancia cerebral había sufrido un rozamiento profundo. En la masa encefálica se

habían formado coágulos sanguíneos del color de las haces del vino. Había habido contusión y conmoción cerebral. Respiraba lentamente. Algunos movimientos espasmódicos de los músculos le agitaban la cara. La flegmasía cerebral era completa y producía la parálisis de la sensibilidad y del movimiento.

Le tomé el pulso; latía intermitente. Las extremidades ya iban enfriándosele y le advertí que la muerte se aproximaba sin que fuera posible detenerla. Después de vendar de nuevo al desdichado, aseguré las telas que le envolvían la cabeza y me volví hacia el capitán Nemo.

-¿De qué proviene esta herida.?, le pregunté.

-¡Qué importa!, respondió evasivamente el capitán. Un choque del *Nautilus* rompió una de las palancas de la máquina e hirió a este hombre, cuando se arrojó para interponerse entre la palanca desprendida y el segundo que estaba junto a él... ¡Un hermano que se hace matar por su hermano, un amigo por su amigo, en fin, una cosa muy sencilla! ¡Es ley para todos a bordo del *Nautilus!* Pero, ¿qué opina usted de su estado?

Yo vacilaba en dar mi parecer.

-Puede usted hablar, me So el capitán. Este hombre no entiende el francés.

Miré otra vez al herido Y respondí:

-Este hombre morirá dentro de dos horas.

-¿Nada puede salvarlo?

-Nada.

Se le crispó la mano al capitán Nemo y se le desprendieron unas lágrimas de los ojos, que yo no creí capaces de llorar.

Durante unos instantes seguí observando al moribundo, cuya vida se apagaba poco a poco. La palidez aumentaba bajo el resplandor eléctrico que bañaba su lecho de muerte. Le miré la cabeza inteligente, surcada de arrugas prematuras, que la desgracia, la miseria quizás, habían ahondado desde hacía tiempo. Traté de sorprender el secreto de su vida por las últimas palabras que se le escapaban de los labios.

-Puede usted retirarse, señor Aronnax, me dijo el capitán Nemo.

Dejé al capitán en el camarote del moribundo y regresé a mi habitación, muy conmovido por aquella escena. A lo largo de todo el día me agitaron siniestros presentimientos. Por la noche dormí mal y entre mis sueños frecuentemente interrumpidos, me pareció oír lejanos suspiros y como una salmodia fúnebre. ¿Serían las preces por los difuntos, murmuradas en aquel idioma que yo no comprendí? Al día siguiente temprano, subí al puente. El capitán Nemo me había precedido. En cuanto me vio, vino hacia mí.

-Señor profesor, me dijo, ¿le agradaría realizar hoy una excursión submarina?

-¿Con mis compañeros,, pregunté.

-Si ellos lo desean.

-Estamos a sus órdenes, capitán.

-Tengan la bondad, entonces, de ponerse las escafandras.

Del moribundo o del muerto, no se habló palabra. Fui en busca de Ned Land y Consejo, les di a conocer la propuesta del capitán Nemo. Consejo se apresuró a aceptarla y esta vez el canadiense se mostró muy dispuesto a acompañarnos.

Eran las ocho de la mañana. A las ocho y media estábamos vestidos para el nuevo paseo, provistos de los aparatos de iluminación y

respiración. Se abrió la doble puerta y, acompañados del capitán Nemo al que seguíauna docena de hombres de la tripulación, hicimos pie a una profundidad de diez metros, en el suelo firme donde reposaba el *Nautilus*.

Una leve pendiente bajaba a un terreno quebrado, aproximadamente a unas quince brazas de hondura. Ese fondo difería mucho del que había yo visitado en mi primera excursión bajo las aguas del Pacífico. Aquí no existía el fino arenal, ni tampoco los prados submarinos, como ninguna selva pelágica. Reconocí al instante la maravillosa región que aquel día nos hizo conocer el capitán Nemo: el reino de coral.

Nada podía interesarme más que el visitar uno de esos bosques petrificados planta dos por la naturaleza en el fondo de los mares.

Pusimos en actividad a los aparatos Ruhmkorff y seguimos un banco coralino en formación, que con el tiempo cerrará esta porción del océano Indico. Bordeaban el camino inextricables malezas formadas por entrecruzados arbolitos cubiertos de florecillas estrelladas con radios blancos. Sólo que, a la inversa de las plantas terrestres, esas arborizaciones, fijas en las rocas del suelo, se dirigían sin excepción de arriba hacia abajo.

La luz producía mil efectos seductores al jugar por entre las ramificaciones tan vivamente coloreadas. Me parecía ver que aquellos tubos membranosos y cilíndricos temblaban con la ondulación de las aguas. Sentí la tentación de apoderarme de alguna de sus frescas corolas adornadas con delicados tentáculos, unas recién abiertas, otras apenas nacientes, mientras los ligeros peces de rápidas aletas las rozaban al pasar como bandadas de pájaros.

Pero no bien acercaba la mano a esas flores vivientes, a esas sensitivas animadas, cundía al instante la alarma en la colonia. Las corolas blancas entraban en sus estuches rojos, las flores se desvanecían ante mis miradas y la maleza se convertía en un bloque de picachos pedregosos.

A poco andar las malezas se espesaron, las arborizaciones crecieron. Verdaderos bosquecillos petrificados y largas, bóvedas de fantástica arquitectura se mostraron ante nuestros pasos.

El capitán Nerno penetró en una oscura galería cuya suave pendiente nos conducía a una profundidad de cien metros. La luz de nuestras serpentinas producía a veces mágicos efectos al destacar las rugosas asperidades de los arcos naturales y de las pechinas colgantes como candelabros, en cuyos extremos ponía unas puntas de fuego.

Entre los arbolillos coralinos observé otros pólipos no menos curiosos, melitas, iris de ramificaciones articuladas, luego algunas matas de coralinas, las unas verdes, las otras rojas, verdaderas algas encostradas en sus sales calcáreas, que los naturalistas, tras largas discusiones, clasificaron definitivamente en el reino vegetal. Mas, según lo dice un pensador, "es éste, quizás, el punto real en que la vida des-

pierta oscuramente de su sueño de piedra, sin desprenderse aún de ese rudo punto de partida".

Por fin, después de dos horas de marcha, habíamos llegado a una profundidad de trescientos metros más o menos, es decir, al límite extremo desde donde el coral empieza a formarse. Ya no era allí la mata aislada, ni el modesto bosquecillo de monte bajo; era la selva inmensa, las grandes vegetaciones minerales, los enormes árboles petrificados, unidos entre sí por guirnaldas de plumarias elegantes, aquellas lianas del mar, pintadas de matices y reflejos. Pasábamos libremente bajo su alto ramaje perdido entre las olas, mientras a nuestros pies, las tubíporas, las meandrinas, las astreas, los fungos, las cariófilas, tendían una alfombra de flores, salpicada de gemas deslumbradoras.

¡Qué indescriptible espectáculo! ¡Ay!, ¿por qué no podríamos comunicarnos nuestras sensaciones? ¡Por qué estaríamos presos en aquella máscara de metal y de vidrio! ¡Por qué no viviríamos, por lo menos, la vida de los peces que pueblan el líquido elemento, o, más bien, la de los anfibios que durante largas horas pueden recorrer a su antojo el doble dominio de la tierra y de las aguas!

En tanto, el capitán Nemo se había detenido. Mis compañeros y yo suspendimos nuestra marcha, y, al volverme, vi que los hombres formaban un semicírculo en torno a su jefe. Mirando mía detenidamente, observé que entre cuatro de ellos llevaban a hombros un objeto de formaban un semicírculo en torno a su jefe. Mirando más detenidamente, observé que entre cuatro de ellos llevaban a hombros un objeto de forma oblonga.

Ocupábamos, en el lugar, el centro de un amplio claro, rodeado de altas arborizaciones del bosque submarino. Nuestras lámparas proyectaban en ese espacio algo así como una claridad crepuscular que alargaba desmesuradamente las sombras en el suelo. En el límite del claro, la oscuridad volvía a ser profunda, salvo algunas chispitas atrapadas por las finas aristas del coral.

Ned Land y Consejo se hallaban a mi lado. Mirábamos y tuve la

impresión de que iba a presenciar una escena extraña. Observando el suelo noté que se levantaba en algunos lugares en leves protuberancias encostradas por depósitos calcáreos y dispuestas con una regularidad que revelaba la mano del hombre.

En medio del claro, sobre un pedestal de rocas toscamente amontonadas, alzábase una cruz de coral, extendiendo sus largos brazos que parecían hechos con sangre petrificada.

A una señal del capitán Nemo, adelantóse uno de los hombres y a pocos pies de la cruz comenzó a cavar un hoyo con un pico que había llevado en la cintura.

¡Lo comprendí todo! ¡El claro aquél era un cementerio; el hoyo, una tumba; el objeto oblongo, el cuerpo del hombre muerto la noche anterior! ¡El capitán Nemo y los suyos venían a sepultar a su compañero, en esta morada común, en el fondo del inaccesible océano! ¡No, jamás sentí sobreexcitado el ánimo hasta tal punto! ¡jamás ideas más impresionantes me invadieron el cerebro! ¡Yo no quería ver lo que mis ojos veían!

Mientras tanto, la tumba se abría lentamente. Los peces huían aquí y allá de su retiro perturbado. Oía resonar en el suelo calcáreo el hierro del pico del que parecían brotar chispas, a ratos, al chocar con algún trozo de cuarzo perdido en el fondo de las aguas. El hoyo se alargaba, se ensanchaba, y no tardó en ser bastante hondo como para acoger el cuerpo del difunto. Entonces los que lo conducían se aproximaron. El cadáver, envuelto en una tela de biso blanco, descendió al húmedo sepulcro. El capitán Nemo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y todos los amigos de aquel que les había tenido afecto, se pusieron de hinojos en actitud de rezo. Mis dos compañeros y yo nos habíamos inclinado con piadoso recogimiento.

Cubrieron entonces la tumba con restos arrancados del suelo, hasta formar una leve prominencia.

Cuando quedó hecho esto, el capitán Nemo y sus hombres volvieron a ponerse de pie, luego se acercaron a la tumba, doblaron ante ella una rodilla y todos tendieron la mano en señal de suprema despe-

dida.

Luego el fúnebre cortejo volvió a emprender el camino de regreso al *Nautilus*, pasando otra vez por debajo de las arcadas del bosque, por medio del monte bajo, a lo largo de las matas de coral, siempre subiendo.

Al fin aparecieron las luces de a bordo. El reguero luminoso nos guió hasta la nave. A la una habíamos llegado.

En cuanto hubimos cambiado de traje, subí a la plataforma, donde, sumi4o en tremenda obsesión de ideas, fui a sentarme cerca del fanal.

El capitán Nemo se me acercó. Me levanté y le dije:

-¿De modo que, de acuerdo con mis previsiones, el hombre murió la noche última?

-Sí, señor Aronnax, respondió el capitán Nemo.

-¿Y reposa ahora junto a sus compañeros en el cementerio de coral?

-¡Sí, olvidado de todos, pero no de nosotros! ¡Nosotros cavamos la tumba, los pólipos se encargan de sellar en ella a nuestros muertos por toda la eternidad!

Y ocultando con brusco ademán el rostro entre las manos crispadas, el capitán trató en vano de dominar un sollozo. Luego añadió:

-¡Aquél es nuestro tranquilo cementerio, a un centenar de pies bajo la superficie del mar!

-Y vuestros muertos duermen allí, capitán, por lo menos en paz fuera del alcance de los tiburones.

-¡Sí, señor, respondió gravemente el capitán Nemo, de los tiburones y de los hombres!

EL OCÉANO INDICO

La segunda parte de este viaje bajo los mares comienza aquí. La primera había terminado con la emocionante escena en el cementerio de coral que dejó una impresión profunda en mi ánimo. Así pues, la vida del capitán Nemo se desarrollaba enteramente en el seno del mar inmenso, y hasta su propia tumba tenla dispuesta en el abismo más impenetrable. ¡Allí, ninguno de los monstruos del océano iría a turbar el último sueño de los huéspedes del *Nautilus,* de aquellos amigos unidos entre sí en la muerte como lo habían estado en la vida! ¡Y nosotros debíamos seguir la misma suerte!

¡Fuera del alcance de los hombres!, habla agregado el capitán.

¡Siempre la misma implacable y huraña desconfianza para con las sociedades humanas!

A mí no me satisfacían las hipótesis que convencían a Consejo. El digno joven persistía en ver en el comandante del *Nautilus* a uno de esos desconocidos sabios que devuelven a la humanidad desprecio por indiferencia, Seguía siendo para él un genio incomprendido, que fatigado de las decepciones de la tierra buscaba refugio en ese medio inaccesible, donde podía dar libre curso a sus instintos. Pero, a mí criterio, esta hipótesis no explicaba más que uno de los aspectos de la personalidad del capitán Nemo.

En efecto, el misterio de la última noche en la que habíamos sido encerrados en la celda y en el sueño la precaución, tan violentamente cumplida por el capitán al arrancarme de los ojos el catalejo cuando estaba dispuesto a recorrer el horizonte; la herida mortal de aquel hombre, debida a un choque inexplicable del *Nautilus,* todo ello me llevaba hacia una nueva pista.

¡No, el capitán Nemo no se contentaba con huir de los hombres! Su formidable máquina servía, no solamente para satisfacer sus anhelos de libertad, sino posiblemente también, para no sé qué terribles represalias.

En este momento nada es claro para mí, no he percibido todavía en las tinieblas sino vagos resplandores, y debo limitarme a escribir, por decirlo así, bajo el dictado de los acontecimientos.

Por lo pronto, nada nos vincula con el capitán Nemo. Él sabe que huir del *Nautilus* es imposible; tampoco somos prisioneros bajo palabra. Ningún compromiso de honor nos encadena. No somos sino cautivos, prisioneros, disimulados bajo el nombre de huéspedes por una apariencia de cortesía. Por otra parte, Ned Land no ha renunciado aún a la esperanza de recobrar su libertad, seguro de que aprovecharía la primera ocasión que el azar le ofrezca. Yo procederé como él, sin duda alguna; sin embargo, no será sin cierto remordimiento por llevarme algunos secretos del *Nautilus* que la generosidad del capitán nos ha permitido conocer. Porque, en fin, ¿es preciso odiar a este hombre o admirarlo? ¿Es una víctima o un verdugo? Y además, para ser franco, quisiera a~tes de abandonarlo para siempre, realizar esta vuelta al mundo submarina, cuyo comienzo resulta tan magnífico. Quisiera haber observado la serie completa de las maravillas acumuladas bajo los mares del globo. ¡Haber visto lo que ningún hombre ha presenciado todavía, aunque tuviera que pagar con mi vida tal insaciable necesidad de conocimiento! ¿Qué he descubierto hasta ahora? ¡Nada, o casi nada, pues no hemos aún recorrido más que seis mil leguas a través del Pacífico!

Sin embargo, sé bien que el *Nautilus* se acerca a tierras habitadas, y que si alguna probabilidad de salvación se nos ofrece, sería cruel sacrificar a mis compañeros para satisfacer una pasión por lo desconocido. Será necesario seguirlos, quizás guiarlos. ¿Pero semejante ocasión se presentará alguna vez? El hombre privado por la fuerza de casi su libre arbitrio la desea, pero el sabio, el curioso, la teme.

Ese día, 21 de enero de 1868, a mediodía, el segundo de a bordo fue a tomar la altura del sol. Subí a la plataforma, encendí un cigarro y observé la operación. Me pareció evidente que el hombre no comprendía el francés, pues varias veces realicé en voz alta reflexiones

que hubieran debido arrancarle algún involuntario signo de atención si las hubiera comprendido, pero permaneció mudo e impasible.

¡Mientras él observaba por medio del sextante, uno de los marineros del *Nautilus* -el hombre vigoroso que nos había acompañado en nuestra primera excursión submarina a la isla de Crespo- vino a limpiar los cristales del fanal. Examiné entonces la instalación de ese aparato cuya potencia se centuplicaba mediante anillos lenticulares dispuestos como los de los faros, que mantenían sus haces de luz en un mismo plano. La lámpara eléctrica se encontraba combinada de manera que proyectase el máximo de su potencia luminosa. Su luz, en efecto, se producía en el vacío, lo que aseguraba a la vez, la regularidad y la intensidad. Dicho vacío economizaba también los grafitos entre los que se extendía el arco luminoso. Economía importante para el capitán Nemo, que no habría podido renovarlos fácilmente. Pero, en estas condiciones, su desgaste era casi insensible.

Cuando el *Nautilus* se preparó a continuar su marcha submarina, descendí al salón. Las compuertas se cerraron, y se emprendió rumbo directo.

Del *21* al *23* de enero, el *Nautilus* marchó a razón de doscientas cincuenta leguas cada veinticuatro horas, que equivalen a quinientas cuarenta millas, o a una velocidad de veintidós millas por hora. Si podíamos reconocer al paso diversas variedades de peces, fue porque éstos, atraídos por el resplandor eléctrico, trataban de acompañarnos. La mayor parte, distanciados por nuestra velocidad, pronto quedaban atrás. Algunos, no obstante, llegaban a mantenerse durante cierto tiempo alrededor del *Nautilus.*

El 24 a la mañana, a los *12º* 5' de latitud sur y 94º *33'* de longitud, llegamos a la isla Keeling, acumulación madrepórica con magníficos cocoteros, que fue visitada por Darwin y el capitán Fitz Roy. El *Nautilus* costeó a poca distancia las barrancas de esa isla desierta. Sus dragas proporcionaron numerosas muestras de pólipos y de equinodermos v pruebas curiosas de la ramificación de los moluscos. Pronto

la isla Keeling desapareció en el horizonte e hicimos ruta hacia el noroeste, en dirección a la extremidad de la península índica.

A partir de la isla Keeling, nuestra marcha se hizo más lenta, también más caprichosa, y nos llevó frecuentemente a grandes profundidades. Empleáronse varias veces los planos inclinados que las palancas interiores podían colocar oblicuamente con respecto a la línea de flotación. Recorrimos así dos a tres kilómetros, pero sin verificar nunca los grandes fondos de este mar Indico que las sondas de trece mil metros no han podido alcanzar. En cuanto a la temperatura de las capas inferiores, el termómetro indica siempre invariablemente cuatro grados sobre cero. Yo observé solamente que en las corrientes superiores el agua era siempre más fría en los bajos fondos que en plena mar.

El 25 de enero el océano estaba desierto. El *Nautilus* navegó durante el día en la superficie, batiendo las olas con su potente hélice y haciéndolas saltar a gran altura. ¿Cómo no habla de confundírselo en tales condiciones con un cetáceo gigantesco? Pasé las tres cuartas partes de ese día en la plataforma. Miraba el mar. Nada en el horizonte, excepto a las cuatro de la tarde un gran vapor que se desplazaba hacia el oeste, en sentido opuesto. Su arboladura fue visible un instante, pero desde su bordo no era posible percibir el *Nautilus*, demasiado al ras del agua. Pensé que aquel buque de vapor pertenecía a la línea peninsular y oriental que hace el servicio de la isla de Ceilán a Sydney, con escalas en la punta del Rey Jorge y en Melbourne.

Al día siguiente, 26 de enero, atravesamos el ecuador por el meridiano ochenta Y dos y regresamos al hemisferio boreal.

Durante ese día, un formidable cardumen de escualos siguió a la nave. Terribles seres que pululan en estos mares y los hacen muy peligrosos. Eran escualos filipos de lomo pardo y vientre blancuzco, armados con once hileras de dientes; escualos oculados con una gran mancha negra rodeada de blanco que semeja un ojo en el pescuezo; escualos isabelos de hocico redondeado, salpicado de puntos oscuros. A menudo, esos vigorosos animales se precipitaban contra el vidrio

del salón con violencia alarmante. Ned Land perdía el control de sí. Quería subir a la superficie del océano y arponear a los monstruos, sobre todo a ciertos escualos mustelos cuya boca está como pavimentada de dientes distribuidos a manera de mosaico; y otros grandes y atigrados, de cinco metros de largo, que lo provocaban con particular insistencia. Pero pronto el *Nautilus,* acrecentando su velocidad, dejó fácilmente atrás hasta a los tiburones más rápidos.

El 27 de enero, al aproximarnos al vasto golfo de Bengala, encontramos en varias oportunidades -¡espectáculo siniestro!- cadáveres que flotaban en la superficie del mar. Eran los difuntos de las ciudades hindúes, traídos por el Ganges hasta alta mar y que los buitres, únicos sepultureros del país, no habían concluido de devorar. Pero no faltaban escualos para ayudarlos en tan fúnebre tarea.

Hacia las siete de la tarde, el *Nautilus* navegaba semisumergido en medio de un mar de leche. Hasta donde alcanzara la vista, el océano parecía lactescente. ¿Era el efecto de los rayos lunares? No, porque la luna, naciente apenas desde hacía dos días, se encontraba todavía oculta bajo el horizonte entre los rayos del sol. Todo el cielo, aunque esclarecido por la luz del día, parecía negro en contraste con la blancura de las aguas.

Consejo no podía creer en lo que veía, y me interrogaba sobre las causas del singular fenómeno. Afortunadamente, yo me encontraba en condiciones de responderle.

-Es lo que se llama un mar de leche, le dije, amplia extensión de olas blancas que aparece frecuentemente en las costas de Amboina y en estos parajes.

-Pero, preguntó Consejo, ¿puede el señor decirme qué causa produce tal efecto?, pues supongo que el agua no se ha transformado en leche.

-No, Consejo, y esta blancura que te sorprende sólo se debe a la presencia de miríadas de infusorios, especie de pequeños gusanos luminosos, de aspecto gelatinoso e incoloro, del espesor de un cabello y

de una longitud que no excede de un quinto de milimetro. Están unidos entre sí en la extensión de muchas leguas.

-¡Muchas leguas!, exclamó Consejo.

-Sí, muchacho, ¡y no trates de calcular el número de estos infusorios! No podrías hacerlo, pues, si no me equivoco, algunos marinos han navegado en mares de leche en una extensión de más de cuarenta millas.

Por espacio de algunas horas, el *Nautilus* hendió con su espolón las olas blanquecinas y noté que se deslizaba sin ruido sobre el agua jabonosa, como si flotara en los remolinos de espuma que las corrientes y contracorrientes de las bahías suelen producir.

A medianoche, el mar adquirió de nuevo su color ordinario, pero detrás de nosotros, hasta los límites del horizonte, el cielo reflejaba la blancura de las olas y pareció largo tiempo impregnado por la vaga luminosidad de una aurora boreal.

UNA NUEVA PROPOSICIÓN DEL CAPITÁN NEMO

El 28 de enero, cuando el *Nautilus* ascendió a mediodía a la superficie del mar, a los 9º 4' de latitud norte, se encontraba a la vista de una tierra ubicada a ocho millas al oeste. Observé, al principio, una aglomeración de montañas de aproximadamente dos mil pies de altura, cuyas formas se modelaban caprichosamente. Regresé al salón, y cuando se hubo determinado la posición después de anotarla en la carta marina, reconocí que nos encontrábamos ante la isla de Ceilán, esa perla que pende en el lóbulo inferior de la península índica.

Fui a buscar en la biblioteca algún libro que se refiriese a esta isla, una de las más fértiles del globo. Encontré precisamente un volumen de Sirr H. C. intitulado *Ceylan and tbe Cingalese.* Vuelto al salón, anoté primeramente la posición de Ceilán, a la que la antigüedad prodigara tan diversos nombres. Su ubicación queda comprendida entre los 5º 55' y 9º 49´ de latitud norte y entre los 79º 42' y 82º 4' de longitud este del meridiano de Greenwich; su longitud es de doscientas setenta y cinco millas; su anchura máxima, ciento cincuenta millas; su circunferencia, novecientas millas; su superficie, veinticuatro mil cuatrocientas cuarenta y ocho millas, es decir, un poco inferior a la de Irlanda.

El capitán Nemo y su segundo aparecieron en ese momento. El capitán echó un vistazo al mapa. Después volviéndose hacia mí:

-La isla de Ceilán, dijo, es una tierra célebre por sus pesquerías de perlas. ¿Le resultaría agradable, señor Aronnax, visitar una de ellas?

-Sin duda alguna, capitán.

-Bien. Será cosa fácil. Sólo que si bien veremos las pesquerías, no podremos ver a los pescadores. La explotación anual no ha comenzado todavía. No importa. Daré la orden de acercarnos al golfo de Manaar, donde llegaremos a la noche.

El capitán dirigió algunas palabras a su segundo, quien salió al instante. Pronto el *Nautilus* se hundió en su líquido elemento y el manómetro indicó una profundidad de treinta pies.

Con la carta a la vista, busqué entonces el golfo de Manaar. Lo encontré en el noveno paralelo, sobre la costa noroeste de Ceilán. Está formado en una costa próxima a la pequeña isla de Manaar. Para alcanzarlo era necesario remontar toda la parte occidental de Ceilán.

-Señor profesor, me dijo entonces el capitán Nemo, es posible pescar perlas en el golfo de Bengala, en el mar de la India, en los mares de China y de Japón, en los mares del sur de América, en el golfo de Panamá, en el golfo de California; pero es en Ceilán donde esta pesca logra los más espléndidos resultados. Nosotros llegamos algo prematuramente. Los pescadores no se concentran hasta llegado el mes de marzo en el golfo de Manaar, y entonces durante treinta días sus trescientas barcas se entregan a la lucrativa explotación de los tesoros del mar. Cada barca lleva diez remeros y diez buceadores. Éstos, divididos en dos grupos, se sumergen en forma alternada y descienden a una profundidad de doce metros con la ayuda de una pesada piedra que retienen entre sus pies y que una cuerda une a la barca.

-¿Así que todavía se emplea ese método primitivo?, pregunté.

-Siempre el mismo, aunque estas pesquerías pertenecen al pueblo más industrioso del globo, a los ingleses, a quienes el tratado de Amiens las ha cedido en 1802.

-Me parece, sin embargo, que la escafandra, como usted la emplea, rendiría grandes servicios en semejante operación.

-Sí, porque los pobres pescadores no pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua. El inglés Perceval, en su viaje a Ceilán, habla de un cafre que permanecí a cinco minutos sin regresar a la superficie, pero el hecho me parece difícilmente creíble. Sé que algunos buceadores llegan a cincuenta y siete segundos y los muy hábiles a ochenta y siete. Sin embargo, son escasos, y vueltos a bordo estos desgraciados arrojar por la nariz y los oídos agua tinta en sangre. Creo que la mediana del tiempo que los pescadores pueden pasar bajo las olas es de

treinta segundos, durante los cuales se apresuran a acumular en una pequeña red todas las madreperlas que arrancan. Pero, generalmente, estos buceadores no llegan a viejos, se les debilita la vista, se les llenan los ojos de úlceras, en el cuerpo se les forman llagas y a menudo sufren ataques de apoplejía.

-Sí, dije, es un triste oficio, ¡y no sirve más que para la satisfacción de algunos caprichos de la moda! Pero, dígame, capitán, ¿qué cantidad de ostras puede pescar una barca en una jornada?

-Alrededor de cuarenta o cincuenta mil. Se dice que en 1814 el gobierno inglés, dedicado a la pesca por su propia cuenta, obtuvo que sus buceadores en veinte días de trabajo extrajeran setenta y seis millones de ostras.

-¿Por lo menos, pregunté, los buceadores serán suficientemente retribuidos?

-Apenas, señor profesor. En Panamá no ganan más que un dólar por semana. Frecuentemente perciben un centavo por cada ostra que contenga una perla, ¡y son tantas las que no las tienen!

-¡Un centavo para estas pobres gentes que enriquecen a sus patronos! ¡Es cosa indignante!

-De modo, pues, señor profesor, me dijo el capitán Nemo, que sus compañeros y usted visitarán el banco de Manaar, y si por casualidad algún pescador se ha anticipado, lo veremos operar.

-Convenido, capitán.

-A propósito, señor Aronnax, ¿usted no teme a los tiburones?

-¿A los tiburones?, exclamé,

La pregunta me pareció, por lo menos superflua.

-¿Y bien?, continuó el capitán Nemo.

-Confieso, capitán, que no estoy todavía muy familiarizado con este género de peces.

-Nosotros estamos habituados, replicó el capitán Nemo, y, con el tiempo, usted también lo estará. Por lo pronto, iremos armados, y en el camino quizás podamos cazar algún escualo. Es una caza interesante. Así pues, hasta mañana, señor profesor, y bien temprano.

Dicho esto en un tono displicente, el capitán Nemo salió del salón.

"Reflexionemos -me dije- y hagámoslo con calma. Cazar nutrias de mar en las selvas submarinas, como lo hemos hecho en la isla Crespo, vaya y pase. ¡Pero recorrer el fondo de los mares cuando se está casi seguro de encontrar escualos, es otro cantar!"

Y heme aquí soñando con tiburones, pensando en sus amplias quijadas armadas de múltiples hileras de dientes, capaces de seccionar a un hombre por la mitad. Sentía ya cierto dolor en los riñones. Además no me era posible admitir sin reaccionar la displicencia con que el capitán nos habla hecho tan deplorable invitación. ¿No se diría que se trataba de acosar en los bosques a algún zorro inofensivo? "¡Bueno!, Consejo jamás querrá venir, y esto -me servirá de excusa para no acompañar al capitán", pensaba. En cuanto a Ned Land, reconozco que no me sentía lo bastante seguro de su cordura. Un peligro, por grande que fuese, constituirla siempre un atractivo para su naturaleza belicosa. Proseguí mi lectura del libro de Sirr, pero ya lo hojeaba maquinalmente. Vela entre líneas unas quijadas formidablemente abiertas. En ese momento Consejo y el canadiense entraron, con aspecto tranquilo y hasta alegre. Ignoraban lo que les esperaba.

-A fe mía, señor, me dijo Ned Land, su capitán Nemo, ¡a quien se lleve el diablo!, nos ha hecho una proposición muy amable.

-¡Ah!, dije, ¿con que ya saben?

-Si al señor no le disgusta, respondió Consejo, el comandante del *Nautilus* nos ha invitado a visitar mañana, en compañía del señor, las magníficas pesquerías de Ceilán. Lo ha hecho en términos amables y se ha portado como un verdadero *gentleman.*

-¿Y no les ha dicho nada más?

-Nada, señor, respondió el canadiense; supongo que habrá hablado con usted de este paseíto.

-En efecto, dije, ¿y no les ha dado algún detalle sobre...?

-Ninguno, señor naturalista. ¿Usted nos acompañara, no es verdad?

-Yo... ¡Sin duda! Veo que le agrada la invitación, maestro Land.

-¡Sí! Será un paseo curioso, muy curioso.

-¡Y peligroso, tal vez!, agregué con tono insinuante.

-¡Peligrosa una sencilla excursión a un banco de ostras!, exclamó Ned Land.

Decididamente, el capitán Nemo habla creído inútil evocar la idea de los tiburones en la mente de mis compañeros.

Yo los observaba con mirada intranquila, como si les faltara ya algún miembro. ¿Debía prevenirlos? Sí, sin duda, pero no sabía bien cómo hacerlo.

-Señor, me dijo Consejo, ¿el señor querrá darnos algunos detalles sobre la pesca de perlas? ¿Es verdaderamente peligrosa?

-No, respondí vivamente; sobre todo si se toman ciertas precauciones.

-¿Qué se arriesga en esta tarea?, dijo Ned Land. ¿Ingerir involuntariamente algunos tragos de agua de mar?

-Como usted lo dice, Ned. A propósito, añadí tratando de hacerlo con el mismo tono despreocupado del capitán Nemo, ¿tiene usted temor a los tiburones, valiente Ned?

-¡Yo!, respondió el canadiense, ¡un arponero de profesión! Mi oficio consiste en burlarme de ellos!

-No se trata, dije, de pescarlos con un esmerejón, de izarlos sobre el puente de un navío, de seccionarles la cola a hachazos, de abrirles el vientre, arrancarles el corazón y arrojarlo al mar.

-Entonces, ¿se trata de...?

-Sí, precisamente.

-¿De cazarlos en el agua?

-En el agua.

-¡A fe mía que con un buen arpón! ¿Sabe usted?, son bestias de conformación defectuosa: tienen que dar la vuelta sobre sí mismos para atraparlo a uno y durante ese tiempo...

Ned Land tenía una manera de pronunciar la palabra "atrapar" que daba frío.

-¿Y bien, tú, Consejo, qué opinas de esos escualos?

-Yo, dijo Consejo, seré franco con el señor.

"En buena hora", pensé.

-¡Si el señor afronta a los tiburones, dijo Consejo, no veo por qué su fiel criado no los afrontará en su compañía!

UNA PERLA DE DIEZ MILLONES

Llegó la noche. Me acosté. Dormí bastante mal. Los escualos tuvieron un papel importante en mis sueños, y encontraba acertada e inacertada a la vez la asociación de la idea de los escualos con la de la muerte:

Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, me despertó el camarero que el capitán Nemo había puesto especialmente a mi servicio. Ale levanté de prisa, me vestí y pasé, al salón.

El capitán Nemo me esperaba.

-Señor Aronnax, me dijo, ¿está listo para partir?

-Estoy dispuesto.

-Sígame, por favor.

-¿Y mis compañeros, capitán?

-Ya están avisados y nos esperan.

-¿No vamos a colocarnos las escafandras?, pregunté.

-Todavía no. No he permitido que el *Nautilus* se aproximase demasiado a la costa y, estamos algo alejados del banco de Manaar; pero hice preparar la canoa que nos conducirá al punto preciso de desembarco y nos evitará un largo recorrido. Lleva nuestros equipos de buceadores y nos pondremos las escafandras en el momento de iniciar la exploración submarina.

El capitán Nemo me condujo a la escala central, cuyos peldaños daban a la plataforma; Ned y Consejo se encontraban allí, encantados del "viaje de placer" proyectado.

Cinco marinos del *Nautilus*, con los remos dispuestos, nos esperaban en la canoa que estaba adosada a la borda.

La noche era todavía oscura. Bancos de nubes cubrían el cielo y no dejaban percibir sino escasas estrellas. Miré hacia la tierra y no vi otra cosa que una línea confusa que cerraba las tres cuartas partes del horizonte desde el sudoeste al noroeste. Habiendo remontado durante la noche la costa occidental de Ceilán, el *Nautilus* se encontraba al

oeste de la bahía, o, mejor dicho, del golfo formado por esta tierra y la isla de Manaar. Allá, bajo las oscuras aguas, se extendía el banco de ostras, inconmensurable campo de perlas cuya longitud excede las veinte millas. El capitán Nemo, Consejo, Ned Land y yo tomamos ubicación en la popa de la canoa. El timonel empuñó la barra, los marineros se inclinaron sobre los remos, se soltaron las amarras y nos separamos del *Nautilus.*

La canoa se dirigió hacia el sur. Los remeros no se apresuraban. Observé que sus golpes vigorosamente acompasados bajo el agua no se sucedían sino de diez en diez segundos, según el método generalmente utilizado en las marinas de guerra. Mientras la embarcación se deslizaba, el agua que levantaban los remos salpicaba el fondo negro de las olas como rebabas de plomo fundido; una leve marejada venida de alta mar imprimía a la embarcación un leve balanceo, y algunas crestas de olas se precipitaban a proa.

Estábamos silenciosos. ¿Qué pensamientos absorbían al capitán Nemo? Tal vez pensaba en que la tierra a la que se aproximaba se hallaba demasiado cerca de él, contra la opinión del canadiense, a quien le parecía todavía demasiado lejana. En cuanto a Consejo, se encontraba allí como simple curioso.

A eso de las cinco y media los primeros fulgores del horizonte acusaron con mayor nitidez la línea superior de la costa. Baja hacia el este, se levantaba algo hacia el sur. Cinco millas faltaban aún y sus riberas se confundían con las aguas brumosas. Entre ella y nosotros, el mar aparecía desierto. Ni un buque, ni un buceador. Profunda soledad en ese lugar de cita de los pescadores de perlas. Como el capitán Nemo me lo había observado anteriormente, llegábamos con un mes de adelanto a estos parajes.

A las seis se hizo súbitamente de día, con aquella rapidez peculiar de las regiones tropicales, que no conocen la aurora ni el crepúsculo.

Los rayos solares horadaron la cortina de nubes concentradas en el horizonte oriental, y el astro radioso se elevó rápidamente.

Vi nítida la tierra, con algunos árboles aquí y allá. La canoa avanzó hacia la isla de Manaar, que se insinuaba en el sur. El capitán Nemo se habla levantado de su banco y observaba el mar.

A una señal suya, echaron el ancla y la cadena corrió apenas, pues el fondo no estaba a más de un metro y formaba en este paraje uno de los lugares más altos del banco de ostras. La canoa se movía por la acción del reflujo que tendía a empujarla mar adentro.

-Hemos llegado, señor Aronnax, dijo entonces el capitán Nemo. Es en esta estrecha bahía donde dentro de un mes se reunirán las numerosas barcas de pesca de los explotadores, y son estas aguas las que recorrerán audazmente sus buceadores. La bahía se adapta perfectamente para este tipo de pesca. Se encuentra al abrigo de los vientos fuertes y el mar no está nunca encrespado, circunstancia favorable para el trabajo de los pescadores. Ahora nos pondremos las escafandras y comenzaremos nuestro paseo.

No contesté, y observando las olas inquietantes, ayudado por los tripulantes de la embarcación, comencé a colocarme mi pesada vestimenta de mar. El capitán Nemo y mis dos compañeros se vestían también. Ninguno de los hombres del *Nautilus* debía acompañamos en esta nueva excursión.

Pronto quedamos aprisionados hasta el cuello en las vestiduras de caucho y las correas fijaron en nuestras espaldas los depósitos de aire. En cuanto a los aparatos Ruhmkorff, no aparecieron. Antes de introducir la cabeza en la cápsula de cobre, hice observar aquella omisión al capitán.

-Esos aparatos serían inútiles, respondió el capitán. No iremos a grandes profundidades y los rayos solares resultarán suficientes para iluminar nuestra marcha. Además no es prudente llevar bajo estas aguas una Interna eléctrica. Su luminosidad podrá atraer algún peligroso habitante de estos parajes.

Mientras el capitán Nemo pronunciaba tales palabras, me volví hacia Consejo y Ned Land, pero mis dos amigos tenían puestas ya las

cabezas en sus cascos metálicos y no podían escuchar ni responder. Una última pregunta me restaba por dirigir al capitán Nemo.

-¿Y nuestras armas, le pregunté, nuestros fusiles?

-¡Fusiles! ¿Para qué? ¿Acaso los montañeses de su país no atacan al oso puñal en mano, y el acero no es más seguro que el plomo? He aquí una hoja sólida. Póngasela en el cinturón y partamos. No hay que perder tiempo.

Miré a mis compañeros; estaban armados como nosotros y, además, Ned Land empuñaba un arpón enorme que había puesto en la canoa antes de salir del *Nautilus.*

Después, siguiendo el ejemplo del capitán, permití que me colocaran la pesada esfera de cobre y nuestros depósitos de aire entraron inmediatamente en actividad.

Un instante después, los marineros de la embarcación nos desembarcaban, e hicimos pie en arena firme cubierta por metro y medio de agua. El capitán Nemo nos dirigió una señal con la mano, lo seguimos, y por una suave pendiente nos sumergimos bajo las olas.

Allí desaparecieron las ideas que me obsesionaban. Una calma sorprendente invadió mi ser. La facilidad de los movimientos acrecentó mi confianza y lo extraño del espectáculo cautivó mi imaginación.

El sol enviaba bajo las aguas una claridad intensa. Resultaban perceptibles los objetos más pequeños. Luego de diez minutos de marcha nos encontramos a una profundidad de cinco metros, y el terreno se presentó casi horizontal.

A nuestro paso se levantaban, de la vegetación acuática, enjambres de curiosos peces del género de los monópteros, cuyos individuos no poseen otra aleta que la de la cola. Reconocí al javanés, verdadera serpiente de ocho decímetros de longitud, que se confundirla fácilmente con el congrio si no fuera por la línea dorada de sus flancos. En el género de los estromateos, de cuerpo comprimido y ovalado, observé unos paros de llamativos colores, que llevan como una hoz la aleta dorsal, peces comestibles que secos y en escabeche constituyen un

manjar excelente, conocido con el nombre de *karawade;* luego vi tranquebaros pertenecientes al género de los apsiforoides con el cuerpo recubierto por una coraza de escamas dispuestas en ocho series longitudinales.

Mientras tanto, la elevación progresiva del sol iba aclarando cada vez más la masa de las aguas. El suelo cambiaba poco a poco. La fina arena se transformaba en una verdadera calzada de rocas redondeadas revestida de un tapiz de moluscos y zoófitos. Entre los ejemplares de ambas ramas observé unas placenas de valvas delgadas y desiguales, tipo de ostras peculiar del mar Rojo y del océano indico; las lucinas anaranjadas de valva orbicular, los taladros subulados; algunas de esas púrpuras pérsicas, que proveían al *Nautilus* de una tintura admirable; las múrices con cuernos, de once centímetros de largo, que se erguían bajo el agua como manos listas para aprisionar; las turbinelas cornígeras erizadas de espinas; las língulas; las anatinas, mariscos comestibles que abarrotan los mercados del Indostán; las pelagias panopiras, ligeramente luminosas, y, en fin, las admirables oculinas flabeliformes magníficos abanicos que forman una de las arborizaciones más ricas de estos mares.

Entre esas plantas vivientes y bajo un cobertizo de hidrófitas se deslizaban confusas legiones de articulados, particularmente las raninas dentadas, cuyo caparazón parece un triángulo algo redondeado; los birgos, peculiares de estos parajes; las parténopes horribles de repugnante aspecto. Un animal no menos repulsivo que encontré varias veces fue ese cangrejo de mar observado por Darwin, al que la naturaleza ha concedido el instinto y la fuerza necesarios para nutrirse de nuez de coco: trepa a los árboles de la costa, hace caer la nuez que se parte en su caída y la abre con sus potentes pinzas. Aquí, bajo las claras olas, este cangrejo corría con singular agilidad, mientras los quelonios de la especie que abunda en las costas de Malabar, se desplazaban lentamente entre las rocas hendidas.

Hacia las siete recorríamos por fin el banco de ostras en el que las madreperlas se reproducen por millones.

Los preciosos moluscos estaban fuertemente adheridos a las rocas por una sustancia viscosa un biso de color pardo que no les permite moverse.

Observaba la ostra *meleagrina*, madreperla con valvas aproximadamente iguales, bajo la forma de un caparazón redondeado de espesas paredes exteriormente muy rugosas. Algunas estaban festoneadas y surcadas por bandas verduscas que nacían en su parte superior. Eran las ostras jóvenes. Otras, de superficie tosca y negra, de diez o más años, medían hasta quince centímetros de ancho.

El capitán Nemo me indicó con la mano este amontonamiento prodigioso de ostras, y comprendí que la mina era verdaderamente inagotable, pues la fuerza creadora de la naturaleza triunfa del instinto destructor del hombre. Ned Land, fiel a tal instinto de destrucción, se apresuraba a llenar con los más bellos moluscos una red que llevaba al costado.

Pero no podíamos detenernos. Era necesario seguir al capitán, quien parecía dirigirse por senderos que él solamente conocía. El suelo iba subiendo, sensiblemente, y a veces al levantar el brazo, lo sacábamos a la superficie del mar. Luego el nivel del banco descendía caprichosamente. A veces rodeábamos altas rocas puntiagudas. En sus oscuras anfractuosidades, gruesos crustáceos afirmados sobre sus altas patas como máquinas de guerra, nos acechaban con la mirada fija, y a nuestros pies se arrastraban mirianos, gliceros, aricios y anélidos, que alargaban desmesuradamente sus antenas y sus apéndices tentaculares.

En ese momento apareció ante nosotros una amplia gruta que se abría en una pintoresca acumulación de rocas con todas las variedades de la flora submarina. Al principio la ruta me dio la impresión de ser singularmente oscura. Los rayos solares parecían extinguirse en gradaciones sucesivas. Su vaga transparencia no era otra cosa que la luz tamizada.

El capitán Nemo penetró en ella. Nosotros tras él. Mi vista se acostumbró pronto a esas relativas tinieblas. Distinguía los declives

caprichosamente modelados de la bóveda, sostenida por pilares naturales ampliamente asentados en la base granítica como pesadas columnas de la arquitectura toscana. ¿Por qué nuestro incomprensible guía nos arrastraba hacia el fondo de esta cripta submarina- Pronto habría de saberlo.

Después de haber descendido una abrupta pendiente, nuestros pies hollaron el fondo de una especie de pozo circular. Allí el capitán Nemo se detuvo y con la mano nos señaló un objeto que aún yo no había advertido: se trataba de una ostra de dimensiones extraordinarias, de una tridacna gigantesca, una pila que hubiera podido contener un lago de agua bendita, una fuente de más de dos metros de ancho, y por consiguiente más grande que la que adornaba el salón del *Nautilus*.

Me acerqué al molusco colosal. Por el biso se adhería a una mesa de granito, y allí se extendia aisladamente en las tranquilas aguas de la gruta. Calculé el peso de la tridacna en trescientos kilogramos. Una ostra así contiene quince kilos de carne, y hubiera sido necesario el estómago de un Gargantúa para ingerir algunas docenas de ellas.

El capitán Nemo conocía evidentemente la existencia de ese bivalvo. No era la primera vez que lo visitaba, y pensé que conduciéndonos a este lugar, pretendía solamente mostrarnos una interesante curiosidad de la naturaleza. Me engañaba. El capitán Nemo tenía particular interés en comprobar el estado actual de la tridacna.

Las dos valvas del molusco se hallaban entreabiertas. El capitán se aproximó e introdujo su puñal entre los caparazones para impedirles cerrarse; después, con la mano, levantó la túnica membranosa, con flecos en los bordes, que constituía el manto del animal.

Allí, entre los pliegues foliáceos, vi una perla cuyo grosor igualaba el de una nuez de cocotero. Su forma globular, su perfecta limpidez, su admirable oriente, la convertían en una joya de un precio inestimable. ¡Impulsado por la curiosidad, extendí la mano para tomarla, pesarla, palparla! Pero el capitán me detuvo, hizo una señal negativa,

y retirando su puñal con un rápido movimiento, permitió que ambas valvas se cerrasen súbitamente.

Comprendí entonces cuál era el designio del capitán Nemo. Manteniendo esta perla oculta bajo el manto de la tridacna, le permitía crecer insensiblemente. Cada año, la secreción del molusco agregaría nuevas capas concéntricas. Solamente el capitán conocía la gruta en que "maduraba" este admirable fruto de la naturaleza; solamente él la criaba, por así decirlo, para transportarla un día a su precioso museo. Era posible que, según el ejemplo de los chinos e indostánicos, hubiese dado origen él mismo a la producción de la perla, introduciendo entre los pliegues del molusco algún trozo de vidrio o de metal que se habría recubierto poco a poco de materia nacarada. En todo caso, comparando dicha perla con las que lucían en la colección del capitán, estimé su valor en diez millones de francos por lo menos. Espléndida curiosidad natural, y no joya de lujo, porque no sé qué orejas femeninas hubieran podido soportarla.

La visita a la opulenta tridacna había terminado. El capitán Nemo salió de la gruta y regresamos por el banco de ostras, en medio de las aguas claras, no turbadas aún por el trabajo de los buceadores.

Marchábamos aisladamente, como verdaderos paseantes ociosos, deteniéndonos o alejándonos según nuestra fantasía. En lo que a mí respecta no conservaba ninguna preocupación por los peligros que tan ridículamente había exagerado mi imaginación. El fondo se elevaba sensiblemente hacia la superficie del mar, v pronto, cuando la profundidad alcanzó un metro, mi cabeza emergió. Consejo se me aproximo y acercando su gruesa cápsula a la mía, me hizo con los ojos un amable saludo. Pero la meseta elevada no medía sino algunas toesas, y pronto volvimos a "nuestro elemento". Creo tener el derecho de clasificarlo así. Diez minutos más tarde el capitán Nemo se detuvo súbitamente. Creí que lo hacía para volver sobre sus pasos. No. Con un ademán nos ordenó que nos agazapásemos cerca del en el fondo de una ancha anfructuosidad. Su mano señaló un punto de la masa líquida y yo observé atentamente.

A cinco metros de donde me encontraba apareció una sombra que descendió hasta el fondo. La inquietante idea de los tiburones volvió entonces de nuevo a turbarme el ánimo, pero me engañaba; una vez más, no teníamos que vernos con los monstruos del océano.

Era un hombre, un hombre viviente, un hindú, un negro, un pescador, un pobre diablo, sin duda, el que descendía en busca de ostras, anticipándose a la recolección. Percibí la quilla de su canoa a pocos pies sobre su cabeza. Se sumergía y, ascendía sucesivamente. Una piedra tallada en forma de pan de azúcar que sostenía con el pie mientras una cuerda la unía a la canoa, le permitía descender rápidamente al fondo del mar. Era todo su equipo. Llegado al fondo, aproximadamente a cinco metros de profundidad, se precipitaba de rodillas y aprovisionaba su bolso de ostras escogidas al azar. Luego volvía a subir, vaciaba el bolso, retomaba su piedra y reanudaba la operación, sin prolongarla más de treinta segundos.

Yo lo observaba con profunda atención. Su maniobra se realizaba regularmente, y durante media hora ningún peligro pareció amenazarlo. Me estaba familiarizando con el espectáculo de tan interesante pesca, cuando de improviso, en un instante en que el hindú se encontraba arrodillado en el fondo, le vi hacer un gesto de espanto, levantarse y tomar impulso para regresar rápidamente a la superficie del mar.

Comprendí el motivo de su espanto. Una sombra gigantesca aparecía encima del desdichado buceador. Era un gran tiburón que se precipitaba diagonalmente, con la mirada llameante y las fauces abiertas. Quedé mudo de horror, incapaz de efectuar un movimiento.

El voraz animal, con un vigoroso aletazo se abalanzó hacia el hindú, quien lo esquivó desviándose a un costado y pudo evitar la dentellada del tiburón, aunque no el coletazo, que al golpearlo en el pecho lo arrojó al fondo.

La escena habría durado escasamente algunos segundos. El tiburón volvió al ataque y girando sobre el dorso se disponía a partir en dos al hindú, cuando vi al capitán Nemo, apostado cerca de mí, le-

vantarse súbitamente. De inmediato, puñal en mano, se lanzó directamente contra el monstruo, dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo con él.

Me parece ver aún la actitud del capitán Nemo. Replegado sobre sí mismo esperó, con admirable sangre fría, al formidable escualo que ya lo habla visto, y cuando éste se precipitó contra él, el capitán, inclinándose hacia un costado con rapidez prodigiosa, evitó el choque v le hundió rápidamente su puñal en el vientre. Pero todo no estaba dicho. Un combate terrible comenzó.

El tiburón habla rugido, por decirlo así. Borbotones de sangre le manaban de la herida. El mar se tiñó de rojo, y a través del líquido opaco ya no pude ver más.

Nada más hasta el instante en que en un claro vi al audaz capitán asido a una de las aletas del animal, luchando cuerpo a cuerpo con el monstruo, acribillando a puñaladas el vientre de su enemigo, sin poder, sin embargo, asestarle el golpe definitivo, es decir, herirlo en pleno corazón. El escualo se debatía, agitaba furiosamente la masa de las aguas y los remolinos amenazaban derribarme.

Hubiera querido correr en ayuda del capitán, pero paralizado por el horror no podía efectuar un movimiento.

Miraba, con ojos espantados. Veía modificarse las fases de la lucha. El capitán resbaló en el fondo, derribado por la masa enorme que pesaba sobre él. Después las fauces del tiburón se abrieron desmesuradamente como una cizalla industrial, y aquello hubiera significado el final de la vida del capitán si, arpón en mano, precipitándose sobre el monstruo, Ned Land no lo hubiese alcanzado con su terrible punta. Las aguas se impregnaron de una masa de sangre. Se agitaron con los movimientos del escualo, que las batía con furor indescriptible. Pero Ned Land no habla fallado. Eran los estertores del monstruo. Herido en el corazón, se debatía en tremendos espasmos y el remolino qué produjo llegó a derribar a Consejo.

Mientras tanto, Ned Land había auxiliado al capitán. Éste, nuevamente de pie, sin heridas, se dirigió rápidamente hacia el hindú, cortó vivamente la cuerda que lo ligaba a su piedra, lo tomó en brazos,

y de un vigoroso talonazo remontó a la superficie del mar. Lo seguimos los tres y, en algunos instantes, milagrosamente salvados, nos aproximamos a la embarcación del pescador.

La primera preocupación del capitán Nemo fue la de volver al desdichado a la vida. Yo no sabia si lo conseguiría. Lo esperaba, pues la inmersión del pobre diablo no habla resultado larga. Pero el coletazo del tiburón podía haberlo herido de muerte.

Afortunadamente, con las vigorosas fricciones de Consejo y del capitán, poco a poco revivió el ahogado. Abrió los ojos. ¡Cuál debió haber sido su sorpresa, su espanto mismo, al ver las cuatro gruesas cabezas de cobre que se inclinaban sobre él!

Y sobre todo, ¿qué debió pensar cuando el capitán Nemo, extrayendo de un bolsillo de sus vestiduras un saco con perlas, se lo colocó entre las manos? Tan magnífica limosna del hombre de las aguas al pobre hindú de Ceilán fue aceptada por éste con mano temblorosa. Sus ojos espantados indicaban claramente que no sabía en ese instante a qué seres sobrehumanos debía a la vez la fortuna y la vida.

A una señal del capitán regresamos al banco de ostras y, siguiendo la ruta ya recorrida anteriormente, después de media hora de marcha llegamos al ancla que aseguraba la canoa del *Nautilus*. Una vez embarcados, con la ayuda de los marineros nos desembarazamos del pesado caparazón de cobre. La primera palabra del capitán Nemo fue para el canadiense.

-¡Gracias, maestro Land!, le dijo.

-¡Es mi desquite, capitán!, respondió Ned Land. ¡Le debía esto!

Una pálida sonrisa se dibujó en los labios del capitán.

-¡Al *Nautilus*!, dijo.

La embarcación voló sobre las olas. Algunos minutos más tarde percibimos el cadáver del tiburón que flotaba. Por el color negro de la extremidad de sus aletas conocí al terrible melanóptero del mar de la India, de la especie de los tiburones propiamente dichos. Su longitud pasaba los veinticinco pies; su enorme boca le llenaba un tercio del

cuerpo. Era un adulto, lo que se notaba por las seis hileras de dientes dispuestos en triángulos isósceles sobre la quijada superior.

Mientras observaba su masa inerte, una docena de estos voraces melanópteros aparecieron de golpe alrededor de la embarcación, pero sin preocuparse por nosotros, se arrojaron sobre el cadáver para disputarse los trozos.

A las ocho y media nos encontrábamos de regreso a bordo del *Nautilus*. Allí comencé a reflexionar sobre los incidentes de nuestra excursión al banco de Manaar. Dos observaciones se desprendían inevitablemente: una referente a la audacia sin igual del capitán Nemo; otra sobre su devoción por un ser humano, uno de los representantes de esta raza de la que él hula bajo los mares. Por más que dijera lo contrario, este hombre extraño no había llegado aún a matar enteramente su corazón.

Cuando se lo hice observar, me respondió con tono ligeramente conmovido:

-¡Ese hindú, señor profesor, es un habitante del país de los oprimidos, y yo pertenezco a él todavía y, hasta mi último suspiro perteneceré al mismo país!

EL MAR ROJO

El día 29 de enero la isla de Ceilán desapareció del horizonte, y el *Nautilus*, a una velocidad de veinte millas por hora, se deslizó por el laberinto de canales que separa las Maldivas de las Laquedivas. Pasó a la altura de la isla de Kitan, tierra de origen madrepórico, descubierta por Vasco de Gama en 1499 y una de las diecinueve islas principales del archipiélago de las Laquedivas, situado entre los 10º y 14º 72´ de latitud norte y los 69º y 50º 72' de longitud este. Habíamos recorrido hasta entonces dieciséis mil doscientas veinte millas, o siete mil quinientas leguas desde nuestro punto de partida en los mares del Japón.

Al día siguiente -30 de enero- cuando el *Nautilus* emergió a la superficie del océano, no habla ninguna tierra a la vista. Seguía la ruta norte-noroeste, y se dirigía hacia el mar de Omán, ubicado entre Arabia y la península Indica que se encuentra en la desembocadura del golfo Pérsico.

Era un callejón sin posible salida. ¿Adónde nos conducía, pues, el capitán Nemo? No hubiera podido decirlo. El canadiense, al advertir la situación, preguntó adónde nos dirigíamos.

-Vamos, maestro Land, hacía donde nos conduzca la fantasía del capitán.

-Esa fantasía, respondió el canadiense, no puede llevarnos lejos. El golfo Pérsico no tiene salida y si nos introducimos en él no tardaremos en volver sobre nuestros pasos.

-Y bien, volveremos, maestro Land, y si después del golfo Pérsico el *Nautilus* quiere visitar el mar Rojo, el estrecho de Bab-el-Mandeb está siempre allí para darle paso.

-No le enseñaré, señor, respondió Ned Land, que el mar Rojo no se encuentra menos cerrado que el golfo, porque el istmo de Suez no está todavía cortado, y aunque lo estuviere, una embarcación misteriosa como la nuestra no podría arriesgarse en los canales cortados en

esclusas. De modo que el mar Rojo no es evidentemente el camino que nos llevará a Europa.

-Pero yo no he dicho que volveríamos a Europa.

-¿Qué supone usted, entonces?

-Pienso que luego de haber visitado los curiosos parajes de Arabia y Egipto, el *Nautilus* regresará al océano Indico, y quizás a través del canal de Mozambique, o quizás costeando las Mascareñas, podrá llegar al cabo de Buena Esperanza.

-¿Y una vez en el cabo de Buena Esperanza?, preguntó el canadiense con particular insistencia.

-Y bien, penetraremos en el Atlántico que no conocernos todavía. ¡Ah! ¿Conque amigo Ned, usted se fatiga de este viaje bajo los mares - ¿Le hastía el espectáculo incesantemente variado de las maravillas submarinas? Por mi parte vería con sumo pesar que terminara este viaje que tan pocos hombres pueden realizar.

-¿Pero, sabe usted, señor Aronnax, respondió el canadiense, que pronto hará tres meses que nos encontramos prisioneros a bordo de este *Nautilus*.

-No, Ned, no lo sé, ni quiero saberlo, y no cuento los días ni las horas.

-¿Pero su conclusión?

-La conclusión llegará a su tiempo. Por ahora nada podemos hacer y discutiríamos inútilmente. Si viniera usted a decirme, amigo Ned: "Una esperanza de evasión se nos ofrece", la discutiría con usted. Pero no es tal el caso, y para hablarle con franqueza, no creo que el capitán Nemo se aventure jamás en los mares europeos.

Durante cuatro días, hasta el 3 de febrero, el *Nautilus* navegó en el mar de Omán, a distintas velocidades y diferentes profundidades. Parecía desplazarse al azar, como si vacilara acerca de la ruta a seguir, pero no traspasó jamás el trópico de Cáncer. Pasamos frente a Mascate, la más importante población del país de Omán, que no fue para nosotros más que una visión fugaz, y el *Nautilus* bien pronto se sumergió bajo las olas de estos parajes sombríos. Luego bordeó a una

distancia de seis millas las costas arábigas del Mahrah, del Hadramant, N, su ondulada línea de montañas, dominada por ruinas antiguas. El 5 de febrero avistamos al fin el golfo de Adén, verdadero embudo introducido en el gollete de Bab-el-Mandeb, que trasvasa las aguas indicas en el mar Rojo.

El 6 de febrero el *Nautilus* se hallaba a la vista de Adén, ubicada sobre un promontorio que un istmo estrecho une al continente. Creí que el capitán Nemo, llegado a este punto, resolvería retroceder, pero me engañaba, y con gran sorpresa mía no tomó ninguna resolución.

Al día siguiente, el 7 de febrero, navegamos por el estrecho de Bab-el-Mandeb, cuyo nombre significa en lengua árabe "La puerta de las lágrimas". Con veinte millas de ancho, no alcanza más que cincuenta y dos kilómetros de longitud, y para el *Nautilus*, lanzado a toda velocidad, franquearlo fue cuestión de apenas una hora; pero no pude percibir nada particular, ni siquiera la isla de Perim, con la que el gobierno británico ha fortificado la posición de Adén. Muchos vapores ingleses o franceses de las líneas de Suez a Bombay, a Calcuta, a Melbourne, a Borbón, a Mauricio, surcaban el estrecho paso como para que el *Nautilus* pudiera mostrarse. De manera que se mantuvo prudentemente bajo las aguas.

En fin, a mediodía, surcábamos las olas del mar Rojo.

El 8 de febrero, desde las primeras horas del día, la ciudad de Moka apareció a la vista. Luego el *Nautilus* se aproximó a las costas africanas, donde la profundidad del mar es más considerable. Allí, bajo las aguas de cristalina limpidez, los paneles abiertos nos permitieron contemplar admirables ramificaciones de corales deslumbrantes y amplias rocas revestidas de un espléndido tapiz verde de algas y de fucos. ¡Qué espectáculo indescriptible y qué variedad de rincones y paisajes ofrecían esos escollos y esos islotes volcánicos del confín de la costa africana! Pero donde las arborizaciones marinas se mostraron en toda su espléndida belleza era en las márgenes orientales, a las que el *Nautilus* no demoró en aproximarse, sobre las costas de Tehama; pues allí no solamente estos ejemplares de zoófitos florecían bajo el nivel

del mar, sino que formaban también ramificaciones pintorescas que se elevaban a diez brazas por encima, más caprichosas, pero menos coloridas que aquéllas, a las cuales la húmeda vitalidad de las aguas conservaba la frescura.

El 9 de febrero, el *Nautilus* navegaba en esta zona, la más ancha del mar Rojo comprendida entre Suakin, en la costa oeste, y Quonfodah, en la costa este, en una distancia de ciento noventa millas. A mediodía, luego de tomar la posición, el capitán Nemo subió a la plataforma, en la que yo me encontraba. Ale prometí no dejarlo bajar sin haberle al menos preguntado cuáles eran sus proyectos ulteriores. Se acercó a mí, me ofreció amablemente un cigarro y me dijo:

-¡Y bien, señor profesor! ¿Le agrada el mar Rojo? ¿Ha observado suficientemente las maravillas que encierra, sus peces, y sus zoófitos, sus macizos de esponjas y sus bosques de coral? ¿Ha entrevisto usted las poblaciones dispersas en sus márgenes?

-Sí, capitán Nemo, respondí, y el *Nautilus* se ha prestado maravillosamente a todo este estudio. ¡Ah! Es una embarcación inteligente.

-Sí, señor, ¡inteligente, audaz e invulnerable! No teme ni a las terribles tempestades del mar Rojo, ni a sus corrientes, ni a sus arrecifes.

_En efecto, dije, este mar se cita entre los más peligrosos y, si no me equivoco, en tiempos antiguos tenía una fama detestable.

-Detestable, señor Aronnax. Los historiadores griegos y latinos no hablan de él elogiosamente. Estrabón dice que es particularmente duro en la época de los vientos etesios y en la estación de las lluvias. El árabe Edrisi, que lo distingue con el nombre de golfo de Colzum, relata que los navíos perecían en gran número en sus bancos de arena y que nadie se arriesgaba a navegar en él de noche. Es, según afirma, un mar sujeto a terribles huracanes, sembrado de inhospitalarias islas y "que no ofrece nada bueno" ni en sus profundidades ni en su superficie.

-¡Cómo se ve, repliqué, que esos historiadores no han navegado a bordo del *Nautilus*!

-Sin duda, respondió sonriendo el capitán, y a este respecto los modernos no están más adelantados que los antiguos. ¡Han sido necesarios muchos siglos para que descubrieran la potencia mecánica del vapor! ¡Quién sabe si dentro de cien años resultará posible ver un segundo *Nautilus*! El progreso es lento, señor Aronnax.

-Ciertamente, respondí, su navío está adelantado en un siglo, en varios, posiblemente, a su época. ¡Qué desdicha que un secreto semejante deba morir con su inventor!

El capitán Nemo no me respondió.

-Según mi parecer, señor Aronnax, hay que buscar en este nombre de mar Rojo una traducción de la palabra hebrea "edrom", v si los antiguos se lo atribuyeron fue con motivo de la particular coloración de sus aguas.

-Hasta ahora, sin embargo, no he visto sino olas límpidas y sin ningún tinte particular.

-Sin duda, pero avanzando hacia el fondo podrá percibir esa aparición singular. Recuerdo haber visto la bahía de Tor enteramente roja, como un lago de sangre.

-¿Y atribuye tal coloración a la presencia de un alga rnicroscópica?

-Sí, es una materia mucilaginosa púrpura producida por pequeños vegetales conocidos con el nombre de trichodesmias, de los que, son necesarios cuarenta mil para ocupar el espacio de un milímetro cuadrado. Es posible que los encuentre cuando lleguemos a Tor.

-¿De modo que, capitán Nemo, ésta no es la primera vez que usted recorre el mar Rojo a bordo del *Nautilus*?

-No, señor.

-Entonces, le preguntaré si ha reconocido en las aguas los rastros del famoso pasaje de los israelitas y de la catástrofe de los egipcios.

-No, señor, y por una excelente razón.

-¿Cuál?

-Que en el lugar exacto por el que Moisés pasó con todo su pueblo hay ahora tanta arena que los camellos pueden apenas bañar sus

patas. Usted cormprende que mi *Nautilus* no encontraría agua suficiente.

-¿Y dicho lugar dónde se halla?, pregunté.

-Está situado algo abajo de Suez, en el brazo que formaba antiguamente un profundo estuario, cuando el mar Rojo se extendía hasta los lagos Amargos. Ahora, fuera el pasaje milagroso o no, los israelitas no han dejado de realizarlo para llegar a la tierra prometida, y el ejército del Faraón ha perecido precisamente en ese lugar. Pienso, pues, que excavaciones practicadas en las arenas pondrían en descubierto gran cantidad de armas e instrumentos de origen egipcio.

-Es evidente, respondí, y es de esperar, en favor de los arqueólogos, que tales excavaciones se realicen, tarde o temprano, cuando nuevas poblaciones se establezcan junto al canal de Suez. ¡Un canal inútil para un navío como el *Nautilus!*

-De acuerdo, para el *Nautilus*, pero útil para el mundo entero, dijo el capitán Nemo. Los antiguos habían comprendido bien lo útil que sería para el comercio establecer una comunicación entre el mar Rojo y el Mediterráneo, pero no soñaron con excavar un canal directo... tomaron el Nilo como intermediario. Probablemente el canal que unía el Nilo al mar Rojo fue iniciado bajo Sesostris, según la levenda. Lo que es cierto, es que en 615 antes de Jesucristo, Necao emprendió los trabajos de un canal alimentado por las aguas del Nilo a través de la llanura de Egipto que mira hacia Arabia. Ese canal podía ser recorrido en cuatro días y su ancho era tal que dos trirremes podían pasar de frente. Fue continuado por Darío, hijo de Histaspes N, probablemente terminado por Ptolomeo II. Estrabón lo vio utilizado para la navegación; pero el escaso desnivel de su pendiente entre su punto de partida, cerca de Bubaste y el mar Rojo no lo hacía navegable sino algunos meses al año. El canal sirvió al comercio hasta el siglo de los Antoninos; fue abandonado y quedó obstruido por la arena; luego lo habilitó otra vez el califa Omar. En el año 761 ó 762, el califa Almanzor lo cegó definitivamente para impedir que se aprovisionara de víveres Mohamed-ben-Abdallah, sublevado contra él.

-Y bien, capitán, lo que los antiguos no se habían atrevido a emprender, la unión entre los dos mares que acortara en nueve mil kilómetros la ruta de Cádiz a las Indias, ahora el señor de Lesseps lo realiza y dentro de poco habrá transformado el África en una inmensa isla.

-Sí, señor Aronnax, ¡y tiene usted el derecho de estar orgulloso de su compatriota!

-Desgraciadamente, continuó, no puedo conducirlo a través del canal de Suez; pero usted distinguirá las largas escolleras de Port-Said, pasado mañana, cuando nos encontremos en el Mediterráneo.

-¿En el Mediterráneo?, exclamé.

-Sí, señor profesor. ¿Le sorprende?

-Lo que me asombra es pensar que estaremos en él pasado mañana.

-¿Pero por qué tal sorpresa?

-¡Por la espantosa velocidad que será necesario imprimirle al *Nautilus* si debe encontrarse pasado mañana en pleno Mediterráneo habiendo dado la vuelta al África y doblado el cabo de Buena Esperanza!

-¿Y quién dice que dará la vuelta al África? ¿Quién le habla de doblar el cabo de Buena Esperanza?

-Entonces, a menos que el *Nautilus* navegue en tierra firme, o que pase por encima del istmo...

-O por debajo, señor Aronnax.

-¿Por debajo?

-Sin duda, respondió el capitán Nemo. Desde hace mucho tiempo la naturaleza ha realizado bajo esta lengua de tierra lo que los hombres construyen hoy en su superficie.

-¡Cómo! ¿Existe un pasaje?

-Sí, un pasaje subterráneo que he llamado el Túnel árabe. Se abre bajo Suez y llega al golfo de Pelusa.

-¿Pero este istmo no está compuesto de arenas?

-Hasta cierta profundidad. Pero a cincuenta metros se encuentra una sólida base de rocas.

-¿Y ha sido por casualidad cómo usted descubrió ese paso?, pregunté de más en más sorprendido.

-Casualidad y razonamiento, señor profesor, y más razonamiento que casualidad.

-Capitán, lo escucho, pero mis oídos se niegan a admitir lo que oyen.

-¡Ah! *Aures habent et non audient* es cosa de todos los tiempos. No solamente existe dicho pasaje, sino que lo he aprovechado varias veces. Sin él no me hubiera aventurado ahora en este callejón sin salida del mar Rojo.

-¿Es indiscreto preguntarle cómo ha descubierto usted el túnel?

-Señor, me respondió el capitán, no puede haber secretos entre quienes no deben separarse jamás.

No recogí la insinuación y escuché las palabras del capitán Nemo.

-Señor profesor, me dijo, un sencillo razonamiento de naturalista me ha conducido a descubrir ese paso, que yo solamente conozco. Había observado que en el mar Rojo y en el Mediterráneo existía cierto número de especies de peces absolutamente idénticas, gádidos, beatolas, girelas, persegas, joeles, escocetos. Confirmado el hecho, me pregunté si no existirla comunicación entre ambos mares. Si existía, la corriente subterránea debería forzosamente correr del mar Rojo al Mediterráneo, a causa de la diferencia de niveles. Recogí entonces gran número de peces en los alrededores de Suez. Les coloqué en la cola un anillo de cobre y los devolví al mar. Algunos meses más tarde, en las costas de Siria, volví a encontrar algunos ejemplares de mis peces con su anillo indicador. La comunicación entre los dos mares quedaba demostrada. La busqué con mi *Nautilus*, la descubrí, me aventuré por ella, y dentro de poco, señor profesor, usted también habrá franqueado mi túnel arábigo.

EL TÚNEL ARÁBIGO

Ese mismo día les comuniqué a Consejo y a Ned Land la parte de la conversación que les interesaba directamente. Cuando les dije que dentro de dos días nos encontraríamos en medio de las aguas del Mediterráneo, Consejo batió palmas, pero el canadiense se encogió, de hombros.

-¡Un túnel submarino!, exclamó, ¡una comunicación entre los dos mares! ¿Quién ha oído hablar de tal cosa?

-Amigo Ned, respondió Consejo. ¿Había usted alguna vez oído hablar del *Nautilus* ¡No! Y sin embargo, existe. Pues, no se encoja de hombros con tanta ligereza, ni rechace las cosas con el pretexto de no haber oído hablar nunca de ellas.

Al atardecer, a los 21º 30' de latitud norte, navegando el *Nautilus* por la superficie del mar, se aproximó a la costa árabe. Divisé a Jeddah, importante factoría de Egipto, Siria, Turquía y la India.

No tardó en borrarse la ciudad entre las sombras de la noche, *y el Nautilus* se sumergió otra vez en las aguas ligeramente fosforescentes.

Al día siguiente, el 10 de febrero, algunos navíos aparecieron en dirección contraria a la nuestra. El *Nautilus* continuó su navegación submarina, pero a mediodía, en el momento de fijar la posición, encontrándose el mar desierto, se elevó hasta su línea de flotación. Acompañado de Ned y de Consejo fui a sentarme en la plataforma. La costa este aparecía como una masa desdibujada en la húmeda bruma. Apoyados en la borda del bote hablábamos de diversos temas, cuando Ned Land, tendiendo la mano hacia un punto en el mar, me dijo:

-Ve usted algo allá, señor profesor,

-No, Ned, respondí, porque ya sabe usted que no poseo su vista.

-¡Fíjese bien, insistió Ned, allá, a estribor, adelante, casi a la altura del fanal! ¿No ve una masa que parece moverse?

-En efecto, dije, después de atenta observación, veo un gran cuerpo negruzco en la superficie de las aguas.

-¿Otro *Nautilus*?, preguntó Consejo.

-No, respondió el canadiense, pero o mucho me engaño, o es tan animal marino.

-¿Hay ballenas en el mar Rojo?, insistió Consejo.

-Sí, muchacho, respondí, a veces se las encuentra.

-No es una ballena, continuó Ned, quien no apartaba la vista del objeto señalado. Las ballenas y yo somos viejos conocidos y no podría equivocarme en su aspecto.

-Esperemos, dijo Consejo, el *Nautilus* se dirige hacia allá y pronto sabremos a qué atenernos.

En efecto, el objeto negruzco se hallaba al poco rato sólo a una milla de distancia. Parecía un grueso escollo que se alzara en pleno mar. ¿Qué era, no podía aún definirlo?

-¡Ah! ¡Marcha! ¡Se sumerge!, exclamó Ned Land. ¡Por mil diablos! ¿Qué animal puede ser ése? No tiene la cola bifurcada como las ballenas o los cachalotes y sus aletas parecen miembros truncados.

-Pero entonces... dije.

-Bien, continuó el canadiense, ¡véanlo ahora sobre el dorso, mostrando sus mamas al aire!

-Es una sirena, exclamó Consejo, una verdadera sirena, si no le parece mal al señor.

El nombre de sirena me orientó y comprendí que el animal pertenecía al orden de seres marinos que la fábula ha convertido en sirenas, mitad mujer, mitad pez.

-No, dije a Consejo, no es una sirena, sino un ser curioso, de los que se conservan apenas algunos ejemplares en el mar Rojo. Es un dugongo o vaca marina.

-Orden de los sirenios, grupo de los pisciformes, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, rama de los vertebrados, respondió Consejo.

Y cuando Consejo había hablado de esta manera, ya no quedaba nada por decir. Sin embargo, Ned Land continuaba observando. Le brillaban los ojos de codicia a la vista del animal. La mano parecía

lista para arponearlo. Se hubiera dicho que esperaba el momento de arrojarse al mar para atacarlo en su elemento.

- ¡Oh!, señor, me dijo con voz temblorosa de emoción, no he cazado jamás "eso".

Toda el alma del arponero se concentraba en esa palabra.

En el mismo instante, el capitán Nemo apareció en la plataforma. Vio la vaca marina. Comprendió la actitud del canadiense, y dirigiéndose directamente a él:

-Si tuviese un arpón, maestro Land, ¿no le quemaría la mano'

-Usted lo dice, señor.

-¿Y no le agradaría reanudar por un momento su oficio de pescador y agregar aquel cetáceo a la lista de los que va ha arponeado?

-No me desagradaría.

-Pues bien, puede usted intentarlo.

-Gracias, señor, respondió Ned Land, cuyos ojos parecían encendidos.

-Solamente, agregó el capitán, le prevengo que no debe errar el golpe, con este animal y se lo digo por su propio interés.

-¿Es que resulta peligroso atacar a una vaca marina?, pregunté a pesar del encogimiento de hombros de Ned.

-Sí, a veces, respondió el capitán. Este animal se vuelve contra sus asaltantes y vuelca su embarcación. Pero para el maestro Land tal peligro no es de temer. Tiene la mirada rápida, el brazo seguro. Si le recomiendo que no falle, es porque se la considera buena caza y sé que el maestro Land no detesta los buenos bocados.

-¡Ah!, dijo el canadiense. ¿Esta bestia se da también el lujo de ser buena para la mesa?

-Sí, maestro Land. Su carne, un verdadero manjar, es verdaderamente estimada, y se la reserva en toda la Malasia para la mesa de los príncipes. Por eso se persigue tan encarnizadamente a ese excelente animal, que como su congénere el rosmaro, escasea cada vez más.

-Entonces, señor capitán, dijo seriamente Consejo, ¿si por casualidad éste fuera el único de su raza, no convendría conservarlo en interés de la ciencia?

-Quizás, replicó el canadiense; pero, en interés de la cocina es mejor darle caza.

-Hágalo, pues, maestro Land, respondió el capitán Nemo.

En ese instante siete tripulantes, mudos e impasibles como siempre, ascendieron a la plataforma. Uno portaba un arpón y una línea comparable a los que usan los cazadores de ballenas. La canoa fue retirada de su depósito, lanzada al mar. Seis remeros se ubicaron en sus bancos y en timonel en la barca. Ned, Consejo y yo, nos colocamos a popa.

-¿No viene usted, capitán?, pregunté.

-No,, señor. Les deseo buena caza.

La canoa se separó del *Nautilus*, impulsada por sus seis remos, se dirigió rápidamente hacia la presa, que se hallaba entonces a dos millas de distancia.

Llegada a varios cables del cetáceo, disminuyó la marcha, y los remos se hundieron sin ruido en las aguas tranquilas. Ned Land arpón en mano, fue a colocarse de pie en la proa.

El arpón que se usa para herir a la ballena se halla de ordinario unido a una larga soga que se desenrolla rápidamente cuando el animal herido la arrastra tras sí. Pero esta cuerda no medía más de una decena de brazas, y su extremidad se encontraba solamente unida a un pequeño tonel que, al flotar, debía señalar la ubicación del cetáceo bajo las aguas.

Yo me había puesto de pie y observaba atentamente al adversario del canadiense. La vaca marina, que se conoce también con el nombre de halicore, recordaba mucho al manatí. El oblongo cuerpo termina en cola muy alargada y las aletas laterales en verdaderos dedos. La diferencia con el manatí consiste en que el maxilar superior está armado de dos largos dientes puntiagudos que forman a cada lado defensas divergentes.

La vaca marina que Ned Land se disponía a atacar tenía colosales dimensiones; de largo medía por lo menos siete metros. Estaba inmóvil y parecía dormitar en la superficie de las olas, circunstancia que podría facilitar su captura. La canoa se aproximó prudentemente a tres brazas del animal. Los remos quedaron suspendidos en sus soportes. Me incorporé a medias. Ned Land, con el cuerpo algo echado hacia atrás, blandía el arpón con mano firme. De improviso se escuchó un silbido y el cetáceo desapareció. El arpón, arrojado con fuerza no había alcanzado sino el agua, sin duda.

-¡Mil diablos!, gritó furioso el canadiense. ¡Le he fallado!

-¡No!, dije, el animal está herido, observe la sangre, pero el arpón no se ha mantenido en su cuerpo.

-¡Mi arpón! ¡Mi arpón!, gritó Ned Land.

Los marineros volvieron a empuñar los remos y el timonel dirigió la embarcación hacia el tonel flotante. Recogido el arpón, la canoa inició la persecución del animal.

Éste volvía de tiempo en tiempo a la superficie para respirar. Su herida no lo había debilitado, puesto que huía con extrema rapidez. La embarcación, impulsada por músculos vigorosos volaba sobre su estela. A veces, se le acercó algunas brazas y el canadiense disponíase a herir; pero el cetáceo lo esquivaba con súbita inmersión, resultaba imposible alcanzarlo. La cólera sobreexcitaba al impaciente Ned Land. Prodigaba al desdichado animal los juramentos más enérgicos de la lengua inglesa. En cuanto a mí, experimentaba el despecho de ver al cetáceo desbaratar todas nuestras tretas.

Se le persiguió sin tregua durante una hora, y comenzaba yo a pensar que resultaría muy difícil apoderarse de él, cuando el animal tuvo la malhadada idea de la venganza, de lo que habría de arrepentirse. Se volvió contra la canoa para asaltarla a su vez. Esta maniobra no pasó inadvertida al canadiense.

-¡Atención!, dijo.

El timonel pronunció algunas palabras en su singular idioma, y sin duda previno a sus hombres para que se mantuviesen en guardia.

El cetáceo, llegado a veinte pies de la canoa, se detuvo, aspiró bruscamente el aire con sus amplias narices cortadas no en la extremidad sino en la parte superior del hocico. Luego, tomando impulso se precipitó sobre nosotros.

La canoa no pudo evitar el choque; semivolcada embarcó una o dos toneladas de agua que fue necesario desagotar; pero gracias a la destreza del timonel, abordada oblicuamente y no de flanco, no se volcó. Ned Land, asido a la borda, acribillaba a golpes de arpón al gigantesco animal, cuyos dientes incrustados en la borda elevaba la embarcación sobre el agua como un león levanta a un corzo. Estábamos encimados unos sobre otros, y no se bien cómo habría concluido la aventura si el, canadiense, siempre encarnizado contra la bestia, no la hubiese al fin alcanzado en el corazón.

Escuché el rechinar de los dientes sobre la chapa, y el cetáceo desapareció, arrastrando consigo el arpón. Pero pronto el tonel remontó a la superficie y algo después apareció el cuerpo del animal volcado sobre el dorso. La canoa *se* le aproximó, lo tomó a remolque y *se* dirigió hacia el *Nautilus*. Fue necesario emplear un aparejo de gran potencia para izar la vaca marina a la plataforma. Pesaba cinco mil kilogramos. Se la desmembró a la vista del canadiense, quien siguió atentamente todos los detalles de la operación. Ese mismo día, el camarero me sirvió en la cena algunas tajadas de esa carne hábilmente condimentada por el cocinero de a bordo. Me pareció excelente, y por cierto superior a la de ternera o a la de vaca.

Al día siguiente, 11 de febrero, la despensa del *Nautilus* se enriqueció con otra caza delicada. Una bandada de golondrinas de mar se abatió sobre el buque. Era una especie de *sterna nilotica,* peculiar de Egipto, cuyo pico es negro, la cabeza gris y punteada; tiene los ojos rodeados de puntos blancos, el dorso, las alas, la cola grisáceas, el vientre, la garganta blancos, las patas rojas. Se cazaron también algunas docenas de ánades del Nilo, pájaros salvajes de delicado sabor, con el cuello y la parte inferior de la cabeza blancos y tachonados de negro.

La velocidad del *Nautilus* era en esos momentos moderada. Avanzaba, por así decirlo, vagabundeando. Yo observaba que el agua del mar Rojo se volvía cada vez menos salada, a medida que nos acercábamos a Suez. A eso de las cinco de la tarde avistamos hacia el norte el cabo, de Ras-Mohamed, que forma la extremidad de la Arabia pétrea, comprendida entre el golfo de Suez y el golfo de Acabah.

El Nautilus penetró en el estrecho de Jubal, que conduce al golfo de Suez. Divisé nítidamente una alta montaña, que domina entre los dos golfos el Ras-Mohamed. Era el monte Oreb, ese Sinaí en la cumbre del cual Moisés contempló a Dios cara a cara, y que la imaginación supone, siempre coronado de relámpagos.

A las seis, el *Nautilus,* a veces en la superficie, otras veces sumergido, pasaba a la altura de Tor, extendida en el fondo de la bahía, cuyas aguas parecían teñidas de rojo, observación ya efectuada por el capitán Nemo.

Después sobrevino la noche, en medio de un pesado silencio que interrumpía. a veces el grito de un pelicano, de algún pájaro nocturno, el ruido de la resaca al batir las rocas o el gemido lejano de algún navío que batía las aguas del golfo con sus palas sonoras.

De ocho a nueve de la noche, el *Nautilus* se mantuvo unos metros bajo las aguas. Según mis cálculos, debíamos encontrarnos muy cerca de Suez. A través de los paneles del salón podía distinguir los fondos rocosos iluminados vivamente por nuestra luz eléctrica. Me parecía que el estrecho disminuía aquí su amplitud.

A las nueve y cuarto el buque habla regresado a la superficie. Ascendí a la plataforma. Muy impaciente por franquear el túnel del capitán Nemo, no podía estarme quieto en un lugar y trataba de respirar el aire fresco de la noche. Casi en seguida advertí en las sombras, una pálida luz, algo descolorida por la bruma, que brillaba a una milla de nosotros.

-Un faro flotante, dijo alguien cerca de mí.

Me volví y reconocí al capitán.

-Es el faro flotante de Suez, continuó. No tardaremos, en llegar al orificio del túnel.

-¿La entrada no es fácil?

-No, señor, de modo que tomaré la precaución de mantenerme en la cabina del timonel para dirigir yo mismo la maniobra. Y ahora, si usted quiere descender, señor Aronnax, el *Nautilus* se dispone a hundirse bajo las olas, y no volverá a la superficie del mar sino después de haber franqueado el Túnel arábigo.

Seguí al capitán Nemo. La escotilla se cerró, se llenaron los tanques de agua, y la embarcación se sumergió a una decena de metros de profundidad. En el momento en que me disponía a retirarme a mi habitación, el capitán me detuvo.

Señor profesor, me dijo, ¿le agradaría acompañarme en la cabina del piloto?

-No me atrevía a solicitárselo, contesté.

_Acompáñeme, entonces. Verá de este modo todo lo que es posible ver en una navegación a la vez subterránea y submarina.

El capitán me condujo hacia la escala central. Ascendida en parte, abrió una puerta lateral, continuó por las crujías superiores y llegó a la cabina del piloto que, como sabemos, se hallaba en una extremidad de la plataforma.

Esa cabina que medía seis pies de lado, casi semejante a las que ocupan los timoneles de los vaporcitos del Misisipí o del Hudson. En su interior se encontraba una rueda dispuesta en forma vertical, engranada a los guardianes del timón que se extendían hasta la popa del *Nautilus*. Cuatro ojos de buey con vidrios lenticulares, ubicados en las paredes de la cabina, le permitían al piloto ver en todas direcciones. La cabina se encontraba sin luz, pero pronto mis ojos se habituaron a la oscuridad y pude ver al piloto, un hombre vigoroso, cuyas manos se afirmaban en la rueda. Por fuera el mar aparecía vivamente iluminado por el fanal que se encontraba atrás de la cabina, en la otra extremidad de la plataforma.

-Ahora, dijo el capitán Nemo, a buscar nuestro paso.

Unos hilos eléctricos comunicaban la estancia del timonel con la cámara de máquinas, y desde allí el capitán podía transmitir simultáneamente a su *Nautilus* la dirección y el movimiento. Oprimió un botón de metal y la velocidad de la hélice quedó inmediatamente disminuida.

Yo observaba en silencio la alta muralla acantilada que bordeábamos en ese momento, inquebrantable base del macizo arenoso de la costa. La recorrimos durante una hora a escasos metros de distancia. El capitán Nemo no apartaba la vista de la brújula suspendida en la cabina con sus dos círculos concéntricos. Bastaba un sencillo ademán suyo para que el timonel modificara a cada instante la dirección del *Nautilus.*

Yo me había situado cerca del ojo de buey de babor y distinguía magníficas aglomeraciones de corales, de zoófitos, de algas y crustáceos que agitaban sus enormes patas, asomadas fuera de las anfractuosidades de las rocas.

A las diez y cuarto el capitán Nemo tomó personalmente la rueda del timón. Una ancha, oscura y profunda galería se abría ante nosotros. El *Nautilus* se abismó en ella intrépidamente. Un susurro desacostumbrado se dejó oir en sus flancos. Eran las aguas del mar Rojo que la pendiente del túnel precipitaba hacia el Mediterráneo. *El Nautilus* seguía el torrente, rápido como una flecha, a pesar de los esfuerzos de su máquina que, para resistir, batía las aguas a contra hélice.

Sobre las murallas estrechas del pasaje, no podía ver más que rayas deslumbrantes, líneas rectas, surcos de fuego, trazados por la velocidad a la claridad de la luz eléctrica. Me palpitaba el corazón y yo lo comprimía con la mano.

A las 10 y 35 minutos el capitán Nemo, abandonando la rueda del timón; y volviéndose hacia mí, dijo:

-¡El Mediterráneo!

En menos de veinte minutos, el *Nautilus,* arrastrado por el torrente, acababa de cruzar el istmo de Suez.

EL ARCHIPIÉLAGO GRIEGO

El día siguiente, 12 de febrero, al amanecer, el *Nautilus* se elevó de nuevo a la superficie del mar. Me precipité hacia la plataforma.

A una distancia de tres millas al sur se dibujaba la vaga silueta de Pelusa. El torrente nos había arrastrado de un mar a otro. Pero tal túnel, fácil de descender, debía ser impracticable para remontarlo.

A eso de las siete, Ned y Consejo se me unieron en la plataforma. Los dos inseparables compañeros habían descansado tranquilamente, sin preocuparse en mayor grado por las proezas del *Nautilus*.

-Y bien, señor naturalista, preguntó el canadiense con un tono ligeramente burlón, ¿dónde está el Mediterráneo?

-Nos hallamos navegando en su superficie, amigo Ned.

-¡Eh!, dijo Consejo, ¿acaso esta noche... ?

-¡Sí!, esta misma noche, en algunos minutos, atravesamos el istmo infranqueable.

-No lo puedo creer, respondió el canadiense.

-Y hace usted mal, maestro Land, continué. Esta costa baja que se redondea hacia el sur es la costa egipcia.

-¡A otro perro con ese hueso, señor!, respondió el canadiense.

-Pues si el señor lo afirma, dijo Consejo, hay que creer al señor.
-Por otra parte, Ned, el capitán Nemo me ha hecho el honor de mostrarme su túnel; yo me encontraba junto a él en la cabina del timonel mientras él mismo dirigía al *Nautilus* a través del estrecho paso.

-¿Lo oye usted, Ned?, preguntó Consejo.

-Y si usted tiene tan buena vista, agregué, puede divisar las escolleras de Port-Said que se internan en el mar.

-En efecto, dijo el canadiense observando atentamente, tiene usted razón señor profesor, y su capitán es todo un hombre. Estamos en el Mediterráneo. Bueno. Hablemos entonces, si le parece, de nuestros asuntos, pero de modo que nadie pueda escucharnos.

Comprendí, de inmediato, adónde quería llegar el canadiense. En todo caso, pensé, era preferible conversar, ya que él lo deseaba, y los tres fuimos a sentarnos cerca del fanal, donde nos encontrábamos menos expuestos a recibir las húmedas salpicaduras de las olas.

-Ahora, Ned, lo escuchamos, ¿qué tiene usted que decirnos?

-Lo que tengo que decirles es muy sencillo, respondió el canadiense. Estamos en Europa, y antes de que los caprichos del capitán Nemo nos arrastren hasta el fondo de los mares polares o nos lleven a Oceanía, deseo que abandonemos el *Nautilus.*

Confesaré que semejante discusión con el canadiense me resultaba siempre embarazosa. No quería, de ninguna manera, coartar la libertad de mis compañeros, y sin embargo no sentía ningún deseo de abandonar al capitán Nemo. Gracias a él, gracias a su navío, me era posible completar cada día mis estudios submarinos y rehacer mi libro sobre las grandes profundidades oceánicas en su propio elemento. ¿Encontraría otra vez una oportunidad como ésta de observar las maravillas del océano? ¡No, por cierto! No podía, pues, admitir la idea de abandonar el *Nautilus* antes de haber cumplido nuestro cielo de investigaciones.

-Amigo Ned., dije, contésteme con franqueza. ¿Se aburre usted a bordo? ¿Lamenta que el destino lo haya arrojado entre las manos del capitán Nemo?

El canadiense quedó algunos instantes sin responder. Luego, cruzándose de brazos:

-Francamente, dijo, no lamento este viaje bajo los mares. Estaré contento de haberlo hecho, mas, para poder decir que lo he realizado, es necesario que termine. Ésta es mi manera de pensar.

-Concluirá, Ned.

-¿Dónde y cuándo?

-¿Dónde? ¡No lo sé! ¿Cuándo? ¡No puedo decirlo, o mejor aún, supongo que llegará a su fin cuando estos mares ya no tengan nada que enseñarnos. Todo lo que ha comenzado alguna vez forzosamente termina en este mundo!

-Pienso como el señor; es muy probable que luego de haber recorrido todos los mares del globo, el capitán Nemo nos dará vuelo libre a los tres.

-¡Vuelo!, exclamó el canadiense. ¿Un voleo querrá usted decir?

-No exageremos, maestro Land, continué. No tenemos nada que temer de parte del capitán, aunque no comparto tampoco las ideas de Consejo. Conocemos los secretos del *Nautilus*, y no puedo esperar que su comandante, por devolvernos la libertad se exponga a verlos esparcidos por el mundo.

-Pero, entonces, ¿qué espera usted?, preguntó el canadiense.

-Que se presenten circunstancias, que podremos, que deberemos aprovechar, tanto dentro de seis meses, como ahora.

-¡Cómo!, dijo Ned Land, y dónde estaremos dentro de seis meses, si le parece bien, señor naturalista?

-Es posible que aquí mismo, o tal vez en China. Usted conoce la velocidad del *Nautilus*. Atraviesa los océanos como una golondrina recorre los aires o un expreso los continentes. ¿Quién nos dice que no ha de acercarse a las costas de Francia, Inglaterra o América, en las que una fuga podría intentarse con más probabilidades de éxito que aquí?

-Señor Aronnax, respondió el canadiense, sus argumentos pecan por la base. Usted habla del futuro: "¡Estaremos allá!" "¡Estaremos allí!" ¡Yo hablo del presente!: "¡Estamos ahora aquí, Y es necesario aprovecharlo! ".

Quedé estrechamente cercado por la lógica de Ned Land y me sentía derrotado en este terreno. No sabia ya qué argumentos hacer valer en mi favor.

-Señor, continuó Ned, supongamos, aunque sea imposible, que el capitán Nemo le ofrezca hoy mismo la libertad. ¿Aceptarla?

-No lo sé, respondí.

-¿Y si él agregara que esta oferta que le hace hoy, no la repetirá más tarde, aceptaría?

No contesté.

-¿Y qué piensa el amigo Consejo?, preguntó Ned Land.

-El amigo Consejo, respondió tranquilamente el digno muchacho, no tiene nada que decir. Se desinteresa en modo absoluto de la cuestión. Como su amo, como su camarada Ned, es soltero. Ni mujer, ni padres, ni hijos lo esperan en su país. Está al servicio del señor, piensa como el señor, habla como el señor, y lamenta que no pueda contarse con él para conseguir mayoría. Solamente dos personas están presentes aquí: el señor de un lado, Ned Land del otro. El amigo Consejo escucha y está dispuesto a aceptar lo que se resuelva.

No pude evitar una sonrisa al ver a Consejo aniquilar tan completamente su personalidad. En el fondo, el canadiense debía estar encantado de no tenerlo en su contra.

-Entonces, señor, dijo Ned Land, como Consejo no existe, no discutamos sino entre nosotros. He hablado, usted me ha escuchado. ¿Qué tiene ahora que contestar?

Era necesario concluir y las evasivas me repugnan.

-Amigo Ned, dije, he aquí mi respuesta. Usted tiene razón, y mis argumentos no pueden rebatir los suyos. No hay que contar con la buena voluntad del capitán Nemo. La prudencia le impide ponernos en libertad. En cuanto a nosotros, la prudencia aconseja que aprovechemos la primera ocasión que se nos presente de dejar el *Nautilus*.

-Bien, señor Aronnax, he aquí algo sabiamente dicho.

-Solamente, agregué, una observación, una sola. Es necesario que la ocasión sea realmente seria. Nuestra primera tentativa de fuga debe tener éxito; pues si fracasa, no tendremos la ocasión de repetirla, y el capitán Nemo no nos lo perdonará.

-Todo es, justo, respondió el canadiense. Pero su observación puede aplicarse a toda tentativa de evasión, así tenga lugar dentro de dos años o de dos días. Pues la cuestión es siempre ésta: si una ocasión favorable se presenta, es necesario aprovecharla.

-De acuerdo, y ahora, me dirá usted, Ned, ¿qué es lo que entiende por una ocasión favorable.

-Será la que en una noche oscura lleve al *Nautilus* a corta distancia de una costa europea.

-¿Y usted intentarla salvarla a nado?

-Sí, si estuviéramos lo suficientemente cerca de la orilla, y si el navío estuviese en la superficie. No, si nos encontráramos alejados o si el navío navegara bajo las aguas.

-¿Y en tal caso?

-En ese caso, trataría de apoderarme de la canoa. Sé como se maniobra. Nos introduciríamos en el interior y retirando los pernos, remontaríamos a la superficie, sin que el timonel, situado adelante, advirtiera nuestra fuga.

-Bien, Ned, aceche, pues, la ocasión; pero no olvide que un fracaso nos perdería.

-No lo olvidaré, señor.

-Y ahora, Ned, ¿quiere conocer todo mi pensamiento acerca de su proyecto?

-Con mucho gusto, señor Aronnax.

-Pues bien; yo pienso, no digo espero, yo pienso que esa ocasión favorable no se presentará.

-¿Por qué?

-Porque el capitán Nemo no puede ignorar que no hemos renunciado de ninguna manera a la esperanza de recobrar nuestra libertad, y se mantendrá seguramente en guardia, sobre todo a la vista de las costas europeas.

-Soy de la opinión del señor, dijo Consejo.

-Lo veremos, respondió Ned Land, quien sacudía la cabeza con aire decidido.

-Y ahora, Ned Land, agregué, quedemos en esto. El día que esté dispuesto, usted nos prevendrá y nosotros lo seguiremos. Confío completamente en usted.

Esta conversación, que habría de tener más tarde graves consecuencias, concluyó así. Debo decir, sin embargo, que los hechos posteriores parecieron confirmar mis previsiones, con gran desesperación

del canadiense. ¿El capitán Nemo desconfiaba de nosotros en estos mares frecuentados, o quería solamente ocultarse a la vista de los numerosos buques de todas las naciones que surcan el Mediterráneo? Lo ignoro, pero se mantuvo con la mayor frecuencia entre dos aguas y alejado de las costas. Ora el *Nautilus* emergía, manteniéndose al nivel de la cabina del timonel, ora se sumergía a grandes profundidades, pues, entre el archipiélago griego y el Asia Menor no alcanzamos los fondos sino a dos mil metros. De modo que no fue posible conocer la isla de Cárpatos, una de las Espórades, sino por el verso de Virgilio que el capitán Nemo me citó, posando el dedo sobre un punto del planisferio:

Est in Carpathis Neptuni gurgite vates
Coeruleus Proteus...

Era, en efecto, la antigua morada de Proteo, el viejo pastor de los rebaños de Neptuno, ahora isla de Escarpanto, ubicada entre Rodas y Creta. No pude ver más que sus cimientos graníticos a través del cristal del salón.

Al otro día, 14 de febrero, pensé en dedicar algunas horas al estudio de los peces del archipiélago; pero, por algún ignorado motivo los paneles permanecieron herméticamente cerrados.

Analizando la posición del *Nautilus,* comprobé que se dirigía hacia Candia, la antigua isla de Creta. En la época en que me encontraba embarcado en la *Abraham Lincoln,* esta isla acababa de rebelarse en toda su extensión contra el despotismo turco. Lo que habría sido de la insurrección desde entonces, yo lo ignoraba totalmente, y no era el capitán Nemo, privado de toda comunicación con la tierra, quien podía informarme al respecto. No aludí, pues, en modo alguno a tal acontecimiento cuando por la noche me encontré a solas con él en el salón. Además, me pareció taciturno, preocupado. Luego, contrariando su costumbre, ordenó que abrieran ambos paneles del salón, y yen-

do de uno a otro observó con atención la masa de las aguas. ¿Con qué objeto? Yo no podía adivinarlo.

Pero, de pronto, en medio de las aguas apareció un hombre, un buzo, que llevaba en la cintura un bolso de cuero. No se trataba de un cuerpo abandonado a las olas, sino de una persona viviente que nadaba con brazadas vigorosas, desaparecía a ratos para subir hasta la superficie a respirar y volvía luego a sumergirse.

Me volví hacia el capitán Nemo, diciéndole con voz conmovida:

-¡Un hombre! ¡Un náufrago! ¡Tenemos que salvarlo!

El capitán Nemo no me respondió y fue a apoyarse contra el cristal. El hombre se había acercado y pegando la cara al panel nos miraba. Con gran asombro de mi parte, el capitán Nemo le hizo una señal. El buzo respondió con un movimiento de la mano, subió al instante a la superficie del mar y no volví a verlo.

-No se inquiete, me dijo el capitán. Es Nicolás, del cabo Matapán, apodado "El Pez". Es muy conocido en todas las Cícladas como atrevido buzo. El agua es su elemento, vive más en ella que en la tierra, yendo sin cesar a nado de una isla a otra, hasta a Creta.

-¿Lo conoce usted, capitán?

-¿Por qué no, señor Aronnax?

Dicho esto, el capitán Nemo se dirigió hacia un mueble colocado cerca del panel izquierdo del salón junto a dicho mueble vi un cofre con aros de hierro, cuya tapa tenía una placa de cobre grabada con la inicial del *Nautilus y la* divisa *Mobilis in mohili.*

En ese momento, el capitán, sin preocuparse por mi presencia, abrió el mueble, semejante a una caja de caudales, que encerraba gran número de lingotes.

Eran lingotes de oro. ¿De dónde procedía el precioso metal que representaba una suma enorme? ¿De dónde recogía el capitán Nemo el oro y qué se proponía hacer con éste de ahora?

Sin decir una palabra, yo observaba. El capitán Nemo tomó uno a uno los lingotes y los fue poniendo ordenadamente en el cofre, que

llenó por completo. Estimé que contenía entonces más de mil kilogramos de oro, es decir, cerca de cinco millones de francos.

Cerró sólidamente el cofre y el capitán escribió en la tapa una dirección con letras que debían ser griego moderno.

Hecho esto, el capitán Nemo apretó un botón que comunicaba con el puesto de la tripulación. Aparecieron cuatro hombres y no sin dificultad arrastraron el cofre fuera del salón. Luego pude escuchar que lo izaban mediante palancas sobre la escala de hierro.

En ese momento, el capitán Nemo se volvió hacia mí:

-¿Decía usted, señor profesor?, me preguntó.

-Nada decía, capitán.

-Entonces, señor, me permitirá desearle las buenas noches.

Y dicho esto, el capitán Nemo abandonó el salón.

Regresé a mi cámara muy intrigado, como fácilmente se puede concebir. Traté vanamente de dormir. Buscaba una relación entre la aparición del buceador y el cofre abarrotado de oro. Pronto, me di cuenta por ciertos movimientos de rolido y cabeceo que el *Nautilus*, abandonando las napas inferiores, regresaba a la superficie de las aguas. Luego escuché ruido de pasos sobre la plataforina. Comprendí que estaban desamarrando la canoa y la lanzaban al agua. Topó unos instantes contra el flanco del *Nautilus*, y luego todo ruido cesó.

Dos horas más tarde, el mismo ruido, las mismas idas y venidas se repitieron. La embarcación, izada a bordo, fue colocada en su alvéolo, y el *Nautilus* tornó a sumergirse bajo las olas. De modo pues, que esos millones habían sido transportados a su destino. ¿A qué punto del continente? ¿Quién sería el corresponsal del capitán Nemo?

Al día siguiente relaté a Consejo y al canadiense los acontecimientos de la noche, que excitaban mi curiosidad a su más alto punto. ¡Mis compañeros no quedaron menos sorprendidos que yo.

-Pero, ¿dónde consigue él tantos millones?, preguntó Ned Land.

-Para esto, no hay respuesta posible.

Volví al salón después de haber almorzado y me dediqué al trabajo. Hasta las cinco de la tarde estuve redactando mis notas.

Al otro día, 16 de febrero, abandonamos la fosa marina que entre Rodas y Alejandría alcanza profundidades del orden de los tres mil metros, y el *Nautilus*, pasando a la altura de Cerigo, abandonó el archipiélago griego, luego de haber doblado el cabo Matapán.

EL MEDITERRÁNEO EN CUARENTA Y OCHO HORAS

El Mediterráneo, el mar azul por excelencia, "el gran mar" de los hebreos, el "mar" de los griegos, el "mare nostrum" de los romanos, bordeado de naranjos, de áloes, de cactos, de pinos marítimos, embalsamado por el perfume de los mirtos, encuadrado por ásperas montañas, saturado de un aire puro y transparente, pero incesantemente trabajado por los fuegos de la tierra, es un verdadero campo de batalla donde Neptuno y Plutón se disputan aún el imperio del mundo. Es allí, en sus riberas y en sus aguas, según Michelet, donde el hombre se templa en uno de los más estimulantes climas del globo.

Pero por hermosa que fuere sólo pude tener una rápida visión de esa cuenca marina, cuya superficie abarca dos millones de kilómetros cuadrados. Me faltó en la oportunidad la cooperación de los conocimientos personales del capitán Nemo, pues el enigmático personaje no se hizo ver ni una sola vez durante aquella travesía a gran velocidad. Estimo aproximadamente en seiscientas leguas la distancia que el *Nautilus* recorrió bajo las olas de este mar, viaje en el que empleó dos veces veinticuatro ocas. Habiendo partido en la mañana del 16 de febrero de los mares de Grecia, el 18, al amanecer, teníamos franqueado el estrecho de Gibraltar.

Era evidente para mí que el Mediterráneo, encerrado entre las tierras de las que quería huir, disgustaba al capitán Nemo. Sus olas y sus brisas le traían demasiados recuerdos, quizás muy doloridos. Carecía allí de 11 libertad de marcha, de la independencia de maniobra que le facilitaban los océanos, y su *Nautilus* sentíase ceñido entre las costas próximas de África y de Europa.

De modo que nuestra velocidad fue de veinticinco millas por hora, o sea de doce leguas de cuatro kilómetros. No es preciso decir que Ned Land, muy contrariado, hubo de renunciar a sus proyectos de fuga. No podía servirse de la canoa transportada a razón de doce o

trece metros por segundo. Salir del *Nautilus* en tales condiciones era lo mismo que saltar de un tren en marcha a igual velocidad, maniobra de lo más imprudente, si las hubo. Además, nuestra nave sólo subía durante la noche a la superficie para renovar la provisión de aire y se guiaba únicamente por la brújula y las indicaciones de la corredera.

El *Nautilus*, una vez que hubo superado los bajos fondos del estrecho de Libia, volvió a tomar en las aguas ya más profundas su acostumbrada velocidad.

Durante la noche del 16 al 17 de febrero habíamos penetrado en esa segunda cuenca mediterránea, cuyas máximas profundidades alcanzan unos tres mil metros. El *Nautilus*, a impulsos de la hélice, deslizándose mediante sus planos inclinados, se sumergió hasta las últimas capas del mar.

Allí, a falta de maravillas naturales, la masa de las aguas ofreció a mi vista escenas emocionantes y terribles. En efecto, atravesábamos entonces toda esa parte del Mediterráneo tan fecunda en siniestros. Desde la costa argelina a las riberas de Provenza, ¡cuántos navíos han naufragado, cuántas embarcaciones han desaparecido!

Así, pues, en nuestro rápido paso a través de las capas profundas vi muchos restos de naufragios que yacían en el fondo, unos ya recubiertos por los corales, otros revestidos tan sólo de un manto de herrumbre: anclas, cañones, balas de cañón, guarniciones de hierro, ramas de hélices, trozos de máquinas, cilindros quebrados, calderas desfondadas, cascos flotantes entre dos aguas, algunos erguidos, otros volcados.

De aquellos navíos algunos habían zozobrado por colisión, otros por haber topado con algún escollo de granito. Vi unos que se habían ido a pique con la arboladura recta, el aparejo endurecido por el agua. Daban la impresión de encontrarse anclados en una inmensa rada foránea esperando el instante de la partida. Cuando el *Nautilus* pasaba por entre ellos y los envolvía en sus reflejos eléctricos, parecía que esos navíos iban a saludarlo izando el pabellón y enviándole su núme-

ro de orden. ¡Pero no! ¡Solamente el silencio y la muerte imperaban en ese campo de catástrofes!

Observé que abundaban más en los fondos mediterráneos los trágicos restos a medida que el *Nautilus* se aproximaba al estrecho de Gibraltar. Las costas de África y de Europa se acercan allí, y en el angosto espacio las colisiones son más frecuentes. Vi numerosos cascos de hierro, fantásticas ruinas de barcos, unos tendidos, otros erguidos, semejantes a formidables animales. Una de aquellas embarcaciones de costados abiertos ofrecía un aspecto terrible con la chimenea doblada, las ruedas de las que no quedaba más que el montaje, el timón separado del codaste y retenido aún por una cadena de hierro, el espejo de popa raído por las sales marinas. ¡Cuántas existencias destrozadas en su naufragio, cuántas víctimas arrastradas bajo las olas! ¿Habría sobrevivido algún marinero de a bordo para relatar el terrible desastre o las olas guardarían aún el secreto del siniestro?

Mientras tanto, el *Nautilus*, indiferente y veloz, navegaba a toda hélice en medio de esas ruinas. El 18 de febrero, hacia las tres de la madrugada, se presentaba a la entrada del estrecho de Gibraltar, y algunos minutos más tarde flotábamos en las olas del Atlántico.

LA BAHIA DE VIGO

Traspuesto el estrecho de Gibraltar, el *Nautilus* había ganado la, alta mar. Volvió a la superficie y pudimos reanudar así nuestros cotidianos paseos en la plataforma.

Ascendí a ella en cuanto me fue posible, acompañado de Ned Land y de Consejo. A una distancia de doce millas aparecía vagamente el cabo San Vicente, que forma la extremidad sudoeste de la península Ibérica. Soplaba un fuerte viento del sur. Había mar gruesa, encrespada, que sometía a violentos balanceos al *Nautilus*. Resultaba casi imposible mantenerse en la plataforma batida a cada instante por el oleaje. Descendimos, pues, luego de haber aspirado algunas bocanadas de aire. Regresé a mi habitación. Consejo se dirigió a su camarote; pero el canadiense, con aire muy preocupado, me siguió. Nuestro rápido paso a través del Mediterráneo no le habla permitido poner en práctica sus proyectos de fuga, y disimulaba mal su desencanto.

Cuando estuvo cerrada la puerta, tomó asiento y me miró en silencio.

-Amigo Ned, le dije, lo comprendo, pero usted no tiene nada que reprocharse. ¡En las condiciones en que navegaba el *Nautilus,* tratar de alejarse de él hubiera sido una locura!

Ned Land no me contestó. Los labios apretados, el ceño fruncido, indicaban que lo dominaba la violenta obsesión de una idea fija.

-Veamos, continué, no hay por qué desesperar todavía. Remontamos la costa de Portugal. No están lejos Francia e Inglaterra, donde encontraríamos fácilmente refugio. ¡Ah!, si el *Nautilus* al abandonar el estrecho de Gibraltar hubiera puesto rumbo al sur, si nos hubiera llevado hacia esas regiones donde no hay continentes, compartiría sus inquietudes. Pero ahora sabemos que el capitán Nemo no huye de los mares civilizados, y, dentro de algunos días, creo que usted podrá actuar con seguridad.

Ned Land me miró más fijamente aún, y despegando por fin los labios:

-Será esta noche, me dijo.

Súbitamente me puse de pie. Confieso que no me hallaba preparado para tal comunicación. Hubiera querido responderle, pero no hallé palabras adecuadas.

-Hablamos convenido en esperar una oportunidad, continuó Ned Land. Ahora se nos ha presentado. Esta noche estaremos a unas millas de la costa española. La noche es oscura. El viento sopla de alta mar. Me ha dado su palabra, señor Aronnax, y cuento con usted.

Como yo continuaba en silencio, el canadiense se irguió, y aproximándose a mí:

-Esta noche, a las nueve, dijo. Ya se lo he prevenido a Consejo. En ese momento el capitán Nemo estará encerrado en su cámara y probablemente durmiendo. Ni los mecánicos, ni los hombres de ¡a tripulación podrán vernos. Consejo y yo llegaremos a la escalera central. Usted, señor Aronnax, permanecerá en la biblioteca a dos pasos de nosotros, esperando mi señal. Los remos, el mástil y la vela están ya en la canoa. He tomado la precaución de embarcar también algunas provisiones. Me he procurado una llave inglesa para aflojar las tuercas que fijan la canoa a la cubierta del *Nautilus.* De modo que todo está listo. ¡Hasta la noche!

-El mar está encrespado, dije.

-Convengo en ello, respondió el canadiense, pero es necesario afrontar el riesgo. La libertad bien lo vale. Además, la embarcación es sólida, y algunas millas con vien5o fuerte no representan ninguna dificultad. ¿Quién sabe si mañana no podremos encontrarnos a cien leguas mar adentro? Si las circunstancias nos favorecen, en diez u once horas habremos desembarcado en algún lugar de tierra firme, o habremos muerto. ¡Sea, pues, lo que Dios quiera y hasta esta noche!

Dichas estas palabras el canadiense se retiró, dejándome casi anonadado. Había supuesto que llegado el caso, tendría el tiempo necesario para reflexionar, para discutir. Mi terco compañero no me lo

permitía. ¿Qué hubiera podido decirle, después de todo? Ned Land tenía sobrada razón. ¿Podría yo retroceder después de haber empeñado mi palabra y asumir la responsabilidad de poner en peligro, por un interés completamente personal, el porvenir de mis compañeros? ¿Acaso mañana, no podría el capitán Nemo arrastrarnos lejos de toda tierra?

En ese momento, un fuerte silbido me indicó que los depósitos se llenaban, y el *Nautilus* se hundía bajo las olas del Atlántico.

Yo no había vuelto a ver al capitán después de nuestra visita a la isla Santorin. ¿El azar habría de ponerme en su presencia antes de nuestra partida? Lo deseaba y lo temía a la vez. Escuché si se percibían pasos en su cámara, contigua a la mía. Ningún ruido llegó a mis oídos. Su habitación debía estar desierta. Entonces se me ocurrió preguntarme si el extraño personaje se encontraría a bordo. Desde la noche en que la canoa se había alejado del *Nautilus* para cumplir una misión misteriosa, mis ideas sobre el capitán se habían modificado ligeramente. Pensaba, dijera él lo que dijere, que el capitán Nemo debía de conservar con la tierra algunas relaciones. ¿No dejaba nunca el *Nautilus?* Semanas enteras habían transcurrido a veces sin que yo lo viese. ¿Qué hacía él durante este tiempo, y, mientras yo lo suponía presa de accesos rnisantrópicos, no realizaría él, lejos, alguna secreta acción cuya naturaleza me era imposible comprender por ahora?

Quise ver el salón por última vez. Seguí por las crujías y llegué al museo donde habían transcurrido para mí tantas horas agradables útiles. Observaba todas aquellas riquezas, todos aquellos tesoros, como un hombre en vísperas de eterno exilio, que parte para no regresar.

Esas maravillas de la naturaleza, esas obras maestras del arte, entre las que desde hacía tantos días se concentraba mi vida, iba a abandonarlas para siempre. Hubiera querido hundir mis miradas por el cristal del salón en las aguas del Atlántico, pero los paneles se mantenían herméticamente cerrados, un manto de acero me separaba de ese océano que aún no conocía.

Recorriendo así el salón, me encontré cerca de la puerta practicada en la ochava que daba a la habitación del capitán. Con gran sorpresa mía, la puerta estaba entreabierta. Retrocedí involuntariamente. Si el capitán Nemo se encontraba en su cámara podía divisarme. Sin embargo, al no escuchar ningún ruido, me aproximé. La pieza se hallaba vacía. Empujé la puerta. Dí algunos pasos en su interior que ofrecía siempre el mismo aspecto severo, cenobítico. En ese instante me llamaron la atención unas aguafuertes suspendidas de la pared, y en las que no había reparado durante mi primera visita. Eran retratos de los grandes hombres de la historia cuya existencia no ha sido sino una perpetua devoción a una gran idea humana: Kosciusko, el héroe caído al grito de *Finis Poloniae;* Botzaris, el Leónidas de la Grecia moderna; O'Connell, el defensor de Irlanda; Washington, el fundador de la Unión americana; Manin, el patriota italiano; Lincoln, muerto por la bala de un esclavista, y, por último, el mártir de la emancipación de la raza negra, John Brown, suspendido de la horca, tal como lo ha dibujado con terrible trazo el lápiz de Víctor Hugo. ¿Qué lazo existía entre aquellas almas heroicas y el alma del capitán Nemo? ¿Podría, yo, frente a esta conjunción de retratos, correr el velo del misterio que rodeaba a su existencia? ¿Era él un campeón de los pueblos oprimidos, un liberador de las razas esclavas? ¿Habría figurado en las últimas conmociones políticas o sociales de este siglo? ¿Habla sido uno de los héroes de la terrible guerra americana, guerra lamentable y por siempre gloriosa?...

Súbitamente, el reloj dio las ocho. El sonido del primer golpe de martillo sobre el timbre me arrancó de mis sueños. Me estremecí como si un ojo invisible hubiera podido penetrar en lo más secreto de mis pensamientos, y me precipité fuera de la habitación. Allí mis miradas se detuvieron en la brújula. Nuestra dirección no había variado: siempre hacia el norte. La corredera indicaba una velocidad moderada; el manómetro una profundidad de aproximadamente sesenta pies. Las circunstancias favorecían, pues, los proyectos del canadiense.

Volví a mi habitación. Me abrigué convenientemente, poniéndome las botas de mar, gorro de nutria, casaca de tela forrada de piel de foca. Estaba listo. Esperé. Los estremecimientos de la hélice eran los únicos ruido que turbaban el profundo silencio de a bordo. Escuché aguzando el oído. ¿Resonaría de pronto una voz indicando que Ned Land había fracasado en su intento de evasión? Me invadió mortal inquietud. A las nueve menos algunos minutos acerqué el oído a la puerta del capitán. No oía ruido alguno. Salí de mi habitación y regresé al salón que se encontraba sumido en la penumbra y desierto.

Abrí la puerta que comunicaba con la biblioteca. La misma claridad insuficiente, la misma soledad. Fui a apostarme cerca de la Puerta que daba a la caja de la escala central. Esperé la señal de Ned Land.

En este momento los estremecimientos de la hélice disminuyeron sensiblemente, luego cesaron del todo. ¿Por qué tal cambio en la marcha del *Nautilus*? ¿La detención favorecía o dificultaba los propósitos de Ned Land? No hubiera podido decirlo. Sólo turbaban el silencio los latidos de mi corazón. De improviso, un ligero choque se dejó sentir. Comprendí que el *Nautilus* acababa de posarse en el fondo del océano. Mi inquietud se acentuó. La señal del canadiense no me llegaba. Tenía deseos de reunirme con Ned para obligarlo a postergar su tentativa. Comprendía que nuestra navegación no se hacía ya en las condiciones ordinarias... En ese momento la puerta del gran salón se abrió, y el capitán Nemo apareció. Me distinguió y, sin más preámbulo:

-¡Ah!, señor profesor, dijo con tono amable, lo buscaba. ¿Conoce usted la historia de España?

Aunque uno supiera a fondo la historia de su propio país, en las condiciones en que yo me hallaba, con el ánimo turbado y la cabeza perdida, no hubiera sido capaz de decir una palabra.

-Y bien, insistió el capitán Nemo, ¿ha oído usted mi pregunta? ¿Sabe la historia de España?

-Muy poco, contesté.

-Así son los sabios, dijo el capitán, no saben. Entonces tome usted asiento, y le relataré un curioso episodio de esa historia.

El capitán se tendió en un diván, mientras yo maquinalmente buscaba un lugar cerca de él en la penumbra.

-Señor profesor, prosiguió, escúcheme usted. Esta historia le interesará por uno de sus lados, ya que responde a una pregunta que sin duda usted no ha podido explicarse.

-Lo escucho, capitán, dije, sin saber adónde quería llegar mi interlocutor, ni si el incidente se relacionaba con nuestros proyectos de fuga.

-Señor profesor, continuó el capitán Nemo, si a usted le parece bien nos remontaremos a 1702. No ignora que en esa época, su rey Luis XIV, habiendo creído que bastaba un gesto de potentado para hundir a los Pirineos bajo tierra, había impuesto al duque de Anjou, su nieto, como rey de los españoles. Este príncipe que reinó más o menos mal bajo el nombre de Felipe V, tuvo serias cuestiones con las demás potencias. En efecto, el año precedente las casas reales de Holanda, de Austria y de Inglaterra habían concertado en La Haya un tratado de alianza, con el propósito de quitarle la corona de España a Felipe V para colocarla en la cabeza de un archiduque, a quien ellas dieron prematuramente el nombre de Carlos III.

España debió resistir a esta coalición, pero se hallaba casi desprovista de soldados y marinos. Sin embargo, el dinero no le faltaba, con la condición de que los galeones cargados de oro y plata traídos de América entrasen en sus puertos. Ahora bien, hacia fines de 1702, esperaba un rico cargamento que Francia hacia escoltar por una flota de veintitrés navíos al mando del almirante de Chateau-Renaud, pues las marinas coaligadas recorrían por entonces el Atlántico.

El convoy debía dirigirse a Cádiz; pero el almirante, informado de que la flota inglesa se encontraba en esos parajes, resolvió fondear en algún puerto de Francia.

Los comandantes españoles del convoy protestaron contra tal decisión. Querían que los condujeran a un puerto español, y, descartado

Cádiz, propusieron la bahía de Vigo, situada en la costa noroeste de España, que no estaba bloqueada. El almirante de Chateau-Renaud tuvo la flaqueza de ceder ante la conminación, y los galeones entraron en la bahía de Vigo. Por desgracia, dicha bahía tiene una rada abierta que no puede ser de ningún modo defendida. Era necesario, entonces, apresurar la descarga de los galeones antes de la llegada de las flotas coaligadas, y el tiempo no hubiera faltado para tal desembarco si una mísera cuestión de rivalidad no hubiera surgido de improviso. ¿Sigue usted bien el encadenamiento de los hechos?, me preguntó el capitán Nemo.

-Perfectamente, dije, sin saber todavía con qué propósito me endilgaba esa lección de historia.

-Continúo. He aquí lo que sucedió. Los comerciantes de Cádiz tenían un privilegio especial según el cual debían recibir todas las mercaderías que provenían de las Indias Occidentales. Pues bien, desembarcar los lingotes de los galeones en el puerto de Vigo era ir contra su derecho. Se quejaron, pues, a Madrid, y obtuvieron del débil Felipe V que el convoy, sin proceder a la descarga, quedara a la espera en la rada de Vigo, hasta el momento en que las flotas enemigas se alejasen. Y bien, mientras se adoptaba semejante resolución, los navíos ingleses llegaron a la bahía de Vigo, el 22 de octubre de 1702. El almirante de Chateau-Renaud, a pesar de contar con fuerzas inferiores, se batió valientemente; pero cuando comprendió que las riquezas del convoy caerían en las manos de los enemigos, incendió y barrenó los galeones, que se hundieron con sus inmensos tesoros.

El capitán Nemo se había detenido. Yo, lo confieso, no veía aún en qué podía interesarme esa historia.

-¿Y bien?, le pregunté.

-Y bien, señor Aronnax, me respondió el capitán Nemo, estamos en la bahía de Vigo, y podrá usted conocer sus misterios.

El capitán se levantó y me rogó que lo siguiera. Yo había tenido el tiempo necesario para recobrarme. Obedecí. El salón estaba oscuro,

pero a través de los transparentes cristales fulguraban las aguas del mar. Yo dirigí la mirada hacia ellas.

Alrededor del *Nautilus* en un radio de media milla, las aguas estaban iluminadas por la luz eléctrica. El fondo arenoso aparecía neto y claro. Hombres de la tripulación, con las escafandras puestas, se ocupaban en vaciar toneles semipodridos, cajas desvencijadas, en medio de barcos hundidos, aún ennegrecidos. De las deshechas cajas, de los barriles, se desprendían lingotes de oro y de plata, cascadas de doblones y de joyas. La arena estaba materialmente cubierta de ellos. Cargados con este precioso botín, los hombres regresaban al *Nautilus,* depositaban su carga y volvían a reiniciar la inagotable pesca de plata v de oro. Comprendí. Era éste el teatro de la batalla del 22 de octubre de 1702. En ese mismo lugar habían naufragado los galeones cargados por cuenta del gobierno español. Aquí el capitán Nemo venía sin duda a recoger, según sus necesidades, los millones que servían de lastre al *Nautilus.* Para él, sólo para él, América había entregado sus metales preciosos. ¡Era el heredero directo y único de todos estos tesoros arrancados a los aztecas, a los vencidos de Hernán Cortés!

-¿Sabía usted, señor profesor, me preguntó sonriendo, que el mar contuviese tanta riqueza?

-Sabía que se puede estimar en dos millones de toneladas la plata que se encuentra en estas aguas.

-Sin duda; pero, para extraer esa plata los gastos resultarían mayores que el provecho. Aquí, yo no tengo más que recoger lo que los hombres han perdido, y no solamente en esta bahía de Vigo, sino también en mil teatros de naufragios que llevo registrados en mi carta submarina. ¿Comprende usted ahora que soy rico en miles de millones?

-Lo comprendo, capitán. Permítame, sin embargo, decirle que al explotar precisamente esta bahía de Vigo, usted no ha hecho sino -adelantarse a los trabajos de una sociedad rival.

-¿Cuál es ella?

-Una sociedad que ha obtenido del gobierno español el privilegio de buscar los galeones hundidos. Atrae a los accionistas el incentivo de un enorme beneficio, porque se calcula en quinientos millones el valor de las riquezas sepultadas en la bahía.

-¡Quinientos millones!, me respondió el capitán Nemo. Los había, pero ahora no los encontrarán allí.

-Ya lo veo, dije. De modo que un aviso oportuno a los accionistas seria una acto de caridad. ¿Quién sabe, sin embargo, cómo lo recibirían? Porque quienes se arriesgan lamentan menos, por lo general la pérdida del dinero que la de sus locas esperanzas. ¡Yo los compadezco menos, después de todo, que a esos miles de desdichados a quienes tantas riquezas justicieramente repartidas hubiesen podido aprovechar, y que permanecerán por siempre estériles para ellos!

No había concluido de expresar este pensamiento, cuando comprendí que con él había disgustado al capitán Nemo.

-¡Estériles!, respondió animándose. ¿Cree usted entonces, señor, que tales riquezas están perdidas porque soy yo quien las recoge? ¿Acaso piensa que para mí me tomo la molestia de reunir tantos tesoros? ¿Quién le dice que no les doy un buen uso? ¿Cree usted que ignoro la existencia de seres que sufren, de razas oprimidas, de miserables a quienes aliviar, de víctimas que claman venganza? ¿No comprende usted?...

El capitán Nemo se interrumpió luego de estas últimas palabras, temeroso probablemente de haber hablado demasiado. Pero yo había adivinado. ¡Cualesquiera fuesen los motivos que lo habían forzado a buscar la independencia bajo los mares, seguía siendo ante todo un hombre! ¡Y comprendí entonces a quién estaban destinados esos millones expedidos por el capitán Nemo cuando el *Nautilus* navegaba en las aguas de la Creta insurrecta!

CONTINENTE DESAPARECIDO

El día siguiente por la mañana, 19 de febrero, vi entrar al canadiense en mi habitación. Esperaba su visita. Traía un aspecto muy contrariado.

-¿Y bien señor?, me dijo.

-Y bien, Ned, ayer la suerte se nos ha vuelto otra vez en contra.

-Sí, ha sido necesario que el maldito capitán se detuviera precisamente a la hora en que nos disponíamos a huir de su navío.

-Sí, Ned, tenía un asunto que resolver en casa de su banquero.

-¿Su banquero?

-O mejor dicho en su casa de banca. Yo llamo as¡ al océano donde sus riquezas parece que están más seguras que en las cajas de un estado.

Le conté entonces al canadiense los incidentes de la víspera, con segunda intención de sugerirle la idea de no abandonar al capitán; pero mi explicación no tuvo más efecto que las lamentaciones enérgicamente expresadas por Ned por no haber podido efectuar por su propia cuenta un paseo en el campo de batalla de Vigo.

- ¡En fin, dijo, todo no ha terminado aún! No se trata más de que de un arponazo perdido! Otra vez tendremos éxito, y desde esta noche si es necesario...

-¿Cuál es la dirección del *Nautilus*, pregunté.

-Lo ignoro, respondió Ned.

-Y bien, a mediodía sabremos la altura.

El canadiense se volvió al lado de Consejo. Cuando estuve vestido, pasé al salón. La brújula no nos tranquilizaba. El *Nautilus* tomaba rumbo hacia el sur-sudoeste. Dábamos la espalda a Europa.

Esperé con cierta impaciencia que se anotara la posición en el mapa. Hacia las once y media los depósitos fueron vaciados y nuestro aparato ascendió a la superficie del océano. Me precipité a la plataforma. Ned Land ya me había precedido. No habla tierras a la vista.

Solamente el mar inmenso y algunas velas en el horizonte, que sin duda iban hasta el cabo San Roque en busca de vientos favorables para doblar el cabo de Buena Esperanza. El tiempo estaba cubierto. Un huracán se preparaba.

Ned, rabiando, trataba de perforar con la mirada el horizonte brumoso. Esperaba todavía que, detrás de toda aquella niebla, se extendiera la tierra tan deseada.

A mediodía, el sol apareció unos instantes. El segundo aprovechó del claro para tomar la altura. Luego, al tornarse el mar encrespado, descendimos y las compuertas se cerraron. Una hora más tarde, al consultar el mapa comprobé que la posición del *Nautilus* estaba anotada a los 16º 17' de longitud y 32º 22' de latitud, a ciento cincuenta leguas de la costa más cercana. No era posible pensar en huir y es fácil imaginar cuál sería la cólera del canadiense cuando le comuniqué nuestra posición.

Por mi parte, no lo lamentaba mucho. Me sentí como aliviado de un peso que me oprimía, y pude reanudar con cierta calma relativa mis habituales trabajos.

A la noche, a eso de las once, recibí la inesperada visita del capitán Nemo. Ale preguntó muy amablemente si me sentía fatigado por haber pasado en vela la noche precedente. Le contesté que no.

-Entonces, señor Aronnax, le propondré una curiosa excursión.

-Proponga, capitán.

-Usted no ha visitado todavía los fondos submarinos sino de día y bajo la claridad del sol. ¿Le agradaría verlos en una noche oscura?

-Con mucho gusto.

-El paseo resultará fatigoso, se lo prevengo. Será preciso caminar largo rato y escalar una montaña. Los caminos no están bien conservados.

-Lo que usted me dice, capitán, aumenta mi curiosidad. Estoy dispuesto a seguirlo.

-Venga pues, señor profesor, iremos a vestir nuestras escafandras.

Llegado al vestuario, vi que ni mis compañeros ni tampoco ningún hombre de la tripulación nos acompañarían. El capitán Nemo no me propuso siquiera llevar a Ned ni a Consejo.

En algunos instantes revestimos nuestros aparatos. Nos colocaron a la espalda los depósitos abundantemente cargados de aire, -pero las lámparas eléctricas no estaban preparadas. Se lo hice observar al capitán.

-Nos serían inútiles, respondió.

Creí haber oído mal, pero no pude reiterar mi observación, pues ya la cabeza del capitán habla desaparecido en su envoltura metálica. Terminé de colocarme mi equipo y sentí que me ponían en la mano un bastón herrado, y algunos minutos más tarde, después de la maniobra habitual, hicimos pie en el fondo del Atlántico, a una profundidad de trescientos metros. Se acercaba la medianoche. Las aguas estaban profundamente oscuras, pero el capitán Nemo me señaló en la lejanía un punto rojizo, una especie de faja luminosa que brillaba a dos millas aproximadamente del *Nautilus*. A qué se debía el resplandor, qué materias lo alimentaban, por que y cómo se mantenía en la masa líquida, no hubiera podido determinarlo. En todo caso, nos alumbraba, tenuemente es cierto, pero pronto me acostumbré a esas extrañas tinieblas y comprendí, entonces, la inutilidad de los aparatos Ruhmkorff.

El capitán Nemo y yo marchamos uno junto al otro, directamente hacia la claridad antedicha. El suelo llano se empinaba poco a poco. Dábamos largos pasos apoyados en el bastón, pero nuestro avance era lento, en suma, porque se nos hundían los pies en un limo amasado con algas y sembrado de piedras chatas. Aquellas acumulaciones pedregosas se hallaban dispuestas, en el fondo oceánico con cierta regularidad que no podía explicarme. Percibía gigantescos surcos que se perdían en la oscuridad lejana y cuya longitud escapaba a todo cálculo. Otras particularidades se presentaban también y me resistía a admitirlas. Me parecía que mis pesadas suelas de plomo aplastaban un lecho de osamentas que se quebraban con ruido seco. ¿Qué llanura era

ésta que estábamos recorriendo así? Hubiera querido interrogar al capitán, pero el lenguaje por signos, que le permitía comunicarse con sus compañeros cuando lo seguían en sus excursiones submarinas, era todavía incomprensible para mí.

Mientras tanto, la claridad rojiza que nos guiaba crecía e inflamaba el horizonte. La presencia de ese fulgor bajo las aguas me intrigaba en el más alto grado. ¿Era alguna emanación eléctrica que se manifestaba? ¿Me dirigía hacia un fenómeno natural todavía desconocido para los sabios de la tierra? ¿O también -pues este pensamiento atravesó mi mente- la mano del hombre intervendría en esa iluminación? ¿Avivaría ella este incendio? ¿Encontraríame yo bajo las capas profundas, con compañeros, con amigos del capitán Nemo, que vivían como él una existencia extraña y a quienes iba a visitar? ¿Hallaríame allá abajo con toda una colonia de exiliados que, hartos de las miserias de la tierra hubieran buscado y encontrado la independencia en lo más profundo del océano?

Todas estas ideas desatinadas, inadmisibles, me perseguían, y en esta disposición de ánimo, sobreexcitado sin cesar por la serie de maravillas que desfilaban ante mis ojos, no me hubiera sorprendido descubrir, en el fondo del mar, una de esas ciudades submarinas con las que soñaba el capitán Nemo.

Nuestra ruta se aclaraba cada vez más. La luminosidad blanquecina provenía de la cumbre de una montaña de aproximadamente ochocientos pies de altitud. Pero lo que yo percibía no era otra cosa que una simple reverberación reflejada por el cristal de las capas de agua. El hogar, fuente de la inexplicable claridad, ocupaba la ladera opuesta de la montaña.

En medio del dédalo pedregoso que surcaba el fondo del Atlántico, el capitán Nemo avanzaba sin vacilaciones. Él conocía esta oscura ruta. La había recorrido frecuentemente, sin duda, y no podía perderse en ella. Yo lo seguía con una confianza inquebrantable. Él se me aparecía corno uno de los genios del mar, y, cuando marchaba

delante de mí yo admiraba su alta estatura que se recortaba en negro sobre el fondo luminoso del horizonte.

Era ya la una de la madrugada. Habíamos llegado a las primeras rampas de la montaña. Pero, para abordarlas, era necesario aventurarse por los difíciles senderos de un gran monte.

¡Sí!, un monte de árboles muertos, sin hojas, sin savia, árboles petrificados por la acción de las aguas y que dominaban aquí y allá unos pinos gigantescos. Era como una mina de hulla aún en pie, fija por las raíces en el suelo sumergido y cuyo ramaje, a la manera de finos recortes de papel negro, se dibujaba netamente en el cielorraso de las aguas. Imagínese una selva del Hartz, adosada a la ladera de una montaña pero una floresta sumergida en el abismo. Los senderos estaban obstaculizados por algas y por fucos, y entre ellos bullía un inundo de crustáceos. Yo adelantaba, trepando por las rocas, saltando por sobre los troncos derribados, quebrando las lianas de mar que se balanceaban entre los árboles, espantando a los peces que volaban de rama en rama. Arrebatado, no sentía ya la fatiga. Seguía a mi guía que no parecía fatigarse.

¡Qué espectáculo! ¿Cómo describirlo? ¿Cómo pintar el aspecto de aquellos bosques, de aquellas rocas en el medio líquido, sus bases sombrías, sus cimas coloreadas de tonos rojos bajo la claridad duplicada por la potencia reverberante de las aguas? Trepábamos rocas que se derrumbaban en seguida en bloques enormes, con sordo estruendo de avalancha. A derecha, a izquierda, se abrían amplios claros, que la mano del hombre parecía haber despejado, y yo me preguntaba entonces si algún habitante de estas regiones submarinas no se me aparecería súbitamente,

Pero el capitán Nemo ascendía siempre. Yo no deseaba quedarme atrás. Lo seguía con paso intrépido. Mi bastón me ofrecía valiosa ayuda. Un paso en falso hubiera resultado peligroso en los estrechos pasos por entre los flancos de los abismos; mas yo avanzaba por allí con pie firme y si experimentar vértigos. Ora saltaba una hendidura cuya profundidad me hubiera hecho retroceder en los glaciares de la tierra;

ora me aventuraba sobre el tronco vacilante de árboles-extendidos entre un abismo y otro sin mirar hacia abajo, entregado sólo a la contemplación de los bravíos parajes de aquella región. Allí, monumentales rocas inclinadas sobre bases irregularmente recortadas, parecían desafiar las leyes del equilibrio. Entre sus articulaciones de piedra, surgían árboles, de pronto, como un chorro de agua lanzado a formidable presión, sosteniendo a los que los sostenían a ellos mismos. Más allá, unas torres naturales, unos lienzos de muralla cortados a pico como cortinas, se inclinaban en ángulos que las leves de la gravitación no hubiesen permitido en la superficie de las regiones terrestres. ¡Y yo mismo sentía la diferencia debida a la gran densidad del agua, cuando a pesar del pesado equipo, de la escafandra de cobre, de mis suelas de metal, me elevaba por pendientes impracticablemente abruptas, franqueándolas, por así decirlo, con la ligereza de un gamo o de un antílope!

Dos horas después de haber abandonado el *Nautilus,* habíamos franqueado la zona de árboles, y a cien pies por encima de nuestras cabezas se erguía el pico de la montaña, cuya proyección aparecía en sombra sobre la esplendente irradiación de la ladera opuesta. Algunos arbolillos petrificados aparecían aquí y allá en amenazantes zigzagueos. Los peces se alzaban en masa ante nuestros pasos como pájaros sorprendidos en las altas hierbas. La masa rocosa se hallaba rajada en impenetrables anfractuosidades, profundas grutas, insondables boquetes, en el fondo de las cuales yo sentía removerse cosas formidables. ¡La sangre me afluía al corazón, cuando divisaba una enorme antena que me cerraba el camino, o alguna pavorosa pinza cerrándose con ruido en la sombra de esas cavidades! Millares de puntos luminosos brillaban en de las tinieblas. Eran los ojos de gigantescos crustáceos agazapados en su guarida, bogavantes irguiéndose como alabarderos mientras movían las patas con un tintineo de chatarra, titánicas centollas fijadas como cañones en sus cureñas, y pulpos espantosos entrelazando sus tentáculos, maraña viva de serpientes.

¿Qué era este mundo exorbitante que yo no conocía todavía? ¿A qué orden pertenecían estos articulados a los que las rocas formaban como un segundo caparazón? ¿Dónde había encontrado la naturaleza el secreto de su existencia vegetativa, y desde hacía cuántos siglos su existencia se desarrollaba así en las últimas capas del océano?

Pero yo no podía detenerme. El capitán Nemo, familiarizado con esos terribles animales no reparaba en ellos. Hablamos llegado a una primera meseta, donde otras sorpresas me esperaban aún. Allá se dibujaban pintorescas ruinas, que evocaban la mano del hombre v no la del Creador. Eran vastos amontonamientos de piedras en donde se distinguían vagas formas de castillos, de templos, revestidos de un mundo de zoófitos en flor, a los cuales en lugar de la hiedra, las algas y los fucos formaban un espeso manto vegetal.

¿Pero qué era, pues, aquella porción del globo hundida por los cataclismos? ¿Quién había dispuesto esas rocas y esas piedras como los dólmenes de los tiempos prehistóricos, ¿Dónde estaba yo, dónde me había arrastrado la fantasía del capitán Nemo?

Hubiera querido interrogarlo.

No pudiendo hacerlo, lo detuve. Lo tomé del brazo, pero él, sacudiendo la cabeza, y señalándome la cumbre de la montaña, pareció decirme:

"¡Ven! ¡Sigue andando! ¡No te detengas!"

Lo seguí con un último esfuerzo y, en algunos minutos escalé el pico que sobresalía en una decena de metros por encima del conjunto rocoso.

Observé la pendiente que acabábamos de franquear. La montaña no se elevaba aquí más que setecientos u ochocientos pies por encima de la llanura; pero en la ladera opuesta dominaba en una altura doble el fondo en declive de esta región del Atlántico. Mis miradas se extendieron a la lejanía y abarcaron un vasto espacio iluminado por una fulguración violenta. En efecto, era un volcán esa montaña. A cincuenta pies por debajo del pico, en medio de una lluvia de piedras y de escorias, un amplio cráter vomitaba torrentes de lava, que se dispersa-

ban en cascadas de fuego en el seno de la masa líquida. Así ubicado, aquel volcán iluminaba como una inmensa antorcha la llanura inferior hasta los últimos limites del horizonte.

El cráter submarino arrojaba lavas, pero no llamas. Las llamas necesitan del oxígeno del aire, y no podrían extenderse bajo las aguas; pero los torrentes de lava, que tienen en ellos mismos el principio de su incandescencia, pueden, llegados al rojo blanco, luchar victoriosamente con el elemento líquido y vaporizarse a su contacto. Rápidas corrientes arrastraban todo este gas en difusión y los torrentes de lava resbalaban hasta la base de, la montaña, como las deyecciones del Vesubio sobre otra Torre del Greco.

En efecto, allá, ante mis ojos, en ruinas, abismada, derrumbada, aparecía una ciudad destruida, con sus techos hundidos, sus templos abatidos, sus arcos dislocados, sus columnas caídas, y en la que se percibían aún las sólidas proporciones de una arquitectura semejante a la toscana; más lejos, algunos restos de un gigantesco acueducto; aquí, las alturas confusas de una Acrópolis, con las formas fluctuantes de un Partenón; allá, vestigios de muelles, como si algún antiguo puerto hubiera abrigado antaño en los bordes de un océano desaparecido las barcas mercantes y los trirremes de guerra; más lejos aún, largas líneas de murallas derrumbadas, amplias calles desiertas, ¡toda una Pompeya oculta bajo las aguas, que el capitán Nemo resucitaba ante mi vista!

¿Dónde estaba yo? ¿Dónde, dónde estaba? Quería saberlo a toda costa, quería hablar, quería arrancar la esfera de cobre que me aprisionaba la cabeza.

Pero el capitán Nemo vino hacia mí y me detuvo con un ademán. Luego recogiendo un trozo de piedra caliza, avanzó hacia una roca de basalto negro y trazó está sola palabra:

ATLÁNTIDA

¡Qué relámpago atravesó por mi mente! ¡La Atlántida, la antigua Merópida de Teopompo, la Atlántida de Platón, el continente negado por Orígenes, Porfirio, Jámblico, d'Anville, Malte-Brun, Humboldt, quienes consideraban su supuesta desaparición como relatos legendarios, y, en cambio, admitida por Posidonio, Plinio, Ammianus, Marcelino, Tertuliano, Engels, Sherer, Tournefort, Buffon, d'Avezac, yo la tenía allí ante mi vista, mostrando aún los irrecusables testimonios de su catástrofe!

¡Era, pues, aquella región sepultada que existió separada de Europa, del Asia, de Libia, tras las Columnas de Hércules, donde residía el poderoso pueblo de los atlantes, contra el cual se encendieron las primeras guerras de la antigua Grecia!

El historiador que ha consignado en sus relatos los grandes hechos de esos tiempos heroicos ha sido el mismo Platón. Compuso su diálogo de Timeo y de Critias, por decirlo así, inspirado en Solón, poeta y legislador.

Un día, Solón platicaba con algunos ancianos sabios de Sais, ciudad que tenía ya una antigüedad de ochocientos años, según el testimonio de los anales grabados en los muros sagrados de sus templos. Uno de los ancianos relató la historia de otra ciudad mil años más antigua aún. Esta primera ciudad ateniense, cuando cumplía nueve siglos había sido invadida y en parte destruida por los atlantes. Los atlantes, decía, ocupaban un continente inmenso, más extenso que África y Asia reunidas, que cubría una superficie comprendida desde el duodécimo grado de latitud hasta el cuadragésimo grado norte. Su dominación se extendía hasta Egipto. Trataron de imponerla en Grecia, pero debieron retirarse ante la indomable resistencia de los helenos. Transcurrieron siglos. Un cataclismo se produjo, inundaciones, terremotos. Una noche y un día bastaron para aniquilar a aquella Atlántida, cuyas más altas cumbres, Madera, las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde, emergen todavía.

Tales eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo revivía palpitantes en mi ánimo. ¡De modo, pues, que yo, con-

ducido por el más extraño destino, hollaba con mis plantas una de las alturas de aquel continente, tocaba con la mano sus ruinas mil veces seculares y contemporáneas de las épocas geológicas, marchaba por el mismo Sitio por donde pasaron los contemporáneos del primer hombre, destrozaba bajo mis pesadas suelas los esqueletos de animales de los tiempos fabulosos, que estos árboles ahora mineralizados cubrían antaño con su sombra!

¡Ah! Por qué me faltaría el tiempo! Hubiera querido descender las abruptas pendientes de la montaña, recorrer por entero el inmenso continente que sin duda unía al África con América, y visitar sus grandes ciudades antediluvianas. Quizás allí, ante mi vista, se extendían Makhimos, la guerrera; Eusebos, la piadosa, cuyos gigantescos habitantes vivían siglos enteros, y a los que no faltaba fuerza para acumular esos bloques enormes que resistían aún, la acción de las aguas. Tal vez un día algún fenómeno eruptivo devuelva a la superficie del océano las ruinas hoy sumidas en el abismo. Se han señalado numerosos volcanes submarinos en esa parte del globo, son muchos los navíos que han experimentado sacudimientos extraordinarios al pasar por encima de aquellos fondos atormentados. Algunos han oído sordos rumores que anunciaban la profunda lucha de los elementos; otros han recogido cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar. Todo aquel suelo hasta el ecuador está todavía trabajador las fuerzas plutónicas. ¡Y quién sabe si, en una lejana época, dos por la deyección volcánica y por los mantos sucesivos de lavas, no han de aparecer picos de montañas ignívomas en la superficie del Atlántico!

Mientras yo soñaba así, mientras trataba de fijar en la memoria todos los detalles del grandioso paisaje, el capitán Nemo acodado en un monolito musgoso, permanecía inmóvil y como petrificado en mudo éxtasis. ¿Pensaba él en las generaciones desaparecidas y les inquiría el secreto del humano destino? ¿Era éste el lugar donde aquel hombre extraño venía a templarse con los recuerdos de la historia y revivir la vida antigua, él que desechaba la vida moderna? ¡Qué no

hubiera dado yo por conocer sus pensamientos, por compartirlos, por comprenderlos!

Permanecimos en el lugar durante toda una hora, contemplando la vasta llanura al resplandor de las lavas que alcanzaban a veces sorprendente intensidad. El borbotar interno hacía correr rápidos estremecimientos por la corteza de la montaña. Ruidos profundos, netamente transmitidos por el medio líquido, repercutían con majestuosa amplitud. En ese momento la luna apareció a través de la masa de las aguas y arrojó algunos pálidos rayos sobre el continente sumergido. No fue más que un breve fulgor, pero produjo indescriptible efecto. El capitán se irguió, dirigió una última mirada a la inmensa llanura. Luego, con la mano me hizo seña de que lo siguiera.

Descendimos rápidamente las alturas. Una vez cruzada la, selva mineralizada, divisé el fanal del *Nautilus* que brillaba como una estrella. El capitán marchó directamente hacia él, y ya estábamos a bordo cuando los primeros tintes del alba blanqueaban la superficie del océano.

LAS HULLAS SUBMARINAS

El día siguiente, 20 de febrero, me desperté tarde. Las fatigas de la noche habían prolongado mi sueño hasta las once. Me vestí rápidamente. Tenía prisa por saber cuál era la dirección del *Nautilus*. Los instrumentos me indicaron que se dirigía siempre hacia el sur, a una velocidad de veinte millas por hora y a una profundidad de cien metros.

Entró Consejo. Le relaté nuestra excursión nocturna y, encontrándose abiertos los paneles, él también pudo entrever una parte del continente sumergido.

En efecto, el *Nautilus* pasaba solamente a diez metros del fondo de la llanura atlántica. Admirable y encantadora navegación, que recordaba las maniobras de un paseo aerostático, con esta diferencia, sin embargo, de que el *Nautilus* obedecía pasivamente a la mano de su timonel.

Hacia las cuatro de la tarde, el terreno, por lo general compuesto de un légamo espeso y entremezclado con ramas mineralizadas, se modificó poco a poco, se hizo más rocoso y parecía sembrado de conglomerados de tobas basálticas, con algunas sembraduras de lavas y de obsidianas sulfurosas. Yo pensé que la región montañosa sucedería pronto a las grandes llanuras, y, en efecto, tras algunas evoluciones del *Nautilus*, divisé el horizonte meridional obstruido por una alta muralla que al parecer cerraba toda salida. Su parte superior sobrepasaba evidentemente nivel del océano. Debía tratarse de un continente, o por, lo menos de una isla, posiblemente una de las Canarias o de las islas de Cabo Verde. No habiéndose tomado la altura -de intento posiblemente- ignoraba nuestra posición. En todo caso, me pareció que tal muralla marcaba el fin de esta Atlántida de la que no habíamos recorrido, en suma, sino una mínima parte.

La noche no interrumpió mis observaciones. Había quedado solo. Consejo ya estaba en su camarote. El *Nautilus*, disminuyendo la mar-

cha correteaba por encima de las masas confusas del fondo, tanto rozándolas como si en ellas hubiera querido posarse, tanto remontándose caprichosamente a la superficie del mar. Entreveía yo entonces algunas constelaciones a través del cristal de las aguas, y precisamente cinco o seis de esas estrellas zodiacales que forman la cola de Orión.

Durante mucho tiempo aún hubiera permanecido junto a los cristales, admirando las bellezas del mar v del cielo, cuando los paneles se cerraron. En ese momento el *Nautilus* había llegado al pie de la alta muralla. Cómo maniobraría, no podía yo adivinarlo. Regresé a mi habitación. El *Nautilus* no se movía. Me dormí con la firme intención de despertarme después de algunas horas de sueño. Pero, al día siguiente eran las ocho cuando llegué al salón. ¡Miré el manómetro. Me indicó que el *Nautilus* flotaba en la superficie del océano. Escuchaba, por otra parte, rumor de pasos en la plataforma. Sin embargo, ningún vaivén traicionaba la ondulación de las olas. Subí hasta la escotilla. Estaba abierta. Pero en lugar de la claridad del día, como yo esperaba, me vi rodeado de tinieblas. ¿Dónde estábamos? ¿Me había equivocado? ¿Era aún de noche? -¡No! Ni una estrella brillaba, y la noche nunca tiene tal oscuridad absoluta.

No sabia qué pensar, cuando una voz me dijo:

-¿Es usted, señor profesor?

_¡Ah, capitán Nemo!, respondí. ¿Dónde estamos?

-Bajo tierra, señor profesor.

-¡Bajotierra!, exclamé. ¿Y el Nautilus flota todavía?

-Él flota siempre.

-Pues, no comprendo...

-Espere algunos instantes. Nuestro fanal va a encenderse, y, si a usted le agradan las situaciones claras, quedará satisfecho.

Puse los pies en la plataforma y esperé. La oscuridad era tan completa que no alcanzaba a ver al capitán Nemo. Sin embargo, mirando hacia el cenit, exactamente sobre mi cabeza, creí advertir una luminosidad indecisa, una especie de medialuz que aparecía por una

abertura circular. En este momento el fanal se encendió súbitamente, y su vivo fulgor desvaneció aquella vaga claridad crepuscular.

Miré, después de haber cerrado un instante los ojos deslumbrados por los rayos eléctricos. El *Nautilus* se encontraba estacionado. Flotaba en una ribera dispuesta como un muelle. El mar que lo sostenía en ese momento, era un lago encerrado en un circo de murallas que medía dos millas de diámetro, por seis millas de perímetro. Su nivel -el manómetro lo indicaba- no podía ser otro que el nivel exterior, pues una comunicación existía necesariamente entre ese lago y el mar, Las altas paredes inclinadas sobre su base, se redondeaban en bóveda y semejaban un inmenso embudo invertido, de una altura de quinientos o seiscientos metros. En la cima se abría un orificio circular por el que yo había advertido aquella leve fulguración, evidentemente debida a la luz del día.

Antes de examinar más atentamente la disposición interior de la enorme caverna, antes de preguntarme si se trataba de una obra de la naturaleza o del. hombre, me dirigí hacia el capitán Nemo y le pregunté:

-¿Dónde estamos?

-En el mismo centro de un volcán extinguido, me respondió el capitán, un volcán cuyo interior ha invadido el mar como consecuencia de alguna convulsión del suelo. Mientras usted dormía, señor profesor, el *Nautilus* ha penetrado en este gran lago por un canal natural abierto a diez metros por debajo de la superficie del océano. Es éste su amarradero, un puerto seguro, cómodo, misterioso, al abrigo de todos los vientos. Vea usted si puede hallarse en las costas de los continentes o de las islas una rada que valga lo que este refugio asegurado contra el furor de los huracanes.

-En efecto, respondí, aquí está usted en completa seguridad, capitán Nemo. ¿Quién podría perseguirlo en el centro de un volcán? Pero creo haber visto una abertura en la cima.

-Sí, el cráter, antaño lleno de lavas, de vapor y llamas, y que da paso ahora al vivificante aire que respiramos.

-¿Dónde se halla esta montaña volcánica?, pregunté.

-Pertenece a uno de los numerosos islotes de que este mar está sembrado. Simple escollo para los navíos, caverna inmensa para nosotros. El azar me lo ha hecho descubrir, y en esto, el azar me ha servido bien.

-¿Pero no podrían descender por ese orificio que forma el cráter del volcán?

-No, señor profesor. Hasta un centenar de pies, la base interior de esta montaña es practicable, pero por encima las paredes están cortadas a pico, y sus rampas no podrían ser franqueadas.

-Veo, capitán, que la naturaleza lo sirve por doquier y siempre. Usted está en seguridad en este lago, y nadie sino usted puede visitar sus aguas. Pero, ¿para qué este refugio? El *Nautilus* no tiene necesidad de puerto.

-No, señor profesor, pero tiene necesidad de electricidad para moverse, de elementos para producir su electricidad, de sodio para alimentar sus elementos, de carbón para producir su sodio y de minas de hulla para extraer su carbón. Ahora bien, precisamente aquí, el mar cubre bosques enteros que fueron sepultados en los tiempos geológicos. Mineralizados ahora y transformados en hulla, son para mí una mina inagotable.

-¿Entonces sus hombres, capitán, desempeñan aquí el oficio de mineros?

-Precisamente. Estas minas se extienden bajo las olas como las hulleras de Newcastle. Es aquí donde, puestas las escafandras, con el pico y la azada en mano, mis hombres extraen la hulla, que no necesito pedirles a las minas de los continentes. Cuando hago quemar el combustible para fabricar el sodio, el humo que escapa por el crater le da aún la apariencia de un volcán en actividad.

-¿Y nosotros veremos en dicha tarea a sus compañeros?

-No, esta vez, no, porque tengo prisa por continuar nuestra vuelta al mundo submarina. De manera que me contentaré con embarcar las reservas de sodio que ya poseo. Tomaremos el tiempo necesario para

llevarlas a bordo, es decir solamente un día, y continuaremos nuestro viaje. Si quiere usted recorrer esta caverna y dar la vuelta al lago, aproveche el día de hoy, señor Aronnax.

Agradecí al capitán y salí en busca de mis dos compañeros, que no habían dejado aún su camarote. Los invité a que me siguieran sin decirles dónde se encontraban. Ascendieron a la plataforma. Consejo, a quien nada sorprendía, miró como cosa muy natural el despertarse bajo una montaña después de haberse dormido bajo las olas. Pero Ned Land no tuvo otra idea que la de averiguar si la caverna presentaba alguna salida.

Después de almorzar, a eso de las diez, descendimos al ribazo.

-Estamos otra vez en tierra, dijo Consejo.

-Yo no llamo "tierra" a esto, respondió el canadiense. Y además no estamos sobre ella sino debajo.

Entre la base de las paredes de la montaña y las aguas del lago se extendía una playa arenosa que en su mayor amplitud medía unos quinientos pies. Por sobre este arenal se podía fácilmente dar la vuelta al lago. Pero la base de las altas paredes formaba un suelo escabroso, sobre el que yacían, en pintoresco amontonamiento bloques volcánicos y enormes piedras pómez. Todas estas masas disgregadas, recubiertas de un esmalte bruñido por la acción de los fuegos subterráneos, resplandecían al contacto de los haces eléctricos del fanal. El polvo micáceo de la ribera que levantaban nuestros pasos revoloteaba como una nube de chispas.

El suelo se elevaba sensiblemente al alejarse del nivel de las aguas y pronto arribamos a rampas largas y sinuosas, verdaderos repechos que permitían subir poco a poco; pero era necesario caminar prudentemente en medio de estos conglomerados que ningún cemento unía entre sí; el pie resbalaba en aquellas traquitas vítreas, formadas por cristales de feldespato y de cuarzo. La naturaleza volcánica de la enorme excavación se confirmaba en todas partes. Se lo hice observar a mis compañeros.

-¿Se figuran, les pregunté, lo que debió ser este embudo cuando estaba lleno de lavas ardientes, y el nivel del líquido incandescente se alzaba hasta el orificio de la montaña como el metal fundido entre las paredes de un horno?

-Me lo figuro perfectamente, respondió Consejo. ¿Pero el señor me dirá por qué el gran fundidor ha suspendido su operación, y cómo se produjo el cambio del gran horno en aguas tranquilas de un lago?

-Muy probablemente, Consejo, porque alguna convulsión ha producido por debajo de la superficie del océano esta abertura que ha servido de paso al *Nautilus*. Entonces, las aguas del Atlántico se precipitaron en el interior de la montaña. Hubo una lucha terrible entre los dos elementos, lucha que terminó con el triunfo de Neptuno. Pero muchos siglos han transcurrido desde entonces, y el volcán sumergido se ha transformado en tranquila gruta.

-Muy bien, replicó Ned Land. Acepto la explicación, pero lamento en nuestro interés, que esta abertura de que habla el señor profesor no se haya producido encima del nivel del mar.

-Pero amigo Ned, replicó Consejo, si el paso no fuera submarino, el *Nautilus* no hubiera podido penetrar por él.

-Y yo agregaré, maestro Land, que las aguas no se habrían precipitado bajo la montaña y que el volcán continuaría siendo volcán. De modo que sus lamentaciones son superfluas.

Habíamos llegado al pie de un bosquecillo de robustos dragos, cuando Ned Land exclamó:

-¡Ah!, señor, ¡una colmena!

-¿Una colmena, repliqué, haciendo un gesto de perfecta incredulidad.

-¡Sí, una colmena, repitió el canadiense, y abejas que zumban a su alrededor!

Me aproximé y debí rendirme ante la evidencia. Había allí, en un boquete existente en el tronco de un drago, algunos millares de esos ingeniosos insectos, tan comunes en todas las Canarias, cuyos productos son allí particularmente estimados. Muy naturalmente, el ca-

nadiense quiso hacer su provisión de miel y le hubiera hecho poca gracia que yo me opusiese. Encendió con la chispa de su pedernal cierta cantidad de hojas secas mezcladas con azufre y comenzó a ahumar las abejas. Los zumbidos cesaron poco a poco; y una vez vaciada la colmena nos brindó algunas libras de miel perfumada, con la que Ned Land llenó su morral.

-Cuando haya mezclado esta miel con pasta del artocarpus, nos dijo, estaré en condiciones de ofrecerles un postre suculento.

-¡Ya veo!, dijo Consejo, será algo así como un turrón.

-Bien por el turrón, dije, pero continuemos nuestro interesante paseo.

Desde ciertos recodos del sendero que seguimos entonces, el lago aparecía en toda su extensión. El fanal iluminaba enteramente su tranquila superficie, que no conocía el oleaje. El *Nautilus* se mantenía en completa inmovilidad. En la plataforma como en el ribazo se agitaban los hombres de la tripulación, negras sombras recortadas netamente en aquella luminosa atmósfera.

Estábamos bordeando entonces la cresta elevada de los primeros planos rocosos que sostenían la bóveda. Comprobé que las abejas no eran las únicas representantes del reino animal en el interior del volcán. Pájaros de presa planeaban y daban vueltas aquí y allá en la sombra o huían de sus nidos colgados en las salientes de las rocas. Eran gavilanes de vientre blanco y cernícalos chillones. En las pendientes escapaban también, con toda la rapidez que les permitían sus zancos, bellas y gruesas avutardas, Es concebible cómo se encendería la codicia del canadiense a la vista de tan sabrosa caza, y cómo lamentaría no haber llevado consigo un fusil. Trató de reemplazar el plomo con piedras después de muchos infructuosos intentos, logró herir a una de aquellas magníficas avutardas. Decir que arriesgó veinte veces la vida para alcanzarla, no es más que la pura verdad, pero lo hizo tan bien que el ave ocupó su sitio en su morral al lado del postre de miel. Hubimos entonces de descender al ribazo, pues por la cresta se hacía muy difícil avanzar. Por encima de nosotros, el cráter abierto aparecía co-

mo la ancha boca de un pozo. Desde allí el cielo se distinguía con bastante nitidez, y yo veía pasar las nubes desgreñadas por el viento del oeste, que dejaban colgados de la cima sus brumosos jirones. Prueba cierta de que las nubes se encontraban a mediana altura, pues el volcán no se alzaba a más de ochocientos pies del nivel del mar.

Media hora después de la última hazaña del canadiense, habíamos regresado al ribazo interior. Allá, la flora estaba representada por amplios tapices -de cresta marina, plantita umbelífera muy buena para encurtidos, que lleva también los nombres de horada-piedra, de traspasapiedra y de hinojo marino. Consejo recolectó algunos manojos. En cuanto a la fauna, contaba con millares de crustáceos de todas clases, cangrejos, bogavantes o cabrajos torteros, gambas, camarones, arañas, galateas, y un número prodigioso de nioluscos, margaritas, múrices y lapas.

En este lugar se abría una magnífica gruta. Mis compañeros y yo tuvimos el placer de tendernos sobre la fina arena. El fuego había pulido las paredes esmaltadas y brillantes, salpicadas de mica en polvo. Ned Land tanteaba las murallas y trataba de sondear su espesor. No pude menos que sonreirme. La conversación se orientó entonces hacia sus eternos proyectos de fuga, y me pareció que podía darle, sin aventurarme damasiado, la esperanza de que el capitán Nemo sólo se habla dirigido al sur para renovar su provisión de sodio. Yo esperaba, por lo tanto, que después se aproximaría a las costas de Europa... de América, lo que le permitirla al canadiense renovar con mejor éxito sus tentativas. Hacía una hora que estábamos tendidos en la encantadora gruta. La conversación, animada al principio, languidecía. Cierta somnolencia se apoderaba de nosotros, v como yo no tenía ninguna razón para resistirme al sueño, me dejé llevar por un profundo sopor.

De repente, me despertó la voz de Consejo.

-¡Atención! ¡Atención!, gritaba el buen muchacho.

-¿Qué ocurre?, pregunté, incorporándome a medias.

-¡El agua nos alcanza!

Ale puse de pie. El mar se precipitaba como un torrente en nuestro retiro y, decididamente, puesto que no éramos moluscos, había que salir de allí.

En algunos instantes estuvimos a salvo en la cima de la misma gruta.

-¿Qué es lo que pasa?, preguntó Consejo. ¿Algún nuevo nuevo fenómeno?

-No, amigos, respondí, es la marea, sólo la marca, que ha estado a punto de sorprendernos,, como al héroe de Walter Scott. El océano crece afuera, y, por una ley natural de equilibrio, el nivel del lago sube igualmente. No ha sido más que una mojadura. Vamos a cambiarnos al *Nautilus.*

Tres cuartos de hora más tarde habíamos concluido nuestro paseo circular y regresado a bordo. Los hombres de la tripulación terminaban de embarcar las provisiones de sodio, y el *Nautilus, hu*biera podido partir al instante. Sin embargo, el capitán Nemo no dio ninguna orden. ¿Quería esperar la noche y salir secretamente por el paso submarino? Podía ser. Sea lo que fuere, al día siguiente, el *Nautilus,* habiendo dejado su puerto de amarre, navegaba lejos de toda tierra y a varios metros bajo la superficie del Atlántico.

EL MAR DE LOS SARGAZOS

No había variado el rumbo del *Nautilus*. De manera que debía descartarse por el momento toda esperanza de retorno a los mares europeos. El capitán Nemo mantuvo la proa hacia el sur. ¿Adónde nos llevaba? No me atrevía a imaginarlo. Ese día surcó el *Nautilus* una zona singular del Atlántico. Nadie ignora la existencia de la gran corriente cálida llamada. Gulf Stream, o Corriente del Golfo, que nace en los canales de Florida y se dirige hacia el Spitzberg. Pero antes de internarse en el golfo de México, a los 44º de latitud norte, se divide en dos ramas, una de las cuales, -la principal, se encamina hacia las costas de Irlanda y de Noruega, mientras la otra dobla en dirección sur, a la altura de las Azores, y luego de bañar las riberas africanas, describe un óvalo alargado y vuelve hacia las Antillas.

Ahora bien, el segundo brazo de la corriente -más bien collar que brazo- rodea con un anillo de aguas calientes a una región del océano fría, serena e inmóvil, que recibe el nombre de mar de los Sargazos, verdadero lago en pleno Atlántico. Las aguas de la gran corriente no tardan menos de tres años en contornearlo.

El mar de los Sargazos, hablando con propiedad, cubre toda la porción sumergida de la Atlántida. Incluso sostienen ciertos autores que las numerosas hierbas de que está cubierto provienen de las praderas de aquel antiguo continente. Es probable, sin embargo, que tales hierbas, algas y fucos, las haya desprendido de las costas europeas y americanas la corriente del Golfo, arrastrándolas hasta dicha región.

Aquélla era la zona por donde navegaba entonces el *Nautilus*, dilatada pradera en verdad, es esa alfombra de algas, fucos natátiles, sargazos, tan densa, tan compacta, que la afilada proa de una nave no llega a desgarrarla sin dificultad. Por tal razón, y no queriendo el capitán Nemo que la hélice se expusiera al enredo de la masa herbosa, se mantuvo a algunos metros por debajo de la superficie.

Todo el día 22 de febrero transcurrió en el mar de los Sargazos, donde los peces golosos de plantas marinas y, crustáceos hallan pasto abundante. Al día siguiente había recobrado el océano su aspecto habitual.

Desde entonces y durante diecinueve días, del 23 de febrero al 12 de marzo, el *Nautilus* navegó en medio del Atlántico, llevándonos con una velocidad constante de cien leguas por cada veinticuatro horas. No había duda de que el capitán Nemo quería dar cumplimiento a su programa submarino y mucho me temía yo que pensara en retornar a los mares australes del Pacífico, después de doblar el cabo de Hornos.

Sobraban motivos, pues, para que Ned Land se afligiese. En aquellos amplísimos mares carentes de islas, no había cómo realizar el intento de huir de a bordo. Tampoco había manera de contrariar la voluntad del capitán, y lo único factible era someterse; pero lo que ya no cabía esperar de la fuerza o de la astucia, quizás se lograría por medio de la persuasión. ¿No consentiría el capitán Nemo en devolvernos la libertad una vez terminado ese viaje, bajo juramento de no revelar jamás su existencia, Y por cierto que hubiéramos cumplido tal promesa. Pero era preciso tratar con el capitán el delicado tema y, en tal caso, ¿sería acertado el pedido de libertad, ¿No había declarado él mismo, desde el principio y en forma categórica, que el tener oculta su vida exigía nuestro perpetuo cautiverio a bordo del *Nautilus*. ¿El silencio en que me mantuvo al respecto desde cuatro meses atrás, no debía sugerirle que tácitamente aceptábamos la situación creada? ¿Volver sobre el tema no daría por resultado despertar sospechas que pondrían en peligro nuestros proyectos, si más tarde se presentaban circunstancias favorables para realizarlos? Pesé y rumié estas razones, las sometí al juicio de Consejo, que no se hallaba menos indeciso que yo, y, en suma, por más que yo no me descorazono fácilmente, comprendía que se alejaban cada vez más las probabilidades de ver de nuevo a mis semejantes, sobre todo en el momento en que el capitán Nemo se lanzaba temerario en la ruta sur del Atlántico.

En el curso de los diecinueve días antes mencionados, no hubo incidente alguno en nuestro viaje. Poco vi al capitán. Estaba, sin duda, trabajando. En la biblioteca hallé a menudo libros entreabiertos, en su mayor parte de historia natural.

Mi trabajo sobre las profundidades submarinas, que él hojeaba, estaba lleno de anotaciones marginales, en contradicción a veces con mis teorías y mis sistemas. Pero el capitán se conformaba con corregir de esa manera mi obra y rara vez discutía conmigo. En ocasiones, oía yo los acordes melancólicos del órgano, que él tocaba con mucha expresión, aunque ello sólo ocurría de noche, en medio de la más completa oscuridad, cuando el *Nautilus* se dormía en los desiertos del océano.

Hasta el 13 de marzo continuó la navegación en las mismas condiciones. Ese día lo dedicó el *Nautilus* a experiencias de sondeos que me interesaron en alto grado. Llevábamos entonces recorridas cerca de trece mil leguas desde nuestra partida de los mares del Pacifico norte. La posición señalaba los 45º 37' de latitud sur y 37º 53, de longitud oeste. Eran los mismos lugares donde el capitán Denhani del *Herald* soltó catorce mil metros de sonda sin tocar fondo. También allí, el teniente Parcker, de la fragata norteamericana *Congress,* echó quince mil ciento cuarenta metros de sonda sin dar con el suelo submarino.

El capitán Nemo resolvió bajar al *Nautilus* hasta la mayor profundidad para controlar aquellos distintos sondeos. Yo quise anotar los resultados de la experiencia. Se corrieron los paneles del salón y, comenzó la maniobra para alcanzar aquellas capas tan prodigiosamente hondas.

Se entiende que no era cosa de sumergirse llenando los depósitos, los cuales no hubieran aumentado en modo suficiente el peso específico del *Nautilus, y,* además, se habría impuesto luego la necesidad de desalojar la sobrecarga de agua, para lo que no alcanzaba el poder de las bombas contra la resistencia de la presión exterior.

Resolvió, pues, el capitán Nemo ir en busca del fondo oceánico mediante una diagonal suficientemente alargada valiéndose de los y

planos laterales puestos a un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a las líneas de agua del *Nautilus.* Luego se le dio a la hélice la máxima velocidad y sus cuatro paletas agitaron el agua con indescriptible violencia.

Con tan poderoso impulso el casco del *Nautilus* vibró como una cuerda sonora y, se sumergió en forma regular, mientras el capitán y yo seguíamos desde el salón el movimiento de la aguja del manómetro que giraba con rapidez.

El instrumento indicaba entonces una profundidad de seis mil metros. Nuestra inmersión duraba desde hacía una hora. El *Nautilus,* deslizándose bajo la dirección de sus planos inclinados, seguía en busca de mayor hondura. Las aguas desiertas eran de admirable transparencia y ¿le una diafanidad de la que nada podría dar idea?. Una hora después llegábamos a los trece mil metros tres leguas y cuarto aproximadamente sin que hubiera indicios del fondo oceánico.

No obstante, a los catorce mil metros advertí unos picos negruzcos que surgían en medio de las aguas, pero tal vez fueran las cumbres de montañas tan altas como el Himalaya o el monte Blanco, de manera que la profundidad de aquellos abismos seguía siendo incalculable.

Descendió aún más el *Nautilus* pese a las tremendas presiones que soportaba. Notaba yo que las planchas de acero temblaban en la juntura de los pernos, los barrotes se arqueaban, los tabiques gemían, los cristales del salón parecían combarse bajo la presión de las aguas. Y aquel sólido aparato habría cedido sin duda, si, como lo dijera su capitán, no hubiese sido capaz de resistir como un bloque macizo.

Al rozar las pendientes de aquellas rocas perdidas bajo las aguas, veía yo todavía algunos moluscos, tales como sérpulas, espinorbias vivas y ciertos ejemplares de asterias. Mas no tardaron en desaparecer esos últimos representantes de la vida animal y por debajo de las tres leguas el *Nautilus* traspasó los límites de la existencia submarina, como ocurre con un globo que se levanta en el aire más allá de las zonas respirables. Habíamos alcanzado una profundidad de dieciséis mil metros -cuatro leguas- y los costados del *Nautilus* soportaban una pre-

sión de mil seiscientas atmósferas, esto es, de mil seiscientos kilos en cada centímetro cuadrado de su superficie.

-¡Qué situación!, exclamé. ¡Estar recorriendo estas regiones profundas por donde jamás ha andado el hombre! ¡Mire usted, capitán, mire esas rocas magníficas, esas grutas inhabitadas, esos postreros receptáculos del globo donde la vida no es posible! ¡Qué lugares desconocidos! ¿Por qué estaremos reducidos a no conservar de ellos más que el recuerdo?

-¿Le agradaría, me preguntó el capitán Nemo, llevarse algo mejor que el recuerdo?

-¿Qué quiere usted decir con esas palabras?

-Quiero decir que no hay cosa más fácil que el tomar una vista fotográfica de esta región submarina.

No había tenido tiempo de manifestar la sorpresa que me causaba aquella nueva propuesta, cuando a un llamado del capitán Nemo traían al salón un objetivo. A través de los cristales, con los paneles totalmente corridos e iluminado el medio líquido por el reflector eléctrico, veíamos distribuida en el agua una claridad perfecta. Ni una sombra, ni una degradación de nuestra luz artificial la empañaba; no hubiera favorecido mejor el sol una operación de aquella naturaleza. El *Nautilus*, al impulso de la hélice dominada por los planos inclinados, se mantenía inmóvil. Enfocada la cámara fotográfica hacia aquellos sitios del fondo oceánico, nos procuró en pocos segundos un negativo de extrema nitidez.

La copia positiva fue igualmente notable. Se ven en ella las rocas primordiales a las que no llegó jamás la luz del cielo, los granitos inferiores que forman la poderosa base de la corteza terrestre, las grutas profundas cavadas en la masa pedregosa, los perfiles de incomparable limpieza cuyo rasgo terminal se destacaba en negro, como si se debiera al pincel de ciertos artistas flamencos; luego, más allá, un horizonte de montañas, una admirable línea ondulada que señalaba el último plano del paisaje. No puede mi pluma describir el conjunto de rocas lisas, negras, pulidas, sin un musgo ni una mancha, de formas extra-

ñamente recortadas, asentadas con solidez en la alfombra arenosa que resplandecía al reflejar la irradiación eléctrica.

En tanto, después de haber terminado la operación, el capitán Nemo me decía:

-Debemos subir, señor profesor. No hay que abusar de la situación, ni seguir exponiendo al *Nautilus* a semejantes presiones.

-Subamos, pues, respondí.

-Sujétese usted bien.

No había alcanzado a comprender por qué me hacía tal recomendación el capitán, cuando me vi arrojado al suelo.

Es que, engranada la hélice a una señal del capitán y puestos verticalmente los planos, el *Nautilus* cual un aeróstato en el aire subía con rapidez fulminante. Cortaba la masa de las aguas con una vibración sonora. Ningún detalle exterior fue va visible. En cuatro minutos salvó las cuatro leguas que lo separaban de la superficie del océano, y tras haber emergido como un pez volador, volvía a caer haciendo brotar el agua, en torno, a una altura prodigiosa.

CACHALOTES Y BALLENAS

Durante la noche del 13 al 14 de marzo volvió a tomar el *Nautilus* el rumbo hacia el sur. Pensé que a la altura del cabo de Hornos haría proa al oeste con el fin de pasar otra vez a los mares del Pacífico y dar término a su vuelta al mundo. No fue así, sino que siguió viaje hacia las regiones australes. ¿Adónde quería ir? ¿Al polo? Era insensato. Empecé a creer que las temeridades del capitán justificaban suficientemente las aprensiones de Ned Land.

Desde hacía unos días no me hablaba el canadiense de sus pro-i Vectos de fuga. Se había puesto menos comunicativo, casi callado; yo advertí hasta qué punto el prolongado cautiverio lo afectaba; sentía cómo se acumulaba en su ánimo la cólera. Cuando se cruzaba con el capitán se le encendía en la mirada torvo fulgor, y yo temí que llevado de su violencia natural perdiera de pronto los estribos. Ese día, 14 de marzo, él Y Consejo vinieron a mi habitación. Yo les pregunté a qué se debía la visita.

-Queremos hacerle una pregunta, señor, me respondió el canadiense.

-Pregunte usted, Ned.

-¿Cuántos hombres cree que habrá a bordo del *Nautitus?*

-No sabría decírselo, amigo mío.

-A mi parecer, continuó Ned Land, la maniobra no requiere numerosa tripulación.

-En efecto, respondí, en las Condiciones en que se halla, una decena de hombres a lo sumo bastaría para manejarlo.

-Claro está, dijo el canadiense. ¿Por qué habría de tener más?

-¿Por qué?, repetí yo.

Miré fijo a Ned Land, cuyas intenciones era fácil adivinar.

-Pues porque, dije, si presto oídos a mis presentimientos y si he comprendido bien la vida del capitán, el *Nautilus* no es solamente una

nave con su tripulación, sino además un refugio para quienes, como el comandante Nemo, hayan roto toda vinculación con la tierra.

-Tal vez, dijo Consejo, pero a fin de cuentas el *Nautilus sólo* puede contener cierto número de hombres. ¿No podría el señor calcular el número máximo?

-¿Cómo así, Consejo?

-Mediante el cálculo. Dada la capacidad de la nave, que el señor conoce, y por consiguiente la cantidad de aire que contiene, y sabiendo por otro lado lo que cada hombre consume al respirar, y comparando los resultados con la necesidad que tiene el *Nautilus* de renovarlo cada veinticuatro horas...

La frase de Consejo no acababa nunca, pero vi claramente a dónde quería llegar.

-Comprendo, dije, pero ese cálculo, fácil en sí, no puede darnos sino una cifra muy insegura.

-No importa, dijo insistiendo Ned Land.

-El cálculo sería éste, respondí. Cada hombre consume en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, o sea, en veinticuatro horas el oxígeno contenido en dos mil cuatrocientos litros. Hay que averiguar, entonces, cuántas veces contiene el *Nautilus* esa cantidad de dos mil cuatrocientos litros de aire.

-Precisamente, dijo Consejo.

-Siendo la capacidad del *Nautilus* de mil quinientas toneladas y como la tonelada tiene mil litros, el *Nautilus* contiene un millón quinientos mil litros de aire que, divididos por dos mil cuatrocientos...

Hice la cuenta rápidamente con un lápiz:

-... dan un cociente de seiscientos veinticinco. Lo que vale decir que el aire contenido en el *Nautilus* puede bastar para seiscientos veinticinco hombres durante veinticuatro horas.

-¡Seiscientos veinticinco!, repitió Ned Land.

-Pero tenga la seguridad, añadí, que entre pasajeros, marineros y oficiales no llegamos a la décima parte de esa cantidad.

-¡Demasiados para tres hombres!, murmuró Consejo.

-De manera, mi pobre Ned, que sólo puedo aconsejarle que se arme de paciencia.

-Y más aún, comentó Consejo, de resignación.

Consejo había dado con la palabra exacta.

-¡Después de todo, agregó, no siempre irá el capitán Nemo hacia el sur! ¡Alguna vez habrá de detenerse, aunque más no fuere antes los bancos de hielo, y regresará a mares más civilizados! Será la oportunidad, entonces, de considerar nuevamente los proyectos de Ned Land.

El canadiense meneó la cabeza, se pasó la mano por la frente, no respondió palabra y se retiró.

-Permítame el señor decirle lo que he observado, me dijo en ese momento Consejo. El desdichado Ned está pensando siempre en lo que no puede tener. De su vida pasada lo recuerda todo. Echa de menos todo cuanto nos está prohibido, lo agobian sus recuerdos de antes y se llena de tristeza. Hay que comprenderlo. ¿Qué tiene que hacer aquí? Nada. No es un sabio como el señor, ni sabría aficionarse como nosotros a las admirables cosas del mar. ¡Sería capaz de afrontar cualquier riesgo con tal de poder entrar en una taberna de su país!

Lo cierto es que la monotonía de a bordo debía hacérsele insoportable al canadiense, habituado a la vida libre y activa. Los hechos que podían interesarle eran raros. Sin embargo, ese mismo día vino un incidente a recordarle sus más gratos momentos de arponero.

A eso de las once de la mañana, mientras navegaba en la superficie del océano, dio el *Nautilus* con un grupo de ballenas, encuentro que no me sorprendió, puesto que yo sabía que esos animales, perseguidos con encarnizamiento, se han refugiado en las aguas de las extremas latitudes.

-¡Ay, exclamó Ned Land, si estuviera yo a bordo de una ballenera, con qué placer vería esto! Ése es un animal de gran tamaño. ¡Vea usted con qué fuerza arroja los chorros de aire y vapor! ¡Por mil demonios! ¡Por qué tendré yo que estar encadenado a estas planchas de acero!

-¿Qué es eso, Ned?, le dije. ¿No puede olvidar sus antiguas inclinaciones de pescador?

-Señor, ¿acaso un pescador de ballenas olvida nunca su oficio? ¿Acaso se harta jamás de las emociones que le procura semejante caza?

-¿No había pescado en estos mares, Ned?

-Nunca, señor. Solamente en los mares boreales, desde él estrecho de Behring hasta el de Davis.

-Entonces, le es desconocida la ballena austral. Hasta ahora persiguió únicamente a la ballena franca, la que no se atreve a pasar las aguas calientes del ecuador.

-¿Qué me dice usted, señor profesor?, replicó el canadiense con tono bastante incrédulo.

-Digo lo que es.

-¡Vaya, vaya! Yo, que le estoy hablando en este momento, capturé cerca de Groenlandia, en 1865, hace dos años y medio, a una ballena con un arpón de punta móvil clavado aún en el flanco que le habla lanzado un ballenero de Behring. Y le pregunto a usted, ¿cómo habla venido el animal, después de haber sido herido en el oeste de América, a hacerse matar en el este, sin haber doblado antes el cabo de Hornos o el de Buena Esperanza y sin haber pasado por el ecuador?

-Pienso lo mismo que el amigo Ned, dijo Consejo, y espero la explicación del señor...

-El señor, como usted dice, les explicará lo siguiente, amigos míos: las ballenas se localizan, según sus especies, en ciertos mares, de donde no salen. Y si uno de esos animales ha pasado desde el estrecho de Behring al de Davis, será sencillamente porque existe una comunicación entre un mar y otro, ya sea por las costas septentrionales de América o por las de Asia.

-¿Hay que creer eso?, preguntó el canadiense, haciendo una guiñada.

-Debemos creer lo que el señor dice, respondió Consejo.

-¿De modo que por no haber pescado nunca en estos parajes, continuó el canadiense, yo no conozco a las ballenas que los frecuentan?

-Como se lo he dicho, Ned.

-Sobrada razón para tratar de conocerlas, comentó Consejo.

-¡Miren! ¡Miren!, exclamó el canadiense con voz conmovida. ¡Se acerca! ¡Se nos viene encima! ¡Me está desafiando, porque sabe que nada puedo contra ella!

Ned pataleaba y le vibraba la mano como si empuñara un arpón invisible.

- ¿Son tan grandes estos cetáceos como los de los mares boreales?, preguntó.

-Más o menos, Ned.

-Es que yo he visto ballenas grandísimas, señor, ballenas que medían hasta cien pies de largo. He oído decir, incluso, que la hullamoc y la umgallick de las islas Aleutianas pasaban a veces de ciento cincuenta pies.

-Me parece exagerado, respondí. Esos animales no son sino ballenópteros, provistos de aletas dorsales, y, como los cachalotes, son generalmente de menor tamaño que la ballena franca.

-¡Ah!, exclamó el canadiense que no quitaba la mirada del océano, se está acercando, se viene a las aguas del *Nautilus!*

Ned Land no escuchaba lo que se le decía. No lo oía siquiera. La ballena se aproximaba. Él sólo tenía ojos para verla.

-¡Oh!, exclamó de pronto. ¡No es una ballena sola, son diez, son veinte, es un grupo entero! ¡Y yo no puedo hacer nada! ¡Estoy atado de pies y manos!

-¿Por qué no le pide al capitán Nemo que lo autorice a cazarlas, amigo Ned?, preguntó Consejo.

No terminaba de decirlo, cuando Ned Land se dejaba caer por la escotilla y corría en busca del capitán. Un rato después ambos se presentaban en la plataforma.

El capitán Nemo observó a los cetáceos que retozaban en el agua a una milla del *Nautilus.*

-Son ballenas australes, dijo. Hay allí tantas como para valerle una fortuna a una flotilla de balleneros.

-¿Y bien, señor, preguntó el canadiense, no podría yo darles caza, aunque sólo fuera para no olvidarme de mi antiguo oficio de arponero?

-¿Para qué cazar únicamente con el propósito de destruir? respondió el capitán Nemo. No tenemos necesidad de aceite de ballena a bordo.

Ned Land silbó entre dientes el *Yankee doodIe,* se metió las manos en los bolsillos v nos volvió la espalda. Entre tanto, el capitán observaba al grupo de cetáceos, y dirigiéndose a mí:

-Estaba yo en lo cierto al decir que además del hombre, las ballenas tienen muchos otros enemigos naturales. Éstas tendrán que vérselas con un adversario de cuidado dentro de poco. ¿Ve usted, señor Aronnax, aquellos puntos oscuros que se mueven a ocho millas a sotavento,

-Sí, capitán, le respondí.

-Son cachalotes, animales terribles que en ocasiones encontré formando grupos de doscientos a trescientos. A esas bestias crueles y dañinas, sí que hay razón para exterminarlas.

El canadiense se volvió con vivacidad al oír estas palabras.

-Pues bien, capitán, dije yo, todavía es tiempo, en beneficio de las ballenas...

-Es inútil exponerse, señor profesor. El *Nautilus* se bastará para dispersar a los cachalotes. Está armado con un espolón de acero que vale tanto como el arpón del maestro Land, supongo...

El canadiense no disimuló un encogimiento de hombros. ¡Atacar a los cetáceos con espolón! ¿Quién había oído hablar jamás de tal cosa?

-Ya lo verá usted, señor Aronnax, dijo el capitán Nemo. Tendremos, el gusto de mostrarle una cacería que usted aún no conoce.

¡No haya cuartel para esos feroces cetáceos, que son pura boca y dientes!

¡Pura boca y dientes! No cabía mejor descripción del cachalote macrocéfalo, cuyo tamaño pasa a veces de los veinticinco metros. La enorme cabeza ocupa aproximadamente la tercera parte del cuerpo. Mejor armado que la ballena, cuyo maxilar superior solamente cuenta con unas láminas córneas llamadas barbas de ballena, el cachalote tiene veinticinco dientes grandes, de unos veinte centímetros de alto, cilíndricos con la punta cónica, y que pesan dos libras cada uno. En la parte superior de la cabeza desmesurada y en grandes cavidades que separan unos cartílagos, se encuentran trescientos o cuatrocientos kilos del valioso aceite llamado "esperma de ballena".

Mientras tanto, el monstruoso grupo venía acercándose. Habían visto a las ballenas y se disponían a atacarlas. Cabía descontar de antemano la victoria de los cachalotes, no solamente porque están mejor organizados para el ataque que sus inofensivos adversarios, sino también porque pueden permanecer durante mucho más tiempo bajo el agua sin salir a la superficie para respirar.

Ya era tiempo de acudir en defensa de las ballenas. El *Nautilus* se puso entre dos aguas. Consejo, Ned y yo nos ubicamos frente a los cristales del salón. El capitán Nemo se dirigió a la cabina del timonel con el propósito de manejar a su nave como un instrumento destructivo. Al breve rato, las revoluciones de la hélice se aceleraban nuestra velocidad crecía.

Había ya comenzado el combate entre cachalotes y ballenas cuando intervino el *Nautilus.* Maniobró de manera tal que cortó el grupo de macrocéfalos. Éstos, al principio, mostráronse poco preocupados por la entrada del nuevo monstruo en plena batalla. Pero no tardaron en tener que cuidarse de sus golpes.

¡Qué lucha aquélla! El propio Ned Land, llevado del entusiasmo, acabó por batir palmas. El *Nautilus* se había convertido en arpón formidable, en las manos de su capitán. Se arrojaba contra las masas carnosas y las atravesaba de parte a parte, dejando al paso dos mitades

bullentes del animal. Los formidables coletazos que le daban en los costados no le hacían mella. Los choques que él mismo producía, tampoco. Cuando exterminaba a un cachalote se abalanzaba hacia otro, virando en redondo para no errar la presa, avanzando, retrocediendo, dócil al timón, hundiéndose cuando el cetáceo se sumergía en las aguas profundas, emergiendo con él cuando volvía n la superficie, hiriéndolo de lleno o de soslayo, cortándolo o desgarrándolo, y a todas velocidades y en todas direcciones, traspasándolo con su terrible espolón.

-¡Qué carnicería! ¡Cuántos ruidos en la superficie del mar! ¡Cuántos agudos silbidos y cuántos resoplidos peculiares de aquellos animales espantados! En medio de las aguas, de ordinario apacibles, ellos formaban con las colas un verdadero oleaje.

Durante una hora se prolongó la homérica matanza, de la que los macrocéfalos no podían librarse. En varias oportunidades se juntaban diez o doce en el intento de aplastar al *Nautilus* con sus masas. Veíamos, desde los cristales, las enormes bocas armadas de poderosos dientes y los ojos formidables. Ned Land, fuera de sí, los amenazaba y los injuriaba. Sentíamos que mordisqueaban nuestra nave como perros que tienen prendido de las orejas a un jabato en la maleza. Pero el *Nautilus,* forzando la hélice, los llevaba por delante, los arrastraba o volvía a traerlos al nivel de las aguas, sin inquietarse por su enorme peso, ni por sus fuertes estrujones.

Por fin fue aclarándose el grupo de los cachalotes y se aquietaron las aguas. Noté que subíamos a la superficie. Se abrió la compuerta y nos atizamos hacia la plataforma.

El mar se hallaba cubierto de cadáveres mutilados. No hubiera dividido, desgarrado, despedazado con mayor violencia, una explosión a aquellas masas carnosas. Flotábamos por entre cuerpos gigantescos, azulados de lomo y blancuzcos de vientre, llenos de enormes protuberancias. Algunos cachalotes espantados huían hacia el horizonte. Las aguas se teñían de rojo en un radio de varias millas y el *Nautilus* navegaba en un mar de sangre.

El capitán Nemo, se acercó a nosotros.

-¿Qué le parece, maestro Land?, dijo.

-Pues, señor, respondió el canadiense cuyo entusiasmo se había calmado, es un espectáculo tremendo, a la verdad. Pero yo no soy carnicero, soy cazador, y esto es pura carnicería.

-Es la matanza de animales nocivos, respondió el capitán; el *Nautilus* no tiene nada de cuchilla de carnicero.

-Prefiero mi arpón, replicó el canadiense.

-Cada cual usa sus armas, respondió el capitán mirando fijo a Ned Land.

Temí que éste se dejara llevar por la violencia, lo que hubiera tenido resultados lamentables. Pero lo distrajo de su cólera la vista de una ballena a la que el *Nautilus* abordaba en ese momento.

El animal no había podido evitar las dentelladas de los cachalotes. Vi que era una ballena austral, de cabeza deprimida, enteramente negra. El infeliz cetáceo, tumbado sobre uno de los flancos, estaba muerto. En el extremo de la aleta mutilada llevaba pendiente aún un ballenato que no pudo salvar de la matanza. La boca abierta dejaba correr el agua que murmuraba como la resaca a través de las barbas córneas.

El capitán Nemo arrimó el *Nautilus* junto al cadáver del animal. Dos hombres subiéronse al costado de la ballena y vi, no sin sorpresa, que le sacaban de las mamas toda la leche que contenían, esto es, una cantidad de dos o tres toneles.

El capitán me brindó una taza de la leche todavía caliente. No pude menos que manifestar repugnancia ante esa bebida. Me aseguró que era leche excelente que en nada se diferenciaba de la de la vaca.

La probé y compartí su parecer. Era para nosotros una reserva útil, pues esa leche convertida en manteca salada o en queso, aportaría mayor variedad a nuestra comida habitual.

Desde aquel día advertí con inquietud que la disposición de ánimo para con el capitán Nemo se hacía en Ned Land cada vez más agresiva, y resolví vigilar de cerca los hechos y gestos del canadiense.

LA BARRERA DE LOS HIELOS

El Nautilus prosiguió su imperturbable ruta hacia el sur. Seguía quincuagésimo meridiano con velocidad considerable. ¿Querría acaso, llegar al polo? Yo no lo creía, pues hasta entonces todas las tratativas de alcanzar tan alto punto hablan fracasado. La estación, además, se hallaba muy adelantada, ya que el 13 de marzo en las tierras antárticas equivale al 13 de setiembre en las regiones boreales, cuando comienza el período equinoccial.

El 14 de marzo divisé los hielos flotantes a los 55º de latitud; simples trozos descoloridos, de veinte a veinticinco pies, que forman escollos sobre los cuales rompía el mar. El *Nautilus* se mantenía la superficie, Ned Land, por haber pescado ya en los mares árticos, se hallaba familiarizado con el espectáculo de los icebergs o islas de hielo flotantes. Consejo y yo lo admirábamos por primera vez.

En la atmósfera, hacia el horizonte del sur, se extendía una faja blanca de deslumbrador aspecto. Los balleneros ingleses le dieron el nombre de *iceblinck*. Por espesas que fueren las nubes no logran ,oscurecerla. Es anuncio de la presencia de un *pack* o banco de hielo.

En efecto, a poco andar aparecieron unos bloques más considerables, cuyo brillo variaba según el capricho de la bruma. Algunas de aquellas masas mostraban unas venas verdes, como si el sulfato de cobre hubiera trazado en ellas líneas onduladas; otras, semejantes a enormes amatistas se dejaban penetrar por la luz y reverberaban los rayos de sol en todas las facetas de sus cristales; aquellas de más allá, matizadas por los vivos reflejos del calcáreo hubieran bastado para edificar toda una ciudad de mármol. Cuanto más avanzábamos hacia el sur, más numerosas e importantes eran las islas flotantes. Las aves polares anidaban en ellas, a millares. Eran petreles, porcellarias y puffinus, que nos ensordecían con sus gritos.

El 15 de marzo rebasamos la latitud de las islas Shetland y Orcadas del Sur.

El 16 de marzo, hacia las ocho de la mañana, el *Nautilus*, siguiendo el meridiano quincuagésimo quinto, cruzó el círculo polar antártico. Los hielos nos rodeaban por todas partes y cerraban el horizonte. Sin embargo, el capitán Nemo avanzaba de paso en paso seguía su ruta, impasible.

-¿Pero a dónde va?, pregunté.

-Siempre adelante, respondió Consejo. Después de todo, cuando no pueda seguir se detendrá.

-¡Yo no pondría las manos en el fuego!, comenté.

Y, para ser franco, confesaré que no me desagradaba aquella arriesgada excursión. Hasta qué punto me maravillaban las bellezas de esas regiones nuevas, no sabría expresarlo. Los hielos tomaban aspectos soberbios; aquí, formaban en conjunto una ciudad oriental con sus alminares y mezquitas innumerables; allá una ciudad destruida, derrumbada por una convulsión del suelo; apariencias sin cesar variadas por los oblicuos rayos del sol, o perdidas en las brumas grises entre huracanes de nieve. Además, por todas partes se oía el estruendo de los derrumbamientos, de los grandes tumbos de icebergs, que cambiaban el paisaje como la movediza decoración de un diorama.

Cuando estaba sumergido el *Nautilus* en el momento en que se rompían aquellos equilibrios, el rumor se propagaba por debajo del agua con espantosa intensidad y la caída de tan grandes masas forraba temibles remolinos hasta en las capas más profundas del océano. El *Nautilus* se balanceaba y cabeceaba como un navío abandonado al furor de los elementos. A menudo, no viendo salida alguna, yo creía que quedaríamos definitivamente apresados entre los hielos; pero guiado por el instinto y aprovechando del más leve indicio, el capitán Nemo descubría nuevos pasos. No se equivocaba nunca al observar los delgados hilos de agua azulada que surcaban los *icefields*.

Por eso, no me cabían dudas de que anteriormente se hubiera aventurado ya con el *Nautilus* en plenos mares antárticos.

Entre tanto, durante el día 15 de marzo, los campos de hielo nos cerraron completamente el paso. No era todavía la banquisa, o barrera

de los hielos, sino amplios *icefle1ds* cimentados por el frío. Aquel obstáculo no podía detener al capitán Nemo, quien se lanzó contra el campo de hielo con espantosa violencia. El *Nautilus* penetraba como una cuña en la masa quebradiza y la partía entre tremendos crujidos. Era como el antiguo ariete, impelido con fuerza infinita. Los trozos de hielo, proyectados hacia la altura, volvían a caer como granizo a nuestro alrededor.

Por su propio impulso, nuestra nave iba abriéndose un canal. A ratos, en alas del impetuoso avance subía al campo de hielo y lo aplastaba con su peso, o en otras ocasiones, encajado en el *icefield, lo* dividía con un sencillo movimiento de cabeceo, causándole grandes desgarraduras.

Durante esos días hubimos de soportar fuertes turbiones. A veces, la bruma tan densa no habría dejado ver desde un extremo al otro de la plataforma. El viento giraba bruscamente hacia todos los puntos de la brújula. La nieve se acumulaba en capas tan duras que era menester partirla a punta de pico. Con sólo cinco grados bajo cero de temperatura, todas las partes exteriores del *Nautilus* se cubrían de hielo. Un aparejo no habría podido manejarse, porque los cabos hubieran quedado fijos en la garganta de las poleas. Sólo una embarcación sin velamen y movida por un motor eléctrico podía afrontar tales latitudes.

En semejantes condiciones, el barómetro se mantuvo por lo general muy bajo; hasta descendió a 73,5 cm. Las indicaciones de la brújula ya no eran seguras, pues las enloquecidas agujas señalaban direcciones contradictorias al acercarnos al polo magnético meridional, que no coincide con el sur del mundo. En efecto, según Hansten, ese polo está situado más o menos a los 70º de latitud y 130º de longitud, y de acuerdo con las observaciones de Duperré a los 135º de longitud y 70º 30' de latitud. Eran necesarias numerosas observaciones con los compases trasladados a distintas partes del navío y obtener un término medio. Pero a menudo se apelaba a la estima para determinar el camino recorrido, método poco satisfactorio en medio de los pasos sinuosos cuyos puntos de referencia variaban a cada instante. Al fin, el 18 de

marzo, tras veinte asaltos infructuosos, el *Nautilus* se vio definitivamente detenido. Ya no se trataba de *streams*, ni de palks, ni de i*ce-fields,* sino de una interminable e inmóvil barrera, formada de montañas soldadas entre sí.

-¡La barrera de los hielos!, me dijo el canadiense. Si su capitán se atreve a ir más lejos...

-¿Y bien?

-Será todo un hombre.

-¿Por qué, Ned?

-Porque nadie logró franquear la barrera. El capitán es poderoso, pero, ¡por mil demonios!, no más poderoso que la naturaleza y allí donde ella traza, un límite es preciso detenerse, quiérase o no.

-Así es, Ned Land, y sin embargo yo hubiera querido saber qué hay detrás de esa barrera. ¡Un muro es lo que más me irrita!

-Tiene razón el señor, dijo Consejo, Los muros se inventaron sólo para fastidiar a los sabios. No debía haber muros en ninguna parte.

-¡Bien!, dijo el canadiense. Detrás de esa barrera es muy sabido lo que hay.

-¿Y qué es ello?, pregunté.

-¡Hielo y más hielo!

-Usted afirma con certidumbre el hecho, Ned, repliqué, pero yo no lo tengo por seguro. Por eso querría ir a ver.

-Pues bien, señor profesor, respondió el canadiense, tendrá que dejar a un lado tal propósito. Ha llegado hasta la barrera, lo que ya es suficiente, y no podrá ir más allá, como tampoco el capitán Nemo, ni su *Nautilus.* Que lo quiera o no lo quiera, volveremos hacia el norte, es decir, hacía los países de la gente civilizada.

Debo convenir en que no le faltaba razón a Ned y mientras no se construyan navíos capaces de navegar por sobre los hielos, habrán de detenerse ante la barrera. A la verdad, pese a sus esfuerzos y no obstante los poderosos medios empleados para separar las capas heladas, el *Nautilus* se vio reducido a la inmovilidad. Por lo común, quien se halla con un obstáculo que le impide el paso, tiene el recurso de vol-

verse atrás. Pero en aquella ocasión, el regresar era tan poco factible como el avanzar, pues se habían cerrado los pasos detrás de nosotros, y por poco que nuestra nave permaneciera quieta, no tardaría en quedar bloqueada. Precisamente es lo que ocurrió a eso de las dos de la tarde, dado que el hielo nuevo se condensó a sus costados con sorprendente rapidez. He de admitir que la conducta del capitán parecía algo más que imprudente. Yo me hallaba en ese momento en la plataforma. El capitán había estado observando la situación desde un rato antes y me dijo:

-¿Qué piensa usted de esto, señor profesor?

-Pienso que estamos bloqueados, capitán.

-¡Bloqueados! ¿Cómo lo entiende usted?

-Lo entiendo como que no podemos avanzar, ni retroceder, ni salir de costado. Es lo que significa "bloqueados", por lo menos para quienes viven en los continentes.

-¿De modo, señor Aronnax, que usted cree que el *Nautilus* no podrá abrirse paso?

-Dificilmente, capitán, porque la estación se halla demasiado adelantada para contar con el deshielo.

-¡Ah, señor profesor, respondió el capitán Nemo con tono irónico, siempre será usted el mismo! ¡No ve más que impedimentos y obstáculos! ¡Pues yo le afirmo que no sólo se librará el *Nautilus,* sino que irá más lejos aún!

-¿Más al sur, pregunté mirándolo al capitán?

-Sí, señor, irá hasta el polo.

-¡Al polo!, exclamé, sin poder disimular un gesto de incredulidad.

-Sí, respondió el capitán, al polo antártico, a ese punto inexplorado donde se cruzan todos los meridianos del globo. Bien sabe usted que hago lo que quiero con el *Nautilus.*

Se me ocurrió entonces preguntarle si ya había descubierto él aquel polo jamás hollado aún por las plantas de ninguna criatura humana.

-No, señor, me respondió. Lo descubriremos juntos. Allí donde otros fracasaron, yo no fracasaré. Nunca había llevado tan adentro de los mares australes a mi *Nautilus;* pero, le repito, ha de ir mucho más lejos todavía.

-Lo creo, capitán, añadí con tono un tanto zumbón. ¡Lo creo! ¡Adelante, pues! ¡Para nosotros no hay obstáculos! ¡Rompamos la barrera de los hielos! ¡Hagámosla saltar y si resiste, pongámosle alas al *Nautilus* para que pase por encima!

-¿Por encima, señor profesor?, respondió tranquilamente el capitán Nemo. Por encima, no, sino por debajo.

-¡Por debajo!, exclamé.

Una repentina revelación de los proyectos del capitán habla hecho la luz en mí. Ahora comprendía. ¡Las maravillosas cualidades del *Nautilus* le servirían una vez más para intentar aquella empresa sobrehumana!

-Ya veo que comenzamos a entendemos, señor profesor, me dijo el capitán con un asomo de -sonrisa. Ya entrevé usted la posibilidad -yo diría el éxito- de la tentativa. Lo que no puede llevar a la práctica un navío cualquiera, resulta fácil para el *Nautilus*. Sí emerge un continente en la región polar, se detendrá ante ese continente; pero si, al contrario, la cubre el mar abierto, irá hasta el mismo polo.

-Es verdad, dije arrebatado por el razonamiento del capitán, si bien la superficie del mar se halla solidificada por el hielo, las capas inferiores están Ubres, por la razón providencial de que el máximo de densidad del agua marina se encuentra a un grado superior al de la congelación. ¿Y, si no me equivoco, la parte sumergida de esta barrera de hielos está en la proporción con respecto a la parte emergente de cuatro a uno?

-Aproximadamente, señor profesor. Por cada pie que los icebergs tienen sobre la superficie del mar, cuentan con tres por debajo de ella. Ahora bien, corno estas montañas no pasan de una altura de cien metros, no han de sumergirse más que unos trescientos. ¿Y qué son trescientos metros para el *Nautilus*?

-Nada, señor.

-Hasta podrá buscar en profundidades mucho mayores la temperatura uniforme de las aguas marinas, y allí desafiaremos impunemente los treinta o cuarenta grados bajo cero de la superficie.

-Cierto, señor, muy cierto, respondí entusiasmándome.

-La única dificultad, añadió el capitán Nemo, consiste en quedar varios días sumergidos sin renovar la provisión de aire.

-¿Nada más que eso?, repliqué. Cuenta el *Nautilus* con amplios depósitos, los llenaremos y nos darán todo el oxígeno de que habremos menester.

-Bien pensado, señor Aronnax, respondió sonriendo el capitán. Pero como no quiero que me reproche un proceder temerario, le manifiesto previamente las objeciones que se presentan.

-¿Tiene otras que hacerme?

-Sólo una. Puede ser que si existe el mar en el polo sur, se halle enteramente helado y, por lo tanto, no podamos subir a la superficie.

-Bien, señor, ¿olvida usted el temible espolón del *Nautilus*? ¿No podríamos lanzarlo oblicuamente contra los campos de hielo y abrirlos con el choque?

-¡Ea, señor profesor, cuántas ideas se le ocurren hoy!

-Por otra parte, capitán, agregué cada vez más entusiasta, ¿por que no habría un mar en el polo sur como lo hay en el polo norte? Los Polos del frío y los de la tierra no se confunden en el hemisferio austral ni en el boreal, y, mientras no haya prueba en contrario, debe suponerse que existe un continente o un océano libres de hielo en ambos puntos del globo.

-Yo también lo creo así, señor Aronnax, dijo el capitán Nemo. Le haré observar solamente que después de suponer tantos reparos a mi Proyecto, ahora usted me abruma con argumentos en su favor.

Era cierto lo que decía el capitán Nemo. ¡Yo había llegado a sobrepujarlo en audacia! ¡Era yo quien le impelía hacia el polo! ¡Me adelantaba a él, lo dejaba atrás!... ¡Pero, no, pobre loco! ¡El capitán

Nemo conocía mejor que tú el pro y el contra del problema, y se divertía viéndote arrebatado en aquella ensoñación de lo imposible!

Entre tanto, él no había perdido el tiempo. A una señal suya se presentó el segundo. Ambos conversaron rápidamente en su incomprensible lenguaje, y fuere que el segundo estuviera advertido desde antes, fuere que le pareciera practicable el proyecto, no manifestó la menor sorpresa. Sin embargo, por muy impasible que lo viera, no superó en impasibilidad a Consejo, quien, cuando le anuncié nuestra intención de llegar al polo sur, acogió la nueva con un "como le agrade al señor", no pasó de ahí. En cuanto a Ned Land, si alguna vez se encogieron unos hombros en forma despectiva, nunca lo fueron tanto como lo hizo el canadiense en tal ocasión.

-Le diré a usted, señor, comentó, ¡usted y su amigo el capitán Nemo me dan lástima!

-Sin embargo, iremos al polo, maestro Land.

-¡Puede ser, pero no volverán!

Y Ned Land entró en su camarote "para no cometer un disparate", según dijo al separarse de mi lado.

Mientras tanto, los preparativos de la audaz tentativa habían comenzado, Las poderosas bombas del *Nautilus* llenaban de aire los depósitos, almacenándolo a alta presión. A eso de las cuatro, me informó el capitán Nemo que se cerrarían las compuertas de la plataforma. Eché una mirada postrera a las montañas de hielo que nos disponíamos a traspasar. El tiempo estaba sereno, la atmósfera bastante pura, el frío era intenso, unos 12º bajo cero; pero habiéndose calmado el viento, la temperatura no parecía insoportable.

Unos diez hombres subieron a la parte exterior del *Nautilus y* rompieron el hielo con picos para dejar libre la obra viva, operación que realizaron con rapidez, pues la capa de hielo era aún delgada. Nos volvimos todos al interior de la nave. Los depósitos habituales se llenaron con el agua que se desagotó para que flotase y el *Nautilus* no tardó en sumergirse.

Me ubiqué con Consejo en el salón. Por el cristal del panel corrido, mirábamos las capas inferiores del océano austral. El termómetro subía. La aguja del manómetro giraba en el cuadrante.

A los trescientos metros más o menos, como lo había previsto el capitán Nemo, flotábamos bajo la ondulada superficie de la barrera; pero el *Nautilus* se sumergió más aún, llegando a la profundidad de ochocientos metros. La temperatura del agua, que marcaba doce grados bajo cero en la superficie, ya sólo era de diez; habíanse ganado dos grados. De más está decir que la temperatura del *Nautilus* se mantenía en un nivel muy superior, por los aparatos de calefacción. Todas las maniobras se cumplían con precisión extraordinaria.

-Pasaremos, si al señor le parece bien, me dijo Consejo.

-Así lo espero, respondí con honda convicción.

Bajo aquel mar libre, el *Nautilus* se encaminaba directamente al polo, sin apartarse del quincuagésimo segundo meridiano. Desde los 67º 30' hasta los 90º, faltaban veintidós grados y medio, es decir, un poco más de quinientas leguas. El *Nautilus* tomó una velocidad media de veintiséis millas por hora, la velocidad de un tren expreso. Si se mantenía en ella, le bastarían cuarenta horas para llegar al polo.

Durante parte de la noche, la novedad de la situación nos retuvo, a Consejo y a mí, ante el cristal del salón. El mar se iluminaba mediante la irradiación eléctrica del foco; pero se lo veía desierto. Los peces no permanecen en las aguas cerradas, sólo les servían de paso para ir desde el océano Antártico al mar libre del polo. Nuestro avance era veloz. Así lo percibíamos por las vibraciones del largo casco de acero.

A las dos de la mañana me retiré para tomar unas horas de reposo. Lo mismo hizo Consejo.

Al pasar por las crujías no vi al capitán Nemo; supuse que estaba en la cabina del timonel.

Al día siguiente, 19 de marzo, volví a tomar mi puesto en el salón. La corredera eléctrica indicaba que se había moderado la velocidad del *Nautilus*. Iba subiendo hacia la superficie, aunque con pru-

dencia, vaciando los depósitos. Me latía el corazón. ¿Podríamos emerger y gozar de nuevo de la atmósfera libre, en el polo? No. Un choque me dio a entender que el *Nautilus* había golpeado con la superficie inferior de la barrera, demasiado espesa todavía a juzgar por lo apagado del ruido. Habíamos "tocado", para emplear la expresión marina, pero en sentido inverso y a los tres mil pies de profundidad. Lo que significaba cuatro mil pies de hielo sobre nosotros, de los cuales mil por encima de la superficie. La barrera tenia, por lo tanto, una altura mayor de la que habíamos calculado desde su borde. Circunstancia poco tranquilizadora. Durante el día, el *Nautilus* repitió varias veces la misma experiencia, chocando cada vez con la muralla que formaba un techo sobre él. En ciertos momentos, dio contra ella a los novecientos metros, con lo que se revelaban mil doscientos metros de espesor, con trescientos sobre el nivel del mar... Era el doble de la altura de la barrera cuando el *Nautilus* se había sumergido. Anoté cuidadosamente las diversas profundidades y obtuve así el perfil submarino de aquella cadena que se extendía bajo el agua.

Por la noche no hubo variantes en nuestra situación. Siempre hielo, entre los cuatrocientos y quinientos metros de profundidad. Disminuía, evidentemente, ¡pero qué espesa era todavía la capa helada entre nosotros y la superficie del océano! Dieron las ocho. Desde hacía cuatro horas debía haberse renovado el aire en el interior del *Nautilus*, de acuerdo con lo acostumbrado a bordo. Sin embargo, yo no sentí demasiadas molestias, aunque el capitán Nemo no hubiera sacado aún de los depósitos un suplemento de oxígeno. El sueño me fue penoso durante aquella noche. Esperanzas y temores me embargaban sucesivamente. Me levanté varias veces. Los tanteos del *Nautilus* proseguían. A eso de las tres de la mañana observé que la superficie inferior de la barrera sólo estaba a cincuenta metros de profundidad. Ciento cincuenta pies nos separaban entonces de la superficie del mar. La barrera se convertía poco a poco en *icefield*. La montaña se hacía llanura. Yo no quitaba la mirada del manómetro. Seguíamos subiendo, siempre en diagonal, cerca de la cara inferior de la masa resplande-

ciente que fulguraba reflejando los rayos de la luz eléctrica. La barrera disminuía por encima y por debajo, mediante rampas alargadas. Cada milla amenguaba más. Por fin, a las seis de la mañana, el memorable día del 19 de marzo, se abrió la puerta del salón, apareció por ella el capitán Nemo y dijo:

-¡El mar abierto!

EL POLO SUR

Me precipité a la plataforma.

¡Sí! Era el mar abierto. Apenas algunos témpanos esparcidos y móviles icebergs; a lo lejos, la extensión del mar; un mundo de pájaros en el aire y miríadas de peces en aquellas aguas, que, según los fondos, variaban desde el azul intenso al verde oliva. El termómetro señalaba tres grados centígrados bajo cero. Era como una primavera relativa encerrada detrás de la barrera, cuyas masas lejanas se perfilaban en el horizonte norte.

-¿Estamos en el polo?, le pregunté al capitán, sintiendo el corazón palpitante.

-Lo ignoro, me respondió. A mediodía tomaremos la situación.

- ¿Aparecerá el sol a través de estas brumas?, interrogué contemplando el cielo grisáceo.

-Por poco que asome, bastará; respondióme el capitán.

A diez millas del *Nautilus*, hacia el sur, se alzaba un islote solitario a una altura de doscientos metros. Avanzábamos hacia él, aunque con prudencia, pues aquel mar podía estar sembrado de escollos.

Una hora después, arribamos al islote. Dos horas más tarde acabamos de dar una vuelta en torno a él. Medía cuatro o cinco millas su contorno. Un estrecho canal lo separaba de una gran porción de tierra, tal vez un continente, cuyos límites no podíamos determinar.

La existencia de esa tierra parecía confirmar las hipótesis de Maury. El ingenioso norteamericano notó, en efecto, que entre el polo sur y el sexagésimo paralelo, el mar se halla cubierto de hielos flotantes, sumamente grandes, que no se ven jamás en el Atlántico norte. De ello sacó en conclusión que el círculo antártico encierra porciones considerables de tierra, ya que los icebergs no se forman en pleno mar, sino sólo en las costas. Según sus cálculos, la masa de hielo que cubre el polo austral constituye un amplio casquete cuya anchura debe de alcanzar a unos cuatro mil kilómetros.

Entre tanto, por temor a encallar, el *Nautilus* se había detenido a tres cables de una playa dominada por soberbio cúmulo de rocas. Se echó al mar la canoa. El capitán, dos de sus hombres con los instrumentos, Consejo y yo, nos embarcamos. Eran las diez de la mañana. No lo había visto a Ned Land; el canadiense, sin duda, no quiso desdecirse ni siquiera en presencia del polo sur. Algunos impulsos de remo llevaron a la canoa hasta la playa. En el momento en que Consejo iba a saltar a tierra, lo detuve.

-Señor, le dije al capitán Nemo, a usted le corresponde el honor de ser el primero en poner pie en esta tierra.

-Sí, señor, respondió el capitán, y si no vacilo en hollar el suelo del polo, es porque hasta hoy ningún ser humano dejó en él la huella de sus pasos.

Diciendo esto, saltó ágilmente a la arena. Una vivísima emoción le hacía latir el corazón. Escaló un peñasco que terminaba sobre un pequeño promontorio y allí con los brazos cruzados, ardiente la mirada, inmóvil, silencioso, parecía estar tomando posesión de las regiones australes. Después de unos cinco minutos vividos en pleno éxtasis, se volvió hacia nosotros.

-Cuando usted guste, señor, me gritó.

Desembarqué seguido de Consejo, dejando a los dos hombres en la canoa.

Largo trecho del suelo se veía como acribillado de nidos de pájaros niños, madrigueras dispuestas para la cría, de las que escapaban numerosas aves. El capitán Nemo mandó cazar algunas centenas, pues su carne negra es muy comestible. Lanzaban rebuznos como asnos. Esos animales, del tamaño de una oca, con plumaje de color pizarra en la parte superior del cuerpo y blanco por debajo, llevan como una corbata amarilla, y se dejan matar a pedradas, sin tratar de huir.

La bruma no se disipaba, sin embargo; a las once no había asomado todavía el sol. La persistente ocultación del astro no dejaba de inquietarme. Sin él, no era posible ubicar la posición. ¿Cómo sabríamos, entonces, si habíamos llegado al polo?

Cuando estuve al lado del capitán Nemo, lo encontré acodado calladamente en una roca, contemplando el cielo. Al parecer, estaba impaciente, contrariado. ¿Qué cabía hacer? Por audaz y poderoso que fuere ese hombre, no podía mandar al sol como dominaba al mar.

Llegó el mediodía sin que apareciera el astro rey un solo instante. No podíamos siquiera reconocer el sitio que ocupaba tras la cortina de bruma, que no tardó en resolverse en copiosa nieve.

-Mañana será, me dijo sencillamente el capitán, y nos volvimos al *Nautilus* en medio de los torbellinos atmosféricos.

La tormenta de nieve duró hasta el día siguiente. No era posible estar en la plataforma. Desde el salón donde tomaba notas de los incidentes que señalaban esa excursión al continente polar, yo oía los graznidos de los petreles y albatros que se recreaban en plena tormenta. El *Nautilus* no permaneció estacionario, sino que bordeando la costa avanzó aún unas diez millas hacia el sur, envuelto en la escasa claridad que daba el sol al rasar los límites del horizonte.

Al día siguiente, cesó la nevada. El frío era un poco más intenso. El termómetro marcaba dos grados bajo cero. Las nieblas se desvanecieron y alenté la esperanza de que ese día podríamos dejar señalada nuestra posición.

El capitán Nemo no se había hecho ver todavía; nos embarcamos Consejo y yo en la canoa para ir a tierra. La naturaleza del suelo era allí igualmente volcánica; en todas partes se notaban huellas de lava, de escorias, de basalto, sin que llegase yo a ver el cráter que los había arrojado. Aquí como allá, miles de pájaros animaban esta porción del continente polar, compartiendo el dominio de la zona con numerosos grupos de mamíferos marinos que nos miraban con su dulce mirar. Eran focas de distintas especies, unas echadas en el suelo, otras recostadas sobre témpanos a la deriva, algunas saliendo del mar o arrojándose a él. No las asustaba nuestra presencia, por no haber tenido nunca contacto con el hombre, y calculé que habría allí un número suficiente como para abastecer a varios centenares de navíos.

Eran las ocho de la mañana. Nos quedaban cuatro horas hasta que el sol pudiera ser observado con fines prácticos. Me dirigí hacia una amplia bahía abierta en el acantilado granítico de la ribera.

Al llegar a la cresta del promontorio divisé una extensa llanura blanca, con una multitud de morsas que retozaban entre ellas v lanzaban aullidos de alegría, no de furia. Las morsas se asemejan a las focas por la forma del cuerpo y la disposición de los miembros, pero carecen de incisivos y caninos en la mandíbula inferior y tienen los caninos superiores transformados en largas defensas de ochenta centímetros de largo y treinta Y tres de circunferencia al nivel del alvéolo. Dichos dientes, de marfil compacto y sin estrías, más duro que el de los elefantes y menos propenso a ponerse amarillo, son muy solicitados, por cuya razón se persigue a las morsas con una caza tan desconsiderada que no tardará en exterminarlas totalmente, pues los cazadores dan muerte sin discriminar a las hembras jóvenes y a las prefíadas, sacrificando cada año a más de cuatro mil de ellas.

Mientras pasaba junto a tan curiosos animales, pude examinarlos a mis anchas, ya que no se alejaban. Tienen piel gruesa y rugosa, de tono leonado tirando a rojo, con pelaje corto y ralo. Algunas llegaban a cuatro metros de largo. Más tranquilas y menos medrosas que sus congéneres del norte, no confiaban a centinelas selectos el cuidado de vigilar las cercanías de su campamento.

Luego de haber examinado aquella ciudad de las morsas, me dispuse a regresar. Eran las once y sí el capitán Nemo hallaba condiciones favorables para realizar la observación, yo quería estar presente.

Sin embargo, no confiaba en que asomara el sol ese día. Las nubes amontonadas en el horizonte lo ocultaban todavía a nuestras miradas.

Al parecer, el astro celoso no consentía en revelar a seres humanos aquel punto inabordable del globo. A pesar de ello, me pareció bien retornar a bordo del *Nautilus*. Seguimos por un angosto repecho que se extendía en la cima del acantilado. A las once y media había-

mos llegado al punto de desembarco. La canoa, encallada, había traído al capitán Nemo. Lo vi, puesto de pie sobre un bloque de basalto, con los instrumentos a su vera, la mirada fija en el horizonte norte, cerca del cual describía entonces el sol su curva alargada. Me coloqué al lado del capitán y me mantuve a la espera sin hablar. Llegó el medio día; lo mismo que había ocurrido la víspera, el sol no se mostró. Era una fatalidad; fallaba otra vez la observación y si mañana no se realizaba, habría que renunciar definitivamente a conocer nuestra verdadera posición.

Estábamos, en efecto, a 20 de marzo. Mañana, 21, día del equinoccio, sin contar con la refracción, el sol desaparecería durante seis meses detrás del horizonte y con su ocultamiento comenzaría la larga noche polar. Desde el equinoccio de setiembre había emergido del horizonte septentrional, elevándose en espirales alargadas hasta el 21 de diciembre. En esa época, el solsticio en aquellas regiones australes, comenzó a descender nuevamente y el día siguiente habría de lanzar sus últimos rayos. Le manifesté al capitán Nemo estas observaciones y temores míos.

-Tiene usted razón, señor Aronnax, me dijo, si mañana no obtengo la altura del sol, no podré reanudar la operación hasta dentro de seis meses. Pero también, y precisamente porque los azares de mi navegación me trajeron a estos mates el 21 de marzo, me será fácil determinar nuestra posición, siempre que a mediodía el sol aparezca a nuestra vista.

-¿Por qué, capitán?

-Porque cuando el astro diurno describe espirales tan alargadas, es difícil medir con exactitud su altura sobre el horizonte y los instrumentos están expuestos a cometer graves errores.

-¿Cómo procederá usted, entonces?

-Sólo utilizaré mi cronómetro, me respondió el capitán Nemo. Si mañana, 21 de marzo, a mediodía, el disco del sol, descontada la refracción, aparece cortado exactamente por el horizonte norte, quedará comprobado que nos hallamos en el polo sur.

-Así es, dije. No obstante, creo que el cálculo puede no resultar matemáticamente riguroso, porque el equinoccio no coincide por fuerza con el mediodía.

-Sin duda, señor; pero la diferencia apenas sería de unos cien metros, que para el caso poco importan. Hasta mañana, pues.

El capitán Nemo regresó a bordo. Consejo y yo nos quedamos hasta las cinco, recorriendo la playa, observando y estudiando. No hallé ningún objeto curioso, a no ser un huevo de pingüino, de notable tamaño y por el que algún coleccionista hubiera dado más de mil francos. El color perla, las rayas y manchas que lo adornaban como otros tantos jeroglíficos, lo convertían en una valiosa chuchería. Lo puse en manos de Consejo, y el prudente mozo, de paso seguro, sustentándolo como una preciosa porcelana de la China, lo llevó intacto hasta el *Nautilus*. Allí, ubiqué ese huevo raro en una de las vitrinas del museo. Cené con apetito, saboreando un excelente trozo de hígado de foca, cuyo gusto recuerda el de la carne de cerdo. Luego me acosté, no sin haber invocado como un hindú los favores del astro radioso.

Al día siguiente, 21 de marzo, a las cinco de la mañana subí a la plataforma, donde hallé al capitán Nemo.

-El tiempo se despeja un poco, me dijo. Tengo esperanzas de que podamos realizar nuestro propósito. Después de almorzar, bajaremos a tierra para elegir un lugar de observación.

De acuerdo con ello, me fui en busca de Ned Land. Me hubiera agradado llevarlo conmigo. El tozudo canadiense se negó y advertí que su conducta taciturna como su mal humor se acentuaban día a día. Después de todo, no lamenté su obstinación en, aquella circunstancia.

En verdad, había demasiadas focas en tierra y no era prudente inducir en tentación al pescador irreflexivo.

Terminado el almuerzo pasé a tierra. El *Nautilus* habla subido unas millas durante la noche. Se hallaba en alta mar, a una legua larga de la costa, dominada por un pico agudo de cuatrocientos o quinientos metros. La canoa conducía también al capitán Nemo con dos

tripulantes y los instrumentos, es decir, un cronómetro, un catalejo y un barómetro.

Durante la travesía, divisé numerosas ballenas que pertenecían a las tres especies peculiares de los mares del extremo sur, la ballena franca, o li*ght-whale* de los ingleses, que carece de aleta dorsal; el *hum-back,* ballenóptero de vientre rugoso y amplias aletas blanquecinas, que pese a su nombre no toman la forma de alas, y el *fin-back,* pardo amarillento, el más vivaz de aquellos cetáceos. Este poderoso animal se deja oir desde lejos cuando expele a gran altura las columnas de aire y vapor semejantes a torbellinos de humo.

Los antedichos mamíferos retozaban en grupos por las aguas tranquilas y yo comprendí que la cuenca del polo antártico servía ahora de refugio a los cetáceos perseguidos con encarnizamiento por los pescadores.

A las nueve arribamos a tierra. El cielo aclaraba. Las nubes huían hacia el sur. Las brumas se apartaban de la superficie fría del agua. El capitán Nemo se dirigió hacia el pico, donde entendía, sin duda, establecer su observatorio. Fue una ascensión penosa sobre las lavas afiladas y las piedras Pómez, en medio de una atmósfera a menudo saturada por las emanaciones de las fumarolas. A pesar de ser el capitán un hombre que habla perdido la costumbre de caminar en tierra firme, subía las pendientes más ásperas con tal soltura y agilidad que yo no podía igualarlo y que hubiera provocado la envidia de un cazador de gamuzas.

Tardamos dos horas en escalar el pico constituido a medias por rocas basálticas y de pórfido. Desde allí, nuestras miradas abarcaron la extensión de un mar que, hacía el norte, trazaba netamente la línea terminal contra el fondo del cielo. A nuestros pies, campos deslumbradores de blancura. Sobre nuestras cabezas, un pálido azul liberado de brumas. Al norte, el disco del sol, como una bola de fuego, cortado ya por el filo del horizonte. Del seno de las aguas se alza6an como magníficos surtidores los chorros líquidos por centenares, A lo lejos, cual un cetáceo dormido, el *Nautilus*. Detrás de nosotros, hacia el sur

y el este, una porción inmensa de tierra, amontonamiento caótico de rocas y hielos cuyos límites no se distinguían.

Cuando el capitán Nemo llegó a lo alto del pico tomó cuidadosamente su altura por medio del barómetro, pues debía tenerla en cuenta para la observación.

A las doce menos cuarto, el sol, que se había visto hasta entonces sólo por refracción, mostró su disco de oro y dispersó unos rayos postreros por ese continente abandonado, por aquellos mares que el hombre nunca surcó todavía.

El capitán Nemo, provisto de un anteojo reticular, que mediante un espejo corregía la refracción, observó al astro mientras se hundía poco a poco en el horizonte trazando una diagonal muy alargada. Yo tenía el cronómetro. Me latía con violencia el corazón. Si la mitad exacta del disco solar dejaba de verse al dar las doce el cronómetro, nos hallábamos en el mismo polo.

-¡Mediodía!, exclamé.

-¡El polo sur!, respondió el capitán Nemo con voz grave, tendiéndome el anteojo para que viera al astro diurno cortado exactamente en dos porciones iguales por la línea del horizonte.

Contemplé cómo los últimos rayos coronaban el pico y cómo las sombras iban subiendo paulatinamente por sus laderas.

En ese momento, el capitán Nemo, apoyándome en el hombro la mano, me dijo:

-Señor, en 1600 el holandés Ghéritk, arrastrado, por las corrientes y las tempestades, llegó hasta los 64º de latitud sur y descubrió las Shetland del Sur. En 1773, el 17 de enero, el ilustre Cook, siguiendo la línea del meridiano 38 alcanzó los 67º 30' de latitud, y en 1774, el 30 de enero, por el meridiano 109 tocó los 71º 15' de latitud. En 1820, el inglés Bransfield se detuvo en el paralelo sesenta y cinco. En 1825, el inglés Poweil no pudo sobrepasar los sesenta y dos grados. Ese mismo año un cazador de focas, el inglés Weddell, llegó hasta los 72, W de latitud por el meridiano treinta y cinco y hasta los 74º 15’ por el treinta y seis. En 1831, el inglés Biscoe descubría el 1 de febrero la

tierra de Enderby a los 68º 50'de latitud; en 1832, el 5 de febrero, la tierra Adelaida a los 67º de latitud y el 21 de febrero la tierra de Graham a los 64º 45'. En 1838, el francés Dumont d'Urville, detenido por la barrera de los hielos a los 62º 57' de latitud, señalaba la existencia de la tierra de Luis Felipe; dos años después, en un nuevo avance hacia el sur, daba nombre el 21 de enero, a la tierra Adelia en la latitud de 66º 30', y ocho días más tarde en la de 64º 40' a la costa de Clarie. En 1838, el inglés Wilkes avanzó hasta el paralelo sesenta por el meridiano cien. Por fin, en 1842, el inglés James Ross, al mando del *Erebus* y del *Terror* hallaba el 11 de enero la tierra Victoria a los 76º 56' de latitud y 171º 7' de longitud este; el 23 del mismo mes tornaba la altura en el paralelo setenta y cuatro, el punto más avanzado a que se había ido hasta entonces; el 27 estaba en los 76º 8; el 28 en los 77º 32' el 2 de febrero en los 78º 4' y, en 1842 volvía al grado 71 que no pudo traspasar. Pues bien, yo, el capitán Nemo, hoy, 21 de marzo de 1868, he llegado al polo sur a los noventa grados, y torno posesión de esta porción del globo equivalente a la sexta parte de los continentes conocidos.

-¿En nombre de quién, capitán?

-¡En mi propio nombre, señor!

Y diciendo esto, el capitán Nemo desplegó un pabellón negro que llevaba una N bordada en oro en la tela. Luego, dirigiéndose al astro rey cuyos últimos rayos rozaban el horizonte del mar:

-¡Adiós, sol!, exclamó. ¡Ocúltate, astro radioso! ¡Ponte detrás de este mar libre y deja que una noche de seis meses tienda su manto sobre su nuevo dominio!

¿ACCIDENTE o INCIDENTE?

El día siguiente, 22 de marzo, comenzaron los preparativos de la partida, a las seis de la mañana. Los últimos fulgores del crepúsculo se fundían en la noche. El frío era intenso. Las constelaciones resplandecían con sorprendente luminosidad. En el cenit brillaba la admirable Cruz del Sur, la estrella Polar de las regiones antárticas.

El termómetro señalaba doce grados bajo cero y cuando soplaba el viento producía vivísimo escozor. Los témpanos se multiplicaban en el agua libre. El mar tendía a congelarse totalmente. Numerosas placas negruzcas, extendidas en su superficie, anunciaban la próxima formación de la nueva, capa de hielo. Evidentemente, la cuenca central, congelada durante los seis meses de invierno, se haría por completo inaccesible.

¿Qué ocurría con las ballenas durante ese periodo? Sin duda, irían por debajo de la barrera, en busca de mares menos cerrados. En cuanto a las focas y a las morsas, habituadas a vivir en los climas más rigurosos, se quedarían en aquellos helados parajes. Tienen el instinto dichos animales de cavar agujeros en los *icefields* cuidando de mantenerlos siempre abiertos y por ahí salen a respirar. Cuando las aves, azuzadas por el frío, emigran hacia el norte, son esos mamíferos marinos los únicos dueños del continente polar.

Entre tanto, se habían llenado los depósitos de agua y el *Nautilus* descendía lentamente. A una profundidad de mil pies se detuvo. Luego la hélice batió las aguas y la nave avanzó con recto rumbo al norte a la velocidad de quince millas por hora. Hacia el anochecer, ya flotaba por debajo del inmenso caparazón helado de la barrera.

Los paneles del salón hablan quedado corridos por prudencia, pues el casco del *Nautilus* podía chocar con algún bloque sumergido. Por eso, pasé ese día poniendo en limpio mis apuntes.

A las tres de la mañana me despertó un violento encontrón. Me incorporé en el lecho y estaba escuchando en la oscuridad, cuando me

vi arrojado bruscamente hasta el medio de la habitación, Era evidente que el *Nautilus* escoraba mucho después de haber tocado. Apoyándome en1as paredes, me arrastré por las crujías hasta el salón alumbrado por el cielorraso luminoso. Los muebles estaban caldos. Por fortuna, las vitrinas sólidamente sujetas por el pie hablan resistido. Los cuadros de estribor, a causa del desplazamiento de la vertical, se pegaban al muro tapizado, mientras el borde inferior de los de babor se apartaba un pie de la pared. El *Nautilus* estaba, pues, recostado a estribor y, además, totalmente inmóvil. En el interior oía rumor de pasos y voces confusas. Pero el capitán Nemo no se presentó. En el momento en que me disponía a salir del salón, entraron Ned Land y Consejo.

-¿Qué ocurre?, les pregunté al instante.

-Yo venia a preguntárselo al señor, respondió Consejo,

-¡Por mil demonios!, exclamó el canadiense. ¡Yo bien me sé lo que pasa! El *Nautilus* ha tocado y viendo la escora que tiene, no creo que salga a flote como aquella primera vez en el estrecho de Torres.

-¿Pero por lo menos ha subido hasta la superficie?, pregunté.

-No lo sabemos, respondió Consejo.

-Es fácil averiguarlo, añadí yo.

Consulté el manómetro. Con gran sorpresa vi que señalaba una profundidad de trescientos sesenta metros.

-¿Qué significa esto?, exclamé.

-Habrá que preguntárselo al capitán Nemo, dijo Consejo.

-¿Dónde lo hallaríamos?, preguntó Ned Land les dije a mis dos compañeros.

Salimos del salón. En la biblioteca no habla nadie. Supuse que el capitán Nemo estaría en la cabina del timonel. Lo mejor era esperar. Nos volvimos los tres al salón. Pasaré por alto las recriminaciones del canadiense. Sobrados motivos tenía para rezongar. Dejé que desahogara su mal humor sin responderle.

Hacía unos veinte minutos que estábamos allí tratando de aplicar el oído a cualquier rumor que se produjera dentro del *Nautilus,* cuando entró el capitán Nemo. Al parecer no nos vio. El rostro habitualmente

tan impasible reflejaba cierta inquietud. Observó calladamente la brújula, el manómetro y vino a poner el índice en un punto del planisferio, en la parte que representaba los mares australes.

No quise interrumpirlo. Sólo unos instantes después, cuando se volvió hacia mi, le dije devolviéndole una expresión que había empleado en ocasión de lo que ocurrió en el estrecho de Torres:

-¿Un incidente, capitán?

-No, señor, respondió; esta vez es un accidente.

- ¿Grave?

-Quizás.

-¿Es inmediato el peligro?

-No.

-¿Encalló el *Nautilus?*

-Sí.

-¿Y la causa fue...?

-Un capricho de la naturaleza, no la impericia de los hombres. No se cometió error alguno durante nuestras maniobras. Sin embargo, no es posible impedir que las leyes del equilibrio se cumplan. Pueden sortearse las leyes humanas, pero no contrariarse las leyes naturales.

En singular momento se entregaba el capitán Nemo a tales meditaciones filosóficas. En suma, aquella respuesta suya no me decía nada. Entonces, insistí:

-¿Puedo saber, señor, cuál es la causa de este accidente?

-Un enorme bloque de hielo, una montaña entera, se ha dado vuelta, me respondió. Cuando las aguas más cálidas o choques repetidos desgastan la base de los icebergs, el centro de gravedad va subiendo en el bloque. Entonces llega un momento en que se tumban y dan una vuelta completa sobre sí mismos. Eso es lo que ocurrió. Uno de los bloques al invertirse chocó con el *Nautilus* que flotaba por debajo de él; luego, deslizándose bajo el casco y levantándolo con fuerza irresistible lo llevó a capas menos densas, donde se encuentra tumbado de costado.

-¿Pero no se puede desprender al *Nautilus* vaciando los depósitos, de modo que recobre el equilibrio?

-Es lo que hacemos en este momento, señor. Si presta atención oirá que las bombas funcionan. Mire la aguja del manómetro: está indicando que el *Nautilus* sube; pero el bloque de hielo sube también con él y, hasta que algún obstáculo detenga ese movimiento ascendente, nuestra posición seguirá siendo la misma.

En efecto, el *Nautilus* continuaba escorado a estribor. Sin duda, se enderezaría cuando el bloque permaneciera quieto. Pero quién sabe si no chocábamos entonces con la parte inferior de la barrera y no nos veíamos espantosamente apretados entre ambas superficies de hielo.

Yo meditaba en todas las consecuencias de tal situación. El capitán Nemo no apartaba la vista del manómetro. El *Nautilus* con el vuelco del iceberg había subido unos ciento cincuenta pies, pero siempre conservando el mismo ángulo con respecto a la perpendicular. De pronto, se percibió un leve movimiento del casco. Era evidente que el *Nautilus se* enderezaba un poco. Los objetos que colgaban en el salón recobraban visiblemente la posición normal. Las paredes se acercaban a la vertical. Ninguno de nosotros hablaba. Con el corazón palpitante observábamos, sentíamos el retorno al equilibrio. El piso volvía a ponerse horizontal bajo nuestras plantas. Transcurrieron diez minutos.

-¡Al fin volvemos a la posición normal!, exclamé.

-Sí, dijo el capitán Nemo encaminándose hacia la puerta del salón.-

-¿Pero flotaremos?, le pregunté.

-Sin la menor duda, respondió. En cuanto se vacíen los depósitos, el *Nautilus* subirá a la superficie del mar.

El capitán salió y al rato advertí que, por orden suya, se detenía la marcha ascendente del *Nautilus.*

En efecto, pronto hubiera chocado con la parte inferior de la barrera, y era preferible mantenerlo entre dos aguas.

-¡De buena nos libramos!, dijo entonces Consejo.

-Sí. Podíamos quedar aplastados entre ambos bloques de hielo, o por lo menos, aprisionados entre ellos. Y entonces, al no poderse renovar el aire... ¡Sí! ¡De buena nos hemos librado!

-¡Si es que esto acabó!, murmuró el canadiense.

No quise empezar una discusión inútil con él y no le respondí nada. Además, en ese momento se corrían los paneles y la luz exterior penetró a través de los cristales descubiertos.

Como ya lo he dicho, estábamos flotando en agua libre, pero a una distancia de diez metros a cada lado del *Nautilus* se alzaba una deslumbradora muralla de hielo. Por encima y por debajo, la misma muralla; por encima, porque la superficie inferior de la barrera se extendía como inmenso techo; por debajo, porque el bloque dado vuelta, habiéndose deslizado poco a poco, halló en las murallas laterales dos puntos de apoyo que lo mantenían en esa posición. El Nautilus estaba apresado en un verdadero túnel de hielo, de unos veinte metros de ancho, lleno de aguas tranquilas. Le era fácil, pues, salir avanzando o retrocediendo y dar de nuevo, a un centenar de metros de hondura, con un paso libre por debajo de la barrera.

El cielorraso luminoso se había apagado v, no obstante, el salón resplandecía con intensa luz. Es que la fuerte reverberación de las paredes de hielo reflejaban con violencia las irradiaciones del foco. Yo no sabría pintar el efecto de los rayos voltaicos sobre aquellos grandes bloques caprichosamente recortados, en los cuales cada ángulo, cada arista, cada faceta enviaba un fulgor distinto, según la naturaleza de las venas que veteaban el hielo. Era una mina deslumbrante de gemas y particularmente de zafiros que cruzaban sus rayas azules con las rayas verdes de las esmeraldas. Aquí y allá matices opalinos de extremada suavidad corrían por entre puntos ardientes, verdaderos diamantes de fuego cuyo destello no soportaba la mirada. La potencia del foco se centuplicaba, como la de una lámpara con las láminas lenticulares de un faro de primer orden.

-¡Qué hermoso es esto, qué hermoso!, exclamó Consejo.

-Sí, dije yo, es un espectáculo admirable. ¿No le parece, Ned?

-¡Eh! ¡Por mil demonios, si!, respondió Ned Land. ¡Es soberbio! Rabio al tener que admitirlo. Jamás se ha visto cosa semejante. Pero este espectáculo puede resultarnos caro. Y si me permiten decirlo, pienso que estamos viendo aquí cosas que Dios quiso tener ocultas a la vista del hombre.

Ned tenía razón. Era aquello demasiado hermoso. De pronto, un grito de Consejo me hizo volver la cabeza.

-¿Qué pasa?, pregunté.

-¡Cierre los ojos señor! ¡No mire el señor! Y diciendo esto, Consejo apretaba las palmas con fuerza en los párpados.

-¿Qué te sucede, muchacho?

-¡He quedado encandilado, estoy ciego!

Involuntariamente llevé las miradas hacia el cristal, pero no pude soportar el tremendo esplandor que lo envolvía.

Comprendí lo que estaba pasando. Acababa el *Nautilus* de emprender la marcha a gran velocidad: todos los destellos tranquilos de las murallas de hielo se habían transformado entonces en rayas fulgurantes. Los fuegos de aquellos miles de diamantes se confundían en qno. El *Nautilus*, al impulso de su hélice, viajaba dentro de una vaina de relámpagos,

Los paneles del salón se corrieron. Teníamos apoyadas las manos en los ojos impregnados de aquellas centellas concéntricas que danzaban ante nuestras retinas, como cuando los rayos solares las hieren directamente. Fue menester algún tiempo para que se nos calmara la irritación de la vista. Por fin, pudimos bajar las manos.

-En verdad, que nunca lo hubiera creído, dijo Consejo.

-¡Yo todavía lo veo y no lo creo!, añadió el canadiense.

-Cuando volvamos a tierra, prosiguió Consejo, hartos de ver tantas maravillas de la naturaleza, ¿qué nos parecerán aquellos míseros continentes y las obras insignificantes salidas de manos de los hombres? ¡No, ya no nos parecerá digno de nosotros el mundo habitado!

Semejantes palabras en labios de un impasible flamenco muestran hasta qué grado de ebullición había llegado nuestro entusiasmo.

Pero el canadiense no perdió la oportunidad de arrojar su chorrito de agua fría.

-¡El mundo habitado!, dijo meneando la cabeza. ¡No se preocupe por él, amigo Consejo, que jamás volveremos a verlo!

Eran entonces las cinco de la mañana. En ese momento se produjo un choque en la proa del *Nautilus.* Comprendí que el espolón se había metido en un bloque de hielo. Debió de ser a consecuencia de una mala maniobra, pues ese túnel submarino, obstruido por los bloques, no brindaba posibilidades de fácil navegación. Pensé, por lo tanto, que el capitán Nemo modificaría el rumbo, contorneando los obstáculos o siguiendo las sinuosidades del túnel. En todo caso, la marcha hacia adelante no quedaría necesariamente detenida. Sin embargo, contra lo que yo esperaba, el *Nautilus* inició un movimiento de retroceso muy pronunciado.

-¿Nos volvemos atrás?, preguntó Consejo.

-Sí, respondíle. De este lado, el túnel no tendrá salida.

-¿Y entonces?...

-Pues, entonces, es muy sencilla la maniobra. Nos volvemos sobre nuestros pasos y salimos por el orificio sur. Eso es todo.

Al hablar de esta manera quería yo parecer más convencido de lo que en verdad lo estaba. Entre tanto, el movimiento de retroceso se aceleraba y el *Nautilus* marchando a contra hélice nos arrastraba con suma velocidad.

-Será un atraso, dijo Ned.

-¡Qué importan unas horas más o menos, con tal que salgamos!

Me paseé durante un rato desde el salón hasta la biblioteca. Mis compañeros, sentados, callaban. Poco después, me eché en un diván y tomé un libro cuyas páginas recorrían maquinalmente mis miradas. Un cuarto de hora más tarde, Consejo que se me había acercado, me preguntó.

-¿Es muy interesante lo que el señor lee?

-Muy interesante, le respondí.

-Ya lo creo. Es el libro del señor el que el señor está leyendo.

-¿Mi libro?...

En efecto, tenía en las manos la obra de *Las grandes profundidades s0marinas*, sin sospecharlo. Cerré el libro y reanudé el paseo. Ned Land y Consejo se levantaron para retirarse.

-No se vayan, amigos, les dije reteniéndolos. Quedémonos juntos hasta que salgamos de este atolladero.

Transcurrieron unas horas. Observé con frecuencia los instrumentos colgados en la pared del salón. El manómetro indicaba que el *Nautilus* se mantenía a una profundidad constante de trescientos metros; la brújula señalaba que se dirigía sin variar hacia el sur; la corredera, que se movía con una velocidad de veinte millas por hora, velocidad excesiva en un espacio tan estrecho. Pero el capitán Nemo sabía que no era mucha toda prisa, ya que entonces los minutos equivalían a siglos.

A las ocho y veinticinco minutos, se produjo otro choque, esta vez a popa. Sentí que me ponía pálido. Mis compañeros se me acercaron. Le tomé la mano a Consejo. Nos interrogábamos con las miradas, y más claramente que si las palabras interpretaran nuestros pensamientos. En ese momento el capitán entró en el salón. Me adelanté hacia él.

-¿El paso está obstruido al sur?, le pregunté.

-Sí, señor. El iceberg al tumbarse cerró toda salida.

-¿Estamos bloqueados,

-Sí.

FALTA EL AIRE

Así pues, en torno al *Nautilus*, por encima y por debajo había un muro impenetrable de hielo. ¡Éramos prisioneros de la gran barrera! El canadiense dio un tremendo puñetazo en una mesa. Consejo callaba. Yo lo miraba al capitán. Su expresión mostraba nuevamente la habitual serenidad. Tenía cruzados los brazos. Meditaba. El *Nautilus* ya no se movía. El capitán tomó entonces la palabra:

_Señores, dijo con voz tranquila, en las condiciones en que nos hallamos existen dos peligros mortales.

El inexplicable personaje tenía el aspecto de un profesor de matemáticas que desarrolla una explicación ante sus alumnos.

-El primero, prosiguió, es el de morir aplastados. El segundo, el de morir por asfixia. No hablo de la probabilidad de morir de hambre, porque el abastecimiento del *Nautilus* durará, por cierto, más que nosotros. Hemos de preocuparnos, por lo tanto, de hacer frente a la amenaza de aplastamiento o a la de sofocación.

-No existen temores de asfixia si los depósitos de aire están llenos, observé.

-Así es, dijo el capitán Nemo pero sólo darán aire para dos días.

Como hace treinta y seis horas que estamos bajo la superficie, la atmósfera pesada del *Nautilus* debió ya renovarse. Dentro de cuarenta y ocho horas se habrán agotado nuestras reservas.

-¡Pues bien, capitán, tenemos que vernos libres antes de cuarenta ocho horas!

-Lo intentaremos, por lo menos, horadando la muralla que nos rodea.

-¿Hacia qué lado?, pregunté.

-Eso nos lo dirán los sondeos. Encallaré al *Nautilus* en el banco inferior y mis hombres, con las escafandras, tratarán de romper el iceberg por su parte más delgada.

-¿Pueden correrse los paneles del salón,

-Sin ningún inconveniente. Ya no nos moveremos.

El capitán Nemo salió. Al rato, unos silbidos me indicaron que el agua entraba en los depósitos. El *Nautilus* descendió lentamente y, se apoyó en el fondo de hielo a una profundidad de trescientos cincuenta metros, donde estaba sumergido el banco de hielo inferior.

-Amigos míos, dije, la situación es grave, pero no dudo del valor ni de la energía de ustedes.

-Señor, me respondió el canadiense, en estos momentos no lo fastidiaré con recriminaciones. Estoy dispuesto a hacer lo que pueda por nuestra liberación.

-Muy bien, Ned, dije tendiéndole la mano al canadiense.

-Añado que, como manejo el pico lo mismo que el arpón, si puedo ser de alguna utilidad para el capitán, me pongo a su disposición.

-No ha de rechazar su concurso. Venga usted, Ned.

Llevé al canadiense a la cámara donde los tripulantes del *Nautilus* vestían las escafandras. Le transmití al capitán la propuesta de Ned, que le fue aceptada. El canadiense se puso el traje de mar Y al instante estuvo listo como sus compañeros de labor. Cada uno de ellos tenía puesto a la espalda un aparato Rouquayrol en el que los depósitos del *Nautilus* habían trasladado una buena cantidad de aire puro, quite valioso, pero necesario, que se les ocasionaba a sus reservas. Por lo que respecta a las lámparas Ruhmkorff, eran inútiles en medio de las aguas luminosas y saturadas de rayos eléctricos.

Cuando estuvo vestido Ned, yo regresé al salón, cuyos cristales estaban descubiertos, y puesto al lado de Consejo examiné las capas ambientes que sostenían al *Nautilus.* Unos instantes después veíamos a una docena de hombres de la tripulación que hacían pie en el banco de hielo, entre ellos Ned Land, a quien se lo reconocía por su alta estatura. El capitán Nemo los acompañaba.

Antes de proceder a cavar las murallas, hizo practicar sondeos para verificar la adecuada orientación de los trabajos. Largas sondas hundidas en las paredes señalaron que después de quince rnetros de examen continuaba siendo espesa la muralla. Era ineficaz atacar a la

superficie que servía de techo, puesto que se trataba de la misma barrera, de más de cuatrocientos metros de altura. El capitán Nemo mandó sondear, entonces, la superficie inferior. Allí, unos diez metros de pared nos separaban del agua. Tales eran las dimensiones del iceberg. Por consiguiente, se trataba de recortar un trozo en su superficie igual a la línea de flotación del *Nautilus*, lo que equivalía a extraer unos seis mil quinientos metros cúbicos, para cavar un pozo por donde descender hasta debajo de la masa de hielo.

La tarea comenzó de inmediato y se la prosiguió con infatigable empeño. En lugar de cavar alrededor del *Nautilus,* lo que hubiera acarreado mayores dificultades, el capitán hizo dibujar la inmensa fosa a ocho metros de su costado de estribor. Luego, los hombres taladraron simultáneamente en diversos puntos de su contorno. No tardó el pico en atacar con vigor la materia compacta y grandes bloques se separaron de la masa. Por un curioso efecto del peso específico, esos bloques, más liviana que el agua, volaban, por decirlo así, hacia la bóveda del túnel, que se espesaba por arriba con lo que perdía por debajo. Pero ello importaba poco, va que la pared inferior se adelgazaba en la misma proporción.

Después de dos horas de enérgica labor, Ned Land regresó agotado. Nuevos trabajadores, entre los que intervinimos nosotros, los reemplazaron a él y a sus compañeros. El segundo del *Nautilus* nos dirigía. El agua me pareció singularmente fría, pero pronto entré en calor manejando el pico. Me movía con entera libertad, no obstante estar soportando una presión de treinta atmósferas.

Cuando volví, tras dos horas de trabajo, para tomar algún alimento y algún reposo, advertí notable diferencia entre el aire puro que me suministraba el aparato Rouquayrol y la atmósfera del *Nautilus* ya cargada de ácido carbónico. No se habla renovado el aire desde cuarenta y ocho horas antes y se hallaban muy amenguadas las cualidades vivificantes del que respirábamos. Entre tanto, en un lapso de doce horas no habíamos quitado sino una capa de hielo con el espesor de un metro dentro de la superficie dibujada, esto es, unos seiscientos metros

cúbicos más o menos. Calculando que la tarea se prosiguiera en la misma proporción cada doce horas, serían menester aún cinco noches y cuatro días de trabajo para llevar a buen término la empresa.

-¡Cinco noches y cuatro días!, les dije a mis compañeros. Y no contamos con reservas de aire más que para dos días.

-Fuera de que, añadió Ned, cuando salgamos de esta maldita, prisión, estaremos aún presos bajo la barrera y sin cornunicación posible con la atmósfera.

La observación era exacta. ¿Quién podía prever, entonces, qué tiempo mínimo exigiría nuestra liberación? ¿No nos ahogaría la asfixia antes que el *Nautilus* lograra subir a la superficie del mar? ¿Sería su destino el de perecer en aquella tumba de hielo con todos los que se hallaban en él? La situación presentaba terrible aspecto. Pero cada ano de nosotros la había encarado de frente y todos estábamos decididos a cumplir con nuestro deber hasta el fin.

De acuerdo con mis previsiones, durante la noche se extrajo otra capa de un metro en el inmenso alvéolo. Pero por la mañana, cuando a cubierto de mi escafandra recorrí la masa líquida circundante, con una temperatura de seis a siete grados bajo cero, noté que las murallas laterales se iban acercando poco a poco. Las porciones de agua alejadas de la fosa, no entibiadas por el trabajo de los hombres y el juego de las herramientas, mostraban tendencia a solidificarse. En presencia el nuevo e inminente peligro, ¿a qué se reducían nuestras probabilidades de salvación y cómo impedir que se congelara aquel medio líquido, que al solidificarse haría estallar como si fueran de vidrio las paredes del *Nautilus?*

No di a conocer esta nueva amenaza a mis dos compañeros. ¿Para qué ponerlos en el trance de perder la energía con que se empeñaban en el penoso trabajo del salvamento? Sin embargo, al volver a bordo, le comuniqué al capitán Nemo la tremenda complicación que preveía.

-Ya lo sé, me dijo con el mismo tono sereno de siempre, que no alteraban las más terribles ocasiones críticas. Es un peligro más, y no

veo medio alguno de evitarlo. Nuestra única probabilidad de salvación está en adelantamos al congelamiento. Se trata de llegar primero. En eso está todo.

¡Llegar primero! ¡En fin, ya debía hallarse habituado a semejante manera de hablar!

Ese día, durante varias horas, manejé el pico tesoneramente. El trabajo me sostenía. Además, el hecho de trabajar significaba salir del *Nautilus*, respirar directamente el aire puro tomado de los depósitos, alejarse de la atmósfera enrarecida y viciada.

Al llegar la noche, se había cavado la fosa un metro más. Cuando retorné a bordo, a punto estuve de asfixiarme con el ácido carbónico que saturaba el aire. ¡Ah, por qué no tendríamos los medios químicos que anulan ese gas deletéreo! El oxígeno no escaseaba. El agua circundante contenía una cantidad considerable y si la descompusiéramos mediante nuestras poderosas pilas, nos hubiera brindado suficiente fluido vivificador. Yo había pensado en ello, pero, ¿para qué, si el ácido carbónico que exhalábamos al respirar tenía invadidas todas las partes de la nave Para absorberlo era preciso llenar recipientes con potasa cáustica y agitarlos continuamente. Ahora bien, dicha materia faltaba a bordo y, nada podía reemplazarla.

Por la noche, hubo de abrir el capitán Nemo los grifos de los depósitos y lanzar algunas columnas de aire en el interior del *Nautilus*. Sin tal precaución, no hubiéramos despertado.

El día siguiente, 26 de marzo, reanudé mi tarea de minero dando comienzo a la extracción del quinto metro. Las paredes laterales y la superficie inferior de la barrera se espesaban a vista de ojos. Era evidente que llegarían a juntarse antes que el *Nautilus* lograra desprenderse del encierro. Durante un momento me dominó la desesperación. El pico estuvo a punto de escurrírseme de las manos. ¿Para qué seguir cavando, si había de perecer ahogado, aplastado por el agua que se convertía en piedra, suplicio que ni la ferocidad de los salvajes hubiera concebido? Me parecía estar entre las mandíbulas formidables de un monstruo, que se iban cerrando irresistiblemente.

En ese momento, el capitán Nemo, que dirigía la tarea y trabajaba personalmente, pasó cerca de mí. Le toqué la mano y le señalé las paredes de nuestra prisión. La muralla de estribor se había acercado al casco del *Nautilus* hasta una distancia menor de cuatro metros. El capitán me comprendió y me hizo seña de que lo siguiera. Volvimos a bordo. Me quité la escafandra y lo acompañé al salón.

-Señor Aronnax, me dijo, hay que apelar a algún remedio heroico o quedarnos empotrados en el agua congelada como en un muro de cemento.

-Cierto es, dije, pero, ¿qué podemos hacer?

-¡Ah, si mi *Nautilus* fuera bastante sólido como para soportar esa presión sin resultar aplastado!

-¿Y con eso?, pregunté sin entender su intención.

-¿No comprende usted que la congelación nos ayudaría? ¿No ve usted que al solidificarse haría estallar estos campos de hielo que nos rodean, como al helarse hace estallar las piedras más duras? ¡No, percibe usted que sería un agente de salvación en lugar de causa de destrucción?

-Sí, capitán, tal vez. Aunque por mucho que resista el *Nautilus*, no podría soportar tan espantosa presión que lo dejarla achatado como una lámina de acero.

-Lo sé señor. No debemos contar, por lo tanto, con el auxilio de la naturaleza, sino con nuestros propios recursos. Tenemos que oponernos a la congelación. Suprimirla. Porque no sólo se van estrechando las paredes laterales, sino que no quedan diez pies de agua a proa y a popa del *Nautilus*. La solidificación del agua progresa por todos lados.

-¿Durante cuánto tiempo, pregunté, el aire de los depósitos nos permitirá respirar a bordo?

El capitán me miró de frente.

-¡Pasado mañana, dijo, estarán agotados los depósitos!

Me corrió un sudor frío. Y, sin embargo, ¿por qué habla de sorprenderme tal respuesta. El 2 de marzo se habla sumergido el *Nautilus*

en las aguas libres del polo. Estábamos a 26 de marzo. ¡Desde hacía cinco días vivíamos merced a las reservas de a bordo! Y el aire respirable que quedaba había que ahorrarlo para los trabajadores. ¡En este mismo instante en que pongo por escrito el relato de aquellos hechos, conservo una impresión tan viva de ellos, que se adueña de todo mi ser un terror involuntario y me parece que les falta aire a mis pulmones!

Entre tanto, el capitán Nemo reflexionaba, callado, inmóvil. Era visible que alguna idea le cruzaba la mente, aunque parecía rechazarla. Se respondía a sí mismo con un movimiento negativo de cabeza. Por fin, se le escaparon de los labios estas palabras:

-¡El agua hirviendo!, murmuró.

-¿El agua hirviendo?, exclamé.

-Sí, señor. Nos hallamos encerrados en un espacio relativamente reducido. ¿Acaso unos chorros de agua hirviendo inyectados sin pausa por las bombas del *Nautilus* no harían subir la temperatura en este medio, retardando, así, su congelación?

-Hay que ensayarlo, dije resueltamente.

-Ensayémoslo señor profesor.

El termómetro marcaba entonces siete grados bajo cero afuera. El capitán Nemo me llevó a las cocinas donde funcionaban grandes aparatos destiladores que proveían de agua potable *por* evaporación. Se cargaron de agua y todo el calor eléctrico de las pilas fue lanzado por las serpentinas bañadas por el líquido. En contados minutos había llegado el agua a los cien grados. Se la dirigió hacia las bombas, mientras otra cantidad de agua iba reemplazándola a medida que salía. El calor que desarrollaban las pilas era tal que el agua fría, sacada del mar, con sólo pasar por los aparatos llegaba hirviendo a las bombas.

La inyección comenzó y tres horas después el termómetro señalaba exteriormente seis grados bajo cero. Se había ganado un grado. Dos horas más tarde no marcaba más que cuatro.

-Lo lograremos, le dije al capitán después de haber observado verificado con numerosas comprobaciones el desarrollo de la operación.

-Lo mismo pienso, me respondió. No moriremos aplastados, sólo debemos temer la asfixia.

Durante la noche, la temperatura del agua subió a un grado bajo cero. Las inyecciones no lograron llevarla a más alto punto. Pero como la congelación del agua de mar se produce solamente a dos grados bajo cero, me sentí al fin tranquilizado en cuanto a los peligros de la solidificación.

El día siguiente, 27 de marzo, seis metros de hielo se hablan quitado del alvéolo. Quedaban solamente cuatro metros por cavar. Eran cuarenta y ocho horas más de trabajo. El aire ya no podía renovarse dentro del *Nautilus*. De manera que esa jornada iba empeorando cada vez más.

Me agobiaba una pesadez intolerable. A eso de las tres de la tarde, la sensación de angustia alcanzó violenta intensidad. Los bostezos me dislocaban las mandíbulas. Los pulmones jadeaban en procura del fluido indispensable para la combustión respiratoria, y que se enrarecía paulatinamente. Un sopor moral se apoderó de mi ánimo. Estaba tendido, sin fuerza, casi sin conocimiento. Mi buen Consejo, presa de los mismos síntomas, víctima de iguales padecimientos, no se apartaba de mi lado. Me tomaba la mano, me daba ánimos y hasta lo oía murmurar:

-¡Ay, si pudiera respirar menos, para dejarle más aire al señor!

Se me bañaban de lágrimas los ojos al escuchar esas palabras.

Siendo intolerable para todos la situación dentro de la nave, ¡con qué prisa, con qué ganas nos vestíamos las escafandras para trabajar cuando llegaba nuestro turno!

Los picos resonaban en la capa helada, Los brazos se nos cansaban, se nos desollaban las manos, pero, ¡qué eran tales fatigas, qué importaban tales heridas! ¡El aire vital llegaba a nuestros pulmones! ¡Respirábamos! ¡Respirábamos!

Y, no obstante, nadie prolongaba más allá del tiempo señalado su trabajo submarino. Cumplida la tarea, cada cual entregaba a los compañeros jadeantes el aparato que devolvía la vida. El capitán Nemo daba el ejemplo y era el primero en someterse a tan severa disciplina. Llegada la hora, cedía a otro el aparato y retornaba a la atmósfera viciada de a bordo, siempre calmoso, sin desfallecimientos, sin una queja.

Ese día, la tarea habitual se cumplió con más energía que nunca. Quedaban solamente dos metros por cavar en toda la superficie. Dos metros solamente nos separaban del mar abierto. Pero los depósitos estaban casi vacíos de aire. Lo poco que contenían debía reservarse para los trabajadores. ¡Ni un átomo para el *Nautilus*!

Cuando regresé a bordo, me sentí a medias sofocado. ¡Qué noche aquélla! No sabría describirla. Semejantes padecimientos no pueden narrarse. Al día siguiente, tenía horriblemente oprimida la respiración. A las jaquecas se añadían aturdidores mareos que me hacían aparecer como hombre ebrio. Mis compañeros manifestaban iguales síntomas y algunos tripulantes se revolcaban entre estertores.

Aquel día, el sexto de nuestro encierro, el capitán Nemo resolvió aplastar la capa de hielo que nos separaba aún de la capa líquida, ya que azadones y picos resultaban demasiado lentos. Había conservado el hombre incólumes la energía y la serenidad. Con su fuerza moral domeñaba los padecimientos físicos. Pensaba, decidía, obraba. A una orden suya, la nave fue levantada, es decir, alzada de la capa de hielo por un cambio en su peso específico, y cuando estuvo en equilibrio en el agua la llevaron hasta colocarla encima de la gran fosa calculada según su línea de flotación. Luego, al llenarse los depósitos de agua, bajó y calzó en el alvéolo cavado.

En ese momento toda la tripulación retornó a bordo y cerróse la doble puerta de comunicación. *El Nautilus* se apoyaba entonces en un lecho de hielo que no medía un metro de espesor y al que las sondas habían perforado ya en mil lugares.

Los grifos de los depósitos se abrieron hasta el punto máximo, de manera que cien metros cúbicos de agua se precipitaron en ellos, aumentando en cien mil kilogramos el peso del *Nautilus.*

Observábamos, escuchábamos, olvidados de nuestros sufrimientos, animados aún de esperanzas. Nuestra salvación se jugaba con aquel último intento. A pesar de los zumbidos en la cabeza que me aturdían, percibí al rato unos estremecimientos bajo el casco de la nave. Se produjo un desnivel. El hielo crujió con singular estrépito, semejante al del papel que se desgarra, y el *Nautilus* bajó.

-¡Pasamos!, me murmuró Consejo al oído.

No pude responderle. Le tomé la mano. Se la oprimí en convulsión involuntaria.

De pronto, arrastrado por su tremenda sobrecarga, el *Nautilus* se hundió como una bala, esto es, cayó como si se hallara en el vacío.

Entonces se dio a las bombas toda la fuerza eléctrica y comenzaron a desagotar el líquido de los depósitos. A los pocos minutos se logró detener la caída, y hasta no tardó en señalar el manómetro un movimiento ascendente. La hélice movida a toda velocidad, hizo estremecerse el casco de hierro hasta en los pernos de las planchas, arrastrándonos en dirección del norte. Mas, ¿cuánto duraría la navegación por debajo de la barrera hasta que llegáramos al mar libre? ¿Otro día más? ¡Yo me habría muerto antes! Semitendido en un sofá en la biblioteca, me sofocaba. Habíaseme puesto morada la cara, azules los labios, tenía suspenso el sentido. Ya no vela ni oía. Los músculos no alcanzaban a contraerse. No podría decir cuántas horas transcurrieron mientras me hallaba en tal estado. Pero tuve conciencia de que comenzaba mi agonía. Comprendí que iba a morir...

De repente, volví en mi. Algunas bocanadas de aire penetraban en mis pulmones. ¿Habíamos subido hasta la superficie del mar - ¿Habíamos traspasado la barrera?

¡No! Era que Ned y Consejo, mis dos abnegados amigos, se sacrificaban para salvarme. Algunos átomos de aire quedaban aún en el fondo de un aparato. En lugar de aprovecharlos ellos, los habían con-

servado para mí y, mientras, se ahogaban, me iban infundiendo la vida gota a gota. Quise rechazar el aparato; me sujetaron las manos y, durante un instante, respiré con honda voluptuosidad.

Dirigí la mirada al reloj. Eran las once da la mañana. Debíamos estar a 28 de marzo. El *Nautilus* avanzaba con la vertiginosa velocidad de cuarenta millas por hora, retorciéndose dentro del agua.

¿Dónde estaba el capitán Nemo? ¿Había sucumbido? ¿Habrían muerto sus compañeros con él? En ese instante, el manómetro indicó que sólo estábamos a veinte pies de la superficie. Un delgado campo de hielo nos separaba de la atmósfera. ¿No era posible quebrarlo?

En todo caso, el *Nautilus* se proponía intentarlo. Noté, en efecto, que adoptaba una posición oblicua, bajando la popa y alzando el espolón.

Una introducción de agua había bastado para romper el equilibrio; luego, a impulsos de su potente hélice, atacó al *icefield* por debajo.

Como un formidable ariete, lo rompía poco a poco, retrocedía, volvía a dar con toda su fuerza contra el campo que se desgarraba y, por fin, con un supremo envión se arrojo contra la helada superficie, aplastándola con su masa.

-Se abrió la compuerta y el aire puro entró a oleadas hasta los últimos rincones del *Nautilus*.

DESDE EL CABO DE HORNOS HASTA EL AMAZONAS

Cómo me hallaba yo en la plataforma, no sabría decirlo. Tal vez me habla llevado allí el canadiense. Pero yo respiraba, aspirando con delicia el aire vivificante del mar. Igualmente mis dos compañeros se solazaban a mi lado con sus frescos efluvios. Aquellos desdichados que estuvieron mucho tiempo privados de alimento no pueden abalanzarse descomedidamente sobre los primeros manjares que se les brindan; nosotros, en cambio, no teníamos por qué moderarnos, podíamos aspirar a plenos pulmones los átomos de aquella atmósfera y era la brisa, la propia brisa la que nos deparaba tan voluptuosa embriaguez.

-¡Ah, qué bueno es el oxígeno!, decía Consejo. No tema el señor aspirarlo, lo hay para todos.

En cuanto a Ned Land, no hablaba, pero abría. las mandíbulas como para asustar a un tiburón. ¡Y qué potente aspiraciones las suyas! El canadiense "tiraba" como una chimenea en pleno funcionamiento.

Recobrábamos fuerzas prontamente y cuando miré a mi alrededor vi que estábamos solos en la plataforma. No habla asomado ninguno de los tripulantes. ¡Ni el mismo capitán Nemo! Los extraños marineros del *Nautilus* se contentaban con el aire que circulaba en el interior. Ninguno de ellos había venido a deleitarse en plena atmósfera.

Las primeras palabras que modulé fueron de profundo agradecimiento a mis dos compañeros. Ned y Consejo hablaba prolongado la vida en las horas postreras de aquella larga agonía. Toda mi gratitud era poca cosa para tanta abnegación.

-Bien, señor profesor, me respondió Ned Land, eso no merece la pena de que se lo mencione. ¿Qué mérito es el nuestro? Era cuestión de pura aritmética; la vida de usted valía más que las nuestras. Por lo tanto, debíamos conservarla.

-No, Ned, respondí, no valía más mi vida. Nadie vale mas que un hombre generoso y bueno, y usted lo es.

_¡Está, bien, está bien!, repetía el canadiense cohibido.

-Y tú, mi buen Consejo, ¿has padecido mucho?

-No demasiado. Para decirle la verdad al señor, sí que me faltaron algunas bocanadas de aire, pero me hubiera habituado. Además, estaba viendo que el señor se desvanecía y eso me quitaba hasta las ganas de respirar. Y eso, como suele decirse, me cortaba el alien...

Consejo, confundido al ver que se entregaba a los lugares comunes del lenguaje, no terminó,

-Amigos míos, les dije hondamente conmovido, estamos ligados unos a otros para siempre y ustedes se han ganado en mi ánimo todos los derechos...

-De los que abusaré, interrumpióme el canadiense.

-¿Cómo?, exclamó Consejo.

-Sí, replicó Ned Land, el derecho de llevármelo conmigo cuando salga de este infernal *Nautilus.*

-A propósito, dijo Consejo, ¿estamos encaminados hacia la buena senda?

-Sí, le respondí, puesto que vamos en dirección del sol, y aquí el sol señala la ruta del norte.

-Sin duda, añadió Ned Land, pero queda por saberse si vamos hacia el Pacífico o el Atlántico, esto es, los mares concurridos o los desiertos.

A esto no podía yo responder y me temía que el propósito del capitán Nemo fuera llevarnos al amplio océano que baña a la vez las costas de Asia y de América. Completarla de ese modo la vuelta al mundo submarino, regresando a los mares donde el *Nautilus* hallaba la más completa independencia. Pero si nos volvíamos al Pacifico, lejos de toda tierra habitada, ¿en qué quedarían los proyectos de Ned Land.

No tardaríamos en enterarnos de cómo se despejaba tan importante incógnita. El *Nautilus* navegaba velozmente. El círculo polar

quedó pronto atrás y llevábamos la proa puesta hacia el promontorio de Hornos. El 31 de marzo, a las siete de la tarde, pasábamos a la vista de la punta americana.

Entonces olvidamos todos los padecimientos pasados. El recuerdo del encierro entre los hielos se borraba poco a poco. No pensábamos más que en lo futuro. El capitán Nemo no se presentaba ya, ni en el salón ni en la plataforma. La posición que se marcaba cada día en el planisferio, y que el segundo habla tomado, me permitía conocer la exacta dirección que seguía el *Nautilus.* Ahora bien, aquella tarde se hizo evidente, con gran satisfacción de mi parte, que regresábamos al norte por la ruta del Atlántico. Les comuniqué al canadiense y a Consejo el resultado de mis observaciones.

-Buenas noticias, dijo el canadiense; pero, ¿a dónde va el *Nautilus*?

-No lo sé, Ned.

-¿Querrá el capitán, luego de haber afrontado el polo sur, llegarse al polo norte y retornar al Pacifico por el famoso paso del noroeste?

-No sería necesario provocarlo mucho, comentó Consejo.

-Pues antes que lo haga, afirmó el canadiense, nosotros lo dejaremos.

-En todo caso, añadió Consejo, es un hombre de pelo en pecho este capitán Nemo y no lamentaremos haberlo conocido.

-¡Sobre todo cuando nos hayamos alejado de él!, respondió Ned Land.

El día siguiente, 1 de abril, al subir el *Nautilus* a la superficie, algunos minutos antes de mediodía, divisamos una costa al oeste. Era la Tierra del Fuego, a la que los primeros navegantes llamaron así por las numerosas humaredas que se alzaban desde las chozas indígenas. Constituye una gran aglomeración de islas que se extienden en un espacio de treinta leguas de largo por ochenta de ancho, entre los 53º y 56' de latitud austral y los 67º 50' y 77º 15' de longitud oeste. La costa me pareció baja, aunque a los lejos se elevaban altas montañas. Hasta creo haber entrevisto el monte Sarmiento que surge a dos mil

setenta metros sobre el nivel del mar, bloque piramidal de roca pizarrosa y pico muy agudo, el cual según esté velado o libre de vapores, "anuncia buen o mal tiempo", como me explicó Ned Land. En ese momento, dicho pico nos pareció netamente recortado sobre el fondo del cielo. Era presagio de buen tiempo, lo que se confirmó después.

Hasta el 3 de abril no salimos de la región patagónica, ya navegando bajo el mar, ya en la superficie. Luego, el *Nautilus* pasó a la vista del amplio estuario que forma la desembocadura del Plata y se encontró, el 4 de abril frente a las costas uruguayas, aunque a cincuenta millas mar adentro. Su ruta se mantenía en dirección norte y bordeaba las largas sinuosidades de la América meridional. Teníamos recorridas, entonces, dieciséis mil leguas desde que nos habíamos embarcado en los mares del Japón. Hacia las once de la mañana cortamos el trópico de Capricornio por el meridiano treinta' y siete y pasamos por frente al cabo Frío. El capitán Nemo, con gran disgusto de Ned Land, no mostraba agrado por la cercanía de las costas brasileñas habitadas, pues avanzaba con rapidez vertiginosa.

Tal velocidad se mantuvo durante varios días y el 9 de abril por la noche avistábamos la punta más oriental de la América del Sur, que forma el cabo San Roque. Pero a esa altura el *Nautilus* se apartó nuevamente y fue en busca, a mayores profundidades, de un valle submarino cavado entre aquella punta y Sierra Leona, en la costa africana. Dicho valle se bifurca junto a las Antillas y termina en el norte con una enorme depresión de nueve mil metros. En aquel lugar el fondo del océano configura hasta las islas Caribes o Pequeñas Antillas un acantilado de seis kilómetros cortado a pico, y, a la altura de las islas del Cabo Verde, otra muralla no menos considerable; entre ambos se encierra todo el continente sumergido de la Atlántida. El fondo desigual de ese valle tiene algunas montañas que dan un aspecto pintoresco a tales profundidades submarinas. Hablo de ello guiándome, sobre todo, por los mapas manuscritos de la biblioteca del *Nautilus*, trazados evidentemente por la mano del capitán Nemo de acuerdo con sus observaciones personales.

Durante dos días visitamos aquellas aguas desiertas y profundas, merced a los planos inclinados. El *Nautilus* daba amplias bordadas diagonales que lo llevaban a distintos niveles. Pero el 11 de abril se elevó súbitamente y se nos apareció la tierra en la desembocadura del río Amazonas, amplio estuario de caudal tan considerable que endulza las aguas del mar en un espacio de varias leguas.

Habíamos cruzado el ecuador. A veinte millas al oeste estaban las Guayanas, donde una tierra francesa nos hubiera procurado fácil refugio. Pero silbaba con fuerza el viento y las olas encrespadas no hubieran permitido arrostrarlas en una simple canoa. Ned Land lo entendió así, sin duda, porque no habló de fuga. Por mi parte, no aludí en modo alguno a sus proyectos de evasión, ya que no quería incitarlo a tomar iniciativas destinadas a inevitable fracaso.

Durante el siguiente día, 12 de abril, acercóse el *Nautilus* a la Guayana holandesa, hacia la desembocadura del Maroni. Allí vivían en familia varios grupos de manatíes, como la vaca marina, pertenecientes al orden de los sirénidos. Esos hermosos animales, pacíficos e inofensivos, dé seis a siete -metros de largo, debían de pesar por lo menos cuatro mil kilogramos.

Los tripulantes del *Nautilus* se apoderaron de una media docena de manatíes con objeto de reabastecer las despensas de carne excelente, superior a la de vaca o ternera. La cacería no fue interesante. Los manatíes se dejaban herir sin defenderse y así varios miles de kilos de carne destinada a la salazón se almacenaron a bordo.

También el mismo día, una pesca de práctica singular acrecentó las reservas del *Nautilus,* comprobando la gran riqueza de recursos que brindan aquellos mares. Las redes habían traído entre las mallas cierto número de peces cuya cabeza termina en una placa oval de rebordes carnosos. Eran unos equidnidos de la tercera familia de los malacopterigios subranquiales. El disco aplastado se compone de láminas cartilaginosas transversales móviles, entre las cuales el animal puede producir el vacío, lo que le permite adherirse a los objetos como una ventosa.

Terminada la pesca, el *Nautilus* se aproximó a la costa. En ese lugar, unas tortugas marinas dormían en la superficie mecidas por las olas. Hubiera resultado difícil apoderarse de aquellos valiosos reptiles, pues el más leve ruido los despierta y el sólido caparazón rechaza como fuerte coraza el arpón que intenta herirlos. Pero el equidnido procede a la captura con seguridad y precisión extraordinarias. Este animal, en efecto, obra corno un anzuelo viviente, que sería la dicha y la fortuna del ingenuo pescador de caña.

Los hombres del *Nautilus* ataron a la cola de esos peces un anillo bastante ancho como para no impedirle los movimientos y del anillo sujetaron una larga cuerda amarrada por el otro extremo a la borda. Los equidnidos, echados al mar, comenzaron al instante su tarea y fueron a fijarse en el peto de las tortugas. Son tan tenaces que se dejarían desgarrar antes que soltar la presa. Fueron izados a bordo y, con ellos, las tortugas a las que estaban adheridos.

Por medio de dicho procedimiento nos apoderamos de varios quelonios de un metro de ancho, que pesaban doscientos kilos. El caparazón cubierto de placas córneas grandes, delgadas, transparentes, de color pardo con manchas blancas y amarillas, los convertía en presa valiosa. Además, eran excelentes desde el punto de vista comestible, lo mismo que las tortugas comunes que son de exquisito sabor. Con esta pesca terminó nuestra permanencia en los parajes del Amazonas v, al caer la noche, el *Nautilus* navegaba en alta mar.

LOS PULPOS

Durante varios días se mantuvo constantemente apartado el *Nautilus* de la, costa americana. No quería, por lo visto, recorrer las aguas del golfo de México o del mar de las Antillas. Sin embargo, no hubiera faltado allí el agua bajo su casco, puesto que la profundidad medía de esos mares es de mil ochocientos metros; pero, probablemente, unos parajes sembrados de islas y surcados por embarcaciones no le convenían al capitán Nemo.

El 16 de abril divisamos a la Martinica y a la Guadalupe a una distancia de treinta millas más o menos. Llegué a ver un instante sus elevados picos.

El canadiense, que contaba con llevar a cabo sus planes en el golfo, fuere ya arribando a tierra o bien abordando uno de los numerosos barcos de cabotaje entre una y otra isla, se vio muy decepcionado. La fuga podía realizarse si Ned lograba echar mano a la canoa sin que lo advirtiera el capitán; pero una vez en pleno océano no había que pensar en ello.

El canadiense, Consejo y yo tuvimos una conversación bastante prolongada a este respecto. Desde seis meses atrás nos hallábamos prisioneros a bordo del *Nautilus*. Habíamos recorrido diecisiete mil leguas, y, como decía Ned Land, no se vislumbraba que aquello terminase. Me hizo, pues, una propuesta, que yo no me esperaba. Era la de plantear en modo categórico al capitán Nemo la siguiente pregunta: ¿entendía el capitán tenernos a bordo indefinidamente?

Semejante paso no me convencía; a mi parecer, ningún resultado podía darnos. Nada había que esperar del comandante del *Nautilus*; todo dependía de nuestro propio esfuerzo. Por otro lado, desde hacía algún tiempo, ese hombre se mostraba más sombrío, más reservado, menos sociable. Parecía evitar mi contacto. Sólo me encontraba con él después de largos intervalos. Antes se complacía en explicarme las maravillas submarinas; ahora me dejaba entregado a mis estudios y ya

no se hacía ver en el salón. ¿Qué cambio había obrado en él? ¿Debido a qué causa? Yo no tenía nada que reprocharme. ¿Le pesaba, quizás, nuestra presencia a bordo? No obstante, no cabía esperar que fuera hombre capaz de devolvernos la libertad.

Le rogué, por lo tanto, a Ned, que me permitiera pensarlo antes de obrar. Si aquella tentativa no daba resultado, podía, en cambio, renovar sus sospechas, hacer más penosa nuestra situación y estorbar los proyectos del canadiense. Añadiré que no era en modo alguno el caso de invocar razones de salud. Si se exceptúa la ruda prueba de la barrera polar, nunca nos habíamos sentido mejor Ned, Consejo y yo. La alimentación sana, la atmósfera salubre, la vida metódica, la uniformidad de temperatura, no daban ocasión a enfermedades, y para un hombre como el capitán Nemo en quien los recuerdos de la tierra no despertaban nostalgias, para un hombre que se encontraba a sus anchas dondequiera que fuere y que iba a donde se le daba la gana, aunque por vías misteriosas en concepto de los demás, no para él, encaminado directamente a su meta, yo comprendía muy bien los halagos de semejante existencia. En cambió, nosotros no habíamos roto con la humanidad. Por mi parte, yo no quería enterrar conmigo el fruto de unos estudios tan curiosos y tan inauditos. Tenía, ahora, el derecho de escribir el verdadero libro del mar, y yo quería que, tarde o temprano, dicho libro saliera a la luz.

El 20 de abril navegábamos a la profundidad media de mil quinientos metros. La tierra más cercana era el archipiélago de las Lucayas, islas diseminadas como adoquines por la superficie del mar. Allí se alzaban altos acantilados submarinos, rectas murallas constituidas por bloques roídos, puestos sobre anchos basamentos, entre los cuales se formaban unas cavidades negras que no alcanzaban a, alumbrar hasta el fondo nuestros rayos eléctricos. Aquellas rocas se hallaban tapizadas de grandes hierbas, de gigantescas laminarias fucos interminables, verdadero espaldar corno el de los enrejados de los jardines por donde trepan ciertas plantas, formado allí por aquellos hidrófitos dignos de un mundo de titanes.

De las antedichas plantas, por natural transición, pasamos Consejo, Ned y yo a mencionar los gigantescos animales del mar. Unas estaban destinados, con toda evidencia, a servir de alimento a los otros. Sin embargo, desde los cristales del *Nautilus* casi inmóvil, yo no veía entonces sobre los largos filamentos más que los principales articulados de la división de los branquiuros, centollas de largas patas, cangrejos violáceos o clíos propios de los mares de las Antillas.

Serían cerca de las once cuando Ned Land me hizo reparar en un formidable hormigueo que se estaba produciendo en medio de las largas algas.

-Claro está, dije, éstas son verdaderas cavernas de pulpos y no es extraño que veamos en ellas a algunos de esos monstruos.

-¡Cómo!, dijo Consejo, ¿calamares, sencillos calamares de la clase de los cefalópodos?

-No tal, dije yo, sino pulpos de grandes dimensiones. Pero tal vez el amigo Ned se engañó, porque no veo nada.

-Lo lamento, añadió Consejo. Quisiera contemplar de frente a uno de esos pulpos de los que tanto oí hablar y que son capaces de arrastrar a un navío hasta el fondo del abismo. Llaman a esas bestias...

-¡A otro niño con esa bola!, interrumpió irónicamente el canadiense. Porque nadie me hará creer que tales animales existen.

-¿Por qué no?, respondió Consejo. ¿No hemos creído acaso, en el narval del señor?

-En lo que estábamos errados, Consejo.

-¡Sin duda! Pero es probable que haya quien siga creyéndolo.

-Puede ser, le respondí a Consejo. Por mi parte estoy decidido a no admitir, en adelante, la existencia de semejantes monstruos hasta que los haya disecado con mis propias manos.

-¿De modo que el señor no cree que existan esos pulpo?

-¡Quién demonios iba a creer en ellos!, exclamó el canadiense.

-Mucha gente, amigo Ned.

-Pero no los pescadores. ¡Tal vez los sabios!

-Perdone usted, Ned. ¡Pescadores y sabios!

-Pues yo que les estoy hablando, dijo Consejo con el aire más serio del mundo, recuerdo perfectamente haber visto una gran embarcación arrastrada bajo el agua por los brazos de un cefalópodo.

-¿Ha visto usted eso?, preguntó el canadiense.

-Sí, Ned.

-¿Con sus propios ojos?

-Con mis propios ojos.

-¿Y dónde, si puede decírmelo?

-En Saint-Maló, respondió imperturbable Consejo.

-¿En el puerto?, dijo Ned Land irónico.

-No, en una iglesia, respondió Consejo.

-¡En una iglesia!, exclamó el canadiense.

-Sí, amigo Ned. Era un cuadro que representaba al pulpo en cuestión.

-¡Bueno está!, dijo Ned Land soltando la carcajada. El señor Consejo me hizo caer en el lazo.

-En verdad, tiene razón, dije yo. He oído hablar de ese cuadro; pero el tema que interpreta está tomado de una leyenda y usted sabe lo que debe pensarse de las1eyendas en materia de historia natural. Por otra parte, cuando se trata de monstruos, la imaginación se complace en los mayores extravíos. No solamente se ha afirmado que los pulpos podían arrastrar navíos, sino que un tal Olaus Magnus se refiere a un cefalópodo de una milla de largo, que más se parecía a una isla que a un animal. Cuentan, también, que el obispo de Nidros levantó un día un altar en un peñasco inmenso. Al concluir la misa, se puso en marcha la roca y se volvió al mar. Aquel peñasco era un pulpo.

-¿Y eso es todo?, preguntó el canadiense.

-No, le respondí. Otro obispo, Pontoppidam de Berghem, habla igualmente de un pulpo sobre el cual podía maniobrar un regimiento de caballería.

-¡Vaya, cómo las gastaban los obispos de otros tiempos!

-Por fin, los naturalistas de la antigüedad citan monstruos cuya boca semejaba un golfo y que eran tan enormes que no podían pasar por el estrecho de Gibraltar.

-¡Caramba!, exclamó el canadiense.

-Pero, ¿qué hay de cierto en todos esos relatos?, preguntó Consejo.

-Nada, amigos, por lo menos nada que no exceda de lo verosímil para llegar a la fábula o a la leyenda. No obstante, la fantasía de los narradores tiene que apoyarse sino en una causa, a lo menos en un pretexto. No cabe negar que existen pulpos y calamares de especie muy grande, aunque inferiores, sin embargo, en comparación con los cetáceos. Aristóteles había comprobado las dimensiones de un calamar de cinco codos, esto es, de tres metros diez centímetros. Nuestros pescadores ven con frecuencia algunos de más de un metro ochenta de largo. En los museos de Trieste y de Montpellier se conservan disecados pulpos de dos metros. Además, según calculan los naturalistas, un animal de ésos que mida sólo seis pies, tiene tentáculos de veintisiete. Lo que basta para convertirlo en monstruo formidable.

-¿Los pescan en nuestros días de tal tamaño?, preguntó el canadiense.

-Si no los pescan, por lo menos los marinos los ven. Uno de mis amigos, el capitán Paul Bos, de El Havre, me afirmó reiteradamente que se habla encontrado con uno de esos monstruos colosales en los mares de la India. Pero el hecho más sorprendente, y que no permite negar la existencia de dichos animales gigantescos, ocurrió hace unos años, en 1861.

-¿Y cuál es ese hecho?, preguntó Ned Land.

-Se lo diré. En 1861, en el nordeste de Tenerife, más o menos en la latitud en que nos encontramos en este momento, la tripulación del aviso *Alecton* divisó un enorme calamar que nadaba en sus cercanías. El comandante Bouguer se aproximó al animal y lo atacó a tiros de fusil y arponazos, sin ningún éxito, pues las balas y los arpones atraviesan esas carnes blandas como una gelatina sin consistencia.

Después de varias tentativas infructuosas, los tripulantes consiguieron pasarle al molusco un lazo por el cuerpo. El nudo se deslizó hasta las aletas caudales y allí se detuvo. Trataron, entonces, de izar el monstruo a bordo, pero siendo tanto su peso, se separó la cola con el tirar de la cuerda y, privado de dicho ornamento, el animal desapareció bajo la superficie del mar.

-Por fin, se nos presenta un hecho concreto, dijo Ned Land.

-Un hecho indiscutible, mi buen Ned. Incluso se ha propuesto que se llame a ese pulpo "calamar de Bouguer".

-¿Qué largo tenía?, preguntó el canadiense.

-¿No mediría unos seis metros aproximadamente?, preguntó Consejo, que seguía observando desde el cristal las escabrosidades del acantilado.

-Precisamente, le respondí.

-¿No tenía coronada la cabeza con ocho tentáculos que se agitaban como una nidada de serpientes?

-Exacto.

-¿Los ojos, en la parte superior de la cabeza, no eran muy grandes?

-Eso mismo, Consejo.

-¿Y la boca no era un verdadero pico de loro?

-En efecto, Consejo.

-Entonces, si no le parece mal al señor, aquí tenemos al calamar de Bouguer, o cuando menos, a uno de sus hermanos.

Lo miré a Consejo. Ned Land se lanzó hacia el cristal.

-¡Qué bestia espantosa!, exclamó...

Observé a mi vez y no pude dominar un movimiento de repugnancia. Ante mi vista se agitaba un monstruo horrible, digno de figurar en las leyendas teratológicas.

Era un calamar de dimensiones colosales, de unos ocho metros de largo. Marchaba retrocediendo con extremada velocidad en dirección al *Nautilus*. Miraba con sus enormes ojos fijos de matiz glauco. Los ocho brazos, o más bien, los ocho pies que salen de la cabeza, lo que les valió a estos animales el nombre de cefalópodos, tenían un desa-

rrollo del doble de la anchura del cuerpo y se retorcían como la cabellera de las Furias. Se notaban claramente las doscientas cincuenta ventosas ubicadas en la cara interna de los tentáculos en forma de cápsulas semiesféricas. A ratos las tales ventosas se fijaban en el cristal del salón por medio del vacío. La boca del monstruo -un pico de cuerno conformado como el de un loro- se abría.y se cerraba verticalmente. La lengua, sustancia córnea, armada a su vez de varias hileras de dientes agudos, salía vibrando de aquella verdadera cizalla. El cuerpo, fusiforme e hinchado en el medio, formaba una masa carnosa que debía pesar veinticinco mil kilogramos. El color variante pasaba en forma sucesiva del gris lívido al pardo rojizo.

La casualidad nos había puesto en presencia de ese calamar y no quise perder la oportunidad de estudiar cuidadosamente tal tipo de cefalópodo. Sobreponiéndome al horror que me causaba su aspecto, y lápiz en mano, comencé a dibujarlo.

_Quizás sea el mismo que vio el *Alecton*, dijo Consejo.

-No, objetó el canadiense, ya que éste se halla entero y el otro había perdido la cola.

-No sería razón suficiente, dije. Los brazos y la cola de estos animales vuelven a formarse por reintegración. Después de siete años, la cola del calamar de Bouguer tuvo tiempo para crecer de nuevo.

-Además, añadió Ned, si no es ése, será uno de aquellos otros.

Efectivamente, otros pulpos aparecían tras el cristal de estribor. Conté hasta siete. Daban escolta al *Nautilus y yo* oía el rechinar de los picos en el casco de acero. Se colmaban así nuestros deseos. Continué con mi trabajo. Los monstruos se mantenían en nuestras aguas con tal precisión que parecían inmóviles, y me hubiera sido fácil dibujar sus contornos en escorzo sobre el cristal. Por lo demás, navegábamos con moderada velocidad.

De pronto, el *Nautilus* se detuvo. Un choque lo hizo vibrar en toda su armazón.

-¿Habremos tocado fondo, pregunté?

-En tal caso, respondió el canadiense, no hemos encallado, pues estamos flotando.

El *Nautilus* flotaba, sin duda, pero no se movía. Las paletas de la hélice no hendían el agua. Pasó un minuto. El capitán Nemo entró en el salón.

Hacía tiempo que no lo veía y me dio la impresión de que estaba con ánimo sombrío. Sin hablarnos, sin vernos quizás, se encaminó hacia el panel, observó a los pulpos y dijo unas palabras a su segundo, quien salió. Al rato se corrieron los paneles. El cielorraso se iluminó. Yo me adelanté hacia el capitán.

-Curiosa colección de pulpos, le dije con tono displicente como el de un aficionado ante el cristal de un acuario.

-Así es, me respondió, y vamos a combatirlos cuerpo a cuerpo.

Miré al capitán, creyendo no haber entendido.

-¿Cuerpo a cuerpo?, repetí.

-Sí, señor. La hélice está detenida. Supongo que. las mandíbulas córneas de uno de esos calamares se han trabado entre las paletas, lo que nos impide navegar.

-¿Y qué piensa usted hacer?

-Subir a la superficie y destruir a toda esa plaga.

-Empresa difícil, a mi parecer.

-En efecto. Las balas eléctricas resulta ineficaces en esas carnes blandas, donde no hallan bastante resistencia como para explotar. Pero los atacaremos a hachazos.

-Nosotros los acompañaremos, dije.

Y tras el capitán Nemo nos encaminamos hacia la escalera central. Allí, una docena de hombres, armados con hachas de abordaje, estaban listos para el ataque. Consejo y yo empuñamos también sendas hachas. Ned Land, un arpón.

El *Nautilus* ya había retornado a la superficie.

Uno de los marineros, desde los últimos peldaños, aflojaba los pernos de la compuerta; pero apenas se retiraron las tuercas, la tapa se levantó con gran violencia, evidentemente debido a la fuerza de la

ventosa que aplicara en ella el brazo de un pulpo. Al instante, uno de esos largos brazos se deslizó como una serpiente por la abertura y otros veinte se agitaron por encima. De un hachazo cortó el capitán Nemo el formidable tentáculo que cavó retorciéndose.

En el momento en que nos empujábamos unos a otros para llegar a la plataforma, dos brazos cimbreando en el aire se abatieron sobre el marino que iba delante del capitán Nemo y lo arrebataron con irresistible fuerza. El capitán Nemo lanzó un grito y se abalanzó afuera. Nosotros nos precipitamos detrás de él.

¡Qué escena! El infeliz asido por el tentáculo y pegado a las ventosas, se balanceaba en el aire al capricho de aquella enorme trompa. Entre estertores, ahogado, clamaba: ¡Socorro! ¡Ayuda! Estas palabras, pronunciadas en francés, me produjeron tremendo estupor. ¡Había, pues, un compatriota mío a bordo, varios quizás! ¡En toda mi vida no, podré olvidar aquel llamado desgarrador!

El desventurado estaba perdido. ¿Quién lograría librarlo de la mortal sujeción, Sin embargo, el capitán Nemo se había abalanzado contra el pulpo y de un hachazo le había cortado otro brazo. Su segundo se hallaba empeñado en encarnizada lucha con otros monstruos que se arrastraban por los costados del *Nautilus*. La tripulación repartía denodados hachazos a diestra y siniestra. El canadiense, Consejo y yo hundíamos nuestras armas en las masas carnosas. Era horrible. Por un instante creí que al desdichado prisionero del pulpo lo arrancaríamos de la potente succión. Siete de los ocho brazos estaban cortados. Uno solo, retorciéndose en el aire, blandía a la víctima como una,pluma. Pero en el momento en que el capitán Nemo y su segundo se lanzaban contra él, el animal arrojó un chorro de líquido negruzco, segregado por una bolsa que llevan en el abdomen. Quedamos cegados. Cuando la nube negra se disipó, el calamar había desaparecido y con él mi infortunado compatriota.

-¡Qué furia nos arrojó entonces contra aquellos monstruos! Nadie podía dominar su ímpetu. Diez o doce pulpos tenían invadidos la plataforma y los costados del *Nautilus*. Nosotros nos revolvíamos enfure-

cidos en medio de los sobresaltos de aquellos fragmentos de serpientes que se agitaban en la plataforma envueltos en. sangre y tinta negra. El arpón de Ned Land se hundía a cada golpe en los ojos glaucos de los calamares, reventándoselos. Pero de pronto mi audaz compañero cayó derribado por los tentáculos de un monstruo, que no logró eludir. El terrible pico del calamar se había abierto sobre él, y se hallaba a punto el desdichado de ser partido en dos. Yo me lancé en su ayuda. Pero se me había adelantado el capitán Nemo. El hacha que empuñaba se metió entre las dos enormes mandíbulas y, salvado por milagro, el canadiense, levantándose, hundió el arpón hasta el triple corazón del pulpo.

-Le debía a usted el desquite, díjole el capitán Nemo al canadiense. Ned se inclinó sin responderle.

El combate había durado un cuarto de hora. Los monstruos, vencidos, desalojaron el campo y desaparecieron entre las olas. El capitán Nemo, rojo por el baño de sangre, inmóvil junto al fanal, contemplaba el mar que se había llevado a uno de sus compañeros, mientras dos lagrimones le empañaban los ojos.

LA CORRIENTE DEL GOLFO

Ninguno de nosotros podrá olvidar jamás aquella terrible escena del 20 de abril. La he escrito bajo el imperio de una emoción intensísima.

Desde entonces revisé el relato, se lo he leído a Consejo y al canadiense; les pareció exacto en cuanto a los hechos, pero deficiente en el efecto. Para pintar semejantes cuadros es necesaria la pluma del más ilustre de los poetas franceses, Víctor Hugo, el autor de *Los trabajadores del mar*.

He dicho que el capitán Nemo lloraba contemplando las olas. Su dolor era inmenso. Era el segundo compañero que perdía desde nuestra llegada a bordo. ¡Y qué muerte la del infeliz! Ese amigo, aplastado, ahogado, destrozado por el formidable brazo de un pulpo, triturado por sus mandíbulas de hierro, ¡no reposaría con sus compañeros en las apacibles aguas del cementerio de coral!

A mí, lo que más me había desgarrado el corazón, durante aquella lucha, fue el grito de desesperación del desventurado. ¡El pobre francés, olvidando el lenguaje convencional, había apelado a la lengua de su tierra y de su madre, para lanzar el llamado supremo! Así, pues, entre los tripulantes del *Nautilus*, ligados en cuerpo y alma con el capitán Nemo, para huir como él de todo contacto con los hombres, habla tenido yo un compatriota. ¿Sería el único representante de Francia en la misteriosa asociación, integrada evidentemente por individuos de diversas nacionalidades? ¡Era éste otro problema, entre tantos otros insolubles que se presentaban sin cesar a mi intrigado juicio!

El capitán Nemo regresó a su alcoba y no volví a verlo durante cierto tiempo. ¡Pero qué triste, qué desesperado, qué indeciso debía sentirse, a juzgar por el navío de que él era el alma y que recibía todas sus impresiones! Porque el *Nautilus* no tomaba ya una dirección determinada. Iba y venía, flotaba como un cuerpo muerto a la merced de las olas. La hélice había sido destrabada y, no obstante, no se la utili-

zaba. El *Nautilus* navegaba al acaso. ¡No podía desprenderse del teatro de su última lid, del mar que habla devorado a uno de los suyos!

Pasaron así diez días. Sólo el 1 de mayo reanudó francamente su ruta hacia el norte, después de avistar las Lucayás desde la boca del canal de Bahama. Seguíamos entonces la corriente del mayor río del mar, que tiene orillas, peces y temperatura propios. Quiero decir el Gulf-Stream o Corriente del Golfo. Al salir del canal de Bahama, con catorce leguas de ancho y trescientos cincuenta metros de profundidad, corre a razón de ocho kilómetros por hora, rapidez que va decreciendo regularmente a medida que avanza hacía el norte; y es de desear que esa regularidad se conserve, puesto, que si llegara a variar en velocidad y dirección, como se ha creído notar, los climas europeos quedarían sometidos a perturbaciones de consecuencias incalculables.

El 8 de mayo nos hallábamos aún frente al cabo Hatteras, a la altura de la Carolina del Norte. El ancho de la Corriente del Golfo es allí de setenta y cinco millas y su profundidad de doscientos diez metros. El *Nautilus* seguía vagando al acaso. Toda vigilancia parecía suprimida a bordo, Convengo en que en tales condiciones podía lograr buen éxito una evasión. En efecto, las orillas habitadas brindaban por todas artes fáciles refugios. Surcaban continuamente el mar numerosos barcos que prestan servicios entre Nueva York o Boston y el golfo de México, y recorríanlo día y noche las pequeñas goletas que efectúan el cabotaje en los diferentes puntos de la costa norteamericana. Cabía esperar que nos recogieran. Era, por tanto, una ocasión favorable, pese a las treinta millas que nos separaban de la costa.

Pero una circunstancia contraria se oponía a los proyectos del canadiense. El tiempo se había puesto muy malo. Nos acercábamos a las zonas donde son frecuentes las tempestades, a la región de las trombas y ciclones engendrados precisamente por la Corriente del Golfo. Arrostrar el mar desencadenado en una débil canoa era ir hacia una muerte segura. El propio Ned Land lo admitía y tascaba el freno con furiosa nostalgia que sólo la fuga hubiera podido curar.

-Señor, me dijo ese día, es preciso ponerle término a esto. Quiero salir de dudas. Su amigo el capitán se aleja de las tierras y sube hacia el norte. Pero yo le digo a usted que para mí ha sido suficiente con el polo sur y no tengo ganas de seguirlo al polo norte.

-¿Qué podemos hacer, Ned, si la evasión no es factible en este momento?

-Insisto en lo que le dije. Es preciso hablar con el capitán. No le habló usted cuando estábamos en las aguas de su país. Quiero que le hable ahora, mientras nos encontramos en los mares del mío. ¡Cuándo pienso en que dentro de unos días el *Nautilus* pasará a la altura de Nueva Escocia y que desde allí, hacia Terranova, se abre una ancha bahía y que en esa bahía se echa el San Lorenzo y que el San Lorenzo es mi río, el río de Quebec, mi ciudad natal, cuando pienso en esto, me hierve la sangre y se me ponen de punta los cabellos! ¡Vea usted, señor, prefiero arrojarme al mar! ¡No he de quedarme aquí! ¡Aquí yo me ahogo!

El canadiense se hallaba visiblemente a punto de perder la paciencia. Su temperamento vigoroso no soportaba el cautiverio prolongado. Se le alteraban los rasgos día a día; se le ponía el genio cada vez más áspero. Yo comprendía cuánto lo agobiaban sus padecimientos, puesto que a mí también me embargaba la nostalgia. Cerca de siete meses habían transcurrido sin que nos llegara noticia alguna de la tierra. Además, el 'aislamiento en que se mantenía el capitán Nemo, el cambio operado en su humor, sobre todo después del combate con los pulpos, su conducta taciturna, todo me hacía ver las cosas con aspecto diferente. Ya no sentía el entusiasmo de los primeros días. Era menester ser flamenco, como Consejo, para aceptar aquella situación en un ambiente reservado a los cetáceos y otros pobladores del mar. ¡En verdad, si el buen muchacho en lugar de pulmones hubiera tenido branquias, yo creo que sería un pez distinguido!

-¿Y bien, señor, prosiguió Ned Land, viendo que yo no le respondía.

-Y bien, Ned, ¿usted quiere que le pregunte al capitán Nemo cuáles son sus intenciones con respecto a nosotros?

-Sí, señor.

-¿Aunque ya nos las haya hecho saber?

-Sí, quiero conocer su última palabra. Si usted lo prefiere, háblele en mi nombre, solamente en mi nombre.

-Es que lo veo raras veces. Creo que evita mi presencia.

-Razón de más para ir a verlo.

-Lo interrogaré, Ned.

-¿Cuándo?, preguntó insistiendo el canadiense.

-Cuando lo encuentre.

-Señor Aronnax, ¿quiere que vaya a verlo yo?

-No, déjemelo usted a mí. Mañana...

-Hoy, dijo Ned Land.

-Sea. Lo veré hoy, respondíle al canadiense, pues si él actuaba personalmente lo habría echado todo a perder.

Me quedé a solas. Habiendo aceptado el pedido, resolví terminar de una vez. Prefiero una cosa hecha a una por hacer.

Volvime a mi habitación. Desde allí oía que el capitán Nemo caminaba en la suya. No había que perder aquella oportunidad de un encuentro. Llamé a la puerta; no me respondió. Volví a llamar, moví el picaporte. Abrióse la puerta y entré. El capitán estaba allí. Inclinado sobre su mesa de trabajo, no me había oído. Resuelto a no retirarme antes de haber hablado con él, me aproximé. Levantó de pronto la cabeza, frunció el entrecejo y me dijo con tono bastante brusco:

-¡Usted aquí! ¿Qué desea?

-Hablar con usted, capitán.

-Pero estoy ocupado, señor, estoy trabajando. La libertad que le dejo a usted de aislarse cuando lo quiera, ¿no puedo tenerla yo?

Tal recibimiento era poco alentador. Pero yo estaba decidido a oírlo todo, con tal de poder responder a todo.

-Señor, le dije fríamente, tengo que ventilar con usted un asunto que no admite demora.

-¿Cuál, señor?, respondió irónicamente. ¿Hizo algún descubrimiento que se me haya pasado por alto? ¿Le ha revelado el mar nuevos secretos?

Estábamos lejos de la meta. Pero antes que le hubiera respondido me mostró un manuscrito abierto sobre la mesa y me dijo con tono más grave:

-Este, señor Aronnax, es un manuscrito redactado en varios idiomas. Contiene una síntesis de mis estudios en el mar y, si Dios quiere, no perecerá conmigo. Este manuscrito, firmado con mi nombre, con el añadido de la historia de mi vida, será colocado en un aparatito insumergible. El último de nosotros que sobreviva a bordo del *Nautilus* arrojará al mar el aparato, que irá adónde lo lleven las olas.

¡La firma de ese hombre! ¡Su propia historia escrita de su puño!

¿Se revelaría alguna vez el misterio que lo en volvía? En aquel momento sólo vi en esa información un medio de entrar en materia.

-Capitán, le respondí, apruebo por completo la intención que lo mueve. Es necesario que no se pierda el fruto de sus estudios. Sin embargo, el medio que usted emplea me parece primitivo. ¿Quién sabe adónde llevarán los vientos ese aparato y en qué manos irá a parar? ¿No puede darse con un procedimiento mejor? Usted, o uno de los suyos podría...

-Jamás, señor!, dijo vivamente el capitán Nemo interrumpiéndome.

-No obstante, yo, mis compañeros, estamos dispuestos a conservar reservado ese manuscrito, y si usted nos deja en libertad...

-¡En libertad!, exclamó el capitán Nemo levantándose.

-Si, señor, y a ese respecto quería yo interrogarlo. Hace siete meses que estamos a bordo de su nave y hoy le pregunto a usted, en mi nombre y en el de mis compañeros, sí tiene el propósito de retenernos aquí para siempre.

-Señor Aronnax, dijo el capitán Nemo; le diré hoy lo que le he dicho hace siete meses: quien entre en el *Nautilus* no ha de dejarlo jamás,

-¡Lo que usted pretende imponernos es la esclavitud!

-Llámelo usted como guste.

-¡Pero en todas partes le queda al esclavo el derecho de recobrar su libertad! ¡Cualesquiera fueren los medios que se le presenten para lograrla, serán para él legítimos!

-¿Quién le niega a usted tal derecho?, respondió el capitán Nemo. ¿Acaso les exigí alguna vez un juramento?

El capitán me miraba, cruzado de brazos.

-Señor, le dije, volver por segunda vez al tema que nos ocupa no sería de su agrado, como tampoco del mío. Mas, ya que en él estamos, conviene apurarlo por completo en todas sus fases. Le repito que no se trata únicamente de mi persona. Para mí el estudio significa un apoyo, una diversión poderosa, una atracción constante, una pasión que puede conducirme al olvido de toda otra cosa. Como usted, soy hombre que gusta del vivir ignorado, oscuro, con sólo la frágil esperanza de legar un día a la posteridad el resultado de mis trabajos, aunque fuere por conducto de un aparatito hipotético confiado a la merced de las olas y de los vientos. En una palabra, yo puedo sentir admiración por usted, seguirlo sin desagrado en una actitud que hasta cierto punto comprendo; pero hay, además, otros aspectos de su vida que me la hacen entrever como rodeada de complicaciones y misterios en los que mis compañeros y yo no tenemos parte alguna. E incluso cuando nuestros corazones latían acompañándolo, conmovidos por algunas de sus penas o arrebatados por una de sus acciones, geniales o valientes, hemos tenido que refrenar hasta el más leve testimonio de aquella simpatía que despierta la contemplación de lo hermoso y de lo bueno así provenga de un amigo o de un enemigo. Pues bien precisamente esa impresión de vivir ajenos a cuanto le concierne a usted es lo que hace inaceptable, imposible, nuestra posición, aun para mí; pero, ,sobre todo, imposible para Ned Land. Todo hombre, sólo por ser hombre, merece que se lo tome en cuenta. ¿Ha pensado usted en las rebeldías que pueden engendrar el amor de la libertad y el odio contra

la opresión en una naturaleza como la del canadiense y en todo lo que podía pensar, concebir e intentar?

Yo había- callado. El capitán Nemo se levantó.

-¡Qué me importa lo que intente, conciba o piense Ned Land! ¡Yo no he ido a buscarlo, ni por mi gusto lo tengo a bordo! En cuanto a usted, señor Aronnax, es de los que lo comprenden todo, incluso el silencio. No me queda nada más que decirle. Que no se repita lo que por primera vez vino usted hoy a tratar con respecto a este asunto, porque la segunda vez no podrá siquiera prestarle oídos y será peor para ustedes.

Me retiré. A partir de ese día, nuestras relaciones se hicieron muy tensas. Les referí a mis dos compañeros la conversación con el capitán.

-Ahora sabemos, dijo Ned, que no tenemos nada que esperar de ese hombre. El *Nautilus* se está acercando a Long Island. Nos escaparemos, haga el tiempo que hiciere.

Pero el cielo se ponía cada vez más amenazador. Manifestábanse señales de huracán. La atmósfera tomaba tonalidades blanquecinas y lechosas. A los cirros como lana cardada sucedían en el horizonte capas de nimbo-cúmulos. Otras nubes bajas huían velozmente. El mar se encrespaba e hinchaba en amplias oleadas. Los pájaros desaparecían, salvo alguna que otra de las aves amigas de las tempestades. El barómetro descendía notablemente e indicaba en el aire una extremada tensión de los vapores. La atmósfera estaba saturada de electricidad. La lucha de los elementos se aproximaba.

La tempestad estalló el 18 de mayo, precisamente cuando el *Nautilus* navegaba frente a Long Island, a pocas millas de los pasos de Nueva York.

A las diez de la noche, el cielo ardía. Cruzaban la atmósfera violentos relámpagos y rayos. Yo no podía soportar los resplandores, mientras que el capitán Nemo, mirándolos de frente, parecía absorber en sí el alma de la tempestad. Un ruido tremendo llenaba los aires, ruido complejo, mezcla de rugidos de las olas al romper, del ulular del

viento, del retumbar de los truenos. El viento soplaba caprichosamente desde todos los puntos del horizonte y el ciclón, partido del este, giraba al norte, al oeste y al sur, en sentido inverso al de las borracas arremolnadas del hemisferio austral.

¡Ah, esa Corriente del Golfo! ¡Qué bien justificaba sui nombre d reina de las tempestades! Ella era el origen de aquellos devastadores ciclones, por la diferencia de temperatura entre las capas de aire superpuestas a su curso.

A la lluvia le sucedió un diluvio de fuego. Las gotas de agua se convertían ensartas de encendidos diamantes. En un espantoso balanceo, el *Nautilus* levantó a la altura el espolón de acero y vi surgir de él numerosas chispas. Rendido, sintiendo agotadas mis fuerzas, me arrastré boca abajo hasta la compuerta. La abrí y bajé al salón. La tormenta alcanzaba en ese instante su mayor intensidad. Era imposible permanecer de pie dentro del *Nautilus.* El capitán Nemo regresó a medianoche. Oí que los depósitos se llenaban de agua poco a poco y que el *Nautilus* se sumergía bajo la superficie del mar.

Por los cristales del salón vi grandes peces asustados que pasaban como fantasmas en las aguas de color de fuego. El *Nautilus* seguía descendiendo. Creí que encontraría la calma a una profundidad de quince metros. No fue así. Las capas superiores se hallaban lentamente agitadas. Hubo que ir en busca de reposo a unos cincuenta metros en el seno del mar.

¡Pero qué tranquilidad allí, qué silencio, qué apacible ambiente! ¿Quién hubiera dicho que un terrible huracán se desencadenaba entonces en la superficie del océano?

A LOS 479º 24' DE LATITUD Y 170º 28' DE LONGITUD

A consecuencias de la tempestad fuimos impulsados hacia el este. Toda esperanza de fuga a los atracaderos de Nueva York o del San Lorenzo se desvanecía. El pobre Ned desesperado, se aisló como el capitán Nemo. Consejo y yo no nos separábamos nunca.

Dije que el *Nautilus* se desviaba hacia el este; más exacto hubiera sido decir hacia el nordeste. Durante varios días, anduvo vagando, ya en la superficie, ya sumergido, en medio de las brumas tan temidas por los navegantes y que se deben principalmente al deshielo de los témpanos, por cuya causa la atmósfera se mantiene en alto grado de humedad. ¡Cuántos navíos zozobraron en esos parajes cuando se acercaban a reconocer los engañosos fuegos de la costa! ¡Cuántos siniestros originados por aquellas opacas nieblas! ¡Cuántos choques con los escollos al apagar el rumor del viento los ruidos de las rompientes! ¡Cuántas colisiones entre las naves, a pesar de las luces de situación, del sonar de las bocinas o de las campanadas de alarma!

Por eso, el fondo de aquellos mares ofrece el aspecto de un campo de batalla donde yacen los vencidos del océano, los unos antiguos y ya encostrados, los otros recientes, que reflejaban el fulgor de nuestra luz en sus herrajes y carenas de cobre. Entre ellos, ¡cuántos barcos perdidos con sus tripulaciones y su mundo de emigrantes, en los puntos peligrosos que señalan las estadísticas, el cabo Race, la isla de San Pablo, el estrecho de Belle-lle, el estuario de San Lorenzo!

El 15 de mayo nos hallábamos en el extremo meridional del banco de Terranova. Este banco es un producto de los aluviones marinos, una acumulación considerable de detritos orgánicos, aportados desde el ecuador por la Corriente del Golfo, desde el polo boreal por la contracorriente de agua fría que bordea la costa norteamericana. Allí también se amontonan los bloques erráticos acarreados por él des-

hielo. Allí se ha formado un gran osario de peces, de moluscos o de zoófitos que perecen en ese lugar a millones.

El mar no es muy profundo junto al banco de Terranova, apenas unas centenas de brazas cuando más; pero hacia el sur se ahonda súbitamente en una depresión de tres mil metros. Y por allí se vuelca el Gulf-Stream esparciendo sus aguas. Algo pierde en velocidad y en temperatura, pero se convierte en un mar.

Mientras rozábamos los fondos del banco de Terranova, vi claramente las largas líneas armadas con doscientos anzuelos que cada barca tiende por docenas. Las líneas arrastradas desde un extremo por un gancho, están sujetas en la superficie a una boya de corcho. El *Nautilus* tuvo que maniobrar con cautela entre esas redes submarinas.

Por otra parte, no permaneció mucho en esos concurridos parajes. Subió hasta los 42º de latitud.

Allí el fondo submarino formaba un valle de ciento veinte kilómetros de ancho en el que hubiera podido apoyarse el monte Blanco sin que emergiera la cima. Cierra el valle hacia el este una muralla a pico de dos mil metros. Llegamos a tal altura el 28 de mayo, momento en que el *Nautilus* se, hallaba apenas a ciento cincuenta kilómetros de Irlanda. ¿Seguiría remontando el capitán Nemo hasta abordar en las Islas Británicas? No haría tal cosa. Con gran sorpresa mía puso proa al sur y retornó a los mares continentales. Al bordear la verde Erín, divisé un instante el cabo Clear y el faro de Fastenet que guía a millares de navíos llegados de Glasgow o de Liverpool.

Un importante problema me preocupaba entonces. ¿Se atrevería el *Nautilus* a entrar en el canal de la Mancha? Ned Land, que se había hecho ver en cuanto nos aproximamos a la tierra, no paraba de preguntarme. ¿Qué le diría yo? El capitán Nemo continuaba invisible. ¿Acaso, después de haberle dejado entrever al canadiense las costas de América, me mostraría a mí las riberas de Francia?

Entre tanto el *Nautilus* seguía con rumbo al sur. El 30 de mayo pasaba a la vista del Land's, End, entre el cabo de Inglaterra y las islas Scilly que dejó a estribor.

Si quería entrar en la Mancha, le era necesario tomar francamente la ruta del este. No lo hizo.

Durante todo el día, 31 de mayo, el *Nautilus* describió en el mar una serie de círculos que me intrigaron mucho. Parecía estar buscando un punto que le costaba hallar. A mediodía, el capitán Nemo subió personalmente *a* tomar la altura. No me dirigió la palabra. Me pareció más sombrío que nunca. ¿Qué cosa lo entristecía tanto? ¿Era la cercanía de las costas europeas? ¿Sentía alguna nostalgia de su patria abandonada? ¿Qué experimentaba, remordimientos o pesar? Durante largo rato, estos pensamientos me embargaron el ánimo y llegué a presentir que la casualidad nos revelaría muy pronto los secretos del capitán.

El día siguiente, 1 de junio, el *Nautilus* repitió las mismas maniobras. Era evidente que trataba de hallar un punto determinado en el océano. El capitán Nemo subió a tomar la altura lo mismo que la víspera. El mar estaba hermoso, purísimo el cielo. A ocho millas al este, un gran barco de vapor se dibujaba en la línea del horizonte. Ningún pabellón flameaba en el mástil y no pude reconocer su nacionalidad.

Unos minutos antes que el sol pasara por el meridiano, el capitán Nemo tomó el sextante y observó con cuidadosa atención. La calma total de las olas le facilitaba la tarea. El *Nautilus* inmóvil ni se balanceaba. Yo me hallaba en esos momentos en la plataforma. Cuando terminó de tomar la posición, el capitán pronunció estas únicas palabras:

-¡Aquí es!

Volvió a bajar por la compuerta. ¿Había visto al barco que cambiaba de rumbo y parecía acercarse a nosotros? No podría yo decirlo.

Regresé al salón. El panel se corrió y oí los silbidos del agua que penetraba en los depósitos. El *Nautilus* comenzó a sumergirse, siguiendo una dirección vertical, pues la hélice trabada no le transmitía ningún movimiento. Unos minutos después se detenía a una profundidad de ochocientos treinta y tres metros y se apoyaba en el fondo.

El cielorraso luminoso del salón se apagó entonces, corriéronse los paneles y a través de los cristales divisé el mar vivamente ilumi-

nado por los rayos del fanal en un radio de media milla. Miré hacia babor y sólo vi la inmensidad de las aguas tranquilas.

Por el lado de estribor, hacia el fondo, aparecía una apreciable prominencia que me llamó la atención. Dijérase que eran aquéllas unas ruinas cubiertas de conchillas blancuzcas como bajo un manto de nieve. Al examinar atentamente la masa, me pareció reconocer las formas ensanchadas de un navío desmantelado que debió irse a pique por la proa. El siniestro databa ciertamente de época remota. Los restos del naufragio, encostrados, por decirlo así, con la cal de las aguas, hacía muchos años que yacían en el fondo del océano.

¿Qué navío era ése? ¿Por qué venía el *Nautilus* a visitar su tumba? ¿No sería un naufragio lo que había arrastrado al barco hasta esas honduras?

No sabía yo qué pensar de ello, cuando oí a mi lado la voz del capitán Nemo que decía lentamente:

-En otro tiempo ese navío se llamaba el *Marsellés.* Llevaba setenta y cuatro cañones y fue botado en 1762. El 13 de agosto de 1778, al mando de La Poype-Vertrieux, combatió denodadamente con el *Preston.* El 4 de julio de 1779 concurrió, con la escuadra de Estaing, a la toma de Granada. El 5 de setiembre de 1781 participó en el combate trabado por el conde de Grasse en la bahía de Chesapeake. En 1794, la República Francesa le cambió el nombre. El 16 de abril de ese mismo año se unía en Brest a la escuadra de Villaret-Joyeuse, encargada de dar escolta a un cargamento de trigo procedente de América bajo el mando del almirante Van Stabel. El 11 y el 12 de pradial, dicha escuadra se encontraba con los barcos ingleses. Señor, hoy 1 de junio de 1868, estamos a 13 de pradial, según el calendario republicano. Hace exactamente setenta y cuatro años que en este mismo lugar, a los 47º 24' de latitud y 17º 28' de longitud, este navío, tras una lucha heroica que le desmanteló los tres palos, le anegó los pañoles y le puso fuera de combate a la tercera parte de la tripulación, prefirió hundirse con sus trescientos cincuenta y seis marinos antes que rendirse, y cla-

vando el pabellón a popa desapareció bajo las aguas al grito de ¡Viva la República!

-¡El *Vengeur!* (el *Vengador),* exclamé.

-Sí, señor, ¡el *Vengeur!* ¡Hermoso nombre!, murmuró el capitán cruzándose de brazos.

UNA HECATOMBE

Este modo de decir, lo imprevisto de la escena, el renovar la memoria del patriótico sacrificio, al principio con frialdad y luego con el sentimiento que traslucían las últimas palabras, el nombre de *Vengador* cuya aplicación actual no se me ocultaba, todo se unía para impresionarme profundamente. Yo no apartaba de él la mirada. El capitán con las manos tendidas hacia el mar, contemplaba con ojos fulgurantes aquellos gloriosos restos. Tal vez no llegara yo a saber nunca quién era, de dónde venía, adónde se encaminaba; pero lo cierto es que cada día se me revelaba más claramente el hombre tras la figura del sabio. No por una misantropía vulgar se habían encerrado en el seno del *Nautilus* el capitán Nemo y sus compañeros, sino movidos por un odio monstruoso o sublime, jamás amortiguado pese al correr del tiempo. ¿Exigía ese odio nuevas venganzas? No tardarían en hacérmelo saber los días venideros.

Mientras tanto, subía el *Nautilus* lentamente a la superficie y vi cómo se desvanecían poco a poco las confusas formas del *Vengador*. Minutos después noté por el leve balanceo que ya estábamos flotando al aire libre.

En ese momento se oyó una sorda detonación. Lo miré al capitán. El capitán permaneció impasible.

-¡Capitán!, le dije.

No me respondió. Lo dejé y subí a la plataforma, donde me habían precedido Consejo y el canadiense.

-¿Qué fue esa detonación?, pregunté.

Dirigí la mirada hacia el barco que había visto antes. Se acercaba al *Nautilus* y era visible que estaba acelerando la marcha. Seis millas lo separaban de nosotros.

-Fue un cañonazo, respondió Ned Land.

-¿Qué barco es ése, Ned?

-Por el aparejo y la altura de los palos menores, respondió el canadiense, yo diría que es un barco de guerra. ¡Ojalá se nos venga encima y hunda, si es preciso, a este condenado *Nautilus!*

-Amigo Ned, dijo Consejo, ¿qué daño puede hacerle al *Nautilus?* ¿Lo atacará bajo el agua? ¿Lo perseguirá a cañonazos en el fondo del mar?

-Dígame, Ned, pregunté, ¿conoce usted la nacionalidad de ese barco?

-No, señor, me respondió, no podría decir a qué país pertenece. No tiene pabellón izado. Lo que puedo asegurar es que se trata de un barco de guerra.

Durante un cuarto de hora seguimos observando a la nave que se dirigía hacia nosotros, No era admisible, sin embargo, que hubiese reconocido al *Nautilus* a tanta distancia, y menos aún que conociera la verdadera naturaleza de la embarcación submarina.

Al poco rato me dijo el canadiense que era un gran barco de guerra, con espolón, acorazado y armado de dos bandas artilladas. Espeso humo negro salía de sus dos chimeneas. Las velas plegadas se confundían con la línea de las vergas. En el pico cangrejo no flameaba pabellón alguno. La distancia no dejaba aún que se distinguieran los colores del gallardete que ondeaba como delgada cinta. Avanzaba velozmente. Si el capitán Nemo le permitía aproximarse, para nosotros podía significar una oportunidad de liberación.

-Señor, me dijo Ned Land, en cuanto esté ese barco a una milla me arrojo al mar y lo invito a que haga usted lo mismo.

No di respuesta a lo que me proponía el canadiense y seguí observando al barco que se agrandaba a vista de ojos. Que fuera inglés, francés, norteamericano o ruso, no había duda de que nos acogería, si lográbamos llegarnos a su bordo.

-El señor querrá tener la bondad de acordarse, me dijo entonces Consejo, que tenemos alguna experiencia en natación. Puede confiar en mí, que lo remolcaré hasta ese navío, si es de su conveniencia seguirlo al amigo Ned.

Iba a contestarle cuando una nubecilla blanca surgió de la proa del acorazado. Segundos después, las aguas turbadas por la caída de un cuerpo pesado salpicaron la popa del *Nautilus.* E inmediatamente llegó a mis oídos el retumbo del disparo.

¿Como, tiran contra nosotros?, exclamé.

-¡Qué buena gente!, murmuró el canadiense.

-Si al señor no le parece mal... ¡Bueno!, dijo Consejo sacudiéndose el agua que otra bala le había salpicado, si al señor no le parece mal, yo diría que han reconocido al narval y que tiran contra el narval.

-¡Pero deben estar viendo, exclamé, que somos hombres!

-Precisamente, tal vez, por eso mismo, respondió Ned Land mirándome.

Fue como una revelaci1n para mí. Sin duda sabían ya a qué atenerse con respecto a la existencia del supuesto monstruo. Sin duda, -durante el abordaje de la *Abraham Lincoln,* cuando el canadiense le lanzó el arpón, el comandante Farragut se había dado cuenta de que el narval era un barco submarino, mucho más peligroso que un cetáceo sobrenatural. Sí, así debía ser, y en todos los mares, probablemente, estaban ahora persiguiendo a la terrible máquina destructora.

Terrible, en efecto, si como todo lo hacia suponen, el capitán Nemo empleaba al *Nautilus* para llevar a cabo una obra de venganza. Aquella noche en que nos tuvo encerrados en la celda, en medio del océano Indico, ¿no habría atacado a algún navío? El hombre que ahora yacía en el cementerio de coral, ¿no habría sido víctima del choque provocado por el *Nautilus*? Si, lo repito, debía ser así. Una parte de la misteriosa vida del capitán Nemo salía a la luz. Y aunque no conocieran su identidad, las naciones coligadas contra él emprendían ahora la lucha, no ya con un ente fantástico, sino con un hombre que les profesaba implacable odio. Todo ese pasado formidable se alzaba ante mis ojos. En lugar de amigos, sólo podíamos encontramos con enemigos despiadados en el barco que se aproximaba. Entre tanto, multiplicába-

se la caída de balas en torno a nosotros. Pero ninguna dio de lleno en el *Nautilus.*

El navío acorazado se hallaba entonces a tres millas. A pesar del violento cañoneo, el capitán Nemo no subía a la plataforma. Y, sin embargo, si una de aquellas balas cónicas daba en el casco del *Nautilus,* las consecuencias podían ser fatales.

El canadiense me dijo entonces:

-Señor, debemos intentarlo todo para librarnos de este trance.

¡Hagámoles señales! ¡Por mil demonios, quizás comprendan que somos gente honrada!

Ned Land extrajo del bolsillo un pañuelo con intención de agitarlo en el aire. Apenas lo había desplegado, una mano de hierro lo derribó a pesar de su fuerza prodigiosa y lo dejó tendido en el puente.

-¡Miserable!, exclamó el capitán. ¡Mereces que te clave en el espolón del *Nautilus* antes de lanzarlo contra ese navío!

Si terribles eran las palabras del capitán Nemo, más lo era aún su aspecto. El corazón dejó sin duda de latirle durante un momento Y en el espasmo se le había puesto pálido el rostro. Las pupilas se le contrajeron espantosamente. La voz no era sino rugido. Con el cuerpo inclinado hacia adelante le magullaba el hombro al canadiense con sus dedos hechos tenazas. Luego, apartándose de él, se volvió hacia el barco de guerra cuyas balas llovían en torno a él.

-¡Ah, con que sabes quién soy, tú, arma de un poder maldito! ¡Tampoco a mí me fue necesario ver los colores de tu bandera para reconocerte! ¡Mira! ¡Te haré ver los míos!

Y el capitán Nemo desplegó en la proa un pabellón negro, como el que había plantado en el polo sur. En ese momento, tocó el casco del *Nautilus* una bala, sin dañarlo, y pasando de rebote junto al capitán, se perdió en el mar. El capitán se encogió de hombros; luego, dirigiéndose a mí:

-Bajen, me dijo con tono imperioso, bajen, usted y sus compañeros.

-Señor, exclamé, ¿se propone atacar a ese navío?

-Lo hundiré, señor.

-¡No hará usted semejante cosa!

-La haré, contestó fríamente el capitán Nemo. No se atreva usted a juzgarme, señor. La fatalidad le muestra algo que no debió usted ver. El ataque se produjo. La respuesta será terrible. Bajen.

-¿Qué navío es ése?

-¿No lo sabe? ¡Más vale así! Por lo menos su nacionalidad seguirá siendo un misterio para usted. Bajen.

El canadiense, Consejo y yo, sólo podíamos obedecer. Una decena de marineros del *Nautilus* miraban con implacable sentimiento de odio al barco que avanzaba hacia ellos. Yo bajé en el momento en que otro proyectil rozaba el casco del *Nautilus* y oí que el capitán exclamaba:

-¡Tira, insensato! ¡Consume tus inútiles balas! No te librarás del espolón del *Nautilus*. Pero no ha de ser en este sitio donde perezcas. ¡No quiero que tus restos vayan a confundirse con las gloriosas ruinas del *Vengador!*

Me retiré a mi habitación. El capitán y su segundo se habían quedado en la plataforma. La hélice entró en acción. El *Nautilus*, alejándose veloz, se puso fuera del alcance de los proyectiles. Sin embargo, la persecución continuó y el capitán Nemo se limitó a conservar la distancia. A eso de las cuatro de la tarde, no pudiendo dominar la impaciencia y la inquietud que me embargaban, volví a la escalera central. La compuerta se hallaba corrida y me arriesgué a subir. El capitán se paseaba aún en la plataforma, con paso nervioso. Miraba al navío, a cinco o seis millas a sotavento, mientras el submarino daba vueltas alrededor de él como una fiera y atrayéndolo hacia el este se dejaba perseguir. No obstante, no lo atacaba. Quizás vacilara todavía. Quise intervenir por última vez; pero apenas interpelé al capitán Nemo me impuso silencio.

-¡Tengo derecho, represento a la justicia!, me dijo. ¡Soy el oprimido y ése es el opresor! Por su causa, todo cuanto amé, patria, mujer,

hijos, padre y madre, todo lo he perdido! ¡Todo lo que odio está ahí! ¡No diga usted una palabra!

Dirigí una mirada postrera al barco de guerra que forzaba las máquinas. Luego me reuní con Ned y Consejo.

- ¡Huiremos!, exclamé,

-Bien, dijo Ned. ¿Qué barco es ése?

-No lo sé; pero sea cual fuere, antes de la noche estará hundido. En todo caso, más vale perecer con él que ser cómplice de represalias cuya equidad no podemos apreciar.

-Lo mismo opino, respondió fríamente Ned Land. Esperemos la caída de la noche.

Llegó la noche. Profundo silencio reinaba a bordo. La brújula indicaba que el *Nautilus* no había variado de dirección. Yo oí el ruido de la hélice que hendía el agua con rapidez y regularidad. Nos manteníamos en la superficie; un leve balanceo inclinaba al submarino a ratos hacia un costado, a ratos hacia el otro.

Mis compañeros y yo teníamos decidido huir en cuanto el barco estuviera lo suficientemente cerca como para que oyeran nuestras voces o nos vieran a la luz de la luna, que resplandecía por hallarse a tres días de su fase llena. Una vez a bordo de aquel barco, si no lográbamos evitar el golpe que lo amenazaba, por lo menos haríamos todo lo que las circunstancias nos consintieran. En varías ocasiones me pareció que el *Nautilus* se apercibía al ataque. Pero luego se conformaba con dejar que se aproximase el adversario y, al instante, reanudaba su marcha fugitiva.

Parte de la noche transcurrió sin incidentes. Acechábamos la oportunidad de actuar. Hablábamos poco, pues nos sentíamos demasiado conmovidos. Ned Land hubiera querido arrojarse al mar. La esforcé a que esperara. A mi parecer, el *Nautilus* emprendería la ofensiva desde la superficie y entonces sería no solamente posible, sino - también fácil la fuga.

A las tres de la mañana, inquieto, subí a la plataforma. El capitán Nemo estaba aún allí. De pie, a proa, junto a su pabellón, que una leve

brisa desplegaba por encima de su cabeza, no quitaba los ojos del barco. Sus miradas, de extraordinaria intensidad, parecían querer atraerlo, hechizarlo, arrastrarlo con mayor seguridad que si lo hubiese llevado a remolque. La luna pasaba en ese instante por el meridiano Júpiter se levantaba al este. En medio de la apacible naturaleza, e cielo y el océano se mostraban igualmente serenos y el mar le brin daba al astro de la noche el más hermoso espejo que hubiera reflejado jamás su imagen. Y cuando yo comparaba aquella calma profunda con los resentimientos que hervían en el seno del imperceptible *Nautilus,* sentía estremecido todo mi ser. El barco se mantenía a dos milla de nosotros. Se había acercado, guiándose por el brillo fosforescente que indicaba la presencia del *Nautilus.* Ví las luces de posición, verde y roja, y el fanal blanco colgado del estay de mesana. Una reverbe ración vaga alumbrábale el aparejo y era prueba de que las máquinas trabajaban a todo vapor. Un haz de chispas, escorias de carbón encendidas, salían de las chimeneas, sembrando de estrellas la atmósferera.

Estuve, así hasta las cuatro de la mañana, sin que el capitán Nemo diera señales de haberme visto. El barco se hallaba ya a milla y media, y con las primeras luces del día reanudó el cañoneo. No estaba lejos el momento en que al comenzar el ataque el *Nautilus,* nos apartáramos mis compañeros y yo de ese hombre, cuya conducta no me atreví a juzgar.

Me disponía a bajar para prevenirlos, cuando el segundo subió a la plataforma. Varios marineros lo acompañaban. El capitán Nemo no los vio o hizo como que no los veía. Tomaron ciertas disposiciones, que podrían decirse "zafarrancho de combate" del *Nautilus.* Eran muy sencillas. Los cables que formaban balaustrada en los bordes de la plataforma se bajaron. Lo mismo se hizo con las cajas de fanal y del timonel que entraron en el casco hasta aflorar apenas La superficie del largo cigarro de acero no ofrecía una sola saliente que pudiera dificultar sus maniobras.

Volví al salón. El *Nautilus* seguía emergido. Algunos fulgores, del alba se infiltraban en la capa líquida. Por ciertas ondulaciones de

oleaje, los cristales se encendían con los rayos del sol naciente. Asomaba el terrible día del 2 de junio. A las cinco, la corredera me indicó que el *Nautílus* moderaba la velocidad. Comprendí que era para dejar que se acercara el adversario. Por lo demás, las detonaciones se oían cada vez más fuertes. Las balas surcaban el agua circundante y se hundían en ella con un silbido singular.

-Amigos, dije, ha llegado el momento. ¡Un apretón de manos y que Dios nos ayude!

Ned Land se mostraba muy resuelto, Consejo como siempre tranquilo, yo tan nervioso que además me podía contener. Pasamos a la biblioteca. En el momento en que abría la puerta oí que se cerraba bruscamente el panel que daba a la plataforma. El canadiense se lanzó hacia los peldaños, pero yo lo retuve. Un silbido muy familiar me estaba diciendo que el agua penetraba en los depósitos de a bordo. Y en contados minutos, el *Nautilus* se sumergió a unos metros bajo la superficie del mar.

Comprendí su maniobra ya se había hecho demasiado tarde para obrar. El *Nautilus* no se proponía herir al adversario en la impenetrable coraza, sino por debajo de la línea de flotación, allí donde la armadura metálica no le protegía ya la tablazón. Nos hallábamos otra vez encerrados, como testigos forzados del siniestro drama que se preparaba. Por otro lado, apenas tuvimos tiempo para reflexionar. Refugiados en mi habitación nos mirábamos unos a otros sin decir palabra. Un profundo estupor me embargaba el ánimo. El hilo de mis pensamientos se había cortado: me encontraba en el penoso estado que precede a la espera de una detonación espantosa, escuchando, con toda el alma puesta en el oído.

Entre tanto, la velocidad del *Nautilus* aumentó sensiblemente. Estaba tomando impulso. Todo el casco vibraba. De pronto lancé un grito. Se produjo un choque, si bien leve, y percibí el esfuerzo horadante del espolón de acero. Oí el ruido de rozamientos, de raspaduras. ¡El *Nautilus,* llevado de su poderoso impulso, traspasaba la masa del barco como la aguja del velero a través de la tela! No pude contener-

me. Enloquecido, transtornado, me precipité afuera de mi habitación y, entré en el salón. El capitán Nemo se hallaba allí. Mudo, sombrío, implacable, miraba por el cristal de babor. Una masa enorme se hundía en el agua, y para no perder ningún aspecto de su agonía, el *Nautilus* descendía al abismo acompañándola. A diez metros de mí, he visto el casco entreabierto donde se precipitaba el agua con un ruido de trueno, luego la doble línea de cañones y de las bordas. El puente aparecía cubierto de sombras negras que se agitaban. El agua subía. Los infelices se abalanzaban a los obenques, se agarraban de los mástiles, se retorcían en el agua. ¡Era como un hormiguero humano sorprendido por la invasión del mar!

Paralizado, con todos los músculos rígidos por la angustia, con los cabellos erizados, los ojos desmesuradamente abiertos, la respiración corta, sin aliento, sin voz, yo también miraba. Una atracción irresistible me sujetaba junto al cristal.

El enorme navío se hundía lentamente. El *Nautilus* lo seguía, espiando todos sus movimientos. De repente se produjo una explosión: el aire comprimido hacía volar los puentes como si hubiera estallado la santabárbara. El empuje del agua fue tal que el *Nautilus* se desvió. Entonces el desdichado barco se hundió más rápidamente. Las cofas cargadas de víctimas aparecieron, luego las vergas que se doblaban con los racimos de hombres, en fin el pico del palo mayor. Después la oscura masa desapareció y con ella su tripulación de cadáveres arrastrados en formidable torbellino... Me volví hacia el capitán Nemo. El terrible justiciero, verdadero arcángel del odio, seguía mirando. Cuando todo hubo terminado, se dirigió hacia la puerta de su habitación, la abrió y entró. Lo seguí con la mirada. En el panel del fondo, encima de los retratos de héroes, vi el de una mujer, joven aún, con dos niños de corta edad. El capitán Nemo los contempló durante unos minutos, les tendió los brazos y postrado de hinoJos se echó a llorar.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DEL CAPITÁN NEMO

Los paneles se corrieron ante aquella visión espantosa, pero no volvió al salón la luz. Todo era tinieblas y silencio en el interior del *Nautilus* que se alejaba con prodigiosa rapidez de aquel lugar de desolación, a cien pies por debajo de la superficie.

¿Adónde iba? ¿Hacia el norte o hacia el sur? ¿Adónde huía aquel hombre después de tan horrible represalia?

Yo había vuelto a mi habitación, donde estaban Ned y Consejo silenciosos, Me inspiraba invencible horror el capitán Nemo. Por mucho que hubiere padecido por obra de los hombres, no le cabía el derecho de aplicar semejante castigo. ¡Me había convertido, no diré en cómplice, pero sí en testigo de sus venganzas! Era demasiado.

A las once, reapareció la luz eléctrica. Pasé al salón. Estaba desierto. Consulté los diferentes instrumentos. El *Nautilus* huía hacia el norte con una velocidad de veinticinco millas por hora, va navegando en la superficie del mar, va a treinta pies por debajo de ella. Al observar la posición señalada en el mapa, vi que pasábamos frente a la entrada de la Mancha y que nuestra dirección nos llevaba a los mares boreales con incomparable celeridad.

Por la noche, habíamos surcado doscientas leguas del Atlántico. Cayeron las sombras y el mar se sumió en las tinieblas hasta que asomó la luna.

Retorné a mi habitación. No pude dormir. Me asaltaban mil pesadillas, reproduciendo aquella horrenda escena de destrucción.

Una mañana -no podría decir de qué fecha- me adormecí hacia las primeras horas del día, en un sopor penoso y enfermizo. Cuando desperté, vi que Ned Land se inclinaba a mi cabecera, diciéndome en voz baja:

-¡Vamos a escaparnos!

Me incorporé.

-¿Cuándo huiremos?, pregunté.

-La noche próxima. Al parecer, ha desaparecido toda vigilancia en el *Nautilus*. Se diría que un manto de estupor ha caldo a bordo. ¿Estará usted listo, señor?

-Sí. ¿Hacia dónde iremos?

Hacia unas tierras que divisé esta mañana entre la bruma, a veinte millas hacia el este.

-¿Qué tierras son ésas?

-No lo sé, pero sean las que fueren, buscaremos refugio allí.

-Si, Ned. Sí, huiremos esta noche, así haya de tragarnos el mar.

-El mar está bravo, el viento sopla con violencia; pero a mí no me asustan veinte millas en la ligera canoa del *Nautilus*. He podido levar algunos víveres y unas botellas de agua a ocultas de los tripulantes.

-Yo iré con usted.

-Además, si me sorprenden, me defenderé hasta que me maten.

-Moriremos Juntos, amigo Ned.

-Yo estaba resuelto a todo. El canadiense salió. Subí a la plataforma, donde apenas podía sostenerme contra el embate de las olas. El cielo se había puesto amenazador, pero ya que la tierra se hallaba cerca, tras las brumas espesas, habla que huir. No debíamos perder ni un día, ni una hora.

Volví al salón, temiendo y deseando a la vez encontrarme con el capitán Nemo, queriendo y no queriendo verlo. ¿Qué le hubiera dicho? ¿Podía ocultarle el involuntario horror que me inspiraba? ¡No!

Era mejor que no me encontrara con él! ¡Más valía olvidarme de él!

Y, sin embargo...!

¡Qué largo fue ese día, el último que había de pasar a bordo del *Nautilus*! Me quedé a solas. Ned Land y Consejo evitaban dirigirme la palabra por temor a revelar lo que querían guardar oculto. A las seis cené, sin apetito, aunque forzándome a comer pese a la repugnancia que sentía, para no debilitarme. A las seis y media, Ned Land entró en mi habitación y me dijo:

-No volveremos a vernos hasta el momento de partir. A las diez no habrá asomado todavía la luna. Aprovecharemos de la oscuridad. Vaya a la canoa. Consejo y yo lo esperaremos.

Luego el canadiense salió, sin darme tiempo para responderle.

Quise comprobar la dirección del *Nautilus*. Me dirigí al salón. Navegábamos con rumbo norte-nordeste a velocidad asombrosa y a cincuenta metros de profundidad.

Eché una mirada postrera hacia todas aquellas maravillas de la naturaleza, hacia las riquezas artísticas acumuladas en ese museo, hacia la sin par colección destinada a desaparecer un día en lo hondo de los mares con el hombre que la había reunido. Quise grabarme en el alma una impresión suprema. Me quedé una hora allí, bajo los efluvios del techo luminoso, pasando revista a los tesoros resplandecientes en las vitrinas. Luego regresé a mi habitación.

Allí me puse las gruesas ropas de mar junté mis anotaciones y las guardé como precioso bien junto a mi pecho. El corazón me latía con fuerza. No podía comprimir sus pulsaciones. No había duda de que mi turbación, mi ánimo agitado, me hubieran traicionado si me ponía a la vista del capitán Nemo.

¿Qué estaría haciendo él en ese momento? Escuché a la puerta de su alcoba y oí rumor de pasos. El capitán Nemo estaba allí; no se habla acostado. A cada movimiento suyo, yo temía que se me presentara preguntándome por qué quería huir. Experimentaba alarmas continuas. Mi imaginación las agigantaba. La impresión se hizo tan punzante que me pregunté si no sería preferible entrar en la habitación del capitán, mirarlo cara a cara y desafiarlo con el gesto y la mirada.

Era una idea desatinada. Felizmente me retuve y me tendí en la cama para aquietar el temblor de mi cuerpo. Se me calmaron los nervios poco a poco, pero el cerebro sobreexcitado evocó en rápido recuerdo toda la existencia que había pasado a bordo del *Nautilus*, los incidentes felices o desdichados que la habían llenado desde que caí al mar de la *Abraham Lincoln*, las cacerías submarinas, el estrecho de Torres, los salvajes de la Papuasia, la encalladura, el cementerio de

coral, el paso de Suez, la isla de Santorín, el buzo cretense, la bahía de Vigo, la Atlántida, la barrera de los hielos, el polo sur, la prisión entre los témpanos, el combate con los pulpos, la tempestad en la corriente del Golfo, el *Vengador* aquella horrible escena del barco hundido con sus tripulantes... Todos esos acontecimientos desfilaron ante mis ojos como esos telones de fondo que se corren en el foro de un escenario.

Entonces, el capitán Nemo se acrecentaba desmesuradamente en aquel extraño medio. Acentuábase su tipo de hombre, alcanzando proporciones sobrehumanas. Ya no era uno de mis semejantes, sino el hombre de las aguas, el genio de los mares.

Iban a dar entonces las nueve y media. Yo me apretaba la cabeza con ambas manos para impedir que estallara. Cerraba los ojos. No quería pensar. ¡Quedaba media hora de espera aún! ¡Media hora de pesadilla que podía enloquecerme! En esos momentos escuché unos vagos acordes de órgano, la armonía triste de una canción indefinible, verdaderos lamentos de un alma que trata de cortar sus vínculos terrestres. Escuché con todos mis sentidos a la vez, respirando apenas, sumido como el capitán Nemo en uno de esos éxtasis musicales que lo enajenaban llevándolo lejos de los límites de este mundo.

Luego, un repentino pensamiento me aterró. El capitán Nemo había salido de su habitación. Estaba en el salón por donde debía yo pasar para escaparme. Allí me encontraría con él por última vez. ¡Ale vería, quizás me dirigiera la palabra! ¡Un ademán suyo podía aniquilarme; una sola palabra suya, encadenarme a bordo! No obstante, iban a dar las diez; habla llegado la hora de salir de mi habitación y de reunirme con mis compañeros.

No había que vacilar, así se irguiese de pronto el capitán Nemo ante mí. Abrí la puerta con precaución y, a pesar de ello, me pareció que al girar sobre los goznes hacía un ruido espantoso. ¡Quizás ese ruido sólo existía en mi imaginación!

Avancé deslizándome por las oscuras crujías del *Nautilus*, deteniéndome a cada paso para contener los latidos de mi corazón.

Llegué a la puerta angular del salón. La abrí suavemente. El salón se hallaba en profunda oscuridad. Los acordes del órgano resonaban feblemente. El capitán Nemo estaba allí. No me veía y hasta creo que a plena luz no me hubiera visto, tan hondo era el éxtasis que lo absorbía por entero. Me deslicé por la alfombra, cuidando de evitar el menor choque cuyo ruido podía revelar mi presencia. Me fueron necesarios cinco minutos para llegar a la puerta del fondo que daba a la biblioteca.

Iba a abrirla cuando un suspiro del capitán Nemo me dejó clavado en el sitio. Comprendí que se levantaba. Lo entreví, incluso, pues algunos reflejos de la biblioteca iluminada -se filtraban en el salón.

Vino hacia mí, con los brazos cruzados, silencioso, deslizándose más que caminando, como un espectro. El pecho oprimido se le hinchaba de sollozos. Y le oí murmurar estas palabras, las últimas suyas que llegaran a mis oídos:

-¡Dios todopoderoso! ¡Basta ya, basta!

¿Era la confesión de sus remordimientos lo que surgía así de la conciencia de ese hombre,

Trastornado, me precipité hacia la biblioteca. Subí por la escalera central y tomando la crujía superior llegué a la canoa. Entré por la abertura que ya habla dado paso a mis dos compañeros.

-¡Partamos! ¡Partamos!, exclamé.

-¡Al instante!, respondió el canadiense.

El orificio abierto en el acero del *Nautilus* se cerró previamente y se aseguró con los pernos, mediante una llave inglesa de que se había provisto Ned Land. La abertura de la canoa igualmente. El canadiense comenzó a destornillar las tuercas que nos sujetaban aún al barco submarino. De repente se oyó un gran rumor adentro. Alzábanse voces resonantes. ¿Qué pasaría? ¿Habrían advertido nuestra fuga?

Sentí que Ned Land me deslizaba un puñal en la mano.

-¡Sí, murmuré, sabremos morir!

El canadiense habla interrumpido su tarea. Pero una palabra, veinte veces repetida, una voz terrible, me reveló el porqué de la agi-

tación que se propagaba a bordo del *Nautilus* ¡No éramos nosotros lo que inquietaba a la tripulación!

-¡Maelstrom! ¡Maelstrom!, gritaban.

¡El Maelstrom! ¿Podía resonar en nuestros oídos nombre más fatídico en la espantosa situación en que nos hallábamos? ¿Estaríamos, entonces, en los peligrosos parajes de la costa noruega? ¿Se vería arrebatado el *Nautilus* en ese abismo, precisamente cuando la canoa se desprendía de sus flancos?

Sabido es que con la marca las aguas estrechadas entre las islas Feroe y Loffoden se precipitan con irresistible violencia. Forman un torbellino del que jamás pudo salir indemne navío alguno. Desde todos los puntos del horizonte se abalanzan olas monstruosas y abren el abismo llamado con justicia el "ombligo del océano", cuyo poder de atracción se extiende hasta una distancia de quince kilómetros. Son aspirados por su tremenda succión no solamente las navíos, sino también las ballenas y, asimismo, los osos blancos de las regiones boreales.

Allí era dónde -involuntariamente o voluntariamente- había conducido su capitán al *Nautilus*, que describía en el agua una espiral de curva cada vez más cerrada. Lo mismo que él, la canoa, sujeta aún a su costado, se vela arrastrada a una velocidad vertiginosa. Yo lo sentía, experimentaba el mareo enfermizo que se presenta después de un movimiento giratorio demasiado prolongado. ¡Nos hallábamos sumidos en el espanto, en el colmo del horror, suspensa la circulación, aniquilada la influencia nerviosa, bañados en sudor frío como en las ansias de la muerte! ¡Y qué ruido en torno a nuestra endeble canoa!¡Qué bramar del viento, repetido por el eco a una distancia de varias millas! ¡Qué estruendo el de las aguas al romper en las rocas agudas del fondo, allá donde los cuerpos más duros se desmenuzan, allá donde los troncos de árboles se descortezan formándose una "piel de pelos", como dicen los noruegos!

¡Qué situación la nuestra! Nos sentíamos tremendamente bamboleados. El *Nautilus* se defendía como un ser humano. Le crujían los músculos de acero. ¡A ratos se enderezaba y nosotros con él!

-¡Hay que aguantar, dijo Ned, y atornillar de nuevo las tuercas!

¡Si seguimos prendidos del *Nautilus,* quizás podamos salvarnos!

No había terminado de decirlo cuando se produjo un fuerte crujido; las tuercas saltaron y la canoa arrancada de su alvéolo salió disparada, como la piedra de una honda, al medio del torbellino.

Yo di con la cabeza en una cuaderna de hierro y, con el choque violento, perdí el sentido.

CONCLUSIÓN

Aquí termina este viaje bajo la superficie de los mares. Lo que ocurrió durante aquella noche, cómo se libró la canoa del formidable remolino del Maelstrom, cómo salimos Ned Land, Consejo y yo del abismo, no sabría decirlo. Sólo sé que cuando volví en mí estaba acostado en la cabaña de un pescador de las islas Loffoden. Mis dos compañeros, sanos y salvos, se hallaban a mi lado, y me apretaban las manos. Nos dimos un abrazo muy efusivo.

En aquellos momentos no, podíamos pensar en el retorno a Francia. Los medios de comunicación entre la Noruega septentrional y el sur son escasos. Me vi, pues, obligado a esperar el paso de un vapor que cumple con el servicio bimensual del cabo Norte.

De modo que es aquí, en medio de estas buenas gentes que nos han recogido, donde reviso el relato de mis aventuras. Es exacto, no omite hecho alguno ni exagera ningún detalle. Es la narración fiel de la inverosímil expedición bajo, un elemento inaccesible aún para el hombre y cuyo progreso hará que estén libres todas las rutas un día.

¿Se me prestará crédito? No lo sé. Poco importa, después de todo. Lo que ahora puedo afirmar es el derecho que tengo de hablar de esos mares, bajo cuya superficie he recorrido veinte mil leguas en menos de diez meses; de esa vuelta al mundo submarino que me ha revelado tantas maravillas a través del Pacífico, del océano Indico, del mar Rojo, del Mediterráneo, del Atlántico, de los mares australes y boreales.

Pero, ¿qué habrá sido del *Nautilus*? ¿Resistiría los abrazos del Maelstrom? ¿Vivirá todavía el capitán Nemo? ¿Prosigue bajo el océano sus horrendas venganzas, o se ha detenido después de aquella última hecatombe? ¿Traerán un día las olas el manuscrito que contiene toda la historia de su vida? ¿Conoceré al fin el nombre de ese hombre? ¿El barco desaparecido nos indicará por su nacionalidad, la del capitán Nemo?

Yo lo espero así. Y también espero que su potente aparato haya vencido al mar en el más terrible de los abismos y que el *Nautilus* haya podido sobrevivir allí donde tantos navíos sucumbieron. Si así ha sido, si el capitán Nemo sigue habitando el océano, su patria adoptiva, ¡ojalá se apacigüe el odio en su bravío corazón! ¡Que el espectáculo de tan estupendas maravillas apague en su ánimo el afán de venganza! ¡Que el justiciero se aparte a un lado y que el sabio continúe la apacible exploración de los mares! Verdad es que le cupo un destino extraño, pero también fue el suyo un destino sublime.

¿Acaso no lo comprobé yo personalmente? ¿No he compartido durante diez meses su existencia extranatural? Por eso, ante el interrogante que desde hace seis mil años ha planteado el Eclesiastés:

"¿Quién pudo sondear jamás las profundidades del abismo?", sólo dos hombres entre los hombres tenemos el derecho, ahora, de dar vino respuesta: el capitán Nemo y yo.